



alfredo conde

el Griffon

NARRATIVAS HISTÓRICAS

Lectulandia

En esta novela se combinan dos historias separadas por cuatro siglos. Por un lado asistimos al viaje de un Visitador del Santo Oficio a Galicia en tiempos de Felipe II, una época poco propicia para la magia y las meigas y en la que el afán de conocimiento pueden conducir a la hoguera. Por otro lado, acompañamos a un escritor y profesor de literatura gallego en sus escauceos amorosos en Aix-en-Provence y al nacimiento de un proyecto literario insólito: escribir la historia de un Griffon con cabeza de anguila y cuerpo de león.

Lectulandia

Alfredo Conde

El Griffon

ePub r1.0

Titivillus 30.10.17

Título original: *Xa vai o Griffon no vento*

Alfredo Conde, 1984

Traducción: Alfredo Conde

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A María Teresa, mi madre,
y a César, Teté y Luisa,
mis hermanos, por todo.*

Hoy, por poner un ejemplo, sintiéndome al mismo tiempo hombre y mujer, amante y amiga a la vez, me paseé a caballo por el bosque, en una tarde de otoño, bajo las amarillentas hojas y yo era los caballos, y las hojas, y el viento, y las palabras que los dos se decían y el rojo sol que les hacía cerrar los ojos inundados de amor.

(*Correspondance de Gustave Flaubert*, carta a Louise Colet del 23 de enero de 1853, volumen II, Pléiade, pág. 483, Gallimard, París, 1980.)

Una novela es algo que le sucede a alguien, en algún sitio.

Gonzalo Torrente Ballester (Una tarde, charlando, mientras se ponía el sol en A Ramallosa.)

I

La historia aquella del Griffon, el Sieur Griffon, para ser más exactos y escribirlo así, en francés antiguo, que fue como se le ocurrió y que —si no para mayor gloria, sí, cuando menos, sirve para aparentar más hermoso, más deliciosamente erudito—, se le resistía, hay que reconocerlo, desde hacía por lo menos un año entero. Había atisbado la tal historia mientras cenaba cangrejos de río, hervidos con hierbas desconocidas y según receta que inmediatamente adivinó: *Ecrevisses a l'Armoricaine*, es decir, aceite, manteca, coñac y un poco de vino blanco, de Alsacia a ser posible, más una salsita hecha a base de tomate, curry y las hierbas de ignorada procedencia que aún hoy recordaba y que eran las que inducían en la salsa una pastosidad pringosa y agridulce que reclamaba el vino, un Châteauneuf du Pape del 79, con una alegría a la que tan sólo la ligereza de la brisa noctámbula aventajaba. Y es que allí, en el Hotel de París, *Fluctuat nec mergitur*, en aquella construcción del siglo XVIII, que se encuentra alejada de la carretera que va hacia Marsella, atravesando la Provenza, según bajas de las Gorges de Ventoux, y que tiene no sólo unos saloncitos en los que cenar durante el invierno, sino también una terraza en la que poder hacerlo en la estación del estío; en aquel lugar, se decía, la alegre brisa nocturna es algo tan excepcional, tan único e irrenunciable y como las hierbas de oscuro y misterioso origen, también de difícil clasificación, que uno tiene, por fuerza, que recordarla mientras la vida le aliente. No queda otro remedio.

En los saloncitos del Hotel unas pinturas, de una decadencia ingenua y pastoril, ocupaban paredes enteras abarcándolas de forma que la luz, al posarse sobre ellas, les proporcionase a las estancias una tenue corporeidad que las tornaba densas y pesadas y que era debida, acaso, al predominio de los amarillentos y de los dorados tonos, también al de los verdegueantes, tan salpicados todos ellos acá y acullá, e incluso y por qué no a las manchitas azules, no menos a las bermejas, que, una vez vistas ambas en la estancia, cabría atribuir a las casacas que vestían los amantes, o a los abanicos que portaban las amadas, todas ellas blanditas y de estudiados ademanes consistentes, en la mayoría de los casos, en inclinar la cabeza hacia un lado —como si les pesase, o bien como si la posaran dulcemente en el aire que las contenía—, en una actitud de entrega, morosa y complacida, que completaba de manera total no sólo lo cursi del conjunto, sino también el resignado estar de los camareros, hartos de una contemplación de años y de ser conscientes de la razón, a todas luces obvia, por la que aquellos resignados empresarios tenían siempre más clientes a lo largo del verano que durante el invierno. Pero, con todo, las salitas de los comedores no dejaban de tener su encanto y algunas incluso tenían escenas venatorias.

Afuera, la terraza se acogía a los plátanos, acaso centenarios, y en ella se podía sentir la proximidad del río, la canción del ruiseñor viudo de recuerdos, el bramar de los automóviles en la carretera próxima y tres o cuatro cosas más que ahora no son

del caso.

Fue en la terraza donde se le ocurrió la historia del Griffon. Declinaba ya el sol, realmente hacía ya un buen rato que se había puesto, cuando se percató del silencio que los árboles son capaces de conseguir para los que se encuentran debajo de ellos a determinadas horas: todo el silencio habido desde el comienzo de los tiempos; ese silencio que tan sólo un vientecito leve, por veces breve, es capaz de traer consigo para posártelo en las orejas y luego dejarlo resbalar por los laberintos del oído externo, inundándote con tal proceder de un vértigo que tienes que reprimir de inmediato no vaya a ser el demonio que enloquezcas; tan arriesgada puede resultar la audición de esa extraña música que el silencio trae con él. El ruido del silencio: una oquedad de caracola, o de cuenco de mano, o simplemente un vacío oscuro que impide el sueño, y ya se sabe que el hombre es tan sólo un milagro químico que sueña; dicho así como quien no quiere la cosa, pero que no por ello deja de ser menos cierto y de venir aquí pintiparado, ya que el sueño se halla siempre a la orilla de la angustia.

De alguna forma llegó hasta él ese silencio. Un farol escondido entre el ramaje de los plátanos proyectaba una luz difusa, quizá verdegay, sedante, sosegadora en cualquier caso, encima de la mesa sobre la que estaban celebrando las exequias de los cangrejos en tanto que nuestro hombre insistía de forma sistemática en huir de las sensaciones que, producto acaso del vino, el mentado *la grappe du Pape* cosecha del 79, se le posaban en el cielo de la boca: un asombro indescifrable relacionado, no se sabe cómo, con la ostra mediterránea, o así; una aspereza que sólo puede derivar de la de aquellas tierras, dulces tan sólo al lado de los ríos; tierras de tenue violencia las más de las veces, que, tan pronto como se cava en ellas un poco, dejan libre la rigurosidad que esconden; una a modo de eterna polvareda, posándose en los ojos y en la boca, tal como si pretendiera mitigar la nitidez del aire provenzal, tan terso y duro que hay que huir de él si es que se quiere conservar la calma: ahí las sensaciones: ahí ese aire, ese asombro, esa aspereza, también la polvareda que, visible por el día, se intuye por la noche y que los faroles, escondidos entre las ramas, hacen presente con una fuerza tal que se te puede deteriorar la cena, el silencio, incluso el vino, acaso también la serenidad, el recto juicio y, por qué no, el necesario equilibrio que un ordenado vivir aconseja.

Tuvo necesidad, perentoria necesidad, de romper el silencio. Se sentía en la obligación de agradecer la cena, de mostrar el cariño que ciertamente sentía por aquella tierra que poco a poco iba descubriendo, asombrado, viaje tras viaje: la erizada Beziers, en donde veinte mil ajusticiados aguardaban aún a que Dios reconociese a los suyos; la sosegada Fontaine de Vaucluse, en la que perduraba el alma de Laura dejándose amar por la de Francesco, o la pontificia Carpentras, en las últimas etapas. Las tres concitándolo a alejar de sí a los fantasmas o a convocarlos; actitud ésta que, en aquel momento, ya ni siquiera era posible, si deseable, puesto que no se lo permitían ni el vino, ni la delicada educación pequeñoburguesa que había

heredado de sus antepasados —unos hidalgos campesinos trasplantados a la urbe en aquellos dulces momentos en los que éstas estaban aún brotando en su pequeño y apartado país— ni tampoco aquel afán de complacer que su espíritu débil le exigía; pero cualquier salida era buena, llegado a aquel estado, con tal de no mantener por más tiempo el silencio. Era preciso que al menos alguien fuese convocado y ya podía valer cualquiera. Y lo hizo, a pesar de todo, contra todo pronóstico, en razón de que la humana mente es así de impredecible, así de ignorada la capacidad de su esfuerzo, así de desmesurada su ansia. Y convocó la historia y a quien desde ella lo llamaba, porque había pasado el tiempo de alabar el vino, el tiempo de ponderar la salsa de cangrejos, el de loar la placidez de la noche, las pinturas de los saloncitos escrutadas a través de las ventanas entreabiertas y los complacientes gestos de las damas, tan amenos; también el tiempo de escuchar el silencio que llegaba desde el río. Había pasado ya el tiempo de casi todo y se sintió en la obligación de aportar algo, tal era la expectación derivada de la cena. Y fue allí y de esta manera como convocó al Griffon.

Llevaba ahora un año dándole vueltas, leyendo libros, ambientándose en los tiempos en los que se supone que su fantasma debería de haber dejado señales de su paso, sintiéndose cada vez más incapaz de afrontar aquel compromiso libremente contraído y estúpidamente aceptado; llevaba un año aburrido de tanto hacerle frente a aquella historia del Griffon que estaba de forma harto continuada importunándole en la cabeza, haciéndole vivir mil vidas que no eran las suyas, hasta llevarle a incongruencias carentes de respuestas verificables, convencido como estaba de la futilidad de las justificaciones, de lo innecesario de un articulamiento lógico. No era la realidad ajena la que lo inhibía, sino la propia; la propia fantasía, esa realidad era, por mejor decirlo, la que curiosamente y por otros senderos que luego se verán tiraba de él impidiéndole avanzar por un camino irreal; acaso por haberlo recorrido tantas veces que ya no podía ser suyo, sino de los fantasmas que lo habitaban. Y maldecía, llevaba un año haciéndolo, la conturbada cena en el Hotel de París, los cangrejos de río, las provenzales noches y todos los grifones del mundo, los habidos y los por haber. ¡La Historia del Griffon! Un invento para alargar la noche. Y es que las cosas son así. Un vino que te llena de silencio, un silencio que te ensordece y por el fin el sueño^[1], antes de que brote el grito. Había dicho Griffon, como hubiera podido decir aliso o mira tú qué bien, sacerdote o encuerado. Porque el caso había consistido en poder huir del silencio, agradecer la cena y después dejar correr las cosas. Ya había sucedido así en muchas otras ocasiones. Pero dijo Griffon y hubo ojos expectantes; dijo Griffon y el aire semejó hendirse, de tan cristalino como se había tornado. Y la noche ya no fue la misma. Milagro de las palabras que concitan sueños, milagro de los sueños que se sostienen en las palabras, en ellas prolongados; en ellas, casi siempre, recobrados.

II

Acogido al palacio del señor Arzobispo, restregando la espalda contra la jamba de la puerta y con la mirada puesta en la fuente que, adosada a los catedralicios muros, curiosamente, apunta hacia el sureste, cavilaba el Visitador acerca de la fugacidad de los tiempos y lo lábil de su consistencia; ensimismado, absorto en la contemplación del caño que dejaba caer un agua que suponía tibia e incluso apetitosa, el muy galopín, sabía que la tarde estaba declinando y que muy pronto los plátanos se estremecerían con la oración del atardecer; la misma oración de siempre, más bien monótona y aburrida, ésa es la verdad; tanto que con sólo pensar en ella se le encogía el ánimo de forma tal que era suficiente como para que se sintiese desnudo y renegando de toda oscuridad, de toda duda, incluso de toda condición.

Acogido al palacio del señor Arzobispo tenía el Visitador el corazón ya cansado y vuelto hacia la demora de occidente, hacia donde venía el agua que él amaba. Y esto era tan así que si no fuese por la cuestecita empinada que nacía en la Place de l'Université, llamándolo hacia la Fontaine de Vaucluse, cosa de veinte leguas al noroeste, echaría a rodar su cordial víscera cuesta abajo, rue du Bon Pasteur adelante, cours de Minimes, tan lleno de plátanos, seguidamente, por la Route de Galice, la tan amada, aquel deseo. ¡Oh y qué lluvia tan amena le estaba inundando el pecho! En Aix todas las aguas eran suyas: las que dejaba caer la fuente y lo ensimismaba, las cálidas de la pastoril rúa, vecina de los plátanos, la de los delfines que aún no habían llegado... En Aix todas las aguas eran suyas y ahora tenía preñado el corazón de ella, de la lluvia menuda que lo anegaba entero de saudade^[2], rocío aún tibio en el declinar de la tarde y afuera ¡tanta luz!, tanta luz que el ya mentado corazón no podía menos que llorar; y es que... ¡era tan sensible el *bon seigneur*!; conoedor como pocos de saberes y decires, de tiempos y condiciones, era proclive a que se le trastocase el ánimo a poco que en él se le golpeará. Era más que suficiente para eso con un atardecer melancólico y triste, con un vientecito dulce o con cualquier otra amable expresión de la vida, como poder puedan ser todas aquellas que incidan en el sensorial campo que él tan bien educado tenía. Dulce condición, pues, la de la gente como él, la de los panteístas, que con tan sólo sumergirse en ellos mismos, al sentir el corazón mojado, tienen adelantado un camino que para otros es casi siempre calvario indescifrado o ascesis lenta, a veces inconclusa. Quiere decirse que la tardecita era hermosa, el viento dulce; que la luz, tamizada por el ramaje de los árboles, reposaba sobre las piedras y que el Visitador tenía el corazón reblandecido, casi agua, de tanta emoción con la que el recuerdo acababa no hacía mucho de embargarlo. No era para menos.

Eso era lo que contristaba a nuestro Visitador: saber cuándo empezabas y no poder saber dónde terminarías la fiesta. Dolencia ésta de fácil comprensión, para quien esté vivo y no se haya muerto nunca, como le sucede a la mayoría de los

mortales, y que, tan sólo como norma general, acostumbra a producir en los que la padecen una cierta melancolía que les embarga el ánimo, a inducirlos al panteísmo y a poblar el universo mundo de hedonistas recalcitrantes que, convencidos de lo que vale una higa, prefieren disfrazar la angustia, y pasar así por insensibles, que sentir en el corazón los mordiscos que da el miedo, ese compañero odiado gracias a quien aprendemos, acaso como único recurso, a amar todo aquello que va con nosotros por el camino. Ni que decir tiene que el Visitador es un caminante. Tan caminante, tan arduamente caminante que era la mitad de su ser el que tiraba de él hacia la Route de Galice y hacia las brañas^[3], blandas y húmedas, que, en la hora del atardecer, acostumbran a mostrar la luz única que viene del mar a posarse sobre la hierba, tamizada que fue antes por los abedules, amada por los pájaros; mientras que la otra mitad de su ser era lo que lo mantenía allí, clavado en la tierra, restregando la espalda contra las piedras, estupefacto delante de tanta luz, empequeñecido con el calor, hecho un hombre.

Un universo de ciervos volantes, escrutados en el momento de caminar bajo los silentes robles del atardecer, era recordado con las cuernas hermosas, relucientes y lentas, apresando una luz vieja que, ya desmirriada, se encogía hacia el mar, allá en el fondo, más abajo del río, que era como plata ennegrecida; y, otro universo de saltamontes y grillos, lo era en el eco que, crí-crí-brzzzzz-crí-crí-brzzzzz, sonaba con tanta suavidad que consentía escuchar el silencioso aire y observar la portentosa luz resbalando hacia el mismo océano, de forma que se le juntaban las dos al Visitador en su memoria, sin saber muy bien a cuento de qué, y, entremezclados, le producían la añoranza de la que aquí se ha venido escribiendo. Y ambos los dos mundos eran a causa de la tardecita, acaso también de los años, sin duda que de una de las mitades de su ser que se le imponía.

Y aún así no era fácil recordar, es decir, volver a sentir con el corazón, en el corazón, los nombres de los pájaros, los de los oteros, también los de los meandros de los ríos, incluso los de los mismos ríos. Acaso fue precisamente por eso por lo que el trinar lo transportó lejos, allá adonde el corazón lo llamaba y lo reclamaban los nombres; y se supo, primero, en Autun, al este de Morvan, riberas del Arroux, de carboníferos suelos y recuerdos lastimantes, quizás en el instante de levantar la ermita de San Lázaro o justo en la icónica actitud de retratarse (ocasión también aquélla a recordar), en el juicio final que la catedral guarda, entre los muertos que, desnudos, salen de los sarcófagos. Fue un mal momento, hay que reconocerlo, pero no era ni siquiera su rostro lo que allí quedaba ya para siempre: era un trozo, un pequeño trozo de la historia de componente humana de su ya dilatada existencia, la afirmación de su camino; porque él es uno de los dos desnudos peregrinos, no el que lleva la alforja marcada con la cruz de Jerusalén, aunque también podría serlo, sino el que la lleva marcada con una vieira^[4], símbolo del camino que lleva al fin del mundo, al finisterre de brumas y aguas que ahora le está batiendo, como tantas otras veces, en el corazón que se le llena de lágrimas y saudades. ¡Ay, el corazón de los peregrinos! Él es el que

consiente que un simple trinar de pájaro te transporte, después, lejos; tan lejos como lejos esté de ti el lugar en el que naciste a las palabras para poder recobrarlas aunque sea a través del cristal de Autun, inicio del tramo final de tu camino. Y es que es un extraño ser el Visitador, capaz de sollozar y de sentir la garganta atenazada de recuerdos, al recobrar los nombres ya lejanos, tal como se lo había advertido Herófilo, tan buen amigo, allá en las no olvidadas lecturas de la niñez: «¡Vas jodido, compañero, porque es en el cerebro, no en tu corazón, donde radica la inteligencia; pero tú tienes una inteligencia tan cordial, tan cordial...!». Le había dicho desde el silencio.

Y mientras retrinaba el pajarito aixeoise, sin dulzura, repicaba su canto en el aire también sin ternura alguna; acaso porque le faltara aquella humildad que la ribera proporciona, que el mar regala, en el apartado país de quien lo atiende. Retrinaba el pajarito y quien lo escuchase podría saber que el canto era infinito, a pesar de todo infinitamente proyectado, en su recorrido sin límites, como si eternamente fuera a deslizarse por un cristal limpio y virginal, sin mácula. Era distinto en Aix, el canto de los pájaros. Si surgiera allá, en el fin del mundo, el canto no huiría por cristal alguno, por aire alguno, sino que se posaría en las hojas y sería devuelto por los caminos que conducen siempre al mismo sitio: los caminos laberínticos, solares, en los que la canción, no sólo la de los pájaros, regresa siempre a ti, quizá porque el aire es húmedo y el ruido se amortigua en el rocío o en la lluvia menuda y fina y reposa en ellos, en la espera siempre dulce del silencio; para que una vez llegado éste, una vez llegado el silencio, el vértigo nos invada y podamos abandonar los sueños estupefactos donde estaban, sin que sintamos necesidad alguna de volver a convocarlos. Ya sabe el Visitador, llegado este momento, que el agua te hace libre, que el sol te enloquece. Pobres de los pueblos esclavos de la luz plena, pueblos monoteístas, sometidos por un dios terrible, dueño de las horas, perfecto, del que los pajaritos se esconden para poder, libres, cantar las canciones que nos regalan cuando la lluvia falta y el agua nos abandona brevemente. Pobres pueblos sin pájaros, ni árboles; esclavos del sol y llenos de silencio. Ni agua, ni pájaros. Sólo silencio. El vértigo como destino.

Calló el pajarito y regresó el Visitador de la contemplación del agua; cosa que, por una parte, no tenía mucho mérito: ya era de noche y no se veía allá gran cosa; la luna no era llegada y no es el momento de considerar si al Visitador le habían sido dados ojos como los de los gatos, animalitos del Señor que son, como se sabe, felinos que algunos suponen domésticos, ¡oh, canallas!, siendo como son lo que se sabe y se silencia. Regresó el hombre de la contemplación del agua y se fue caminando hacia el sureste, por la rue de Adams, para, una vez allí, girando a la izquierda andar un poquito al noreste, bajar de nuevo, cogiendo por la derecha hacia el sureste, por la rue de Campra y llegar a la que ahora podría llevar su nombre, pero que aún no lo lleva, no se sabe bien a causa de qué razón; y ya mediada ella, justo en la esquina que ésta hace con la de Gibelin, subir al cuarto piso de una casa de la que más adelante no

habrá más remedio que hablar.

Subió las empinadas escaleras, de no fácil descripción, abrió la puerta y entró derecho hasta lo que hacía las veces de cocina: una chimenea de dimensiones reducidas y lumbre tibia que no conocía ni tan siquiera las ramitas de los robles, pero así era y atinado fue que así lo aceptase, él tan amigo del agua y de los frondosos bosques.

III

Cerrar los ojos, después de haber mirado fijamente otros, más hermosos que los tuyos, también más dulces, no deja de tener su encanto, pero también sus peligros. «Imagínale —le había dicho, y luego se había echado a soñar— que pudiera surgir, en cualquier instante en el que se le convocara, nuestro amigo el Griffon»; inconsciencia esta propia de quien ignora lo irreconciliable de las posturas de los que sostienen, por una parte, que son capaces de pensar mañana de distinta manera a la que defienden hoy, enfrente de las de los que, por la otra, mantienen, a lo largo de los interminables días, idénticas posturas, inmutables creencias, inamovibles y fanáticas aseveraciones con las que normalmente no son ellos quienes pechan, sino los otros sufridos galopines, los que mudan y renuevan los conceptos sobre los que asientan los universos que habitan y a los que ellos mismos los inmutables se las imponen: dos mundos alargando una noche cualquiera de verano, en una carretera provenzal en la que no escaseaban los tábanos, ni siquiera los grillos y es de suponer que ni siquiera las ranas, aunque en aquella ocasión no croaron. Cerrar los ojos tiene sus peligros, mayores si es que tienes coraje suficiente como para sumergirte en los a ti vecinos, que son todo el océano resumido y aguardan allí por los tuyos, profundos y sinuosos, atrayentes y fríos. Las cosas son así ¡qué le vamos a hacer!

Había llegado a Provenza cualquier día de aquel verano, asustado por palabras que no asumía y con la justificación de que iba allí por ver de retomar un hilo que debía de hacer ya mil años que se le había enredado en algún, hasta entonces, ignorado rincón del alma. En plena madurez creativa, correspondiente con la plenitud física que al parecer prestan los cincuenta años, se le había achicado el pozo de la creación y paseaba su insolencia de universidad en universidad, contándole a los jóvenes las mismas lucubraciones de siempre, aunque, y así debe consignarse, con una muy notable ventaja sobre sus oyentes: él no creía nada de ellas, no creía en absoluto en lo que especulaba, en tanto que los muchachos, cosa de los pocos años, atendían a sus disparatados asertos con la inocencia que el idealismo aporta a aquellos que de él se sustentan, es decir, dejándolos absolutamente inermes, desarbolados.

Llegados los cincuenta, ésa era su actividad: lucubrar a diario, disparatar continuamente y ver, al mismo tiempo, de consolarse con alguna moza de las que siempre se encuentra algún ejemplar sobrante en las muy eruditas facultades de letras; mozas no muy afortunadas, pero sí espléndidas, que veían en él la prudencia y la discreción e incluso la esporadicidad necesarias como para hacer recomendables las efímeras uniones; aunque también sea justo el señalar que veían también ese halo que los prosélitos de algo con tanta facilidad están acostumbrados a ver en el objeto de alguno de sus afanes y que la educación recibida, el mundo en el que se está inmerso, inducen de consuno en esos tipos de mujer semejantes, es un decir, a las que acompañan a los rockeros en sus giras y a los escritores en sus frustraciones.

Se sabía yermo y abusaba de la propia historia. Todos los países tienen escritores de cincuenta años que se sienten limitados por la monotonía o por la vaciedad que supone el ir dejándose en las vidas que brotaron, hechas monstruos, de la imaginación propia o ajena; por la monotonía de la singular historia arduamente repetida bajo mil apariencias y disfraces, por la variedad que no necesita ser más referenciada. Lo que no todos los escritores tienen son países como el del convocante del Griffon, países pequeños de alienada historia y postergada lengua, que los marca como un cilicio y como un cilicio los gratifica y hiere. También a él le gustaría regocijarse en la historia propia y poder contar su vida penduleándola en la música de Bach; pero desconocía hasta qué punto aquella pequeña aldea europea de apenas cinco millones de hablantes, un tercio de ellos esparcido por el mundo, consentiría una literatura hecha de tics pequeñoburgueses, de referencias cultas, de guiños procaces de los que tanto abundan en las literaturas que él no sólo frecuentaba, sino que también amaba. Aquel milagro de que un Singer, escribiendo en una lengua como el yiddish, llegase a cumbres literarias era algo que lo reconciliaba con la Literatura; pero que lo enemistaba con su propio país. «¡Quién se va a preocupar de nosotros aquí en el fin del mundo!», se decía contrariado mientras, impertérrito, seguía escribiendo en su pequeña lengua campesina, con una fidelidad ingenua y emocionante, que a no pocos conturbaba. Resultaba la suya, ciertamente, una fidelidad de enamorado.

¡Oh, la literatura de los pueblos sin Estado! Era uno de sus temas preferidos, acaso el más frecuentado en sus conferencias; uno de los que le permitía seguir hablando, con la mirada perdida en algún rincón del aula o posada en las piernas prometedoras, dulces en muchas ocasiones, turbadoras casi siempre, de algunas de las muchachas que, por la fuerza o motivadas por el profesor hispanista de turno, presenciaban los denodados esfuerzos de aquel hombre por transmitir una emoción que hacía ya tiempo que había dejado de sentir, mientras tomaban las notas que les permitirían, en su momento, justificar no sólo la asistencia, sino también la forzada audición de un discurso inane acerca de una novelística que aún no existía y que, de existir, tendría todos los conocimientos de este mundo, más todos aquellos otros que le eran propios por venir del mundo en donde era soñada, por tener la historia que tenía, por ser la novelística de un pueblo que se echó al mar en vista de que lo acosaban desde tierra.

Envidiaba a los escritores que podían discurrir por caminos trillados, por literaturas ya hechas y consolidadas. No le valía la justificación, voluntarista y aventurera, de lo maravilloso que resultaba aquello de poder crear universos contruidos a base de palabras, teniendo, al mismo tiempo, que crear, recrear, recobrar, e incluso también inventar o reinventar las mismas palabras; ni la que afirmaba como un privilegio poder llevar una lengua, que había sobrevivido en el campo, parasitada a los campesinos, a los bueyes, a los prados dulces y suaves de su país de anochecida, echada a la espalda como si no pesase. Amaba a su país y odiaba a su literatura y sólo la fidelidad a aquella tierra lo mantenía impasible, a pesar de

todo, sin que llegara a explicarse muy bien a causa de qué seguía aferrado no a la lengua, que también amaba, sino a aquel trabajo ímprobo de escribir sin solución de continuidad.

Se consolaba con el yiddish, con Isaac B. Singer, y se dolía de la muerte de Cunqueiro, a quien las diálisis, que no los riñones, se habían llevado antes de tiempo. «Cunqueiro era mejor que Singer, ya ves, opinaba, y no le sucedió lo mismo.» La misma mención del maestro amado le hacía sonreír: sabía la inutilidad de la referencia. Cualquier alusión a un Vonnegut, a un Updike distendería los labios de sus oyentes, satisfechos del común conocimiento, de la compartida ironía: pero la de Cunqueiro endurecía las miradas de gentes que no soportaban la ignorancia.

Así caminaba por el mundo: en su propio país, en su propia Literatura, hasta tales referencias podrían resultar osadas, demasiado atrevidas, escasamente plausibles, seguro que frívolas. Algunas veces la suya le había recordado a la literatura corsa, la de la isla alta, agobiada de angelitos a los que se les aparecía la Virgen hablándoles en corso, hay que ver, o en otras situaciones de este tinte, ingenuas y emotivas, dulces, pero inútiles. ¿Quién iba entonces a poder construir allí un mundo perteneciente a gentes que habitaban en el siglo xx? Podría parecer desde ambicioso o desenraizado hasta consecuencia de no tener mucho que decir de lo propio cuando tenía que utilizar el recurso de echar mano de historias que sucedían, ajenas y distantes, en países normalizados y libres, enteramente libres y distantes; las historias que no veía porque a pesar de todo y de no estar escrito no podían surgir, tal era la conciencia, en su propio entorno de autopistas y aeropuertos internacionales, de compañías navieras que expoliaban los bancos nigerianos ondeando enseñas que, en aquellos mares, despertaban odios de imperializados, ascos de tercermundistas. Cierto que no eran éstas las historias que contaba por el mundo adelante, por las aulas que se le abrían en un privilegio escasamente compartido y en un momento en el que las llamadas culturas nacionalitarias comenzaban a despertar cierta sorpresa en los rebosantes seminarios de literatura de las universidades europeas. Cierto, también, que por eso había sido por lo que él había llegado hasta allí, hasta Provenza, y por lo que estaba cenando cangrejos de río en aquella terraza del Hotel de París, una delicia, mientras se dejaba ir en los ojos que sabía oceánicos, pero que en aquella oscuridad no podría certificar como tales.

Y así inventaba historias, que se prometía escribir, delante de aquella gente, porque no había otro remedio y aunque supiese de la futilidad de sus propósitos. Por eso había decidido contarla, aprenderla él mismo de memoria a partir de entonces; de manera que, a fuerza de repetirla, de enmendarla una y otra vez, acabara por tomar cuerpo y ser posible. Una historia que contar en las universidades para que la gente pensara que, efectivamente, la abuela de García Márquez tenía que haber sido gallega y que aquel mundo de lacón con grelos y vino ácido, no siempre ácido, pero siempre ameno, sólo era posible en alguien que surgiera a la vida en el finisterre; allá donde declina el sol, hasta hundirse en el mar, en un rito diario y misterioso que todavía

nadie comprende en su perfección.

Una historia, en definitiva, que contar a alguna moza para que supiese de una imaginación inexistente, de una fuente ya seca y consumida. Pero las cosas son así, jamás dejaron de ser así, increíbles unas veces, sospechosas otras, irreales siempre, ¿qué quieren?

IV

Aceptó, pues, la lumbrecita, él tan amigo del agua, y se dedicó a ayudarla para que fuese capaz de levantar llamas más esbeltas, nunca azules, sino escasamente rojas, que aceptasen ser doradas y pudiesen parecer tímidas y apenas consistentes. Afuera, la espesa oscuridad.

E iban alzándose la lumbre y los recuerdos. La noche había venido con helada y el Visitador decidió triangular una manta y echársela sobre la espalda, como si fuese una toquilla; en actitud que, en ocasiones, completaba con un paño, igualmente triangulado, con el que solía abarcarse la cabeza anudándolo por encima de la nuca, tal y como, en alguno de sus viajes, había visto que hacían en el reino de Aragón y que si tanto le satisfacía era debido a la existencia de un trisabuelo maño que de algún sitio había salido, sin saber él cómo y puede que sin venir a cuento. Tal decisión llevó ahora a cabo con una servilleta a la que las manchas de grasa, mezcladas con otras de salsa de tomate, prestaban una policromía absurda y un si es no es premonitorio de lo que más adelante, mucho más adelante, los tiempos habrían de dejar ver a aquellos que los contemplasen con conciencia y dedicación lo suficientemente sutiles como para permitirse tal evento.

De modo maquinal, el hombre, por aquel entonces de obra de cincuenta años bien cumplidos, echó mano del almirez y, sin apenas hacer ruido alguno, molió y molió hasta que el ajo y el perejil formaron un todo, espeso y pastoso, que la manteca, depositada allí de antemano, había consentido; después se levantó, se acercó a la alacena y descolgó el pernil de un cordero que tal y como se había propuesto untó con la mezcla obtenida; luego lo ensartó en un hierro y lo acercó a la lumbre, posándolo encima de ella, introduciendo para ello el hierro en un agujero de la pared, hecho a propósito y lo necesariamente profundo como para permitir el girar lento que comenzó a darle, previo acoplamiento en el extremo libre de otro hierro, construido al efecto y que así lo facilitaba, pues se trataba de una horquilla, larga como un pecado juzgado por cualquier austero acusador.

Acercó nuestro hombre un taburete, se sentó vecino al fuego y continuó dándole vueltas al pernil, empujando el vertical y acoplando con el dedo índice el segundo de los hierros. En ocasiones huían hacia él muchedumbre de pavesas que ni siquiera lo alteraban; y mientras el cordero, pura transformación química, iba adquiriendo ese color dorado que la lumbre le prestaba por tenerlo próximo, el Visitador se vio de nuevo en el camino, año del Señor de mil y quinientos y tantos, siendo de mayo veinte días los andados.

Llovía delante de la catedral y se acogió al pórtico. Desde allí se le ofrecía un paisaje verduzco y gris, de robledos y sotos de castaños, de cielo nuboso derramándose por las colinas y por los prados, de reposados ruidos que, observados

en conjunto, podrían inducirlo a una sensación de pesadumbre y desasosiego a la que aún no estaba del todo acostumbrado; era un sentimiento de ansiedad que no llegaba a identificar y que le tullía aquella parte de su ser que reclamaba la luz, la limpieza del aire, el estallante sol del que él era un recién llegado y al que por inescrutables caminos habría de regresar, aunque él hoy ni lo sospechara. Por fin se apoyó en la columna que sostiene a Daniel y decidió abandonarse a la contemplación. Quería saber si así sucedería ahora.

Había entrado por las tierras de Verín, caballero en una yegua de apariencia resabiada y vieja que había dulcificado su carácter violento y traidor según se había ido produciendo el descenso hacia los valles blandos, las vegas verdecidas, las tierras llenas de nutricional humedad; condicionado acaso su comportamiento agresivo por la hierba que surgía generosa, a borbotones, y a cuya ingestión el jinete decidió abandonarla, dejándola ir, mordisqueando aquí y allá, como señorita melindrosa que escoge los más apetitosos bocados que se le ofrecen, así como al azar, sin mucha ansiedad, por puro divertimento, pero con consciencia suficiente como para dirigir su mano, sólo a los más sabrosos, sólo a los más nutrientes y apetecibles. Llegó así el caballero hasta Allariz bajando mansamente las empinadas cuestas, los agresivos pedregales, los enlosados caminos romanos que, en ocasiones, practicaba mientras la yegua seguía caminando con una indolencia que, si bien le resultaba sospechosa, le hacía sonreír, conocedor que era de profundidades que nosotros ni tan sólo intuir podemos y que, sin embargo, él frecuentaba con la firme seguridad que proporciona el trato asiduo.

En el Alto de Nanín le había hablado a la cabalgadura y, detenidos, habían mirado los dos hacia el Penamá solemne, hacia las deliciosas y silentes cumbres que rodean la Villa y Corte, luego; hacia el castillo de erguidas torres sobre el río, la muralla que defendía el conjunto, el leve humo que surgía de los tejados mínimos que a la protección del castillo se acogían, más tarde. En aquel momento la lluvia ya era asidua compañera. Volvió a hablarle entonces a la yegua y comenzaron a caminar de nuevo. Campesinos que se protegían de la lluvia debajo de corozas^[5] que conservaban aún la dorada luz del sol que había amarilleado el centeno, miraban desde lejos hacia el Visitador y aventuraban conjeturas que a nadie comunicarían hasta que, por la noche y en la tibieza del lar, se abandonasen a imaginar mundos en los que sí serían posibles figuras como la de nuestro amigo; figuras surgidas acaso de la laguna de Antela, lugar en donde, según todos los indicios, parece ser que está ubicada la ciudad de Antioquía, al tiempo que las aguas que abastecen, por caminos de los que el Visitador se dice que es conocedor, al río Limia, al Flumen Obliviones, el río Leteo, pleno de tan fundados temores y leyendas y también de ranas con ancas que todavía hoy se recuerdan con lujuria mal contenida. En aquel entonces, Xinzo^[6] era tan sólo un nombre que anudaba insólitos caminos.

El escudo de Allariz muestra un puente que cruza sobre un río y un alfa y una omega que hablan de un principio y de un fin que nadie conoce; viaje circular

alrededor de nosotros mismos que comienza en la a y concluye en la zeta y que abarca mil caminos que sólo los privilegiados recorren durante estos tiempos de zozobra que el rey Felipe da en propiciar con vehemencia digna de mejor causa. En este año de El Señor todo el problema que vive en Europa se reduce, para el monarca de mirada triste y voz opaca, a una cuestión religiosa: en el fondo de tanto espeluzne, en la sustancia de tanta convulsión, el considerado rey prudente escruta, cree escutar, una lucha entre Ginebra y Roma, entre la ortodoxia y la herejía; y el único remedio es la más estricta intransigencia, la más dura confabulación de los tiempos contra aquellos que alteren el equilibrio propuesto por el rey criado entre mujeres. Ochenta y una disposiciones para la uniformidad saldrán de aquella cabeza coronada y rubia que las gentes van a recordar en un futuro que llega hasta hoy; los fuegos encendidos en Valladolid y Sevilla esparcerán el olor terrible del cuerpo humano que arde hasta latitudes en las que la lumbre tan sólo prende bajo tejado, pues es el agua enemiga del calor y de luz que tanto espanta. Y el escudo de Allariz tiene un puente tendido entre el principio y el fin, todo el mundo en él comprendido.

Y a Allariz llega este hombre oscuro, caballero en yegua brava que se sosegó con el verde, caballero de mirada viva y palabra escasa que camina a Compostela y hace final de etapa en el valle que el Arnoia llena de alisos. ¿Qué país es el que se le muestra a los ojos y sosegó a la yegua? No hay una planicie en la que la mirada se pierda en la distancia; la laguna quedó atrás, un poco más arriba, pero sus confines acostumbra a desvanecerlos la niebla: bandadas de gaviotas, más bien raras en esta época del año, avisan de un mar que puede que esté lejos para las humanas ansias, pero que fluye y refluye vuelos de aves, según vengan el tiempo, el aspecto del cielo y las lunas que se avecinen. ¿Qué país es éste abierto al mar? El mar es la llanura interminable, el camino de todos, que los hombres libres aman y por el que llegan las otras intransigencias que han de configurar los temores de aquel siglo; las que han de alimentar las hogueras para otras sangres y acallar pensamientos que intenten volar como los albatros. He ahí a lo que viene el Visitador, el enjuto hombre que habla mil acentos y sabe de la ventana abierta al mar que es esta tierra de silencios. Viene a ver el mar. Viene a escutar el mar.

Lo precedió el licenciado Maldonado en el año de El Señor de mil quinientos veinte, ahora hace años, en su calidad de Previsor del Arzobispo e Inquisidor Apostólico del Reino de Galicia; pero no fue bien recibido. Este extraño pueblo de silencios rechaza sin gestos y el Inquisidor Apostólico regresó a Valladolid para desde allí ver de controlar en lo posible al reino de Galicia. Hubo otros intentos que se sucedieron, unos detrás de otros, sin que cuajase ninguno de ellos. Los enviados de Valladolid, los Inquisidores, tuvieron que traerse su comida: no fueron bien recibidos.

El rey Felipe es quien envía ahora a este hombre que mereció su confianza en Flandes, antes del cincuenta y nueve, mucho antes... Viene, debe venir, para eso fue enviado, a ver cómo camina la intransigencia. Pero sabe, y lo sabe bien, que la otra, la que viene de afuera, significa libertad; no allí donde nace y se sustenta, sino aquí y en

razón de que mitiga...

Al pie del castillo alaricano, en su parte trasera, la que no baña el río tan de cerca, descubre a los judíos portugueses y una límpida mirada suya los examina al tiempo que los ignora. Se mantiene aparentemente ajeno en el amplio espacio que media entre ellos, entre los judíos y el convento de las Clarisas, en el que al parecer duerme el sueño, que no el cuerpo, de la reina Violante, aquella mujer aguerrida que, dicen, amargó la vida a Alfonso el Décimo, a quien los gallegos conocen como Nono y todos como el Sabio; ella, la que lo había fundado para en él morir y luego habitarlo eternamente. Prefiere el Visitador ignorar los conventuales muros y los judaizantes hogares, así que le habla a la cabalgadura y la yegua comienza a caminar bajando por el Portelo, deslizándose hasta la iglesia de Santiago, al pie de la puerta del Castillo en el que se acoge y duerme aquella noche.

La mañana siguiente recibe al caballero ya en Orense, después de que se hubiese levantado antes de que pintase el día y cabalgar, llevado de espolique, camino de Augasantas, donde se dice que la cabeza de la mártir rebotó en tres sitios, de la cima al pie de la montaña recoleta, para que así surgieran tres fuentes, tres, de las que las santas bebiesen en silencio, para atravesar luego Taboadela, la del castro que fue y aún se sospecha, y seguir por el cauce que el Barbaña presta, antes del alto del Cumial, que el espolique evita, para llegar por él a la ciudad de las aguas que manan cálidas y salutíferas.

Almuerza en el Colegio de los Jesuitas y en una esquina de su corredor principal aconseja a Paquiño Álvarez, muchacho de quince años a quien sus ropajes denuncian, tan finos son los tejidos, tan bien alimentada está su color, porque tiene el corazón lleno de escrúpulos gracias a que allí alguien le afirmó que la Ley de Moisés es mala y hereje y que así había sido sancionado por la Iglesia. El muchacho es ingenuo y el Visitador tiene el alma madurada en mil naufragios; tanto que a esta altura de su vida tan sólo sabe que es justo agradecerle a El Señor que cada año traiga su lotecito de muchachas nuevas, llenando de rosas las secretas albas que las limitan, y que el vino nuevo por San Andrés sea viejo; así que no asiente, pero le dice que silencie su pena, que benditas son todas las herejías allí donde no triunfan y malditas las ortodoxias allí donde se asientan.

Y el muchacho escucha, abre los ojos y acoge aquella simiente de eterna sospecha y desasosiego; tanto lo hace, tan bien la asume, que se abre al Visitador para hablarle de libros y sospechas: no los jesuitas, pero sí parece ser que los monjes benedictinos, y los bernardos, tienen libros que llegan por el mar. En Cedeira, un inglés, capitán de una nave empeñada en hostigar a los de tierra, se dice que fue apresado y que, al parecer, los libros que traía en la cámara habían desaparecido como por ensalmo. Ninguno de los de la docena de tripulantes fue capaz de decir adónde habían ido a parar. En Noia, media docena de hugonotes de La Rochelle que andaban haciéndole el corso a un barquito gallego lleno de sal, caen también prisioneros y con ellos los libros de oraciones que los mantenían vigilantes en las largas noches oceánicas, en

medio de la procelosa galerna, durante la hora que podría preceder a la del viaje infinito que a todos nos aguarda. El capitán Cornelius de Amsterdam sabe también de libros que los monjes de Caaveiro esconden tan pronto como les llegan desde el Ribadeo distante y tranquilo en su estuario. El Visitador asiente y calla y le mesa suavemente las guedejas, posándole la mano en la cabeza orgullosa de inocencia y pocos años.

Y ahora, recuerda, ya está en Santiago de Compostela, mientras llueve. Se ve en el Pórtico, al que un intermitente rayo de sol dora y entibia brevemente de manera que la sombra que se le posa sobre la espalda le hace sentir un frío que no estaba en absoluto previsto.

Y regresa al fin a sí. Una de las hojas de las ventanas se abrió dejando penetrar el viento en la estancia. Se arrebujaba en la mantita que tiene puesta por encima de los hombros y alargaba una mano hasta alcanzar el cordero, que saja con un cuchillo de hoja larga y pronunciada. Ya está asado. Cuidadosamente lo mira y lo remira para indagar en dónde ha de hincarle el diente. Acción que ejecuta de inmediato, sosteniéndolo con tiento y medida suficiente como para no quemarse. Lentamente, sin prisa alguna. Más tarde, en medio de la soledad que habita, se ha de abandonar de nuevo a la tibieza del recuerdo; pero ahora come sin pausa ni perdón; tan sólo añora un vino de sabor frutal que le devuelva juventud y campos, frescores de otros tiempos.

V

Hacía tiempo que se había comido los cangrejos y, sin embargo, el vino continuaba posándosele por encima de sus propias miserias, con tanto celo guardadas, tan ocultas; al fin y al cabo su vida era eso: vino que sumerge los sueños en lo más hondo de uno mismo. Transcurrieron largos y obscenos años así dilapidados mientras subsistió, náufrago de sí mismo, hasta que alcanzó un cierto grado de maestría en el arte de escribir sin decir nada de forma que cientos, docenas de cientos de artículos, testimoniaban aquella nada fácil ascesis de escribir para que hiciese bonito, de llenar dos o tres folios para concluir con la frase hermosa y recóndita que disfrazase la estolidez de lo que le precedía. El resto eran fracasos absolutos.

Ahora que el vino se lo permitía, reflexionaba sin miedo sobre su obra de hombre solitario en la que otros hombres solitarios comenzaban historias que jamás de los jamases concluían; historias de hombres enfrentados consigo mismos, abatidos, postrados, de bruces y con la cara entre las manos, sus codos apoyados sobre las tablas de las mesas, sobre los mostradores de los cafés o sobre los confesionarios que, por otra parte, él no frecuentaba desde hacía muchos años. Historias de hombres como él, encerrados en habitaciones llenas de soledad y de silencio, en perpetuo monólogo con las sombras, ajenos de diálogos y vida. Así era como vivía él.

Aquella Facultad de Aix era un edificio ciertamente feo, desangelado, y con no menos pintadas que las de su Compostela amada. «*Giscard reviens*» proclamaban muchas de ellas y, en una primera y despistada intención había creído que la petición era referida a un reventón o a un estallido imposibles, lo que dado el pacífico proceder de su carácter no deseaba; más tarde se dio cuenta de lo volitivo de la pintada y pensó en que no hay mal que cien años dure, pero no se rió de sí mismo; ni siquiera lo hizo de su ignorancia.

En la entrada de la Facultad, múltiples avisos en varios idiomas daban cuenta de cantidad de detalles y de notificaciones, también de los motivos de reclamaciones varias, y ponían en conocimiento de todos reivindicaciones innumerables y obsoletas. Las aulas con pupitres recordaban a las de cualquier viejo colegio privado de provincias. Pero fue en una de aquellas aulas de infantil apariencia donde había conseguido la nada colegial compañía que ahora disfrutaba; unos ojos abiertos y oceánicos hablando en silencio, intuyendo premoniciones que se podrían concretar en cualquier instante, desbaratándole el montaje. Era dramático tener que vivir en el eterno desasosiego, en la perenne farsa, y él lo sabía.

La dueña del Hotel de París se le acercó con la cuenta en una mano y un displicente cigarrillo entre los dedos de la otra. Ya ella suplicó y pidió que incluyera en la nota otra botella de aquel vino nutricio de su fantasía; botella que cuando fue traída justificó el ruego de que dejase los vasos y que se olvidara de ellos, dejando a

ser posible encendida la luz de una bombilla, cualquiera de ellas, que a él tanto le daba. ¡Oh, tenía al Griffon cogido por el pecho y no estaba dispuesto a dejarlo ir como si no le hiciese falta! Tenía al Griffon y a alguien que le escuchase uno de sus sordos e inútiles monólogos, a alguien que le recordara la historia que estaba dispuesto a echar fuera de sí, para comunicarle los resultados, mañana, en cuanto la luz del día fuese otra más distinta y semejante a las que la habían precedido.

Los ojos los había descubierto durante la primera mañana de su llegada. La Facultad hacía poco que había sido abierta, ocho horas del amanecer recién nacido, y acogía ya a los alumnos más madrugadores con litúrgica gravedad propia de misa de alborada; iban llegando éstos, silenciosos y adormecidos, en pequeñas mareas, acompañando los cuerpos de una manera mecánica y más que repetida, después de haber aparcado los coches o las motocicletas en una explanada en la que habría de calentar el sol, convirtiéndola en algo insoportable. Accedían al recinto universitario, disciplinariamente convocados, curiosos del encuentro con aquel escritor extranjero que llegaba y al que nadie conocía y del que tampoco nadie había oído hablar; pero a quien, la hispanófila que por vocación no tan libremente decidida era su profesora, había presentado como un hombre que salía de las largas noches de la clandestinidad y de las reivindicaciones nacionalistas para narrarles a ellos su epopeya a lo largo del verano que se avecinaba tórrido: un lujo de universidad francesa, que puede traer a alguien desde el fin del mundo tan sólo para que hable de allí de donde el mundo acaba a gente que está aprendiendo por donde éste empieza. Había llegado, pues, rodeado de silencio; del silencio en el que había vivido durante largas noches de su invierno oceánico y que su país, que penetra en el mar suavemente como lo hace una proa, tan sólo a los de su tierra permite. Llegaba del silencio; del silencio de su país silenciado, del silencio de su vida silente y triste que en algún tiempo, había sido creativa, para encontrar miradas expectantes, miradas llenas de luz; él que venía de las nieblas y los pesares; y comenzó a hablar.

Habían almorzado en unos barracones que eran atendidos por exiliados sudamericanos y en los que otro escritor, borracho y célebre, oficiaba de *maître* bamboleante y turbio en un comedor lleno de jóvenes que lo ignoraban. ¡Rayo de país aquel de la Francia que hacía venir a gente de afuera e ignoraba a la que tenía dentro y aplastada! Después del almuerzo, una serie de vegetales que jamás había sospechado que se comiesen (quién le iba a haber dicho a él que el hinojo era para algo más que para llenar de fragancia los caminos), habían cogido el coche para recorrer las increíbles rutas que concluyeran en el Hotel de París.

La hispanófila, entrada en años y apetencias que fácilmente pueden ser deducidas, había llevado con ella a tres muchachas jóvenes que se apretujaban en el asiento trasero del automóvil durante todo el tiempo del viaje y que ahora, enfrente de ellos dos, escuchaban asombradas las historias que nacían allí mismo.

«El Griffon —les dijo— podría ser un ente fantástico con cuerpo de águila y de león. Pero, ¿sabéis?, en gallego águila suena casi igual que anguila; así que puede ser que este nuestro Griffon de esta nuestra historia tuviese cuerpo de anguila y de león a la vez; lo que es mucho más conveniente y atinado, además de ser un lío espinoso y de solución difícil. Podría ser un Griffon... ¿No vive el Profesor en la Rue de Griffon? ¡Pues entonces!»

Las muchachas ponían cara de inusitada atención, fingida en un caso, estudiada pose en otro, verdadera en la de ojos como ciclónicos vórtices de los que si huyes naufragas; mientras la Profesora gesticulaba en silencio, como advirtiendo que el milagro de un parto literario estaba sucediendo allí mismo y que ella era la oficiante de aquel rito, viejo como el hombre, absurdo y real como cualquier sueño.

Cuerpo de anguila y de león, estaba bueno el asunto; el de anguila ocuparía la parte superior del cuerpo en el que había de habitar el sueño y el del león, que él daba por imaginar en posición rampante, la inferior. Ya tenía algo a lo que asirse: una fantasía con patas de león y cuerpo de anguila. No era mucho y resultaba escurridizo, pero era más que suficiente para empezar: era más que suficiente para que aquel nocturnal gineceo acogido a los árboles supiese de una imaginación que hacía tiempo que no había sido capaz de sustentar ni tan siquiera un disparate como aquel que se le acababa de ocurrir; después habría que olvidarlo para no tener que ir jamás en la búsqueda del Griffon, pero ahora el juego estaba resultando ser un motivo de admiración y el Profesor podía amarse en los ojos que lo escrutaban.

Hacía frío y, aunque en verano, había comenzado a helar. Alguna de las tres, no se podría precisar cuál de ellas, había tenido la ocurrencia de que al lado de la piscina sería más amena la temperatura: era una opinión derivada del convencimiento que lleva a mucha gente a poner calderos de agua debajo de los frutales para que las heladas no se lleven la incipiente cosecha. Algo de cierto debería de haber porque tan pronto como decidieron trasladarse a las hamacas que estaban al nivel del agua, habían notado una tibieza en el ambiente que les había vuelto a hacerse sentir vivos y bulliciosos, alegres y habladores. Pero soportaron poco más tiempo del esperado la estancia al borde del estanque. Una de las muchachas se quejó de que allí tampoco se estaba bien y afirmó que ya era cumplida hora de acercarse a Aix. Cuando expresó la queja por tercera vez, decidieron marchar; pero ya entonces la fantástica figura tenía alguna peculiaridad más: podría adoptar la humana forma y andar por debajo de la tierra, navegando por en medio de las corrientes acuíferas subterráneas. Una de las muchachas, acaso la que tenía tanto frío, dijo que sería interesante que lo hiciera calzando unas aletas de pesca submarina. «Iría mucho más aprisa», dijo. Fue la única aportación literaria que se permitió el alumnado aquella noche. Provino de la dueña de los ojos tan llenos de mar que se dijeran oceánicos, la que tenía más frío.

VI

No fue bien recibido en Compostela. El cabildo catedralicio en pleno había abandonado el coro tan rápidamente como el Deán le había avisado de su presencia y se tuvo que contentar con la contemplación, reposada y consciente, de los capiteles de las columnas; más en concreto de aquellos que evocaban reminiscencias de orientales concepciones que, por lo que se veía, tanto se podían identificar con las actitudes que se correspondían con las de aquellas gentes. Aquella parsimonia de buey cansado, aquel dar por concluida la ceremonia para evitar el enfrentamiento eran algo más que sintomáticos. No podría decir nunca que no le habían hecho caso, tampoco que no obedecieran el mandato de la Suprema, sino simple, pura y llanamente que se habían ausentado.

Decidió armarse de paciencia, conviniendo consigo mismo en que lo mejor sería aguardar a que uno de los canónigos pasase por su lado; y para ello, para que así sucediera cuanto antes, fue a arrodillarse en la Corticela, en una capilla recoleta y armónica que está en uno de los brazos del transepto y disfruta de entidad propia; lo hizo porque se supo observado y consideró que, de arrodillarse delante del altar mayor, despertaría menos curiosidad que estando allí, fuera de la visión de los canónigos, alejado. No se equivocó, ni tampoco se impacientó. Era conocedor de la actitud de aquella su gente y se prometió estar allí, en la espera, hasta que alguien viniese a interesarse por su actitud. Fue la suya una disposición sabia y, al tiempo, enojosa. Los canónigos, saliendo de la sacristía, espiaban la Corticela. De manera continua, desplazándose hasta ella, asomaban el morro a cada momento por su puerta o dejaban recado a los sacristanes de que, tan de inmediato como saliera el visitante, fueran avisados sin más dilación que la inevitable. Pero pasó una hora y el Visitador mantenía la genuflexa actitud adoptada desde un principio; pasó otra hora y tampoco salió el orante de su ensimismamiento. Los canónigos mostraban, llegado tal instante, signos de impaciencia y ordenaron turnos entre ellos para poder ir a almorzar. Lo hicieron sin mucho acuerdo, de manera tácita y sin reconocer ni por asomo, ninguno de los portantes de la compostelana cruz, que su prolongada estancia en la sacristía había sido debida a su sorprendente actitud del extranjero. «Total, afuera está lloviendo», había dicho uno de los más viejos y aparentemente más sagaces, mientras se agachaba a remover con la badila el brasero que debajo de la mesa camilla les estaba proporcionando el calor del que aquel espacio amplio de piedras y silencio carecía.

Después de comer organizaron una partidita de cartas. El día seguía siendo frío y nuboso y la neblina de la tarde no tardaría en aparecer. Mejor sería aguardar por ella en medio del solaz, acogidos a la tibieza del brasero, inmersos tan sólo en las disquisiciones del juego. Alguien, quizás el mismo que sugiriera la baraja, había ordenado que la cabalgadura del visitante fuera llevada hasta las cuadras del hospital de peregrinos, puesta bajo tejado y alimentada. La yegua se había dejado llevar, no

sin cierta protesta y asañada intención, volviendo el testuz cada poco para poder dirigir su mirada hacia el Pórtico por el que su amo había accedido al templo, al tiempo que soltaba alguna coz que se perdía en el aire, pero que tenía la virtud de avisar de que la siguiente podría ir bien dirigida y de que, en cualquier caso, debería quedar claro que lo que ella quería era no alejarse de su dueño. La narración de estos hechos por los dos monaguillos que habían sido encargados de trasladar el animal a la cuadra sorprendió a los canónigos que allí estaban y despertó aún más curiosidad en los que desde sus casas solicitaban noticias de vez en cuando acerca de tan devoto visitante, pero no perturbó sensiblemente el desarrollo del juego, que siguió transcurriendo de modo apacible, alterado tan sólo por alguna imprecación a la divinidad que, debajo de aquellos techos, podía sorprender en un principio, pero que luego era aceptada no sólo como normal, sino incluso como necesaria. De esta forma se deslizó la tarde y llegó la neblina que había de envolverla. Poco antes de que fuesen prendidas las antorchas y las lámparas que iluminarían el recinto catedralicio uno de los canónigos más jóvenes, acaso también de los más ingenuos, fue comisionado por sus pares para que se acercase hasta la Corticela y trabara conocimiento con el recién llegado.

—Ave María Purísima —le dijo nada más tener la seguridad de que podría ser oído.

Giró el Visitador la cabeza y, sin mucho convencimiento, respondió:

—... Ave...

Ya estaban allí. Fue consciente de que había ganado la primera batalla.

—¿Es que no va a comer nada?

—Pues sabe que tiene razón, algo tendré que comer.

Le contestó, y después se levantó lenta y estudiadamente mientras continuaba diciendo:

—... Pero antes me gustaría ser escuchado en confesión.

El canónigo jovencito y aparentemente ingenuo quedó sorprendido y caviloso, en un principio; luego, decidió ofrecerse a acompañarlo a que comiera algo y que, una vez hecho esto, hablarían de la salud del espíritu. Y así fue hecho. Salieron solos de la Corticela y solos abandonaron la catedral. El resto del cabildo, que había permanecido en la sacristía, salió detrás de ellos callada y espaciadamente, de la misma manera que habían sido sorprendidos, sin llegar a intuir de forma clara qué era lo que había propiciado aquella decisión de salir de forma tan tranquila y como si nada hubiera sucedido; pero dada la hora, alguno pensó en que hubieran debido enviar al canoniguito mucho antes. Mientras, los dos clérigos caminaban, charlando animadamente, por la rúa do Vilar. Ya cerca de la plaza del Toural había una casa de comidas en la que entraron para sentarse a una mesa, alargada y blanca de tanto fregarla con lejía y jabón de sosa, próxima a una lumbre intensa que ardía en la *lareira* y que estaba resguardada del aire frío que entraba por la puerta.

Durante su vigilia, el Visitador había tenido tiempo más que suficiente como para

poder recordar por lo menudo las andanzas por aquellas tierras de Pero Carlos, otro de los inquisidores que lo habían precedido, y que habían quedado reflejadas de una forma u otra en varias comunicaciones que el licenciado había dirigido no sólo a la Suprema, sino también al Consejo y a la Real Audiencia: «*En cuanto a la gente desta tierra y comúnmente entre la gente principal, seglares y eclesiásticos condenan al Inquisidor y los clérigos desta Iglesia y religiosos se condenan unos a otros y condenan también a los de la Real Audiencia...*», había dejado escrito Pero Carlos. Y él quedó avisado, por si aún no lo supiera. Ahora estaba allí, en aquella tierra y entre gente principal; sólo el tiempo diría si su misión era justa, si su ánimo el acertado, si su trabajo y proceder, los suficientes y precisos.

Durante la cena, en la que fue acompañado por el canónigo joven, hasta aquel momento posiblemente también en ayuno voluntario, fue dejando caer todo aquello que, en la larga y genuflexa vigilia, había ido gestando. «Soy hombre de fe —le afirmó— y vengo aquí mandado.» Asintió en aquel momento el clérigo jovencito y, entonces, el Visitador mojó solemnemente una corteza de pan en el caldo de nabizas humeante del que, en la superficie, sólo en la superficie, grumos de unto avisaban de futuras digestiones lentas como las horas de la invernada lluviosa en la que en aquel país estaba. Más tarde y cuando el vino devolvía ya el perdido color a las mejillas de los comensales, el Visitador criticó ponderadamente la actuación de su antecesor e insistió en confesarse como a mucho tardar durante la mañana del nuevo día. En eso quedaron. El miembro del cabildo intentó alojar al visitante en su propia casa, pero éste decidió acogerse allí mismo en la posada. La yegua estaba atendida, él cansado y llovía: mañana hablaría de su nuevo alojamiento.

Tan pronto como dejó acostado al Visitador, marchó el canoniguito a las carreras para comprobar el estado de la cabalgadura y de allí, en apenas un salto, accedió al Pazo de Xelmírez. Sabía de la reunión que se estaba celebrando y antes de entrar se detuvo para poder calentarse un poco en el fuego que estaba perennemente encendido en la lareira de la cocina, justo debajo del gran salón románico, en el que sabía que estaba transcurriendo el encuentro entre los más significativos eclesiásticos de Compostela. Después subió al soberbio salón, lo cruzó y, ya en uno de los ventanales, se dirigió al Magistral y al Deán que estaban hablando, sentados en los *parladoiros*^[7] con un brasero entre los dos que les proporcionaba, además de calor, una luz agonizante y roja incapaz de sobreponerse a sus propias brasas. El Deán tenía las faldas de la sotana por encima de las rodillas y el Magistrado, más esmirriado y enjuto, también más desvalido, tenía una toquilla por encima de los hombros; los dos, gorros y mitones.

—Cuenta —le dijo el Deán.

Restregó las manos el cura joven y dio recado.

—No creo que se meta en mucho y se quiere confesar mañana temprano, a

primera hora.

Tal dijo; luego siguieron hablando los tres mientras afuera se hacía ya noche del todo.

A la mañana siguiente seguía lloviendo. El Visitador se levantó pronto; se lavó la cara fregándola nerviosamente con las manos llenas de agua y se negó a tomar una taza de leche caliente con pan de centeno que, una vez que hubo bajado, le había ofrecido una de las mozas de la posada; acaso fuera el azúcar negro posado por encima de las troceadas cortezas, acaso que la leche no estuviera colada, lo cierto es que rechazó la oferta, aduciendo la próxima celebración de la Eucaristía; luego, pagó la estancia echando mano de la faltriquera de la que extrajo cuatro maravedíes que le parecieron más robados que merecidos.

Antes de ir a la catedral se acercó hasta las cuadras del Hospital de Peregrinos para atender a su montura a la que sabía allí conservando aún puestos los arneses que mantuvo igualmente sin sacar, pues pensó como indicada aquella sensación de provisionalidad que el animal así aviado sugería. Palmeó a la yegua en el pescuezo y le habló lenta y dulcemente; después, de compartimentos que tan sólo su mano podría encontrar, extrajo bades y documentos, provisiones y cartas, así como algún dinero menudo que tenía oculto en los aparejos. El resto del equipaje siguió en la grupa del animal mientras el Visitador salía hacia el espacio abierto que separaba el Hospital de la gran basílica, sonriéndose de la poca pompa de la que se alababa, de lo exiguo de su porte, de lo callado de su misión, también de la excelencia de su yegua.

Al entrar en la catedral preguntó por el confesionario del Deán y, con paso decidido, se acercó al que como tal le habían indicado. «No vengo a entorpecer —le dijo al confesor, una vez que había dado cumplida cuenta de los pecados del camino—, sé las dificultades, conozco ya lo precario de la situación y no tardaré mucho en averiguar la realidad de los hechos; quiero ayudarles.» El Deán se sonreía, autosuficiente, de la ingenuidad del Visitador y el gesto irónico de la comisura de los labios se le mantuvo así hasta que cayó en la cuenta de que toda la conversación había transcurrido en el idioma del país, de forma tan bien medida, tan pronunciada, tan natural que consiguió que le pasara desapercibido detalle tan significativo y de tan cabal importancia. «¿Quién eres? —le imprecó el Deán al postrado visitante—. ¿Quién eres tú que nuestro idioma utilizas y de afuera vienes?» «Tan sólo su Ilustrísima ha de saberlo», le respondió el visitante, y un nombre fue vertido silenciosamente en los oídos del Deán viejo y sabio que ya había escuchado en confesión al Visitador.

Tan pronto como se levantaron, una vez finalizada la confesión, el Deán llamó a Lourenzo Pedreira, el canónigo joven que en la tarde de la víspera había atendido al recién llegado, y le aconsejó, de forma que no cupiese duda en la aceptación del recado, que recibiese en su casa al Visitador, lo atendiese como era debido, cuidara de su caballo y se dispusiese a ser su amigo y confidente. Ya iría, en mejor ocasión y circunstancia, a vivir el Visitador al lado de San Martiño, en las casas del conde de

Monterrei, sede del domicilio compostelano del Santo Oficio.

—Pues tiene una cara de suspiro que mismo induce a las confidencias —le respondió el canoniguito.

El Deán, viejo y acaso sabio, le contestó:

—De todo no te fíes, no vaya a ser el demonio... Estúdialo y vélate.

Mientras el Visitador se disponía a pasar sus días en Compostela, el tiempo seguía siendo de lluvia.

VII

Todavía les ocupó un buen rato regresar a Aix. Hasta que cogieron la autopista, y a punto estuvieron de decidir el no acceder a ella de tan bien como se sentían deambulando por las carreteras secundarias, bordeadas de árboles y desiertas a aquellas horas de la madrugada, casi no dijeron palabra alguna. Conducía la hispanófila e iba él sentado a su derecha volviendo el cuerpo hacia atrás continuamente, hacia donde se apretujaban las alumnas.

Una vez en la autopista comenzaron a cantar. La conductora había consentido al coche unas guiñadas de amplitudes náuticas y, sin previo acuerdo, sospecharon que eran consecuencia del sueño que sus voces ahuyentarían. Empezaron por acompañar, con murmullos, la música de *Milladoiro* que la profesora había introducido anteriormente en el radiocasete del coche; los murmullos pronto se convirtieron en un rirarirariri-ra, rira-rira-rira-ri-rari que fue creciendo y creciendo hasta que él liberó un *aturuxo*^[8] que aturdió y sorprendió a las muchachas y propició la profesoral explicación acerca del origen, pervivencia y sentido de aquel grito que podía ser de amor y miedo, de reto y lucha, de llamada y respuesta y que, a buen seguro, había causado efecto.

Por un instante algo se le removió en la cabeza al Profesor; romerías que ya eran tan sólo un recuerdo a recuperar en la nostalgia retornaron a él de la mano del aturuxo irreprimible; bailes en el atrio de la iglesia en la compañía de los muertos que habitaban debajo de las losas sepulcrales, protegidos al arrimo del árbol enorme que daba, cuando el verano era llegado, aquellas enormes cerezas picudas; el soto de los castaños al lado de las gentes; los aturuxos fluyendo de la noche como estrellas fugaces: «Ahí van los de Valongo», «Falta el aturuxo de los de Caroi», «El Xan Xocas anda dolorido», regresaron a él aquella noche, mientras el coche se aproximaba a Aix-en-Provence. Ahora ya no se aturuxaba. Los muchachos regresaban a sus casas en confortables automóviles, los más afortunados; en tractores, los menos, y en motocicletas la mayoría; las pistas habían ido sustituyendo a las corredoiras de forma lenta y precisa. Nadie podría en lo sucesivo encontrar ya a la Santa Compañía, a la Estadea, arrinconada de la Historia por la luz eléctrica y las linternas de pilas; había desaparecido la inmensa soledad de la noche, la angustia de los nocturnos caminos y, al parecer, los lobos no eran otra cosa que los perros de la PIDE, que se habían asilvestrado y andaban por el monte; eso sí, más peligrosamente que los propios lobos... No se atrevió a contarles nada de aquello a sus compañeras de viaje porque nada entenderían, nada sospechaban. Había autopistas y manadas de caballos salvajes, aturuxos refugiados en las masas corales y medicina occidental rodeada de bolsas de tercermundismo. Calló y continuó cantando con las jóvenes.

Por la mañana se despierta dadas las ocho y decide seguir durmiendo. Le duele la cabeza justo encima de los ojos; de forma más exacta se diría que son los propios ojos los que le duelen; tira la almohada hacia una esquina de la habitación con el único objeto de continuar durmiendo con la cabeza baja y pone el embozo del lecho por encima de ella, tapándola, ocultándose de la luz que tanto le irrita y que tanto le hace escocer los ojos. Decididamente el vino de ayer sería francés, pero estaba encabezado. Suena el timbre del teléfono. Es Lucille, la profesora, preocupada por la tardanza; son las ocho y veinte y está asustada tan sólo de pensar en la posibilidad de que le hubiera podido ocurrir algo, no, tanto da, ahora ya es tarde y no merece la pena bajar hasta la universidad, mañana dará una hora más de clase para compensar así la que ella está ahora dedicándole a los estudiantes, se verán a la hora de almorzar, en los barracones, *okey*. Le lastima el o.k. como le lastimó el *pique-nique* de las autopistas. ¡Oh, si De Gaulle levantara la cabeza! ¡Qué diría Astérix, el Galo! Por cierto que no había entendido muy bien aquello de aldea-gala-último-reducto. Mañana les hablaría a los alumnos de que hasta el veintinueve antes de Cristo los romanos no fueron capaces de entrar en su país, *flumen oblivionis* por en medio, traidores no pagados por el extremo y aquellas mujeres que corrían al lado de los carros de los hombres, lanzando piedras, por el otro extremo. Les daría una charla acerca de la *femineidad gallega* en el espacio y en el tiempo que era algo que les iba a impresionar. Les iba a dar él llamadas a las ocho y veinte de la madrugada, les iba él a devolver resarcimientos horarios y demás vírgulas hijas del cartesianismo imperante, les iba a decir cuatro cosas que ignoraban, ellos, tan franceses, que todo lo sabían.

Ya no es capaz de dormir y se deja estar en la cama con los ojos abiertos, sin hacer nada. Los escritores cuando no están haciendo nada, están haciendo algo, piensa él. Igual que los marinos, gentes capaces de acumular ocio durante días y días mirando al mar, bien desde la orilla, bien desde la borda del barco, para después, en un instante, desplegar la más intensa energía imaginable. Así, los escritores son capaces del *dolce far niente* creativo, del nirvana intelectual, que les permitirá, en el momento exacto, ni antes ni después, ejecutar toda la reprimida actividad, toda la represada creatividad, todo el reservado esfuerzo. El problema es el de quién fija el instante exacto, si la decisión se encuentra dentro o fuera del escritor mismo. Él lleva años en la espera de ese aliento creador, de ese aliento tras aliento, a forzar vidas que estaban dentro de sí, madurando. ¿Quién decide el instante de la creación?, ¿quién la creación? Monstruo tras monstruo se le van sucediendo en la mañana amarga que ignoraba, que no sabía que estuviese allí, aguardando por él para hacerle presentes los naufragios, los abortos de su creación, los fantasmas de su mente; gentes que pudieron ser y que no fueron —quién sabe si por la pereza, si por la impotencia se le hacen presentes, reales, como en muchas ocasiones se nos hacen reales, casi

tangibles, nuestros propios muertos. ¿Será acaso el escritor alguien con más muertos que los demás? Los muertos propios, los ajenos, los que son producto de la mente enferma que los engendra.

Se siente humillado delante de sus muertos. Quisiera poder pedirles disculpas, justificarse con ellos, con los malditos muertos que se le aparecen en Aix sin cortesía ni consideración alguna y dando por descontado que no tienen ni sienten, ni padecen ninguna necesidad de avisar. No se decide a levantarse de la cama. El ultraje que está sufriendo le causa cierto placer; quiere decir, en primer lugar, que está vivo, que sus fantasmas los creó él, y, en segundo, que él es el dueño de su angustia. ¿Será angustia esto que tiene? Cuando niño, en las noches de miedo y vértigo, cuando el sentimiento de la muerte lo tullía hasta el sollozo, hasta la misma lágrima o hasta el grito, acostumbraba a masturbarse. Eso mismo es lo que hace ahora, sin haberse siquiera molestado en tomar la decisión, impremeditada e instintivamente, sin saber muy bien por qué, dudando a cuenta de quién dejar huir su energía, hasta que se le presenta la eyaculación en el medio de sus indecisiones y la frustración lo invade, como cuando niño. Son muchas cuatro mozas para escoger. Un poco avergonzado se levanta y va hacia el lavabo. La soledad trae con ella estas servidumbres de las que no consigue separar el sentimiento de culpa, la noción de pecado. Piensa en eso mientras está en la ducha y canta canciones dulces como nanas, arorró mi niño, arorró rey mío, arorró mi amorcito. ¿Habrá algo más inútil que un cincuentón recién masturbado? Se pregunta mientras canta, y se lo sigue preguntando mientras se viste y también en el momento en el que decide salir a la calle.

Cuando baja por la rue Paul Bert hacia la plaza de l'Hôtel de Ville hay un remolinar de gentes que se atarean en el mercado de verduras instalado en la plaza, ocupándola. Es un espectáculo lleno de luz en el que la gente participa comprando sin gritar, sin reñir por los precios; en la esquina con la rue des Cordeliers hay también una pescadería y se detiene a observar los precios, los tamaños de los peces, el color que muestran; el resultado de todo ello le produce la impresión de que fueran extraídos del mar padeciendo avitaminosis o algo semejante. Tienen los pescados una apariencia opaca, deslucida, tal que si fueran peces más tristes o menos llenos de vida, allí mismo en las cajas que los contienen, que los de su tierra, que estarían llenos de la argentina luz que viene de los fondos fríos oceánicos, aferrándose a una vida que se le escapa, en cestas hechas con madera de castaño, reposados entre helechos y algas, brillantes y con los ojos escasamente blandos, sí, en cambio, vivos o llenos de fuerza, tan al contrario de estos mediterráneos en donde la luz se queda en la frontera del agua, siempre en la superficie, cegadoramente.

Baja luego hasta el Cours Mirabeau y se sienta en la terraza de uno de los viejos cafés que algún día fuera atendido por dos muchachos; el mismo café que ahora muestra viejas y deslucidas fotos de Churchill habitándolo; en el viejo lugar en el que, a buen seguro, pasó más de una mañana como ésta, tan llena de la luz que llega matizada por los plátanos, el viejo Cézanne; acaso Mistral también allí estuviera, por

lo menos es agradable sospecharlo. Con todo son ya las doce y el *cours* tiene adquirida esa animación que le presta la gente apresurada que entra y sale de los bancos, que entra en el supermercado, tan americanamente ordinario, tan soez y vulgar como los de cualquier aldeíta de su tierra, y que le despierta un algo de ternura no exenta de crítica corrosiva. Y es que el esteticismo puede ser un refugio para impotentes, un asidero más, otro fetiche para aquellos que, no siendo capaces de crear su propia belleza, tienen necesidad de naufragar en la ajena: aquellos que aman o rechazan las formas vecinas y próximas, incapaces de superar su propio amorfismo, su carencia de ángulos, de protuberancias, de cumbres y depresiones, de vueltas y revueltas, acaso también de imperfecciones; aquella gente lineal que no se expone, ni se equivoca y desde su palco de abono exige, corrige, escruta, señala, torna a escrutar y no arriesga la opinión más que cuando el aplauso es unánime o la bronca generosa y generalizada; y entonces son los más temibles, los más despiadados, los que no dudan en señalar con el dedo y en levantar la voz para que todo el mundo los escuche y sepa de su lengua afilada como una navaja, de la perspicacia de sus asertos, de lo verídico de sus afirmaciones, de lo eficaz de su interpretación del sentir del pueblo soberano. Y ahora es él mismo quien se recrea en la unánime opinión: los supermercados son feos y ordinarios, la carne de pollo puede ser comida, pero no la piel, que tiene progesteronas y cancerígenas resultan ser las muy tales, amén de que te pueden alterar la voz y producir alopecia de la barba, así lo expresa y piensa; la fruta, por su parte, está tratada con insecticidas y el humo de los coches también produce cáncer, por la suya. Pero hay algo dentro de él que no se resigna y algo que lo impulsa a la contradicción y lo libera o somete, según el día, y le hace bendecir los insecticidas que permiten que el plátano no sea ya una fruta exótica; alabar las granjas de pollos y exaltar la bondad de los piensos compuestos que permiten comer pollo a tanta gente; y concluir entusiasmado en que no está dispuesto, en absoluto, a prescindir del coche. Hasta que se da cuenta de que no está haciendo otra cosa que pensando en simplezas, de que huye de un extremo hacia otro, de que por ese camino no se va a ningún sitio. Paga lo consumido (un zumito de naranja) y continúa bajando despacio hacia la universidad por la plaza de los delfines, tan hermosa; atraviesa el bulevar Roi René y sigue, continúa descendiendo hasta la Cité Universitaire des Jeunes Gens «les Gazelles», tiene gracia: «les Gazelles». Decididamente, lo más cancerígeno es el salario mínimo.

Llega a los barracones cuando ya los estudiantes están todos sentados alrededor de las mesas largas e inestables que cumplen, mal que bien, con el oficio de permitirles comer sentados a ellas. Hace calor y las botellas de agua, que son de plástico, tienen el fondo congelado. Es una idea de la mujer del escritor borracho y célebre: las mete en el congelador medio vacías, por la mañana temprano, y ahora no hace falta más que llenarlas de agua. No es nada ruin la idea, lo malo es que hay que dar más paseos de los esperados para rellenar las botellas cuyo líquido se agota de forma inmediata y más frecuentemente de lo deseable. Ah, si no estuviera tan fría.

Se sienta cansinamente con el grupo de profesores y de los alumnos si no aventajados, sí más colaboradores, y lo informan de que al día siguiente, al final de la comida, habrá un debate con el abogado de una actriz célebre que defiende con mucho ardor e ímpetu a las focas con las que, según parece, se siente muy solidaria; no se sabe si a causa de alguna identificación de tipo por establecer o por cualquier otra razón que la prensa del corazón se abstiene de citar. El abogado es un «gauchista» y el debate promete ser interesante, pero hoy van al Durance, un río de aguas azules y cantos rodados en sus riberas. Come en silencio, disminuidas sus fuerzas, aplacado su ánimo conversador, dueño de unas ojeras solemnes y precisas.

VIII

Lourenzo Pedreira acoge el encargo no sin cierta reserva, pero entero de confianza y deseoso de atender, en las condiciones que se merezca, a aquel hombre enjuto, de mirada penetrante y caminar reposado, que peregrina el país caballero en una yegua que incluso parece tener sentido común, es decir, a veces, bueno, a veces, malo, y despreocupado el jinete de pertenencias y negocios hasta tal punto que permitió que el animal estuviera al alcance de ladrones o de inspecciones como aquella a la que el propio canónigo la había sometido, cuando ya en los bajos del Hospital había removido las alforjas, los arneses todos, sin encontrar nada.

Compostela no es durante estos tiempos lo que no hace mucho era todavía. Cuarteado el siglo, las disputas entre el emperador Carlos y el llamado Francisco, conocido por Primero, cercenaron el camino que comienza en Francia y trae hasta ella, de manera y forma que las rúas ya no tienen aquel ruge-ruge de gente que las ocupaba, las posadas están casi vacías de hablas extranjeras y, en el Hospital, aquella su primera dedicación de refugio para los sanos y de lugar de curación para los dolientes que venían de afuera, está siendo sustituida por la de la atención de los pobres, de los soldados y de los expósitos que genera el propio país. Por eso ahora, cuando el Visitador sale caminando hacia el Hospital de Peregrinos, puede ver a uno de los médicos atendiendo a los enfermos de la ciudad, en la propia puerta del Hospital, acompañado por el boticario, que trae hierbas y remedios en una caja, por si fuese menester usarlos, y acompañado también del barbero, que tiene, a su vez, dispuestas las sanguijuelas y los trebejos por si se necesitase sangría. Lourenzo Pedreira le explica mientras tanto al Visitador las envidias y los proyectos que le llenan el corazón; no hay derecho a la similitud entre los sueldos de los capellanes y los de los médicos, porque si curan los cuerpos los segundos, no es menos cierto que atienden a las almas los primeros y libra y media diaria de cordero, cincuenta ferrados de trigo al año, setecientos cuarenta cuartillos de vino, dos más en bisiesto; así como veintidós cuartillos de aceite, también al año, seis carros de leña y veintiséis libras de velas de sebo al año, no son pensables para quien tiene que visitar a los enfermos por el día y confortarlos, preocuparse por su salud y atender a los que se hallen en peligro durante la noche o a cualquier hora en la que preciso sea.

Él lo sabe bien. Un hermano suyo es uno de los capellanes del país que, junto con los de idiomas extranjeros, nacidos como es de suponer en otras latitudes y en estos tiempos sin mucho en que ocupar su ocio, atiende a aquella católica fundación y es conoedor, por lo tanto, de que su hermano, el capellán, no puede ausentarse sin licencia «y eso, puede creerlo, monseñor, no lo compensan ni siquiera los dos meses de recreación que disfrutaban cada año; hay que misar diariamente por los Reyes Católicos, cotidianamente hay que cumplir las horas de coro y todos los días hay que llevar a cabo las funciones especiales, las solemnes e incluso también las fúnebres. Y no pueden tener los capellanes, si es que por equivocación se hiciese caso alguno de

orden tan poco conmisericordiosa, mujer ninguna en la casa, ni servirse de criadas que sean sospechosas de incontinencia o de aquello de lo que pudiera derivarse escándalo. No es una bicoca, monseñor, la tal capellanía, en cambio éstos —y señala, despectivo, al médico— con tres visitas diarias a los enfermos tienen hecho su trabajo».

El Visitador calla y sonrío. Al entrar por la puerta de las caballerizas la yegua relincha al ventear al amo con lo que consigue no sólo saludar a su dueño, sino también que Lourenzo Pedreira se persigne a toda prisa como si aquello hubiera podido ser asunto de cristianos.

—Sin tener en cuenta el alma, da la impresión de que tuviera sentido —afirma convencido el clérigo.

El Visitador no quisiera que nadie le tuviera que llevar la yegua hasta su nueva morada y es por eso por lo que salen ahora con ella del ronzal hacia la casa del canónigo. Una vez allí, el miembro del Santo Oficio hace indicaciones que Lourenzo graba en la memoria mientras el Visitador le habla; lo hace moviendo los labios a la par, bisbiseando las repetidas palabras, la mirada fija en los de su interlocutor. Va a ser la suya una ocupación de pocos días, pero estaría más satisfecho si, puesto que Lourenzo lo va a acompañar por el país adelante, dejase recado de que, para el regreso, le tuvieran preparada la vivienda propia, la que le corresponde, con servicio y familiares, en las casas cercanas a la catedral, en la Porta da Pena, y si no hay en ella sitio en cualquier otra, pero en cualquier caso, mejor en la parte alta de la ciudad, desde la que se domina todo, abarcándolo en una sola mirada.

Se acomoda, por fin, en la habitación que se le asigna, se lava de nuevo y, sin opción a respuesta alguna, avisa de que va a salir a dar una vuelta para aprender las calles y saber de las esquinas que ha de doblar acaso en escorzos peligrosos. La caballería, atendida en la cuadra, está siendo cepillada por un criado y la montura y el resto de los aparejos, despreocupadas las atenciones de ellos, reposan en un rincón sucios aún del camino recorrido hasta Compostela. Él mismo ha de limpiarlos, nadie debe hacerlo en su lugar, pues se trata de silla repujada que prefiere estropear él solo, antes de que cualquier persona lo haga. ¿Y los aparejos? Los aparejos son recuerdos de familia. Ni los toquen.

Entre unas cosas y otras se le escapa la mañana y también se le va la intención primera de salir a almorzar con el canónigo. Nadie lo llama. Concluido el almuerzo, Lourenzo Pedreira acuerda en buena hora echar una siestecita y el Visitador decide caminar las rúas despreocupadamente, sin prisas, hasta encontrarse de nuevo delante del Hospital de Peregrinos. Hay algo en su porte que impide que nadie le diga nada al verlo entrar, decidido, por las salas que los enfermeros están perfumando con hierbas aromáticas. Todo lo inspecciona, lo observa todo. La estructura en cruz del Hospital, construido así para que los enfermos puedan escuchar misa sin moverse de sus lechos, le facilita ahora pasear retardadamente la mirada que se alarga sobre las hileras de lechos como surcos de miserias; desde el altar más alto, el que se ve desde

las enfermerías, puede incluso observar al ama mayor llevando un fardo, que ha de ser un niño expósito dejado, esa misma noche, en alguna de las puertas del Hospital: es una niña y no trae consigo el certificado de haber sido bautizada. También ve a un capellán gordito y con cara que le resulta familiar, acaso el hermano del canónigo, que se dirige a cristianarla; más tarde, cuando las amas de leche lo decidan con el ama mayor y el Visitador no esté allí para verlo, será marcada por el cirujano y enviada a una parroquia en la que ha de ser criada de por vida.

El Hospital es un mundo organizado que comienza a bullir, dadas las cinco de la mañana, con el toque de alba y que, a esta hora del día, empieza a serenarse. El Visitador no pregunta por nadie; pero, inquieto por la tardanza en orientarse, comienza a sentir impaciencia por no haber encontrado todavía la casa del médico, aquel que por la mañana temprano atendía a la gente en la puerta del Hospital.

Siempre termina por vencerlo la curiosidad; aquel afán suyo de observar atentamente, de conocerlo todo, de memorizarlo todo, de grabarlo en su mente a la primera mirada, un afán que tanto le había valido a lo largo de su vida, hay ocasiones en las que sin embargo le interfiere las primeras decisiones alejándolo de ellas, distraído con acontecimientos insospechados; así por la mañana en la casa del canónigo; así ahora en el Hospital, que ya empieza a conocer, perdida la mirada por los claustros hermosos, por la capilla blanca y llena de esa luz agrisada en la que el país es hartamente generoso. Hace tiempo que tenía que haber topado con el facultativo y dejado de dar vueltas por los largos corredores.

Unas voces lo reclaman. Surgen del piso superior y distraídamente se va acercando a la escalera que conduce a ellas. Son voces de contenida ira, unas, de irreprimible grito, otras; y se va allegando poco a poco, demorándose en la ascensión de la escalera; la discusión va de piernas. Una de las voces, la que puede empezar a atribuir al cirujano (trescientos treinta y siete reales por marcar niños expósitos, veinticinco ferrados de trigo en especie, libra y media diaria de carnero, amén de setecientos cuarenta cuartillos de vino al año, más extraordinarios), esa voz, reclama los cadáveres necesarios para practicar las anatomías; otra, la que reconoce como la del médico que atendía a los enfermos por la mañana temprano, afirma que es una indecencia contraria a decoro, contraria al respeto que merece la humana persona, el que vaya pidiendo las partes que necesita, separadas de los cuerpos, a su antojo y una por una; «además, ¿no tiene un sitio adecuado —dice la voz del médico— para realizar las disecciones sin que tenga que ser necesariamente delante de los enfermos, en las propias y largas salas, en los inmensos corredores llenos de ojos asombrados a la vista de tan salvaje tablajería? Así que, a partir de ahora —grita el médico—, o cadáveres enteros, o nada. O se lleva el fiambre completo, o no se lo lleva a trozos y luego de cortar a los muertos delante de los vivos. Y así, luego, lo que sobre se enterrará todo junto y no las piernas aquí, los brazos allá, el tronco y la cabeza acullá; cosa que no es decente». En el futuro una sala para autopsias y disecciones ocupará un espacio en el edificio enorme, próximo a aquél en el que ahora se halla el

Visitador, que alcanzó ya el primer descanso de la escalera, y allí, escondido entre las sombras, aguarda el fin de la discusión. De lo que se trata, en el fondo, es de que el médico no quiere que el cirujano realice las disecciones de las partes del cuerpo, con las que quiere practicar, delante de los enfermos; tampoco quiere el galeno tener que responsabilizarse él de ordenar los entierros sucesivos de las partes sobrantes. Es una lucha corporativa, quizá gremial, siempre de privilegios, en la que el Visitador cree ver una cierta desvergüenza, una cierta impudicia del cirujano y una cierta benevolencia del médico para con los enfermos que presencian atónitos cómo se descuartiza a un ser humano que, hasta hacía bien poco, se lamentaba, lloraba, reía o se detenía, estupefacto, a soñar con una salud imposible.

Cuando el Visitador se percata de que aquello tiene una solución de continuidad, opta por concluir la ascensión y plantarse en medio de los sanadores; lo hace sonriendo y consciente de la reacción que va a provocar con su intempestiva presencia, con su disparatado proceder, pero ya está resuelto: con la cabeza baja, la mirada erguida y el dedo índice señalando alguna lejanía insospechada irrumpe y dice, sin que al parecer venga muy a cuento:

—Sí, pero tienen que reconocer que si se corta un hueso, un cartílago, un nervio, también un tendón, la parte más delicada de la mejilla, e incluso, el prepucio, estas partes no vuelven a crecer, y además no se juntan, o, lo que es lo mismo, no forman reunión; máxime si son de un muerto, claro está.

El médico se vuelve hacia aquella voz grave y cadenciosa que pronuncia el idioma del Reino de Galicia con un deje que él reconoce y siente próximo; abre los brazos y se funde en un apretón con el Visitador, mientras que, por si hay duda y sonriendo, le responde:

—Hipócrates, aforismos. El diecinueve de la sección sexta...

Se palmean vigorosa, virilmente las espaldas; se miran, entrecogidos ambos por los dos antebrazos, y vuelven a fundirse en un apretón jovial.

—Sí, pero ya sabes que donde yo dije mejilla, se quiso leer *ouatos*, es decir, «pequeño lóbulo de la oreja».

El médico entiende el juego y se muestra dispuesto a barrer definitivamente la discusión anterior; mientras el cirujano asiste asombrado a aquel acontecimiento que escapa a su control, y empieza a desistir de conseguir su propósito.

—Ya sé, ya sé; aunque Aristóteles, que leyó solamente «la mejilla», confirme los textos, él mismo añade, supongo que por si acaso, «el párpado». Y tú ya sabes que eso no está ni en los textos árabes, ni en los griegos.

El Visitador tiene también cierto espíritu competitivo, cierto empuje que lo lleva siempre a aceptar los riesgos y, aunque midiéndolos previamente, a cumplir los desafíos. En cualquier caso el efecto ya está conseguido: el cirujano acuerda despedirse cortésmente y se va, seguido del practicante y del enfermero mayor, quienes, callados, ha asistido a la discusión inicial. Todos ellos se dieron cuenta de la amistad reencontrada en aquel abrazo y dejan solos a los dos amigos para que

sosegadamente comiencen a pasear por el claustro superior. Aún tienen tiempo de escuchar al recién llegado que sigue insistiendo:

—Te diré que vengo de Italia y que allí muchas experiencias modernas, hechas por hombres eminentes como este a quien tú niegas las praxis, prueban que los nervios y también los tendones son susceptibles de formar una reunión sólida luego de haber sido cortados y separados. Ya ves que los progresos de la cirugía ponen excepciones en estos aforismos.

Y se van los dos por el claustro adelante.

Más tarde, en la dulzura del atardecer que declina con una luz que nadie aguardaba ya para aquel día, los dos amigos seguirán hablando de aquello que los une, de los descubrimientos realizados, de los mundos que el conocimiento abre. Pero ahora el médico, al comenzar a bajar la escalera, es el que insiste de nuevo.

—Este badulaque no es una eminencia, mi viejo amigo. Por otra parte, eso que dices significa que aquel a quien se le agujereó la vejiga no tiene por qué estar en caso mortal de necesidad.

—No.

—Ni si este agujero es en el cerebro.

—No.

—Ni si tiene una herida en el corazón.

—No, si es pequeña.

—¿Aun en el corazón?

—Aun en el corazón.

El médico duda una vez más; ahora empieza ya a ponerse serio, a escuchar con atención, a memorizar aquella serie de datos insospechados.

—¿Y el diafragma?

—En el diafragma no sé, pero en los riñones, que es lo que los árabes y sus traductores interpretaron, en los riñones tampoco.

—Es decir, que si añadimos los intestinos tenues, el estómago y también el hígado, en ninguno de todos estos casos está el herido en caso mortal de necesidad.

—Exactamente.

—¡Pues otro aforismo fuera!

El Visitador se rió.

—El decimoctavo, si no recuerdo mal.

—Eres el diablo: ¡ahora también eres alquimista!

El Visitador mira al médico y calla sin aceptar. Calla, solamente calla. Son tiempos difíciles para el estudio, incluso para el simple conocimiento. La pragmática de Aranjuez es terminante en sus avisos: pena de perpetuo destierro, con pérdida de todos los bienes, a aquellos que estudien o enseñen en las ciudades o en los colegios extranjeros. El Monarca había entrado en Valladolid con un auto de fe contra los luteranos, a modo de bienvenida, y se había deleitado con las hogueras de las que brotaban llamaradas insolentes con fuerza y energía tales que no hacían suponer que

con ellas se llevasen la humana carne de seres que pensaban. No son buenos tiempos y aquel que entre y salga del país buscando novedades, intercambiando conocimientos, transportando libros, es un espía potencial, carne de hoguera. El Edicto de Sangre de Bruselas está ahí y esta conversación es una temeridad.

—¡Eres el demonio! ¿Qué vienes a hacer a Compostela?

Por fin, el Visitador decide hablar y confiarse.

El Reino de Galicia es una especie de remanso, en todo él no se encontrará un verdugo que la Inquisición pueda utilizar contra los herejes; habrá que traerlo de afuera, como de afuera tendrá que venir la intransigencia, el oscurantismo, la fe ciega y fanática, a imponerse sobre lo que ellos llaman superstición, paganismo, intereses locales. En estos revueltos y difíciles tiempos hay personas que vienen al antiguo Reino con misiones tendentes a impedir la entrada de los verdugos, de los intransigentes, de los oscurantistas y de los fanáticos.

—¿Has oído hablar de la Real y Militar Orden de Santa María de la Espada Blanca?^[9]

IX

El Durance trae las aguas del Verdon, acaso del Lac de Sainte Croix, y ciertamente que son azules, cuando menos a esta hora de la tarde en la que una multitud de coches y acentos invaden sus riberas y cuerpos mozos y extraños se citan de nuevo delante del milagro del agua.

No saben muy bien los estudiantes el porqué de su presencia allí. Muy cerca están el mar, las playas, incluso las piscinas de Aix; sin embargo, ellos están aquí, en esta ribera de cantos y árboles escasamente dulces. Hay una vieja mansión abandonada y medio derruida por la que los muchachos entran de forma intempestiva, recorriéndola en toda su extensión, en toda su vetustez.

Lo que mejor se conserva son las antiguas cuadras en las que viejos arcos de cantería sostienen unas bóvedas con las que el tiempo y los desastres nada pudieron. Se trata de una extraña mansión con cuatro torres cilíndricas aún erguidas, que pudo ser posada o cenobio, fortaleza o misión de frontera: está al lado del río y, a pesar de ello, no tiene aspecto de casa de labor, aunque acaso lo fuera en algún tiempo.

Lucille, como responsable directa del curso y del desplazamiento hasta tan señalado e inhóspito lugar, ayudada de sus acólitas, dispone fogones de butano, cazuelas y otros trebejos y prepara insípidas salchichas de carne blanca, gruesas salchichas cuyo mayor y acaso único mérito sea el de ser picantes y tirar del vino, lo que, caliente como ha de estar y con el calor que hace, será más bien contraproducente si es que el estudiantado se decide a beberlo. Se trata, por lo que se ve, de un *pique-nique* universitario. Los estudiantes están bañándose.

El río está lleno de cantos rodados e incluso existe un rápido por el que el agua coge un poco de velocidad, muy poca, pero suficiente como para que los alumnos se resistan a meterse en él, dejándose llevar por la corriente. El profesor visitante recuerda, entonces, los rápidos del Padre Miño, aquellas mañanas de mayo en las que empezaban a andar, una vez que se habían ausentado de las horas de clase, por la ribera arriba, ocho, diez, doce kilómetros, hasta que el sol decía que ya era hora de regresar abajo, a la Oira que amaba don Vicente^[10], y entonces se sumergían en el agua y se dejaban llevar por ella, felices en la inconsciencia, ligeros como hojas secas y doradas. El río bajaba rápido y, al llegar a las presas, había que enderezarse hacia el sitio indicado, por las acequias que desaguaban en los molinos, pasando al lado de ellos, siempre por donde el agua se deslizase sin romper. Si no se conseguía el camino adecuado, podía venir, podía ser, la muerte o la resurrección, en el medio de tanta y tanta espuma, con el cuerpo maltratado de golpes y de emociones demasiado fuertes. Pero si conseguías ir por el camino indicado, velocidades de vértigo y locura te llevaban río abajo como un relámpago de luz, acaso como una musaraña, que Eduardo^[11] atisbaría antes de que fuese de noche, el cuerpo bien estirado, toda su longitud bien conseguida. Bajabas así, preso de emoción y miedo, temiendo siempre

batir con las rodillas en el fondo de cantos rodados, porque el agua estaba baja después de la presa y podías verlos pasar por debajo de ti como si fuesen ellos los que se moviesen y tú sintieras tan sólo, en tu cuerpo, aquella ligereza material que sólo el agua comunica.

El visitante, el más viejo de todos los profesores visitantes, el más retraído de todos ellos, no sabe resistir la tentación y se va acercando, despacito, represa arriba, remontando el río, hasta que llega a cien metros del embalse en donde el agua comienza a coger fuerza. Hubo quien vio aquel su aproximarse caminando por encima de los cantos rodados de la ribera, difícil, y lento, ridículo en los equilibrios, disfrutando con las piruetas que el viejo profesor fue prodigando, gozando al ver las forzadas posturas que adoptó, las cuatro patas sobre las que tuvo que andar en más de una ocasión, y ahora observa asustado cómo aquel extravagante se introduce en el río y nada, casi se diría que majestuosamente, camino de donde el agua coge fuerza. Y avisa. Los más osados de los muchachos tensan sus cuerpos y dan cuenta de que están dispuestos a echarse al agua y sacar a aquel loco imprudente; otros deciden que es peligroso, que mejor es esperar. Pero hay otros que intuyen el deleite y que comienzan a subir río arriba mientras el profesor, feliz, baja en el agua, dejándose llevar por ella. Va feliz, ingrávido y feliz, tieso como una tabla, dejándose llevar. Y aturuxa, aturuxa fuerte en medio del Durance, en medio de la Provenza, y aquel grito que nadie conoce suena a triunfo y a reto y a alegría recobrada; y la gente se distiende, y, cuando el profesor llega al remanso que hay en el vientre del primer meandro, hay muchachas que aplauden y jóvenes que lo felicitan, y él, feliz, exultante, sin salir del río, les explica que aquello no es nada, que de niño, en su país, que tiene mil ríos hermosos y llenos de agua en plenitud, se jugaban la vida bajando por el Padre Miño, el padre de los ríos de Galicia, acaso también el Padre de Galicia, que baja majestuoso y grave desde hace siglos, lo mismo que hace siglos, hasta que llega a los rápidos y truena como un patricio, enojado y colérico, que se vuelve peligroso sin llegar a perder la compostura.

Y he ahí que vienen ya los muchachos que lo siguen en su pequeña aventura del Durance, mientras que los otros no se atreven. «Si vierais el Miño...», no se resiste a repetir una y otra vez el escritor a sus alumnos. Y vuelve a subir río arriba, seguido de los muchachos a los que explica los secretos para una bajada segura, para evitar los remolinos, para disfrutar, que al fin y al cabo es de lo que se trata.

Lucille observa desde la orilla, una vez que fue avisada por una alemana de Aquisgrán que es traductora y tiene el pelo cortito, rapado, de las feministas emboscadas. Cuando termina el segundo viaje, se acerca y le susurra toda cariacontecida:

—Usted o está loco, o es un inconsciente.

El escritor sin nada que contar sonrío feliz.

A la salida del agua y mientras terminan de freírse, más bien de hervirse las salchichas, los alumnos se distribuyen no por naciones de origen, sino por afinidades musicales. Abrieron las puertas de algunos coches y pusieron música en las radios, en los casetes, y la música es la que los congrega. En poco tiempo aquello es un batifondo que el profesor aprovecha para hacer fotografías de los grupos, pero que nadie soporta; un estruendo, escaso de sentido y difícil de aguantar, que va cesando poco a poco según la gente se ausenta a recoger su cena.

Lucille y el Profesor se alejan. Hay un viejo alcornoque, de tronco retorcido y doliente, que enseña las raíces fuertes y amplias sobre las que se sientan.

—Aquí vine yo muchas veces a soportar sola mi soledad y a meditar sola mis problemas.

Le explica la mujer al hombre que con ella está y asiente.

—Pues tiene muy buena pinta, para tal menester.

Se da cuenta de lo mal que empezó la conversación, de lo torpe del comienzo que no conduce a ningún sitio, y decide entrar, por otro lugar, camino de la intimidad con aquel hombre callado, que baja como un niño por el río, que sorprende silenciosamente y que se confiesa seco como una fuente durante el estiaje.

—Hubo un tiempo en el que alquimistas y santos, ermitaños y gentes así, poblaban estas riberas; incluso la casa abandonada en la que estamos. En sus sótanos habría crisoles y miedos, esperanzas y fracasos y al pie de este alcornoque algún conjuro se daría.

Ahora sí, ahora el hombre enjuto y serio decide regresar adonde los mortales habitan, ahora se interesa.

—¿Sabe —le dice ella— que estuve pensando en el Griffon anoche y que éste puede ser un buen sitio para que nazca?

Él asiente y calla, pero algo comienza a nacerle en la cabeza que ha de suponerle un año, otro año, de fracaso y frustración. Si el Griffon naciese, si el Griffon tuviese que surgir en algún sitio, brotaría en las Gorgues du Ventoux, en aquellas simas que parecen la puerta del infierno, de un infierno dantesco y dramático, lleno de sufrimiento y desgarrado.

—¿Sabes? —le dice él tuteándola por primera vez, acción ésta debida, acaso, a la placidez de la tarde o al inicio de la aventura de un ser que va a nacer ahora mismo—, en mi tierra hay una isla y en la isla hay una cueva, una gruta, que está al nivel del mar y en la que el océano penetra, a la que se llama la Boca del Infierno, pero no da miedo, no impresiona; todo lo más, piensas en que si te coge allí un buen golpe de mar, de los que repetida, sistemáticamente allí baten, acaba contigo a buen seguro; y si no en lo que piensas es en los percebes que guarda la caverna, los mejores de todo Ons, que así se llama la isla.

Pero ésta de aquí, esta otra puerta del Infierno, es estéril, yerma y dura y

majestuosamente, grandiosamente hermosa; son sus dimensiones las que impresionan, no su belleza; es el cañón, hecho como un tajo que hubiera quedado así luego de la última convulsión de la creación del mundo. El Griffon nacería aquí, surgiría (cabeza de anguila que tiene) del agua que desde arriba semeja un reguerito, y que siendo como es un río, serviría que él navegase por sus aguas, retozando en ellas satisfecho.

Lucille entra en la aventura.

—Nacería aquí y estaría enamorado, pero afligido de su mal de amores huiría al no ser correspondido.

—Sí, pero como le daría vergüenza, huiría por las corrientes subterráneas.

Ya está la frustración en marcha. Maldita manía aquella suya de articular mundos a partir de las mujeres. ¡Un Griffon enamorado! ¿A quién se le ocurre?

Un Griffon enamorado. Ya empezaba a organizarle la vida; en cualquier momento sería capaz de montarle ella sola la novela que él no era capaz de organizar, tan siquiera de articular mínimamente, y que tan sólo la buena disposición de su ánimo, la creencia de que tenía que ejercer una vez más de escritor, le había llevado a exponer de forma sucinta y sin más compromisos por su parte; pero no contaba con una hispanófila enamorada de la literatura, también de la creatividad e igualmente llena de todos los tópicos y complejos que llevan con ellos, con ellas también, sin ninguna duda, los profesores/profesoras de literatura; todos ellos, los más de ellos, pequeños escritores frustrados que cualquier día y tan pronto como decidan ponerse a ello (y no se ponen porque no quieren), escribirán una gran obra que haga de su literatura algo mundialmente reconocido y considerado. ¡Los profesores de literatura! Él venía de un país lleno de ellos hasta tal punto que, para entrar en la nómina de los escritores, casi se había convertido en una *conditio sine qua non* la de estar en la del Estado desempeñando cátedra. Por lo que se veía, aquello no era endémico de su noroeste finisterrano, sino que, en todas las latitudes, los profesores solían tener alientos literarios y obra por hacer. Era una situación opuesta por completo a la suya, que se sabía y temía reconocerse incapaz de comenzar la creación de dos nuevos mundos, de afrontar nuevas historias en las que otra vez vaciarse entero.

Y es que un escritor, cuando la concluye, no es la misma persona que era antes de escribir una novela; en cada una de ellas deja trozos de su propio ser, se desprende de ellos, aligerando unas cargas e incrementando otras de forma que su vida, su propia concepción del mundo, varía después de cada proceso creativo. Intentó explicárselo a ella, pensó en hacerlo allí mismo; pero se dio cuenta de que no iba a poder ser entendido, de que sólo un sordo entiende a otro sordo, que sólo un sordo sabe la impotencia que la sordera significa, el enfado que produce la enrarecida comunicación con los demás; comunicación en la que los mensajes llegan alterados y confusos, intuitos, a medias comprendidos. La comunicación que se establece entre el escritor y su lector es, precisamente, un diálogo de sordos. El novelista habla de unas cosas y el lector entiende otras en un proceso lleno, hasta el borde, de paranoia,

llo de pensamiento proyectivo. Así, el novelista finisterrano llegaba a clasificar a la gente de acuerdo con las interpretaciones, con las valoraciones que hacían de sus propios personajes y jamás había habido coincidencias. En cualquier caso, el diálogo de sordos era siempre una aventura; una aventura de la que el único que no salía enriquecido era, al parecer, el propio autor^[12]. Hay en Galicia unas construcciones que se llaman hórreos y que son de curiosa silueta, tan curiosa en su apariencia que consigue, incluso, que los turistas piensen que son capillitas muy recoletas y peripuestas por dentro; lo que, por cierto, no suponían en un pueblo que no imaginaban excesivamente religioso; pues bien, en lo alto de los hórreos se ponen adornos o cruces en los sitios en donde antes se ponían cuernos de toros o calaveras de caballos —aún se pueden ver así cerca de Cambados, en el valle del Salnés, el tan amado— para que, según dicen las gentes que allí habitan, el diablo se deshilache en trizas, por la noche, al pretender habitarlo y que, al mismo tiempo, los malos espíritus se desgarran de querer penetrar en la intimidad del hórreo, en el vientre matricial, nutricio, del granero que los foráneos confunden con una pequeña iglesia o, vaya por Dios, con tumbas. Pues así el escritor se desgaja, se deshilacha y sale hecho jirones, harapos desangelados y acaso húmedos, una vez que penetró en el vientre, en las entrañas, en la intimidad de sí mismo en esa labor de búsqueda, de escrutamiento, de introspección, que es la procura de los monstruos que lo habitan en sus más recónditas entrañas; una ascesis, exenta de mística y romanticismo, hacia el templo interior que cada quien soporta y que lo va consumiendo lenta y silenciosamente. Van saliendo los monstruos y van surgiendo las novelas; manan, fluyen por manantiales que presta la propia vida, que la vida pone a disposición del escritor en cualquier vuelta del camino y sin que él lo pida, pero que él tiene que dosificar para que no mengüe antes de tiempo su empuje. Y así el escritor controla su propio impulso y sabe del declive, de la existencia de aire, tan sólo de aire, en el vientre del hórreo, lleno que estuvo de las cosas que él ¡oh, insolente! fue sacando a escondidas, al tiempo que se deshilachaba, que se desgarraba en su propia calavera, ¡oh, desgraciado!^[13]

—Mira, Lucille —le dice el escritor por ver de huir del Griffon que empieza ya a acosarlo, a ocuparlo desde una entraña que había permanecido oculta y tenebrosa—, deja por hoy el Griffon, que eso es cosa mía.

Pero ella insiste:

—Háblame de él, piensa en voz alta, que yo escuche; que yo pueda ver cómo brota una novela.

La experiencia del día anterior había sido comentada en el aula, por la mañana temprano, cuando el novelista se hiciera ausente, dormido que estaba en su lecho, arrullado por la resaca, como algo insólito y privilegial a lo que habían tenido acceso, la suerte de asistir las cuatro mozas. Cada una había contado su experiencia, enriqueciéndola con la propia imaginación, de manera que, al final, aquel nacimiento había resultado ser un proceso algo litúrgico en el que las sacerdotisas habían tomado

parte activa, exorcizante, fundamental hasta tal punto que el rito iniciático, el rito fecundante, había sido cosa propia de ellas. Quizá se debiera a aquel discurso matutino la mirada poco cordial de los muchachos, la esquivada de alguna alumna, la expectante y asombrada de las más; pero lo cierto es que, gracias a unas cosas y a otras, el escritor había alcanzado en pocas horas una nueva dimensión en la que, al parecer, se había de encontrar muy a gusto.

—El Griffon tiene que surgir en algún sitio —dijo él entonces—, quizás aquí, saliendo del agua y salpicando el alcorcho al espabilarse la mojadura; pero no me parece un lugar adecuado, no sé por qué.

Había entrado otra vez en el juego. Los muchachos, hartos ya de salchichas y música, habían comenzado a coger el camino de vuelta y el aire se iba llenando de una niebla espesa e irrespirable, hecha con el polvo que los jóvenes levantaban al iniciar los coches el regreso; tan espesa y fuerte era que tuvieron que decidirse a espaciar las salidas. A Lucille le entró un acceso de tos y el viejo escritor tuvo que batirle en la espalda, reposada y fuerte y dulcemente, no porque le fuera a servir para algo, sino para que ella viese que él se preocupaba y ponía voz de circunstancias mientras decía: «Vaya, mujer, vaya», sintiéndose al tiempo ridículo e inútil. Por fin y dado que el acceso no tenía trazas de concluir, se sintió heroico, se acercó hasta el agua, mojó el pañuelo y se lo alcanzó a la profesora para que respirara a través de él; ella lo sintió tibio sobre sus labios, frías las gotas que le resbalaron por los pechos, escurriéndosele por el canal turgente que los insinuaba a la mirada, siempre ávida, del viejo habitante del Finisterre.

Quedaban ya pocos coches por salir y se fueron quedando rezagados. En algún momento comentó ella que tenía que oler necesariamente a humo y a salchichas y entonces él le aconsejó que se bañara.

—¿Ahora? —le dijo ella.

—Ahora —confirmó él mientras comenzaba a andar al tiempo que se desnudaba sin prisa y se dirigía de nuevo al río.

Lucille lo siguió y al poco los cuerpos desnudos de los dos literatos surcaban la placidez, ya nocturna, del Durance. Cerca de ellos, en otro remanso del río, voces jóvenes avisaban de situación idéntica y ellos se sintieron cercados e ingenuos, como cogidos en pequeña, infantil travesura. Jugaron en el agua como si fueran niños y llegado un momento ella le dijo «Aquí no». Después se besaron y salieron del agua cogidos de la mano. El Profesor la besó nuevamente, pero con más afán que convicción; el «aquí no» le había restado empuje, acometividad, sumándole control y reticencia. «¿Y por qué aquí no?», se había preguntado con miedo a expresarse en voz alta. La luna estaba alta, la noche aún era tibia, sin que la helada hubiese comenzado, y el agua era algo que predisponía a los cuerpos al contacto tenue, a la proximidad de las pieles erizadas y sensibles a cualquier caricia, a cualquier cercanía.

En el coche volvió a besarla con afán y convencimiento renovados, pero ella insistió, con dulzura ahora, en que aquél no era el sitio. Él se dejó convencer; atrás

quedaban las voces de los muchachos que se iban esparciendo por las riberas, separándose unas de otras, convirtiéndose en risas estremecidas que poblaban los remansos o se acogían a los alcornoques, que iban lentamente distanciándose, y desvaneciéndose, espaciadamente.

Salieron en el coche por el camino arriba, cruzaron el puente que hay sobre el río y regresaron a Aix. No hablaron del Griffon y conducía ella.

X

El Visitador era amigo de comenzar por negarlo todo en su interior para ver después de poder ir afirmando, construyendo algo; así que empezó por dudar de la eficacia de una militar orden, constituida por los propios miembros del Santo Oficio; y continuó luego por considerar la imposibilidad de su consolidación, previendo los reparos que Felipe pondría en aquella maquinación que, entre otras razones de ser, mantenía como silenciada premisa la de ocultar, en su proyecto inicial, la higiénica intención de restar poder al gran monarca dueño de medio mundo, señor de todas las conciencias.

Xan de Requeixo, el sanador, el viejo amigo, el médico, lo escuchaba en silencio; la pierna derecha reposada en una banquetita que a tal fin tenía un cojín de plumas; las cruzadas, entrelazadas manos se hallaban abandonadas sobre su vientre, generoso y enorme; mientras que la mirada, viva e inteligente, permanecía atenta a cada una de las expresiones de aquel rostro que suponía surcado de paisajes y aventuras tantas que mejor sería ni siquiera imaginar. Le contaba el Visitador que, en la orden militar de Santa María de la Espada Blanca, habrían de entrar solamente cristianos viejos y limpios; que lo harían tras rigurosa información y escrupuloso examen, y que se había de gobernar por el Inquisidor General, a quien estarían sujetos todos los miembros de la orden, tanto en lo criminal como en lo civil, exentos que estarían de toda potestad y de toda jurisdicción civil y real. Era un intento serio, metódico y riguroso el limitar el poder del emperador Felipe. Por el momento no le podía explicar más cosas; pero podía tener por cierto que, dado que él suponía la inviabilidad del proyecto, había opciones de reserva, acciones derivadas de aquel intento que él sabía frustrado de antemano en su más importante meta; pero viable si las metas ocultas, las reales, no afloraban a la superficie y permanecían en el fondo de las conciencias.

El galeno miraba incrédulo al amigo y, si una le iba, otra le venía. Hacía muchos años que disfrutaba del cabal conocimiento de aquel hombre medio enigmático, en ocasiones confuso, siempre callado, de sonrisa amable y pronta que se concretaba en los labios en tanto que en los ojos seguía alentando al eterno escrutar, el continuado observar de su mirada que, en cambio, jamás sonreía. Si no lo conociera tan bien y desde hacía tantos años, desconfiaría de él abiertamente; pero sabía de su ser tortuoso, acaso torturado, lleno de sinuosidades, que, sin embargo, mantenía una rectitud de intención que provenía de muy lejos. Desde siempre había mantenido los ojos puestos en el mismo punto de llegada y tan fijos los tenía, tan nítida era su forma de mirar que se podía permitir el lujo de evitar atajos que otros, menos avisados, inconscientemente emprendían, pero que él podía eludir como conocedor que era de la fugacidad de los tiempos y lo lábil de su consistencia. Cualquiera que no lo conociese podría pensar en felonías, en oscuras maquinaciones, pero no él. El Visitador escondía una personalidad que le era propia e intransferible y sólo los más

allegados, sólo los que sabían quién era él en realidad se atrevían a desconfiar de aquella táctica de dos pasos adelante y uno atrás que acaso el Visitador hubiese aprendido en Vedra, hacía muchos años, durante el entierro de un amigo, un muchacho joven que había muerto al volcar la diligencia en la que había montado por ver de llegar antes a su destino. En aquella ocasión había visto que las metas son inexorables y que siempre se llega a ellas: si no hay otra solución que dar tierra, tierra se dará por mucho que uno se engañe dando un paso atrás por cada dos que se den hacia adelante; así en la vida, como en la historia, lo que tiene que ser tiene que ser y el pasito atrás tranquiliza conciencias, acalla miedos y temores, concilia sentires y lleva, también de forma inexorable, a la meta que los hechos condicionan. Xan de Requeixo sabía esto y, mejor que nadie, sabía quién era el Visitador. Por su mente pasaron, tan nítidos como jamás lo habían hecho, todos los sucesos que en su cada vez más lejana infancia habían presenciado, él y su amigo, en el palacio arzobispal, por aquel entonces sobresaltado, erizado de actividad, convulso hasta el grito y hasta la más exaltada animación, mientras que los dos niños, desde su exigua estatura, contemplaban el espectáculo, asistían escondidos a las reuniones, escuchaban órdenes y sacaban conclusiones que habían de permanecer ocultas en sus subconscientes hasta que el paso de los años y las conversaciones de sus mayores les fueran permitiendo relacionar causas y efectos, frases y aconteceres.

Los dos eran muy niños y el tío del galeno, el arzobispo de Compostela, prelado de la Ciudad Santa del Finisterre, bramaba crispado acerca de que siendo Galicia un reino tan antiguo, tan leal y tan grande, se negaran a darle procurador. Y no sin razón se lamentaba el arzobispo Blanco; se sentía agraviado de que tan hermoso reino, tan apacible solar, estuviera sujeto al voto de Zamora. El conde de Vilalba, que había pedido el voto para su país, gracias a haber realizado tan desmesurada petición había tenido que salir huyendo hacia el exilio en el precipitado plazo de una hora, que fue el que le concedieron como término de su estancia en la corte.

El tío del galeno, el mitrado compostelano Francisco Blanco, a la vista de la mirada inocente y aparentemente ajena de los dos niños, no se había recatado en convocar gentes y mandar recados delante de ellos, en enviar propios y en recibir ajenos, mientras una espesa red de conspiración y silencio articulaba un ejército de gentes levantadas en armas, hartas de ultrajes y miserias, «¡Oh, mi señora doña Juana de Trastámara...!», le habían oído decir como si de una jaculatoria se tratara, sollozada para invocar presencias que tan sólo la Santa Compañía^[14] podría traer a Compostela.

Que Galicia estaba levantando gente en Compostela fue cosa que el César supo en su momento y le hizo trasladar Cortes a A Coruña suspendiendo las sesiones en la ciudad santa, para una vez allí embarcar hacia el Norte y dejar al viejo reino de Galicia, una vez más, tal y como estaba, sumido en el silencio.

Luego y durante años, los niños jugaron a convocar Cortes y, siempre, el Visitador era arzobispo y, siempre, Xan era el rey extranjero; siempre el arzobispo

mandaba recados y concitaba rencores contra aquel que venía de afuera y no dejaba hablar. Más tarde el amigo había desaparecido en plena pubertad.

Esporádicamente había sabido de él y de sus actividades. En ocasiones creyó identificarlo en oscuros personajes de los que llegaban noticias a sus oídos; por veces no tuvo dudas de que se trataba de su compañero de juegos; en dos ocasiones lo reconoció y habló con él larga y demoradamente. Una de ellas había sido en Aquisgrán, boticario que el Visitador era entonces en uno de los conventos más notables de la ciudad; la otra había sido en Aix, acogido a la sombra de la catedral, capellán en aquel momento de un convento de monjas y hombre que encaminaba a los peregrinos, que cogían por la *route de Galice*, con consejos y advertencias que denotaban un profundo conocimiento del Camino, una información recientísima de todo cuanto estaba sucediendo en el alejado y finisterrano reino olvidado del resto de las Españas, convertido en una sepulcral losa por la Europa peregrina y aventurera.

Y ahora estaba allí, hablándole de una orden militar que mezclaba y confundía en ella los designios del Señor y las políticas humanas; jugando otra vez a interpretar el papel de Arzobispo, asignándole a él de nuevo el de César aplastador de voces sin ecos, sin resonancias y sin apenas nada. Así se lo dijo:

—Oye, tú: Que no soy Carlos, que soy Xan y ejerzo la medicina.

El Visitador calló y le miró sosegadamente. No contestó nada.

—Yo soy médico. Tú fuiste boticario, luego capellán... ¿ahora quién eres tú, cuál es ahora tu nombre?

El Visitador dejó sólo dos rendijas en los ojos; acaso fuera a causa de la miopía, que produce esos efectos al forzar la vista, acaso no lo fuera.

—Ahora soy visitador del Santo Oficio.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y qué haces?

—Hago todo lo que puedo.

No le hizo más preguntas. Se levantó de la silla, haciendo caer la banqueta, y vio por la ventana el gris del atardecer posándose sobre el gris de la piedra, verduzcas de musgo las fachadas de las casas en la triste luz que las envolvía.

—¿Quién sabe cómo acabarás? Ésta es tu casa. Ya lo sabes sin que yo te lo diga.

El Visitador apoyó la mano en la espada; la llevó allí en un gesto reposado y firme, no imperioso, que le había permitido constatar su presencia, sabida, pronta y también firme. Era una espada que se suponía hermosa dentro de su vaina y a juzgar por la empuñadura, de blanco nácar incrustada, además de ligera, no excesivamente ostentosa. Pero estaba allí y allí permanecía siempre, incluso cuando su dueño entraba en la catedral o se sentaba delante del Cabildo. Xan de Requeixo reparó en ella al tiempo que la acariciaba la mano del amigo.

—¿Y eso?

El Visitador, por una vez, distendió el ceño, abatió los hombros y dijo:

—El camino está lleno de asaltantes y no está de más que se les recuerde la fuerza que nos mueve.

El atardecer estaba concluyendo y empezaba a cesar de forma paulatina el movimiento en las obras en las que se perpetuaba Compostela. De Fonseca dejaron de llegar los acompasados ruidos de los canteros que, bajo la dirección del maestro de Álava, aún no habían concluido el espacio en el que se acogían las facultades de Teología, Cánones y Artes y en algunas ventanas empezó a rutilar la estremecida luz, la dorada luz de las velas y candiles. «En Europa entera ya es de noche», apuntó Xan de Requeixo.

Cenaron un poco de vitela, carne de *vitulus*, de ternero joven y virginal, que la criada les trajo en una fuente posada con displicencia sobre la mesa central de la habitación. Los mil vecinos que habitaban la ciudad santa haría tiempo ya que con sus familias, sin excesiva frugalidad, habrían dado cuenta de su alimentación. En las posadas, los entonces no muy abundantes peregrinos estarían bebiendo el afrutado vino del país o consumiendo el aguardiente destilado en largas noches de vigilia y lumbre. Compostela se disponía a dormir, otra noche más de los últimos años de aquel siglo XVI regido por un rey de párpado abatido, y los dos hombres a renovar la interrumpida amistad a través de la conversación amiga que se había de prolongar durante horas.

A aquel día lluvioso y de neblinas le sucedió una noche de luna, hermosa y nítida, en la que eran perceptibles los contornos, la silueta de los distantes edificios, de los próximos campanarios y aunque sólo sombras, sólo bultos desvaneciéndose en la oscuridad, era posible advertir la presencia de gentes que salían de las posadas, entraban en ellas o aguardaban al pie de las puertas a que les fuese abierta alguna entrada.

Una temperatura amena, pero tibia, había sucedido a las vísperas húmedas y grisáceas, de manera que los abiertos batientes de la ventana permitían que la luz nocturna entrara francamente hasta el interior del cuarto en el que ya declinaba la conversación de los dos amigos.

La placidez de la noche, el demorado hablar del Visitador, el expectante silencio del galeno y las adormecidas cabezadas que exhibía la criada, sentada en un taburete allá al fondo de la estancia, contumaz en su decisión de no acostarse en tanto no se le fuese el amo para la cama, daban a la habitación un aire familiar proclive a la confianza, a la introspección, a la indagación íntima. Se sabían allí el uno al otro y se adivinaban las caras posadas en las sombras en las que, en el interior de la casa, se habían convertido los cuerpos alejados de la luz alunarada de la noche; se adivinaban las expresiones, las miradas, incluso los rictus que pudieran asomar a los labios. En ocasiones, una mano se recortaba en el aire y le prestaba fuerza, intensidad, a una afirmación que no podía lograrla de la intensidad de la voz, apenas de su tono, que eran decididamente bajos, atenuados por el silencio que la noche presta a las cosas, por las resonancias que alcanzan a rebotar en los insospechados ángulos que el día

mitiga e incluso anula: León de Castro había denunciado delante del Consejo de la Suprema a Arias Montano, acaso porque éste no había querido la mitra que el rey le ofreciera, acaso porque la anturpiense, regia, plantiniaria Biblia, en su edición de Amberes, había supuesto un trabajo que tan sólo Benito había podido afrontar y sabida es la maldad de los estóolidos.

Xan de Requeixo escuchaba las noticias con la seguridad y la avidez de quien se sabe en el extremo del mundo, ajeno a luchas y saberes, postergado de los hechos que determinan el proceso histórico, segregado de las decisiones que afectan, incluso, a su propia tierra alienada. Que Benito Arias hubiese sido objeto de la ira jesuítica, sospechoso de judaísmo por haber dado el texto hebreo conforme a los códigos de los rabinos, le resultaba al médico gallego lejos de sus propósitos y preocupaciones que eran mucho más inmediatas y urgentes, acaso más prosaicas, de cierto que más pragmáticas. Galicia permanecía ajena a todo aquello. El cese del flujo peregrinante había cercenado la comunicación con la Europa que la había constituido libre y única. Cerrada en su reducto atlántico, de bruces sobre el mar, empujada a él por fuerzas que llegaban de afuera, mantenía una lengua que la vinculaba a la Europa latina y un alma que la posaba dulcemente en el seno atlántico de brumas y dioses, en el seno mágico que dan las lluvias suaves, blandas y lentas, y los mares llenos de grises. El mar la unía al septentrión, la lengua lo hacía al meridión y si el camino de Europa, también llamado de Santiago, quedaba interrumpido, la calcificación estaba asegurada y tan sólo por el mar podría llegar el aliento, por el aire o en los navíos, pero siempre a través del mar.

Xan de Requeixo escuchaba hablar al Visitador: ¡Qué lejanas resultaban las batallas! Lepanto, San Quintín, los tercios de Flandes, ¡tantas cosas!, eran historias que no tenían que ver con la realidad más inmediata. Tan sólo la noticia de Juan de Mariana pareció despertar en él cierta atención, no por la defensa que había hecho de Benito, sino por aquella obra que, por sediciosa, había sido condenada al fuego en el París de Francisco y había traído proceso, penitencia y cárcel, en su colegio, para el autor del tratado *De Rege Et Regis Institutione*. Aquel país no le interesaba mucho a Xan de Requeixo si es que las Españas eran ocho prelados y nueve teólogos, de los asistentes al Concilio de Trento, encausados por la Inquisición; si es que con ella tenían que ver catedráticos y escritores, intelectuales y artistas, mejor era callar, aguardar y ver lo que los tiempos traían con ellos. En tiempos de desolación no hacer mudanza, había aconsejado el de Loyola, y desolados eran los tiempos para Xan de Requeixo, que no se atrevía a intentar mudarlos, pero que tampoco estaba dispuesto a impedirlo. «Allá los de por ahí abajo con su policía —le dijo al Visitador en algún momento de aquella noche que seguía siendo hermosa y generadora de confianzas—. Que se maten, que se quemen vivos los unos a los otros: fray Luis con líos; Teresa de Ávila, interrogada con publicidad y gran aparato; fray Juan de la Cruz, atareado por los tribunales de Sevilla, Toledo y Valladolid; Pedro Carvajal, en prisión; Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Juan de Ribera, procesados: ¡que se maten! ¡Déjalos

que se maten y nos dejen tranquilos, que nosotros no nos metemos con nadie!»

No dejaba de ser cierto y el Visitador asintió con su silencio; no quiso reconocer en voz alta que, en sus viajes, estaba harto de oír hablar de la superstición y del paganismo del Reino de Galicia y que, por el contrario, las palabras de Xan de Requeixo colocaban a estos hijos de otras tierras en el fanatismo religioso y en la intransigencia, que estaban haciendo correr ríos de sangre; ríos que aquí no habían de correr por mucho que se intentara. Bien sabía él cómo era la Galicia amada, lejos de extremos y plácida. El pomo de la espada rutiló al moverse el Visitador y posársele blandamente la luz de la luna, en aquel entonces con intensidad cenital, que desde la ventana se podía ver por encima de Santa Susana, apoyada acaso en los robles.

Decidieron acostarse, la vida en el Hospital Real se reactivaría al cabo de escasas horas y cumplía descansar un poco. Xan de Requeixo sacudió a la criada y le ordenó que proveyese de una manta al Visitador, puesto que había decidido concluir la noche allí sentado, cerca de la lumbre y dispuesto a abandonar la casa tan pronto como rompiera el día, seguro de que Xan de Requeixo a nadie que no conviniese diría de su niñez compostelana, de su entidad gallega, de sus afanes y empeños mientras no fuese el momento indicado y oportuno.

Lourenzo Pedreira había pasado la noche intranquilo. El Visitador no había aparecido por su casa y él permaneció en vigilia hasta que, harto ya de la inútil espera, convino en ir a acostarse, ya en el lecho, estuvo un tiempo despierto observando la estancia ocupada casi enteramente por la luz de la luna, disfrutando con los cambios que en ella se producían gracias a las tenues nubes que, a cada poco, intentaban velarla en su intensidad. Con todo y con la intranquilidad que la seguridad del inquisidor le producía, quedó dormido profunda, hondamente, antes de lo que él lo reconocería, en cualquier caso.

Al despertarse se levantó y comprobó de nuevo la ausencia de su invitado. Bajó a la cuadra y vio la yegua en el pesebre, sin signos de que hubiese sido utilizada durante la noche, con lo que su desasosiego creció en pocos instantes. Resuelto ya a dar cuenta de la ausencia se encaminó hacia la catedral.

Llegó a ella entrando por la puerta de las Platerías y sin dejar de echar la mirada habitual, la que se dirigía a la figura de la mujer adúltera que tiene una calavera, la de su amante, en su regazo... «Eros y Thanatos», se decía, también de forma habitual el canónigo, convencido de no tener excesiva razón en su aserto; pero también convencido de que ésta y aquélla están siempre la una en el vientre de la otra, lo que sus mayores jerárquicos afirmaban que no podía ser cierto: ¿Qué tendría que ver aquello con la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte? Ciertamente que es en el mismo tímpano donde se representan las tentaciones de Jesús. ¿Y qué? ¿No recomendaba san Agustín a las monjas de su tiempo que al asistir a baños y bañarse desnudas, no adoptaran actitudes procaces y desnuditas como habían sido echadas al mundo, adoptasen gestos pudorosos y recatados para no excitar a quienes con ellas compartían el placer del agua tibia acariciando los cuerpos limpios, jóvenes, llenos de

salud? Cristo no era un represor, no podía serlo, cavilaba Lourenzo Pedreira, canónigo compostelano, mientras entraba en la Iglesia Basílica momentáneamente despreocupado de la urgencia del asunto que allí lo convocaba, momentáneamente divertido con las confusas noticias que a él habían llegado de Prisciliano, el que propugnara los monasterios mixtos y murió degollado, habíanse cumplido ya los mil años. «Cristo no puede ser un represor», se repitió una vez más y justo antes de entrar en la Capilla Mayor y ver en ella al Visitador, sentado al lado de la Epístola, según privilegio y protección concedido a los inquisidores por el no hacía mucho difunto arzobispo Blanco; aquel castellano que con todo y tanto proteger al Santo Oficio también había tenido que entenderse con la gentecita de Valladolid, la empeñada en articular en el Reino de Galicia aquel engendro de Inquisición que nada tenía que ver con él.

El inquisidor estaba sentado, apoyados los codos en las rodillas, reposada la cabeza entre las manos, de forma y manera que nadie pudiese afirmar si dormía o meditaba. Al sentir movimiento a su lado volvió la cabeza y pudo ver la mirada expectante del clérigo.

—Entonces ¿no vino a dormir a casa?

Se sentó a su lado y permaneció en silencio a la espera de una respuesta que no se produjo. Al poco tiempo volvió a hablar como si quisiera congraciarse con el Visitador.

—Ya sabe que el Deán acordó que, si usted no tiene nada en contra, lo acompañe a recorrer el reino.

Asintió con la cabeza el Visitador y continuó callado hasta que, hablando en voz baja, se volvió hacia el clérigo y le murmuró:

—Quiero alguacil y secretario de confianza.

Lourenzo Pedreira se sonrió sin entender nada.

—Pues póngalos usted.

El Visitador sonrió también.

—Yo acostumbro a viajar solo: voy más ligero; así que dile al señor Deán que te diga él de dos que nos acompañen. No importa que sean los que ya tienen ido en otras ocasiones con el Santo Oficio, pero que, en ausencia del arzobispo, sea él quien los indique.

—¿En dónde durmió?

—No dormí.

El clérigo compostelano no descompuso el gesto cuando, como sin quererlo, dijo:

—Usted es bastante extraño.

Asistieron a los oficios y salieron a la calle por la puerta del Paraíso, la de la fachada norte de la catedral, por debajo de la mujer que tiene en el regazo al león, por debajo de la mujer que tiene en el regazo un racimo de uvas, por debajo de la figura

que tiene un gallo y también tiene una culebra, imagen del basilisco. Habían entrado por la puerta sur y salieron por la norte, recorriendo el camino que, si no va de Adán a Cristo, hace recorrer el que media entre Eva y María; vereda esta última propia del país en el que la basílica se sustenta; propio de las gentes que lo atienden; propio de las dulces y verdes montañas que esconden la dureza de las piedras que las conforman.

Sobre estos extremos giró la conversación que mantuvieron, todo a lo largo del almuerzo, en casa del Deán; pero por debajo de las teúrgicas afirmaciones latía un más tenue juego conceptual en el que se afirmaba, o negaba, toda una filosofía que los tiempos no reclamaban. Nada más posar sobre la mesa un salmón del Ulla que mojaron con vino del Salnés, el Deán avisó de que recibía en su casa y sentaba a su mesa no al miembro del Santo Oficio, sino al amigo, hijo de amigo e hijo también de la Tierra; con lo que Lourenzo Pedreira se dispuso a yantar en paz y en gracia de Dios, confiado que estaba ya del cariz que empezaban a tomar las cosas y hambriento que también estaba, pues había salido de mañana temprano sin haber desayunado y no había tenido tiempo ni para tomar las once, lo que era cosa indicada y conveniente para su cuerpo mozo y aventurero.

La presencia del Metropolitano de Irlanda en Compostela sirvió no sólo de tema de conversación, sino también de motivo para proyectar sueños que tampoco fraguarían; fray Mateo, arzobispo de Dublín, que había sido hasta entonces guardián del convento de San Francisco, alentaba, desde su sede en el exilio, a O'Neill, el primer gran caudillo del nacionalismo irlandés, más conocido por Tyrone, y relacionaba entre ella a toda la gente exiliada, afincada casi toda en A Coruña, en Ferrol, e incluso en Santiago. Había entre los irlandeses conspiradores de toda clase y condición, desde católicos fervorosos a enfervorizados defensores de la tierra a los que la religión les resultaba un buen pretexto para mantener erguida la lucha que tendría que conducir a que «el reino de Irlanda no se viese, en adelante, sometido al yugo de los herejes, y los miembros de la Iglesia de Cristo no tuvieran más de soberana a la impía Isabel». La utilización del pretexto religioso como motivador, como incentivador de la lucha, fue uno de los temas objeto de conversación por los que el almuerzo discurrió pausadamente. La presencia de un cordero, asado sin muchas alharacas, tan sólo con ajo y perejil majaditos en el almirez y mezclados con un aceite de oliva bien tamizado, coincidió con la defensa de tal utilización, una defensa que no fue apasionada, jamás enfervorizada, sino expuesta como quien no quiere la cosa, afirmando la creencia con la intensidad de la mirada, recalcándola con la entonación de la voz, con el gesticular de las manos o con la unión de los dedos índice y pulgar, puestos en pinza o en brahamánica disposición, pero nunca con la frase rotunda, la afirmación doctrinaria o el aserto dogmático, de manera que se pudiera intuir que se afirmaba, pero que no se pudiese demostrar que se había hecho;

un juego que se aprende de una historia adversa o de la creencia en la relatividad que nos conforta y guía; había coincidido la presencia del cordero, no sólo con la defensa de tal utilización, sino también con la del regicidio, citado con el nombre de tiranicidio, algo que venía de Mariana y compartía cada vez más gente, y con la llegada de fray Mateo en compañía de James O'Haly, arzobispo de Tuam, que venía por encargo de O'Donnell a traer recado de la situación de Irlanda y solicitar una ayuda que los tiempos no habían de concretar, lo que había dado mucho más que hablar. Lo que no sucedió de inmediato, sino que, por lo pronto y para empezar, se sumaron a la conversación y, luego, los alcanzó la noche en ella. Lejos estaban entonces los procelosos vientos que traen con ellos el naufragio, apartadas de sus mentes las traiciones que la Historia teje a veces, y así hablaron, con el fervor que presta el yantar abundante y el vino generosamente escanciado, de todo aquello por lo que aguardaban. El Visitador permaneció callado a partir de la llegada de los irlandeses, y pudo observar cómo su ocupación había despertado miedo en los semblantes de los recién llegados. Sólo cuando el vino hubo desinhibido las lenguas las conversaciones pudieron seguir el cauce que él esperaba con ansiedad; hasta aquel momento se mantuvieron circunscritas a la ayuda que venían a solicitar del rey Felipe, pues estaban seguros de la promesa que el monarca les habría de hacer, tanto como de que el enemigo inglés sería, por fin, separado de su solar y de qué noche tan hermosa sería también la de aquel día. Tenían una fe mesiánica, en ocasiones envidiable, a veces inductora de miedo en el corazón del Visitador, pero siempre encendida y viva, aun en el sentimiento de los que vivían exiliados; una fe tal como era la de Maurice Fitzgerald, conde de Desmond, residente en Lisboa y uno de los contactos de James O'Haly; la de Tomas Fitz-John y la de muchos otros que el tiempo llevaría y de los que para nosotros apenas queda memoria; pero a todos ellos el Visitador conocía, aunque allí lo callara, sumido como estaba en el silencio.

Fue una hermosa velada aquélla. La anterior noche de luna había dejado detrás de ella un día hermoso y soleado de los que sólo son posibles después de la lluvia intensa y prolongada durante semanas: las piedras lavadas enseñaban, aún, la humedad retenida en ellas como si fuera un aura que les diera vida; la vegetación aparecía más verde y vigorosa, más lozana, y las charcas que aún perduraban en el suelo hacían de espejos rompiendo la monotonía que el gris presta en ocasiones. Había sido un hermoso día aquél y los contertulios sólo se percataron de ello cuando la tarde había comenzado a fluir y un vientecito fresco consiguió entrar en la estancia en la que aún permanecían. Lourenzo Pedreira que vencido daba cabezadas en su sillón, sometido a las comprensivas miradas del Deán, fue despertado por el inquisidor, quien le sugirió que se levantaran para irse a dormir, dado lo avanzado de la hora, lo abundante de la comida y lo poco que durante la víspera habían descansado.

Salieron de allí en poco tiempo, luego de haberle prometido al Deán volver a despedirse antes de iniciar la visita, o antes con cualquier otra disculpa. Los

irlandeses entonaban en aquel instante una vieja balada que henchía el corazón de una inesperada ternura.

XI

El abogado de la célebre actriz era medio rubio y tenía el pelo ensortijado; por poner un ejemplo que le sería grato al viejo profesor: tenía cara de angelito pasado por agua; las guedejas ensortijadas goteándole como carámbanos sobre la frente que lucía incipiente, algo más que incipiente, calva; si tenemos que ser exactos, alopecia progresiva, pero mal disimulada, los mofletes rubicundos cual mapa de la Rioja, blandos como la manteca. Vestía, aún por encima, un trajecito azul de ejecutivo, o de hortera de grandes almacenes, que ayudaba a frivolar con una camisa de rayas azules y blancas rematadas en un cuello, blanco y duro, negligentemente desabotonado.

Durante la comida que, en ocasión de concluir en debate, acostumbraba no sólo a ser más cara para los estudiantes sino también mejor, el ilustre jurista, que abatía a estribor con la mar de proa y por la amura de babor, es decir, mucho, le había recordado al novelista la lectura ya antigua, sucedida hacía unos quince años, de un libro que, si no le fallaba la memoria, se titulaba algo así como *Radical Chic & Mau-Mauing the Flak Catchers*, de un tal Tom Wolfe; un libro sobre la izquierda neoyorquina del que no había colegido gran cosa hasta que se encontró delante de aquel hombrecito azul y rubio, angelical. Luego, ya a la altura de los postres, uvas y cosas así, el garboso picapleitos, gran defensor de las focas y de sus capacidades miméticas, defendió con suficiente astucia la ocupación de una playa comunal por parte de la celebérrima actriz y la negativa de ésta a hacer caso del requerimiento del gobierno francés para que devolviera a la propiedad pública lo que, según el jurista, no había sido usurpado; devolución a la que la buena de la señora se negaba contumaz e insolentemente amenazando con irse de allí y dejarlos con un palmo de narices; cosa terrible esta última, a juzgar por el tono dramático y fúnebre que, con sólo pensar en tal posibilidad, se le ponía en la garganta a aquel querubín togado.

Llegados los postres comenzó el debate. Aquel burguesito, rubio y agudo como un ajo, disfrutaba tanto con las preguntas sobre la actriz que tenía que poner cara de fastidio y de irrenunciable obligación cada vez que, con aparentes pocas ganas, iba respondiendo a las cuestiones que en ese sentido le iban presentando gran parte del ciento y la madre de alumnos acogidos en aquel comedor. Decía Fernando Pessoa que «lo francés es la apoteosis de lo secundario»; puede que sea cierto: aquel galopín no decía nada, pero lo decía bien; y todos encantados.

El novelista permanecía en silencio y más bien aburrido, atento más que nada a las piernas de las muchachas de las primeras filas o a los cuerpos de las que, maravilladas por la propia osadía de ser quienes interpelaban al ilustre abogado de la celebérrima actriz, se ponían respetuosamente en pie antes de hacer su pregunta; actitud con la que conseguían no sólo hacerse notar, sino también fastidiar de paso a los que estaban detrás de ellas, obligándoles a estirar el cuello o a protestar, en ocasiones de forma airada, ante aquella ocultación momentánea de su campo visual.

De modo paulatino el coloquio fue de hábil forma conducido por el propio jurista a la referencia a otro tipo de defensa a la que al parecer estaba también habituado: la de los miembros de Euzkadi Ta Askatasuna; cosa que, también al parecer, le producía enorme satisfacción y, por lo que se observaba, una energuménica ignorancia del proceso democrático que se vivía en España; pero el hombre estaba feliz. Las preguntas de los estudiantes, más llenas de sentido que las respuestas del infraescrito, fueron siendo más complicadas y las contestaciones gozando cada vez de menor fortuna. El novelista comenzó a aburrirse, a ensimismarse, y sólo salió de su ausencia cuando una italiana le preguntó al rojito si defendería también a los de las Brigadas Rojas, a lo que le respondió él que sí, que lo haría si fuesen tan hermosos como ella lo era. Tamaña frivolidad hizo reír a más de uno, pero permitió al escritor salir discretamente mientras, con total seriedad, afirmaba que iba a mear y que una de las cosas más graves que pueden acontecer es no tener con qué hacerlo.

Se quedó fuera a tomar café en una cafetería estrecha y llena de luz que atendía un novelista argelino, dedicado con preferencia al género pornográfico, por aquel entonces en franca decadencia, con el que se sentía por completo solidario. Y no por nada que estuviera referido a la literatura, sino por la entrañable resistencia del morito a gargarizar las erres, consonantes que seguía pronunciando fuertes y ásperas como si en toda la humana vida sobre la tierra no hubiese otra forma de hacerlo y, asimismo, por la displicencia que mostraba para con toda la gente que pudiese tener, en cualquier momento, alrededor de él: un algo altivo y tribal que se le escapaba en la mirada, acaso en el porte. Acostumbraba a caminar con el brazo izquierdo erguido a medias como si fuese practicando la cetrería y, en cualquier instante, pudiera venir un halcón peregrino a posarse en él.

Era el argelino un ser que despertaba cordiales simpatías y viscerales rechazos que conseguían poner de manifiesto su singular condición, lo excepcional de sus dotes; a partir de él el mundo quedaba dividido en dos mitades. Una era la de las mujeres que se sentían asqueadas, o al menos así lo manifestaban, delante del conocimiento de su práctica literaria, «un marrano» acostumbraban a decir sin mucha propiedad, pero entusiasmadas; y otra era la de las que se sentían atraídas por la versatilidad de géneros que su dedicación hacía suponer. El caso es que vivía en una buena casa de la zona residencial, frecuentaba mujeres hermosas y paseaba perros de lujo, en los amaneceres llenos de sol, a través del parque tan cuidadito y próximo al campus que parecía, a aquellas tempranas horas de la mañana, que fuese sólo de él y de nadie más.

—Me dijeron que está usted escribiendo una historia de un griffon —le comentó el mahometano mientras le arreaba al whisky con fervor y ponía los ojos bizcos, posados en la punta de la nariz.

El novelista pensó que aún no había escrito una sola línea y ya estaba comprometido a concluir un ciento de ellas. Quizás así empezasen las novelas «estoy escribiendo una historia que...», «pienso que tengo un tema que...», «... puede que

sea ésta una buena trama»; se empieza así, a contar una historia, y empiezas a aprenderla, a saberla de memoria, a repetirla hasta el hartazgo, a hartarte de afirmar que andas con ella a la espalda hasta que no queda otro remedio que ponerse a ella, que desembarazarse y acabar escribiendo algo con lo que jamás se soñara escribir. Lo del Griffon empezara ese camino tortuoso que, al cabo de un año, ni siquiera habría concluido en una frase; pero por aquel entonces el novelista todavía guardaba las formas.

—Ando —le contestó.

—¿Y qué viene siendo un griffon?

—Pues viene siendo un animal mitológico que tiene cuerpo de león y de águila, pero yo la parte de águila se la voy a convertir en anguila.

—¿Y es la mitad superior o la inferior?

El novelista miró suspicaz a su colega.

—¿Pues cómo quiere usted que camine si es la inferior?

El morito lo miró de arriba abajo.

—¿La de arriba? ¡Pues qué fálico! ¿Verdad? ¿Verdad? Lo del pececito melacopterigio de cuerpo cilíndrico y carne comestible y muy apreciada. ¡Qué fálico!, ¿no?

El Griffon lo habría de perseguir a lo largo de todo lo que restaba del día y parte de la noche. Lucille, por el contrario, lo ignoró todo cuanto estuvo en su mano. Quizá fuera para no dar así noticia o sensación alguna de la dependencia o del bíblico conocimiento habidos, quizá por mostrar una decepción que el bueno del escritor no encajaba dentro de sus más variadas suposiciones, quizá porque realmente estuviera muy ocupada atendiendo a todo aquel montaje de traer al abogado, de atenderlo, de despedirlo, de preparar el próximo coloquio; el caso fue que el visitante quedó fastidiado y confuso y regresó solo a su apartamento, en la parte vieja de la ciudad, cerca de la catedral y no lejos del Hôtel de Ville, casi en la frontera con el barrio argelino.

Dedicó el resto de la tarde a pensar en serio en el griffon, en las ridículas coincidencias que se le presentaban y en la maldita hora en la que, partiendo del hecho de que estaba viviendo en el número cinco de la rue du Griffon, se le había ocurrido proponer como tema de elegante conversación de amena noche y amable sobremesa, el de un ser ubicuo que tuviese muchas vidas y navegase por las aguas con facilidad increíble y atemporal. Estaba incómodo, realmente incómodo, y no encontraba sosiego.

De la casa de enfrente y a través de la calle estrecha le llegaba la música que unos estudiantes habían puesto a todo volumen. Agradeció que fuese música clásica, y no sólo clásica, sino también buena, y pareció serenarse con el armonioso estruendo que llenaba su habitación, su mente e incluso su caja del pecho, tan bien sonaba la condenada música. Poco a poco se le volvía a olvidar la historia macabea que lo desasosegaba. Ya era de noche y todavía no había cenado, así que decidió bajar a la

calle, luego de haber comprobado que en el frigorífico no había mucho que poder aprovechar: una jarra con agua fría; un cartón con leche sin muchas garantías de no haber periclitado, hacía ya tiempo, la fecha de caducidad; medio limón; un paté lleno de moho y un filete frito, pero tan seco y duro que acordó tirarlo a la bolsa de la basura y desplazarse de forma inmediata a buscar dinero en la chaqueta que tenía dentro del armario y olía a naftalina que daba náuseas. Bajó y, a la vuelta de la esquina, en la rue de Paul Bert, algún tipo sin duda importante, pero del que no sabía absolutamente nada, entró en una tienda de quesos corsos y mantequillas saladas y trabó conversación con la dueña, una señora, nacida en la isla hermosa, que había estudiado filología portuguesa y castellana y que acabó consintiendo que hablase él en gallego y ella en portugués al mismo tiempo que con vino (cultivado por gallegos en las tierras bajas de la isla que habían colonizado así enteras los pies negros, excepto algunas, según se veía, y no las peores), brindaban por el triunfo de Edmond Simeoni, quien por aquel tiempo había alcanzado una amplia representación parlamentaria en la recién elegida primera asamblea corsa. Una delicia.

Al abandonar la quesería le iba agradeciendo íntimamente a la dueña que hubiese tenido la delicadeza de no haberle hablado de Griffon alguno y de haberlo invitado a vino, a vino bastante, según se podía colegir de la observación del camino que el escritor describía: un tanto irregular y torcido para las intenciones del caminante que deambula enternecido por la acogida que le había dispensado la corsa. «Gente amable la de la isla —se decía en su camino de regreso—, gente fastidiada por la historia, gentecita como la nuestra, con castaños y nieblas y lluvias dulces y también medio piratas, aunque sin costa de la muerte, como nosotros.» Había adquirido cierto cariño por aquel país de gente orgullosa y altiva, callada y recia, lenta en dar amistad, firme en ella cuando la concede.

En la puerta de la calle lo aguardaba una de las predilectas de Lucille, que se echó a reír tan pronto como lo vio dubitativo en el avance, inseguro en el balance, torpón de movimientos.

—¿De dónde viene? —le preguntó alegre.

El novelista quedó parado, la miró de arriba abajo, bajó la cabeza y, levantándola despacio, le respondió altivo:

—Vengo de fundar el movimiento patriótico de recuperación de la Galicia miñota. —Luego, alzando brazos y voz, le gritó—: ¡Muera el imperialismo! Pero puestos a ello, mejor ejercerlo que padecerlo. ¡Hasta el Duero! ¡Hasta el Duero es nuestro! —Calló, la miró de nuevo y concluyó—: Tú no entiendes de esto, anda, sube.

Llevaba en la mano queso, pan y una botella de vino tinto que mostró mientras hablaba.

—Es que esperan por nosotros.

No le hizo caso y abrió la puerta.

—¿Quién? Anda, sube.

—Los demás.

No le hizo caso y comenzó a subir la escalera. Al llegar a la puerta de la casa ella lo seguía un escalón detrás de él y esperó a que franquease la puerta y a que entrase.

—¿Quiénes son los demás?

La muchacha comentó primero qué sucio estaba todo, qué desorden y dónde era que escribía, porque estaba segura de que algo estaría escribiendo; él, también sin contestar nada, se acercó a ella y la besó, atrayéndola hacia sí, cogiéndola por la cintura que le pareció juncal y fuerte. Respondió ella al beso, le acarició después las mejillas, con unas manos insospechadamente suaves, en tanto que murmuraba la insoportable estupidez que consiste en pronunciar «*mon bijou, mon bijou*», mientras se abocinan los labios y se aleja una, en ágil escorzo, eludiendo contactos más bondadosos.

—Ahora no —le dijo—, ahora esperan por nosotros y no sería nada bonito el hacerlos esperar más.

Los aguardaban en el Cours Mirabeau. Caminaron en silencio mientras el novelista, clareado en parte por una ducha rápida a la que se sometiera en tanto que la alumna aguardaba impávida a verlo salir del agua envuelto en una toalla, iba pensando en aquella buena disposición para los besos que no conducían a ningún sitio. La muchacha, mientras, se le había colgado del brazo y se le aproximaba haciéndole sentir su cuerpo y provocando en él más deseo de aventuras que la que aquel paseo buenamente suponía.

Al verlos llegar cogidos de tal guisa, Lucille frunció un poco el ceño y luego adoptó una naturalidad, desenvuelta y mundana, que le venía muy bien y que el novelista agradeció. El Cours estaba lleno de gente a rebosar; por delante de las terrazas de los cafés se sucedían las atracciones de la noche y tragafuegos, conjuntos de jazz, prestidigitadores, orquestinas, caricaturistas, malabaristas, músicos, poetas que montaban su tenderete de amplificación de sonido y recitaban pedantescos versos, insufribles poemas, delicadas e ingenuas composiciones amorosas que hacían soñar a los matrimonios viejecitos, ciertamente escasos en aquella ocasión, y sonreír a las parejas jóvenes que se podían ver reflejadas en ellas sin que la identificación les apeteciera en exceso, y aunque no por eso dejase de ser menos cierta.

Estuvo locuaz el novelista; locuaz y ameno, brillante y divertido; repartiendo las miradas entre la profesora, Lucille, y entre la alumna, Mireille, y cavilando acerca de si el tan famoso *ménage à trois* era cierto o tan sólo una invención publicitaria encaminada a la obtención de divisas. Ya pasadas las doce se retiraron todos. El escritor se ofreció a acompañar a Lucille sin que ella aceptase; por el contrario, fue él quien resultó acompañado por Lucille y también por Mireille.

En la puerta de la casa se detuvieron brevemente y se despidieron; mañana pasarían a buscarlo temprano para ir a la universidad. El novelista ascendió la escalera que conducía a su apartamento como si de un Gólgota se tratara, durmió solo y se despertó temprano y con alguna sed, pero sin resaca.

El Parc Joseph Jourdan, el tan frecuentado por el morito que escribía novelas pornográficas, género en desuso como bien se sabe, está situado según subes hacia el bulevar Roi René y estaba, a aquella hora de la mañana, realmente apetecible para un largo paseo o para permanecer en él leyendo un buen libro, acaso un periódico, sentado bajo la sombra de algunos de los muchos árboles que en él hay; sin embargo, el escritor argelino no estaba por allí, paseando algún perro, o paseando a alguna rubia; había, eso sí, alguna pareja echada al sol, en la hierba, mientras el novelista leía la prensa española que había comprado cerca del Corpus d'Orbitelle en una librería atendida por unos catalanes exiliados que, sólo al cabo de muchos días y muchos fracasos sintácticos y fonéticos del escritor, convinieron en entenderse con él en castellano, decisión que mucho les agradeció, aunque no hiciera ostentación de ello, diciéndoles lo que pensaba al respecto.

La lectura matutina, la tibieza del sol, lo alegre de la hora llena de pajaritos trinando melodías cursis de esas que hinchan el corazón de melancolía y lo convierten a uno en un sentimentaloides, máxime si es novelista y viene de un país verde, le llenaron el cuerpo de alegría a aquel hombre que no hacía más que recibir besitos. Así que dio su charla de redacción creativa, respondió a alguna cuestión que le fue planteada y le gesticuló desabridamente a Mireille para que lo esperara a la salida del aula, indicación que con alguna disciplina ella obedeció.

Una vez afuera él le propuso ir juntos a la piscina municipal y ella aceptó. Se llegaba hasta allí siguiendo los bulevares Carnot y Poilus para desembocar en la avenida de los Déportés du Pays d'Aix et de la Résistance Aixoise, avenida no tan larga como su propio nombre, aunque éste pueda ser motivo para figurar en el *Guinness Book of the Records*, pero llena de árboles y, cómo no, de coches. A aquella hora, las once de la mañana, no había mucha gente; así que pudieron jugar en el agua morigeradamente y retozar sobre la hierba que hay fuera del edificio que alberga la piscina. Propuso él comer los dos juntos y propuso ella que lo hicieran fuera de Aix. Avisaron a la Facultad de que no almorzarían en los pabellones de los estudiantes, llamando, primero él, luego ella, para, acto seguido, y sin quitarse los bañadores, subir al coche e ir en busca de la autopista.

A las dos de la tarde aparecieron en la Fontaine de Vaucluse; atrás habían quedado Salon de Provence, apenas intuido desde la *autoroute*, Orgon, Cavailon, lugares que se sabían posados en las orillas de la carretera, callados, en aquella hora cálida y aparatosa, llenos de historia, presentes que siempre habían estado en ella gracias a su situación de encrucijada, más bien de paso hacia los lugares cuyos habitantes los habían atravesado desde el tiempo de los romanos.

Almorzaron en uno de los restaurantes que hay vecinos a la Fontaine, después de haber dejado el coche en un aparcamiento y de que el novelista se sintiera joven y ágil. Se había tenido que vencer para poder llegar a proponerle a aquella criatura que

comiese con él y se había quedado asombrado al ver que ella no sólo aceptara, sino que había decidido el lugar adecuado para hacerlo y luego había ido viendo consumirse kilómetro tras kilómetro sin noticia ni de dónde se encontraban, ni de cuál sería el término del viaje. Lo sabía ahora, estaban en la Fontaine de Vaucluse y el nombre le traía una idea vaga de algo indescifrable que le estaba bullendo en los sesos, sin que alcanzara a identificarla con algo que él conociese. Fontaine de Vaucluse, eso era todo.

Comieron frugalmente una ensalada y unas truchas y mientras tomaban el postre, un helado de nata, decidió atreverse a preguntarle la razón de que lo trajera allí. Puso ella, en ocasión tal, ojos de espanto y respondió:

—¡Aquí es donde tiene que nacer el Griffon!

Él no entendió nada. Pero ya sumaban tres los paritorios posibles; así que determinó callarse.

Concluido el almuerzo comenzaron el paseo que lleva a la Fontaine, un paseo entre alisos a la orilla de un río de aguas huidizas y poco profundas, nítidas, cristalinas, que van peinando las plantas del lecho del cauce, dueñas de una luz que tan sólo allí es posible. Pasaron por delante de las tiendas de artesanía, de los talleres artesanos, sin detenerse, como si ella tuviese prisa en llegar a algún sitio insistiendo en la continuidad de la marcha por mucho que caminara lentamente, cogida de la cintura del novelista, reposada la cabeza en su hombro, adaptando su paso al de él.

—¡Cuánto amor vio este río! —suspiró ella.

Ciertamente la ribera era hermosa y cualquiera podría inferir que por ella habrían caminado felices los enamorados; así que, entendiendo lo que mejor le convenía, la acercó más a sí y demoró el paso.

—¡Cuántos sonetos le tendrá que agradecer Laura a esta agua que baja tan ligera! —insistió de nuevo la alumna.

—¡Claro! ¡Petrarca, coño!

Ni se había enterado, hasta entonces, de que estaba en la Fontaine de Vaucluse. Un sentimiento casi religioso invadió al escritor; aflojó la tensión que mantenía su cuerpo, próximo en exceso al de la muchacha, y se tornó más perceptible a toda otra sensación, al fluir del agua, a la tonalidad de la luz tamizada por los alisos, al silencio que los envolvía. Lo escrutaba todo, atisbando las truchas posadas en la corriente, el viento detenido en las ramas, el aire estupefacto, el color de la tierra; se deshizo del abrazo y caminó cogido de la mano de la muchacha hasta llegar a la cueva en la que nace el agua.

—Parece el ombligo del mundo.

Una cueva de dimensiones catedralicias, un anfiteatro enorme con una laguna al fondo, una oquedad primigenia que estaría allí desde la creación del mundo, se le apareció delante de sus ojos, asombrándolo, haciéndole sentir temor, miedo. Se sintió vivo, pero no supo descifrar las muchas sensaciones que lo conturbaban, los sentimientos que lo invadían, el extraño vértigo que estaba sintiendo. Algo así como

cuando niño el profesor lo llamaba a dar la lección y se sentía inseguro encima de sus propias piernas, de las dos piernas que lo sostenían, y todo pasaba a adquirir una perspectiva nueva que cesaba en el momento de regresar al pupitre y que convertía al profesor en un ser más grande, al alumno en otro más pequeño, a los compañeros en inexistentes; tal fue lo que el novelista sintió delante de la gruta enorme que lo atraía hacia ella como subsumiéndolo. Sintió ganas de sollozar y allegó nuevamente el cuerpo de la muchacha al suyo. Permaneció callado mucho rato y sólo cuando una familia de visitantes irrumpió en el silencio litúrgico en el que se hallaban, volvió sobre sus pasos a sentarse sobre una roca para poder seguir observando aquel milagro.

Allí podría, debería nacer el Griffon, le concedió el novelista a Mireille; en el fondo de la gruta tendría unas aletas de pesca submarina y cuando el amor lo enloqueciese, porque tendría que ser un Griffon enamorado, se sumergiría, calzado con ellas, en aquella hondura de aguas que nadie había medido, porque nacía el miedo a partir de los doscientos metros de profundidad, y que no llevaba a ningún sitio. Habían echado colorantes en la gruta y por ningún lugar había resurgido el agua teñida, así que a ninguna parte conduciría aquel hidráulico camino. El novelista se enterneció nuevamente: el Griffon estaría enamorado, sería enamorado y, preso de sus penas de amor, se sumergiría en aquel camino sin fondo que a ningún espacio conducía. Besó a Mireille y siguió, inútil trabajo, fabulando: sabría el Griffon en qué año entraba en el agua y navegaría por las aguas subterráneas hasta encontrar una salida que tendría que ser necesariamente por alguno de los siete ombligos que allí mismo acordó que tendría que tener el mundo. Uno el primero, aquel mismo que Petrarca había amado. ¡Cómo no había sabido identificar aquello! Poco a poco se le iba conformando un mundo, insospechado hasta entonces, que tenía arrinconado en el fondo de sí mismo y que la Fontaine hacía ir brotando: Salon de Provence le recordó a Nostradamus, a los alquimistas, y el Hotel de París se le presentó vecino a Seillons sur Souce d'Argent. ¡Siempre el agua! Decididamente, uno de los ombligos habría de ser la Fontaine, otro Aix, otro Aquisgrán, ciudades de agua y caldas; otro no podría dejar de serlo Compostela, y otro Allariz, alfa y omega, principio y fin, y el Griffon nacería de ellos, por ellos; luego de haber recorrido el tiempo, brotaría en esos lugares a través de las fuentes de cuatro caños y desconocedor del tiempo en el que, en tal momento, se encontraba, pues ya no sería aquel en el que había comenzado su viaje, sino otro cualquiera que le habría de ser mostrado. El signo de los tiempos. Lo interrumpió Mireille.

—La fuente de cuatro caños es cosa del barroco, pienso yo.

Ya estaba limitado, pero él iba a escribir una novela, no un tratado de historia, ni siquiera de fontanería; si el concepto de la fuente era del siglo XVII, a él le importaba un bledo; el Griffon aparecería por las fuentes de cuatro caños y amén. Ella admiró la decisión, tan propia del autor, que mostraba el novelista y decidió crear también ella.

—Pues puede quedarte bonito: entra en el XVII y sale en el XX, te va a dar un

juego que no veas.

Él empezó a desconfiar; llevaba desconfiando de las novelas así construidas desde hacía tantas noches como noches se habían cumplido desde la cena en el Hotel de París, cerca de Seillons sur Souce d'Argent, pero como todavía no eran muchas, aunque acaso suficientes, decidió continuar.

—Sí, y por eso, para poder llegar más lejos (¿cómo llegar lejos en el tiempo, conocida la distancia?) es por lo que se pone las aletas. ¿Verdad?

—Verdad.

Ella no había entendido la ironía y entonces él aprovechó para apretarla más fuertemente contra su pecho. La idea no era mala, el caso era darle forma a todo aquello. El Griffon podría tratar tanto con el Abbé Faria, el del Conde de Montecristo, como con el Abbé Godofried, el que preñara veinte conventos de monjas enteros en Aix —¡mira tú, quién diría que una ciudad como Aix puede sostener veinte conventos!— y luego había muerto en la hoguera, abrasado en el calor del fuego que purifica, lo que no le había de molestar en exceso ardiente como era. Y el profesor volvió a atenazar el cuerpo de Mireille contra el suyo, pensando en que si bien no había mucha razón para hacerlo así, al menos daba cierta amable sensación que se justificaba en sí misma y merecía la pena.

Regresaron haciendo el mismo trayecto en sentido inverso y en el molino artesano que hay en su comienzo compró papel, fabricado con trapos viejos y hermosos resultados, decidido a hacerle un poema a Mireille y dejarlo escrito en aquel folio hecho con el agua que fluía desde la Fontaine en la que Petrarca había sido amado.

La tarde había resultado única y se lo debía a ella, a su cuerpo joven, a su intuición. Estaba dispuesto a agradecérselo, mejor dicho, sentía la necesidad de hacerlo, de significarle de alguna forma su gratitud por las sensaciones vividas a su lado, el privilegio habido, la lucidez disfrutada y aquello solamente se podría plasmar en un poema que tendría que nacer algún día para ella. No se lo dijo, pero sintió en su pecho la certeza de que así tendría que ser.

Una vez ya en el coche ella le indicó que preferiría no tener que conducir para poder ir, en cambio, fumando un poco de hierba y él le respondió: «No estropees la tarde...» con una voz que debió de impresionarla o cuando menos de inhibirla en tal medida que no encendió el canuto concluida ya su confección, con una perfección y hábito indiscutibles, y se pasó todo el viaje de regreso arrimada a él o acariciándole la nuca.

De camino fueron completando la historia del Griffon. Podría ser un marinero del Conde de Montecristo a quien el abate Faría no habría contado toda la verdad respecto del tesoro de los Templarios que, por supuesto, no era el que Montecristo encontrara, una pequeña parte del total, de la grande totalidad que, fíjate tú, se encontraba en Ponferrada; y no en el castillo del Temple, sino justamente debajo del servicio de señoras de la primera planta del Hostal del Temple, según se sale de la

capital del Bierzo, en la Galicia irredenta, también un espacio a reivindicar junto con el de la Galicia miñota obsesiva de su talanquera de la víspera, a la derecha.

Llegaron a Aix prometiéndose visitar juntos el Château d'If y preguntándose si sería válido aquel extraño contubernio que estaban edificando entre media docena de gentes sin mucho que hacer: una hispanófila-en-lo-mejor-de-su-vida, tres de las alumnas de la hispanófila que podrían hacerle disfrutar lo-mejor-de-su-vida al quinto en discordia, y el quinto en discordia que, dado que no lo hay bueno, era un novelista sin mucho que inventar; faltaba el sexto, pero el sexto falta siempre, al menos siempre se echa en falta el sexto, así que lo dejaban al albur y ni buscaban quien completara el sexteto ni dejaban de buscarlo; era un apéndice que en algún momento de aquella relación, más propia del verano y de los tiempos que corrían que de otra cosa, pensaron en reservar para el propio Griffon, como si ya puestos a inventar la presencia incorpórea de aquel engendro de sus mentes se pudiera materializar de alguna manera. Y si no se materializaba el Griffon podría, cuando menos, materializarse alguna de las propuestas que el grupo de diletantes había elevado a la superior comprensión de la hispanista, Lucille de nombre, como bien se sabe, a quien no dejaban del todo ajena las composiciones de lugar en las que pudieran intervenir gentes de otros mundos, de otros espacios y de otros tiempos, como acostumbraba a decir ella; pero que no son instancias que merezcan en este momento, acaso sí en otro, que se detenga la relación en ellas; se quiere significar que aunque con mucho secreto y discreción Lucille hacía, realizaba más bien, prácticas espiritistas, todas muy encaminaditas a facilitar una vía por la que poder huir de la angustia; recurso éste equivalente a la beatitud rosariana predicada, en los alejados tiempos de la niñez de la buena profesora, por aquel ladino que se llamaba padre Peyton, un santo de forma obvia; beatitud equivalente, en todo caso, a cualquier sucedáneo del aturdimiento y legítimo como cualquiera de ellos.

Se enteró el Visitante de las crepusculares sesiones de la profesora mientras Mireille se empeñaba en arrancarle con los dedos, prendiéndolas entre las uñas, algunas de las pocas, ¿pocas?, canas que ya le brotaban en el pecho. Reía ella y parecía tomarlo a broma él, aunque por lo bajo constatase, no con mucha satisfacción por cierto, que en aquello consistía realmente lo de echar una canita al aire y alegrándose, igualmente de eso no había duda, de que se pudieran echar en tan horizontal circunstancia y hermosa compañía.

Fue en uno de esos espacios que balizan el largo camino de una noche en compañía; esos que permiten recuperar alientos, acumular energías y asombrarse de la anterior etapa, sin nostalgia aún de ella, dada su proximidad y la posibilidad de la siguiente, así como de la presencia amiga y compañera de alguien que no sólo no duerme, sino que escucha y acaricia y habla; uno de esos espacios, de esos prolegómenos que hacen más hermosa la conclusión; porque son hermosos ellos en sí mismos y permiten que dos seres hablen sin pudores, conocida ya la miseria en la que se sustentan, la contingencia de sus cuerpos, lo efímero de todo; fue en uno de esos

espacios, se decía, cuando Mireille advirtió a su amado novelista de aquella peculiaridad de su respetada, admirada discente. Estaba él, en aquel instante, confesándole sus dudas sobre la legitimidad de construir historias, así, a lo bruto, con procedimientos tan imaginativos, por no decir fantasiosos, que permitiesen aquellas intemporalidades, acaso también atemporalidades, de que el Griffon entrara por el caño norte de una fuente, aquel por el que es peligroso beber, puesto que enloquece; entrara por el norte siendo el siglo XVI, se decía, y saliese por el sur de otra que estaba a mil leguas de la primera y, aun por encima, tres siglos después; o dos antes, que tanto daba. Le parecía un recurso fácil y no lo era: «¿Que se te acaba la cuerda en un capítulo?, v. p. 109 remojón en la fuente y a empezar otro, en otra parte». Ella lo miraba asombrada, aquello de los remojones le parecía lúdico. «Pero qué enormes posibilidades se te ofrecen.» «Tienes razón, todas, todas se me abren.» Ahora tan sólo faltaba la trama que engarzara todo aquello, las bisagras que permitiesen los pliegues, las superposiciones, el mapa que al ser doblado permitiera a los vikingos aparecer en Compostela; el espejo que al debruzarte en él te llevara lejos, tan lejos como quisieras; el juego dejándote escrutar sus íntimos misterios; o la música de la gaita, ese hilo de plata hendiendo el aire y dividiendo el tiempo en antes y después, precisamente, de su música; el caballo de humo en el que desvanecerse en el espacio, galopándolo. Por haber, había mil procedimientos, aquí tan sólo se dejan constancia de unos pocos, pero podrían citarse más: el del tambor de hojalata, el del rodaballo cotilla, la simple ensoñación; pero ninguno tan poco indicado para reumáticos como este *aixeoise*, surgido en Seillons sur Souce d'Argent, en el que el acuático medio del rodaballo, el hilo de plata de la gaitiña y tres o cuatro relaciones más, posibles sin duda alguna, con los medios que atrás quedan expuestos, pero pedestres en su concreción, hacen que se eluda el seguir poniendo de manifiesto lo concomitante de los procesos, la licitud de los mismos.

Cualquier procedimiento es lícito siempre que haya aventura, siempre que haya diversión y ella te conduzca a la introversión, a la materialización dentro de ti mismo del propio sueño adivinado. Lo que también puede suceder fuera de nosotros mismos y confirma igualmente lo dicho: Mira tú si no al hispanista francés, amigo de Lucille y de la misma cuerda, aunque vegetariano, que pasó tres días en la oscuridad secular de la cueva de Montesinos. «Tal y como había hecho Quijote.» «¿Te enteras, Mireille?, tal y como había hecho Quijote.» Eso es la historia y la literatura poco más es que la historia: En el Arco de la Moncloa un gallego, republicano en el treinta y seis, les explica, escenificándoselo a sus hijos, un combate realizado una vez hace treinta años y soñando treinta veces treinta por cada uno de los años transcurridos: novecientos combates son muchos combates: el gallego está cansado, deshecho y agotado, incluso está sudando y le tiemblan las manos. Lleva en el cuerpo el peso de los novecientos combates, de los novecientos hombres que fue; a través de sus hijos imagina, recuerda de nuevo, siente de nuevo en el corazón, y les hace tacatata-tacatata-tacata-tacata-tacata-tacata, tacatac, mientras les enseña cómo se tomó aquel otero, que

está allí por algo, y por el que él está subiendo fatigosamente.

En la misma puerta y en el mismo momento otro gallego, este nacionalista en el treinta y seis y que también está haciendo la guerra fuera de su casa, está explicándole, escenificándole a su hijo cómo tomó metralleta en mano aquel otero en el que ahora están. También lleva el peso de los novecientos combatientes que fue, de los novecientos combates que libró, y también hace taca-tacata-taca-tacata-taca-taca. Cada uno de ellos asciende al otero del campo de la Moncloa por distinta ladera. Ya en la cumbre se cruzan y no se ven, acaso nublada la vista por el ruido. Puede ser, entonces, el ruido algo que nos lleve a algún sitio y puede ser, es, historia la relación de estas ascensiones en el momento en que ocurrieron y literatura el hecho de narrarlas junto con el de que los dos hombres fuesen el mismo, que pueden serlo, que lo son, sin duda alguna. Pero hay algo, la Cueva de Montesinos, el Cerro de los Ángeles, el Campo de la Moncloa, el hilo de la gaitiña, el rodaballo, o el mismo Griffon que va a andar por los ríos subterráneos, navegándolos, incluso por los regatos, hasta por aquellos que son menudos como ríos de plata, que nos vale a nosotros para aventurarnos y meterle bucles a éste al parecer reaccionario y circular camino en el que andamos; lo que, en definitiva, es necesario para que de vez en cuando podamos rizar el rizo un poco y siquiera mínimamente; algo así como poder hacer puñetas cuando nos dé la gana y sin necesidad alguna de que nos lo indiquen.

Tenía que ser lícito, aunque escasamente novedoso el procedimiento ambulatorio del mitológico engendro. Tan sólo y no sólo se habían olvidado de que, según los tiempos, podría cambiar de aspecto y adoptar la humana forma, sino que había de enamorarse de la barragana de algún arzobispo. Detalle éste en apariencia mínimo, pero, como a lo mejor se verá, de mayor envidia e importancia de la sospechada en un principio.

Llamaron a la puerta y el Profesor Visitante se levantó a abrirla, vistiéndose un albornoz por encima de su cuerpo desnudo e introduciéndose las pantuflas, calzándose las, mientras caminaba hacia el comedor.

—¡Hola Lucille! ¿Tú por aquí a esta hora?

Ella ni siquiera intentó mirar en el interior.

—Estás solo, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¡Pero no habíamos quedado en que eras del noroeste que no tenía nada que ver con Calderón!

—Bien, pues estoy acompañado.

—¿Con quién?

—¡Pero no habíamos quedado en que no tenías nada que ver con el teatro francés que se asemeja al de Calderón!

—Entonces es que no quieres que sepa quién está contigo.

—Entonces es que no quieres que esté con nadie. Anda, vete que estoy solo y tengo ganas de dormir.

—¿Dónde has estado?

—¡... Mañana te lo cuento... vete!

—¡A las ocho!

—¡Y dale!... ¡a las ocho, a las ocho! Ya iré cuando me apetezca —dijo al tiempo que ya cerraba la puerta lo más aprisa que podía, cuidando de mirar al suelo, no fuese a suceder que le metiera un pie para impedirle que cerrara.

Regresó a la cama: Mireille disfrutaba en aquel momento en su cara de la expresión que muestra la alumna a quien la profesora coge en falta; a la vez que la soberbia de la alumna que coge en un renuncio a la profesora porque sabe más que ella. No hablaron más del Griffon aquella noche.

Había leído *El Conde de Montecristo* siendo muy niño: dos tomos encuadernados en la tela roja, más bien granate a causa del tiempo, en una edición de la que ahora tan sólo recordaba sensaciones táctiles, cromáticas, acaso métricas, pero no el nombre del editor, el año de la publicación, quién había sido el traductor; recuerda, por el contrario, que acostumbraba a leerlo sentado en un sillón que había sido de su abuelo y desde el que el anciano doblaba el cuerpo todas las mañanas para alcanzarle la sobrante leche tibia del desayuno a su gata preferida; estaba el sillón de mimbre en aquel entonces en la galería que daba a la huerta de la casa de sus padres, la que daba a la estación de ferrocarril, convertida ya en herencia, muerto el abuelo y diluidos tantos y tantos sueños. Leyó *El Conde de Montecristo* allí sentado, acaso en homenaje al viejo, acaso porque era el lugar más tranquilo de la casa, interrumpido tan sólo de vez en cuando por el bufar de la máquina de maniobras, a la que le había puesto un nombre que ahora no recordaba, o por el roncar de algún camión que pasaba por la carretera; los coches, también en aquellos tiempos, eran más, pero menos ruidosos.

Recordaba todo esto el profesor cuando, a la mañana siguiente, se dirigían en el coche de Mireille hacia el viejo puerto marsellés en el que habrían de coger un barco que los llevaría a la roca de If, en la que se encontraba el viejo presidio objeto de la novelación de Dumas; dejó de hacerlo tan pronto como en la bahía del puerto subió a bordo de un barquito, limpio y cuidado, que tenía establecido un precio de quince francos nuevos por pasaje; justo en ese momento dejó de evocar la lectura, el sillón de mimbre, los trenes; dejó de recordar y se dispuso a memorizar todo cuanto el viaje pudiera depararle. Poco pudo hacer, porque el viaje duró veinte minutos escasos, el barco iba lleno de visitantes y la descripción no de la isla, sino del islote, era tal cual se lo habían advertido las guías turísticas. Tan sólo hubo algo que le impresionó vivamente: la estrechez del túnel por donde Faría se comunicaba con Edmond Dantes, la estrechez de la celda del *abbé*, allí encogido durante tantos y tantos años, y

también el agujero por donde vertían al mar los cuerpos de los encarcelados enfermos o difuntos; pero excepto en lo dicho, y era un problema de angosturas más que de otra cosa, nada le pareció lóbrego en exceso y así se lo dijo a Mireille, haciéndole al mismo tiempo referencia a un invierno en la orillamar atlántica de la que él provenía.

Pero no menos cierto es que recorrió el castillo con el litúrgico fervor que sólo puede provocar el regreso a los años de la niñez, a los sentimientos que en ella se experimentaron y que pudieron mantenerse aletargados en el interior de uno mismo, sin sospechar ni tan siquiera de su existencia, para que de forma súbita y poco controlada retornen inundando, anegando de nostalgia y ternura, de angustia y de conciencia a aquel a quien le ha sido otorgado el privilegio; sensaciones, por otra parte, todas ellas que el escritor venía experimentando desde algunos años atrás y con cierta frecuencia cada vez que, en circunstancias parecidas y a vía de ejemplo, se topaba con la hija de una antigua novia suya, plena de semejanza con su madre y llena, al igual que ella, de sugerencias si la observaba desde el recuerdo, y no sólo desde el recuerdo, que le causaban al ahora visitante una situación, un sentimiento, si no exactamente igual, sí lo bastante relacionado con los que arriba quedan expuestos y a los que los soñadores acceden con facilidad suma.

Si el novelista fuese padre (y, al menos hasta ahora y que se sepa, no lo es) tamañas eventualidades le recordarían de forma inmediata esa facilidad con la que las sensaciones que experimentan los niños durante sus primeros balbuceos, cuando se echan a andar o cuando rompen a hablar, queriendo pronunciar todo aquello que sí saben que quieren decir, pero que no saben cómo articular, se les vienen encima a ellos, a los padres, observando el esfuerzo de los hijos e inducidos por ese esfuerzo, también por la ternura, atónitos ante la incapacidad del niño, bloqueados por la recuperada consciencia que los invade en ese momento en el que la nostalgia, ahora confundida con la angustia, les da la noticia de que ya pasó el tiempo, esa abstracción.

El viaje a If fue eso: el reencuentro con un niño que había muerto hacía ya años y que resucitó por unos instantes, únicos y acaso irrepetibles. No todos los viajes son así; la mayoría de ellos son realizados fuera de nosotros mismos y tan sólo unos pocos, excepcionales casi siempre, nos permiten reencontrarnos, bien sea en If o en Redondela. Estos segundos, los que realizamos a nosotros mismos, son, en contra de la común creencia, mucho más peligrosos que los otros: de repetirse con cierta asiduidad, te pueden llevar a viajes que concluyen en lugares sin retorno: a la idiotez, a la locura, al suicidio: hay que realizarlos, tomarlos, estos viajeros caminos, en pequeñas dosis, en mínimas etapas y esporádicas ocasiones. El encuentro con la evidencia es para espíritus o muy débiles o muy fuertes; la gente común está indefensa ante la evidencia; sobre todo cuando comienza por la desnuda evaluación de la contingencia propia.

Así le hablaba el Profesor a la Alumna; aunque haya que reconocer que, si no exactamente así, sí, por lo menos, de manera bastante aproximada; pero ya se sabe que la reproducción de un diálogo, tal y como se produjo, conlleva la utilización del entrecomillado y eso, junto con la globalidad de ella, es un aspecto más de la práctica mecanográfica total, más bien pesadoso y ralentizador, del que se desconoce si estará registrado en algún lugar (preceptivas, literaturas y sitios así) como indefectiblemente obligatorio o bien si tan sólo es aconsejado para una más pulcra presentación y fácil lectura^[15]. Pero se decía que así, más o menos así, le hablaba el Profesor Visitante a su Eventual Alumna, a la vista de la celda del abate Faría, en el medio del mar azul y mediterráneo, pues ya se sabe que cualquier lugar del mar es o puede ser su ombligo; lo que no sucede en tierra firme, tal y como aquí ya quedó de alguna manera explicitado.^{15bis}

Bajaron a bañarse en el agua, que alcanza hasta las rocas desnudas que bordean el islote, y lo hicieron en el instante justo en el que el mar se encrestó de tal forma que fue acción realizada, más que por placer, por determinado tipo de educación que enseña a un hombre a acabar todo aquello a lo que dio comienzo; aunque las situaciones no sean, en su finalización, tal y como eran en un principio y no se pudieran considerar que lo iban a seguir siendo.

De ahí la licitud de los procedimientos a los que antes aludíamos; si fuésemos capaces de dominar los elementos, le decía el Profesor a la Alumna, y ahora vamos, para que no se diga, a entrecomillar «si fuésemos capaces de dominar los elementos, ahora mismo, este mar sería tan azul como cuando llegamos, tan reposado y calmo como hace media hora y tú y yo lo nadaríamos desnudos soñando huidas imposibles. Si no lo hacemos es porque no podemos. Así de fácil. Pero mejor sería poder hacerlo». Era cierto y acaso porque también estaba de acuerdo y sin que hubiese, por otra parte, necesidad alguna de hacerlo fue por lo que Mireille insistió en lo de los mapas doblados, en lo de los espejos escrutados en toda su profundidad, en lo de los rodaballos parlanchines y en lo de las interminables historias que si son leídas por ti pueden llevarte de viaje; y afirmó que había que ver, que, allí, en cambio, con dejar de tocar el tambor ya estaba hecho, que por tal motivo el Griffon podría emerger a la superficie del agua cuando le apeteciera, ni un minuto antes, y por donde quisiera, y ni un centímetro desviado, porque eso dependía de nuestra voluntad, no de la de nadie más.

—Si ahora ya se produce lluvia artificial o marejada artificial y si tú mismo podrías calmar ésta de tener aceite en cantidad suficiente, ¿por qué no va a poder hacer el Griffon lo que le pete?

—Primero —le contestó el novelista—, no tengo aceite; segundo, si lo tuviese y lo echara, no creo que te gustase bañarte en pelotas en medio de él; tercero, el Griffon es mío, y cuarto, no se hable más del asunto.

Pero por alguna extraña razón que no estaba al alcance del novelista, Mireille seguía a cavilar^[16] en la licitud o en la ilicitud, alternativamente, de la vida del

Griffon. Es probable que su afán se debiera a alguna conversación estudiantil sobre la validez o no de la literatura fantástica, habida inmediatamente después de que las cuatro vestales, guardadoras de no se supone qué clase de fuego sagrado, relataran el nacimiento de una novela, el alumbramiento de un nuevo ser, la gestación de una sublime parida, que diría alguno de los más ácidos alumnos; el caso es que Mireille necesitaba dejar bien sentado que el Griffon era posible, que el autor podría hacer lo que en gana le viniese y que «Si Joseph Conrad, por muy marino que hubiese sido, había dejado escrito aquella maravilla de *Tifón*, lo más probable era que, en toda la historia de la Literatura, no hubiera nada tan bien escrito; pero, al mismo tiempo, lo más probable era también que, por muy marino que Conrad hubiese sido, no hubiese visto en su vida un ciclón como el que tan magistralmente había relatado y convertido en prototipo literario de ciclones a partir de su publicación. ¿Y qué me dices entonces del salto del tigre del escritor portugués? ¿Eh? Pues ése jamás estuvo en la India ni participó en un safari». Con lo que si bien no consiguió hacerse entender gran cosa, al menos, quedó contenta.

La historia del Griffon comenzaba a ser un muro infranqueable que lo iba cercando, cercando y asfixiando poco a poco. Le recordaba algunas de sus bromas de estudiante. «¡Haga usted reaccionar poéticamente a media docena de personas y ya verá lo que pasa!» Lo hizo y había resultado terrible, tanto que mejor iba a ser el no hacer memoria de ello. Ahora se estaba produciendo un fenómeno semejante, la gestación de una novela, como en su momento la de un poema, comenzaba a implicar, a abarcar a demasiada gente y no le apetecía llegar a ser conocedor de los resultados; tendría que escribirla él, antes de que fuese tarde. Y así llevaba un año.

El regreso a Aix lo hicieron lento y amable. El novelista tenía la sensación, durante el camino, de que todo el mundo iba a girar la cabeza al ver pasar aquella desangelada presencia de un viejo haciéndole arrumacos a una moza, pero nadie les dio demasiada importancia mientras fueron del muelle al coche, mientras fueron del coche al restaurante, mientras cenaron y luego mientras caminaron por Aix con despreocupación estudiada. Daba la impresión como si Mireille pretendiera todo menos esconderse a los ojos de los estudiantes, allí detrás de cada esquina, espíándolos, y el novelista no supo si intranquilizarse del todo o sosegar de manera definitiva: nadie les hacía caso. Significaba aquello que o era decididamente viejo (una pareja más de ésas) o que aún era joven. Amparado en esta creencia subió con Mireille las escaleras del 5, rue de Griffon.

XII

Mucho cantaron en Compostela aquella noche los irlandeses. También llovió cuanto quiso, es cierto; pero no lo es menos que gentes que huyeran hacía años habían decidido reencontrarse allí aquella noche y durante algunas de las que le habrían de suceder; noches de lluvia la mayoría de ellas, pero también noches llenas de esperanzas de las que muchas se perdieron, porque el mar es traicionero y no juega a ver quién reza más, si reformados o no, y se habría de llevar con él, junto a gentes mitradas de las que allí estaban, a sangres que pudieron ser coronadas y también a algún galopín que otro, que con ellos iba tan sólo por ver de enterarse, así, de lo que decían o de lo que acontecía diariamente.

Pero es el caso que durante aquella noche, junto con alguno de los ya citados, cantaron gentes como Charles Glop, que había entrado por la Porta Faxeira, acogido como los otros al nombre inglés que los libraba de un soto para meterlos en otro; Joan Weil, que lo había hecho por la de la Mámoa; Joan Lorenz, que decidiera hacerlo por la Francixena, la que toman los que de la Francia vienen y a la cual otros llaman del Camino; Richard Hares, por la de San Roque; Thomas Piryz, por la de A Pena; Thomas, escocés, por la de San Francisco; Ian Enmet que se acogió a la de As Hortas; Tom Baileys que, mira tú, entró por la de Mazarelos, aquella por la que siempre entró el vino. Gente toda ella de ir y venir, que ya había tenido sus asuntos con la Inquisición, despistado que, en ésta como en tantas otras cosas, estaba el Santo Oficio, atento a todo menos a que se podría liberar Irlanda y no imaginaba que los borrachos pudiesen hacer otra cosa que no fuese cantar y echar blasfemias contundentes como puños. Sí que lo sabía el Visitador, en cambio. Había recorrido, como ellos lo hicieran, las murallas que rodeaban la vieja ciudad del Apóstol y sabía ya quiénes eran los que habitaban dentro de ellas; sabía, entre otras muchas cosas, que otros que lo precedieron habían tenido que llevarse incluso hasta la comida que poder posarse en los labios y que él estaba siendo un hombre afortunado, doblemente afortunado.

Mientras escuchaba los cánticos y las baladronadas de los irlandeses, recordaba el Visitador cartas que no hacía tanto tiempo había leído con temor y orgullo; unos papeles en los que se «denunciaba que hay un gallego en Aix llamado M. A. que tiene amenazado con que, a pesar del Santo Oficio, ha de meter en estos reinos muchos libros luteranos y como tiene corresponsales en Vigo y Pontevedra ya hice algunas averiguaciones»; cartas de hacía casi veinte años, unas, del sesenta y siete o así, seguro que escritas durante el mes de noviembre y siendo diecinueve de sus días los andados; cartas más recientes, otras; cartas, todas, que le recordaban su propio compromiso enfrentado con el de aquellos que querían ver a sus gentes cercadas por las murallas ciudadanas y no liberadas por los campos, escalando hasta alcanzar las abiertas heredades, o descendiendo a los valles dulces de ríos escondidos bajo los alisos. Al Visitador le visitaba el cuerpo la nostalgia que llega con los años, con la

consciencia del camino recorrido y la de lo incierto del que está por recorrer y, a la altura en la que se hallaba, le valía tanto la blanca espada como el diablo negro.

No durmió bien aquella noche el Visitador. No fueron los cánticos de los irlandeses, ni los mensajes de O'Donnell, ni la buena acogida del Deán, ni siquiera la buena disposición, lo atento e incluso cariñoso que empezaba a mostrarse Lourenzo Pedreira; tampoco la frialdad de Xan de Requeixo, antiguo amigo en las conspiraciones, del que confiaba en su silencio hasta la muerte. No era nada referente a todo aquello lo que le impidió conciliar el sueño, cuando menos nada en particular, pero sí todo en general. En tan pocos días empezaba a ser demasiada la gente que sabía de su estancia en Compostela. Una presencia que sabía evidente, pero que no quería notoria. No era malo, sino que era necesario que se supiese de la estancia del inquisidor en Galicia: que se tuviera noticia de esto era una de las partes de su trabajo; que se supiese de los fallos y de las penitencias del Tribunal del Santo Oficio era algo que no debería evitar, sino que por el contrario tendría que hacer de ellos noticia de la que todos supiesen: bien por su benignidad, bien por su dureza, pero jamás por su mediocridad. Todos deberían saber que estaba el Visitador en Galicia, pero nadie debería conocerlo, nadie debería identificarlo con un nombre y con un origen. Debería sentirse su presencia, pero no saberse.

Hacía ya muchos años que faltaba de su tierra y no sería fácil que, más que afirmando él su propia personalidad, fuese reconocido. La prueba de ello estaba en el Deán, estaba en el médico del Hospital Real. No debería acercarse por Pontevedra, no debería dejarse ver por sus mil vecinos; tampoco por los de Salcedo, solar de los Acuña. Decidió imprimir cierto dinamismo a los preparativos de la visita y se quedó dormido con la idea en la mente de iniciarlos por la mañana, nada más despertarse.

De alguna estancia no lejana a la suya le llegó la tos convulsa de Lourenzo Pedreira y la voz, nítida y joven, de una mujer que se regocijaba de las convulsiones, de lo estentóreo del ruido, de la improcedente hora en la que surgían. Lourenzo Pedreira, canónigo compostelano, seguía pecando más de lo que sería menester; aquel era su compañero, el señalado por el Deán para que lo acompañara a través del viejo Reino de Galicia y no sabía ahora el Visitador si era esto debido a los buenos servicios que esperaba se derivasen de su presencia, si a la seguridad y certeza que generaban lo firme e inamovible de sus convicciones, o si tan sólo era un buen motivo para sacárselo de delante y alejar el escándalo de Compostela: aquel galopín, convulso por la tos, sería un firme puntal para aquellos que querían ver lejos de sí no sólo a la Inquisición, sino también la presencia del tutelar brazo real que Felipe articulaba desde la alejada Castilla; pero era también un mujeriego irredento que más convenía mantener alejado de las propias mujeres e incluso de las ajenas: era un clérigo que, sin dejar de ser casado, no había ascendido al sacerdocio por ninguna de las dos vías que se puedan reconocer: la de la viudedad o la de la matrimonial anulación: se había ordenado siendo casado y sin dejar de serlo; y a pesar del grave delito cometido no sólo no había dejado de cohabitar con su mujer, sino que había

hecho pública ostentación de ello; todo a pesar de que había sido condenado por el Santo Oficio de forma que, curiosamente, «se le disminuyó la pena por ser un hombre de iglesias, honrado y virtuoso y así en lugar de penitencia pública se le cargó más la pecuniaria por ser rico y podello sufrir», con lo que ahora y en esta noche en la que el Visitador está en su casa, anda retozando con la criada más joven y hermosa de todas cuantas hay en el solar de hartura; los tiempos son así y, total, nunca pasa nada, y si pasa, no importa.

No desasosiega al Visitador el hecho de que Lourenzo Pedreira disfrute de la vida, pero sí que lo haga tan confiadamente, sabiéndolo próximo a él, sabiéndolo en una habitación vecina y bajo el mismo techo; porque o es un inconsciente, o es un loco, o es un confiado. Pero también puede ser que la razón estribe sencillamente en unas simples e irreprimibles ganas de fornicar con las mozas: aunque en cualquier caso sea una prueba de confianza y seguridad que puede provocar catástrofes: si no le importa que se entere es porque sabe demasiado quién es el Visitador, y ya serían dos. Conviene, pues, salir cuanto antes de Compostela, su labor en la Galicia amada puede verse comprometida por la desvergüenza de un sacerdote no corrupto, pero sí fornicador; puede, de seguir allí, verse envuelto en el conocimiento de muchas personas de las que no todas tendrán que ser prudentes, o discretas, o simplemente buenas y honestas. El Visitador no consigue dormir bien a lo largo de aquella noche. Ahora no es ya sólo la inseguridad, el miedo al fracaso; ahora influye también la presencia próxima de dos cuerpos que se aman, que sabe vecinos y sudorosos; y el Visitador entonces se levanta y se asoma a la ventana que da a la calle. A través de ella intuye la lluvia, la humedad posada en las piedras, los mil ruidos, apagados ruidos de la noche, y retorna al lecho desasosegado y tenso. Ya no hay toses ni risas de joven rasgando la oscuridad, ahora hay silencio en toda la casa. Decide bajar a la cocina. Sabe la *sella*^[17] próxima al lar, alacena por el medio, al lado de la pila, y tiene sed. Coge un candil, lo enciende y baja con cuidado tratando de no hacer ruido, de no despertar a nadie.

Al entrar en la cocina hay una joven sentada en un taburete, apoyado el codo en la artesa, que tiene una jarra con agua en una mano y la cabeza reposada sobre la otra. Cuando ve entrar al Visitador tiene una primera mirada de miedo, seguida de inmediato por otra de expectación y concluida en otra de ansiedad; pero no dice nada. Es el Visitador quien habla:

—¡Te vas a enfriar!

La mujer lo mira y no muestra ni temor, ni respeto, sino familiaridad, igualdad de trato, confianza.

—Tengo sed —afirma por fin. Y lo dice con una voz ronca y profunda, frustrada y llena de esperanza. El Visitador entiende ya de quién se trata y tiene una primera intención de retroceder que ella reprime con una voz aún más ronca, grave y profunda—. A él no le importaría.

El Visitador siente batir dentro de sí lo que, desde hace tiempo, estaba dormido.

—Lourenzo no vendrá en lo que queda de noche.

El Visitador se sirve agua de la sella, que en otras tierras y al parecer llaman herrada, y se sienta en otra banqueta, próximo a ella.

—¿Cómo te llamas?

—Simona de Pedreira —le responde ella.

—Hija de conversos, al parecer.

—Al parecer.

Acaso existan ruidos interiores que los cuerpos de los hombres producen y los de las mujeres intuyen; acaso existan ruidos en los de las mujeres para los que los hombres permanecen sordos, aunque expectantes; en todo caso hay señales inequívocas que en el cuerpo de los varones se señalan y que los delatan; así Simona supo del calor en el cuerpo del hombre, y acariciándolo le dijo:

—No te avergüences.

Después subieron al dormitorio y se amaron en silencio.

Hay una luz tenue y gris posada en la ventana cuando el Visitador da en abrir los ojos, ya por la mañanita que brota, y detenerlos sobre la faz de Simona, sosegada y dulce, vuelta hacia la pared, de espaldas a la luz, aún dormida, descubriendo la belleza que la noche había velado; y es como si se le incrementase el placer, como si el sentimiento de ternura que lo inunda le devolviera las fugaces sensaciones que el amor presta y con él huyen. El Visitador observa la hermosura de Simona y sacude con suavidad su cuerpo, hace poco habitado; con tanta dulzura lo hace que se diría que quiere, más que despertarlo, arrullarlo en su sueño sin fronteras, mantenerlo en aquella su inconsciencia letárgica, casi de niña, amable en su extensión de ondulaciones que conmueven y que pueden hacerlo hasta el sollozo.

Se despereza Simona y reconoce al varón de afilado rostro y cuerpo enjuto, aunque juncal, que le sonrío con los ojos, para después erguirse y, sin palabras, abandonar el lecho en la procura de otro que no ha de estar tan tibio, ni ha de tener la humana fragancia que el amor deja cuando en él se ama. El Visitador se levanta, tras la huida de la mujer, y hace sus abluciones en un recipiente que hay próximo a la ventana, frotándose la cara con fuerza, fregándose las manos con vehemencia, hasta que el color le habita las mejillas que el amor había tornado lívidas y en las manos siente el cosquilleo de la vida; después, se viste despacio.

Cuando el Visitador desciende los cuatro o cinco escalones de piedra que separan el piso del dormitorio del de la lareira y entra en la amplia cocina que la acoge, Simona ya tiene la leche hervida y el jamón a punto. Se sienta el Visitador y la acaricia con la mirada mientras desayuna; después se levanta y, ya en pie, le deja recado para Lourenzo atrayéndola hacia sí, aprisionando el cuerpo de ella contra el de él y dejándole caer las palabras en la oreja ya antes conocida: había decidido salir aquella misma mañana a realizar el recorrido que su misión había fijado. Esperaba a

Lourenzo en la casa del Deán.

Abajo, en la cuadra, hace una visita a la yegua que, desde hacía días, había tenido medio abandonada; la cabalgadura le restriega su pescuezo por el pecho al Visitador, significándole así el amor que le profesa, la ausencia a la que la tuvo sometida; él le corresponde esparciéndole hierba en el pesebre, luego la golpea en la grupa con la fuerza justa y le acaricia el lomo, al tiempo que le habla; por fin comprueba las herraduras y entiende que hay que errar al animal antes de pensar en salir de camino por los montes adelante. Aquella decisión va a retrasar la partida proyectada, y en el fondo de su corazón, agradece la posibilidad de otra noche acogido a la tibia fragancia de Simona, y así sale de la cuadra llevando a la yegua de las riendas y se encamina hacia el Toural en donde ha de dejarla en manos del herrero. Pierde toda la mañana en las disposiciones propias del herrado y aprovecha el tiempo interesándose en los mil aspectos que conmueven a la ciudad. Llegada la hora del almuerzo devuelve la caballería a la cuadra y se dirige hacia la catedral, a la que accede dando una vuelta previa por la Quintana, por la Puerta del Paraíso, con el fin de entrar en la Corticela que tanto lo conmueve y encamina a la introspección, tan necesaria. No siente remordimientos, sino plenitud; tal plenitud es la que siente que no le importaría engendrar un hijo en el cuerpo de la mujer que amó por entero tan pronto como lo hubo sabido dulce y hermoso, luego tibio y fresco, tal que el centeno verde que dora el sol cuando aún tiene sobre él el manto del rocío.

Sale de la Corticela y se detiene delante del altar mayor, donde todos puedan verlo, apoyando la espalda en la columna primera de la izquierda y sintiendo las miradas que lo traspasan: vuelve a sentir que es necesario abandonar Compostela cuanto antes, se sabe odiado por su oficio y teme las investigaciones que puedan derivarse de las indiscreciones: «Pues aún no sabéis bien quién viene siendo el Visitador éste», «¡Oh, si supierais de qué va!», «Mucha Santa Inquisición y mucha visita, pero cena con el Deán y con los irlandeses y no se enoja por ello y entre ellos», «Algo tiene que haber, para que entre ellos no se maten...», y así hasta que alguien presuma de ser un hombre informado, un hombre que maneja confidencias, saberes que los demás no poseen, conocimientos que le llegan de lejos y que tiene que esparcir para poder ser alguien algún día de éstos; se siente observado, analizado en sus más pequeños gestos y ventea el peligro que una larga estancia podría suponerle.

Se dirige al Pórtico de la Gloria y allí interpreta, lee la sonrisa de Daniel como si fuera un salvoconducto para los fines a los que está determinado. Si fuera supersticioso en mayor medida de aquella en la que consiente en serlo, interpretaría el rayo de sol que le baña la faz al profeta como otro indicio de que los vientos han de resultarle favorables, pero no lo es bastante y se contenta con la contemplación de la belleza de aquel rostro, de la hermosura del conjunto, bañado por una luz que ama y tanto extrañó en el país de la luz que llaman Provenza. Allí lo encuentra el Deán y allí le comunica él la decisión de salir al día siguiente siendo la mañana recién amanecida, en dirección a Ourense.

No habla mucho con el Deán. Cada uno sabe del otro lo necesario y no hay causa alguna que justifique más confidencias: cuanto más se sepa, más indiscreciones pueden cometerse; cuanto más se sepa, más se puede decir en el momento más inoportuno, en el momento menos buscado, en la investigación peor llevada. Se saben, el uno y el otro, miembros de la misma causa y sólo en los momentos ineludibles se darán cuenta de sus cuidados y de sus proyectos, a veces, de la forma más sencilla e inesperada:

—Voy a acercarme al Hospital a hablar con el licenciado Requeixo —le dice el Visitador al Deán.

Luego pisa la tierra por la que, en las fiestas, se corren toros sin que él lo entienda demasiado; él, que ama los potros libres de su tierra marinera, los curros^[18] en los que la fuerza, la maña y la valentía son las armas con las que los hombres se enfrentan a los garañones más bravos o a las yeguas más ligeras, aquellas que ha de preñar el viento; y atraviesa la plaza y penetra en el Hospital Real a despedirse del amigo de la niñez que, ahora, va a ser forzado a acompañarlo en el peligro:

—Si llega algún pellejo de vino para mí, guárdamelo y no lo empieces bajo ningún pretexto, no lo abras salvo que traiga mis iniciales: entonces todo el contenido que traiga te pertenece —le dice a Xan de Requeiro en un aparte, en tanto que Xan reconoce a los enfermos y decide administrar sangrías que han de remediar males o avisar el fin de alguien que ya lo tiene próximo; porque Xan de Requeiro habla en voz alta como si lo hiciese consigo mismo:

—Ahora llega el término de la vida, cuando el calor vital remonta desde el ombligo a la parte superior del diafragma y toda humedad fue desecada como por el fuego. Después que el pulmón y también el corazón perdieron la humedad, juntándose el calor en los lugares mortales, este soplo de calentura, junto, exhalase en el todo inmenso, de donde había salido su totalidad individual. Entonces el alma, abandonando el cuerpo que la envuelve, parte por las carnes, parte por los respiraderos que están en la cabeza y por los que se dice que vive, restituye a la naturaleza el frío, el simulacro mortal con la bilis, la sangre, la flema e igualmente la carne.

El Visitador sí sabe que acaba de anunciar una muerte y da orden de que avisen al capellán de alemanes que el Hospital tiene a disposición de los que tal hablar pronuncian, para que le atienda al moribundo el ánima que ha de abandonar aquel cuerpo. También sabe el Visitador que el médico no quiere hablar de nada más y que entendió perfectamente la encomienda; por eso no le cita el aforismo que precede al que Xan de Requeixo acaba de anunciar. Da la impresión de que el galeno se quisiera refugiar en la ciencia que posee para eludir así el compromiso con la vida que le quiere adjudicar su amigo. En cada una de las ocasiones en las que el Visitador le quiere hablar le suelta el médico un aforismo como quien libera una liebre a un galgo, pero no le rechaza nada; es como si no quisiera comprometerse con la vida, con su entorno, pero sí con el amigo, con la amistad, con la meta, sin exponer nada,

eludiendo cualquier exposición al precio que preciso fuere. «¡Acaso sea el escepticismo que presta el ver tanta miseria, miseria tanta...!», quiere concluir el Visitador y entender así el compromiso de amistad que se le ofrece para aceptarlo y no llegar a la contumacia con el amigo. Son tiempos de miedo y nadie puede confiar en nadie, lo más sensato es no confiar ni tan siquiera en la propia discreción: la tortura puede hacerte confesar lo que no sabes, lo que desconoces e ignoras, cuánto más aquello que sí sabes. Hay una confabulación basada en el silencio, en las miradas, como mucho en las medias palabras, en los gestos, de forma que nadie pueda afirmar nada, tampoco negar nada. Cierto es que se corre el riesgo de mal interpretar, de cruzar los mensajes, de confundir, trastocar incluso los códigos; pero sólo así se podrá salir adelante, sabiendo que es el fracaso lo que aguarda, sabiendo que hay muy pocas posibilidades de que así sea. La mirada penetrante y dura, de águila, que le había valido al Visitador su apodo desde la niñez más tierna, se le endurece aún más cuando de su amigo, cuando hasta de su amigo, tiene que colegir actitudes; supone que no habrá delación, pero ignora si habrá colaboración, ayuda, y tiene que fiarse una vez más de la intuición, que le indica que confíe. Está dispuesto a seguirla por la misma razón por la que lo hizo en otras ocasiones, cuando el consejo era de no aceptarla y dirigir el surco por otros campos; por la misma razón que intuye que deberá salir cuanto antes de la ciudad santa y no regresar a ella en algún tiempo.

Cuando abandona el Hospital se decide por fin a visitar la casa del Santo Oficio, visita que no había realizado sin saber muy bien qué motivo lo había determinado a ello. Sabe que en su país no hay gente que apoye a la Santa Inquisición y, en lo más profundo de su sentir, se sabe orgulloso de que así sea; sabe que no fueron capaces de conseguir un verdugo entre sus paisanos y que hubo que traerlo desde más allá del Padornelo; sabe que tan pronto como comience su visita no le ofrecerán ni la comida, aunque la pague; ésa es una de las razones por las que quiere llevar consigo a Lourenzo Pedreira en su viaje a Ourense y también por eso es por lo que se ofreció para venir a visitar su propia tierra. No había dado que desconfiar a nadie y había convencido a todos de su celo apostólico, de su contumacia religiosa, de su desafección a su viejo Reino de Galicia, el tan amado. La Militar Orden de Nuestra Señora de la Blanca Espada es un camino más a recorrer en la búsqueda de la filosofal piedra de toque que es la libertad de un pueblo, algo que aprendió del arzobispo Blanco, aquel castellano enojado y rebelde, en la lejana niñez, para conservarlo, acaso, como única fe, como única creencia. Se sabe en el término de la vida, de su vida, y cuando entró en Galicia por el valle de Monterrei, comenzó a despedirse del verdor ameno que le conformó el alma, que lo indujo a la melancolía como sustento de su sentir, que lo acercó a la dulzura y a la tolerancia, que lo impregnó de moderación y buen sentido. Amaba profundamente a su país, el Visitador; él, que no había tenido hijos, lo amaba tanto como amarlos a ellos podría. Lo supo por la mañana temprano al posar su mirada en la faz de Simona y desear perpetuarse en aquel cuerpo que le recordó a la Tierra.

Al ir subiendo, ascendiendo por el Preguntoiro arriba, hacia la Praza Do Campo, para luego bajar hasta San Martiño se encuentra con Lourenzo Pedreira que viene de buscarlo en la casa del Santo Oficio.

—No le agradezco ni poco ni mucho que me lleve —le dice el canónigo.

—Es decisión del Deán y no mía —le responde el Visitador.

—Van a pensar que soy lo que no querría ser aunque me despellejasen.

El Visitador calla y asiente y Lourenzo Pedreira experimenta una simpatía reciente y nueva por aquel hombre de mirada fija y en ocasiones gris, como la de las águilas.

—Ande, dé la vuelta y vayamos a almorzar que ya es mucha hora de hacerlo —le dice.

Y el Inquisidor deja, una vez más, sin visitar la sede de la Inquisición en Compostela.

—Mañana salimos.

Es todo cuanto le dice al señor canónigo.

El yantar es un constante atisbar de miradas que se cruzan, de cuerpos que se ofrecen, un sincronizado ballet que el Visitador concluye yéndose a acostar, por ver de echar una siesta que lo abotargue y redima del deseo que de nuevo le está brotando en el pecho y lo hace respirar más profunda y pausadamente.

Cuando despierta de la siesta, aún adormecido, baja a la cuadra y se queda allí sentado hablándole a la yegua, atemperándose. La cena llegará pronto, reclamada antes de tiempo para ver de así poder acostarse temprano, huir del deseo que lo inunda íntegramente y salir de mañana recién abierta. La larga siesta es otra causa que le impide conciliar el sueño mientras aguarda la visita que no se ha de producir en toda la noche. Mañana se levantará insatisfecho y malhumorado, serio y agresivo.

Salieron por la mañana temprano, bajando hasta la Rúa do Franco para abandonar el recinto amurallado por el Arco de Mazarelos, eludiendo la Porta Faxeira, y caminar desde allí hasta la Susana, siguiendo luego en la procura de Ponte Ulla y, desde Silleda, ir en búsqueda de Acibeiro, subiendo por O Candán arriba, por ver si conseguían llegar a dormir al monasterio en el que se recogían los monjes bernardos. Según el día fue creciendo el Visitador supo del ánimo que alentaba al canónigo con el canónigo, al resto de la curia, y, por decirlo de alguna manera, al resto del país: treinta y pocos núcleos de población importantes que apenas suman dieciséis mil habitantes y, después, multitud de lugares perdidos por las montañas dulces, por las rías amenas o en lo alto de los acantilados que sólo ellos son capaces de habitar, enfrente del mar tenebroso y último que los amenaza. Desde el valle profundo que reposa en O Caurel, a la cumbre de la Pedra Fita o a los marítimos niveles de la playa

de Area Longa y los estuarios que se desparraman en un adiós próximo al mar, el país era aquel hombre que caminaba a su lado, caballero en montura parda y grande que relinchaba enloquecida al atisbar los campos que se le abrían a los ojos como una promesa, acaso también por la proximidad de la yegua, quién sabe.

Le cogían de lejos a Lourenzo Pedreira los problemas que se cocinaban en El Escorial, le traían sin cuidado alguno los de los moriscos y entendía que se les debía dejar vivir como ellos decidieran, que mal no se lo hacían a nadie. Lo que más le preocupaba era abandonar Compostela y el poder pensar que el rey Felipe iba a meter la nariz más de lo debido en los asuntos que él entendía que no le eran propios; vivir y dejar vivir parecía ser toda la condensación filosófica que el Visitador pudo intuir en la mente de su acompañante.

Llegaron a Acibeiro ya de anohecida y fue la presencia de Lourenzo Pedreira la que franqueó las puertas de la concordia, ya que no las del monasterio, que se abrieron de inmediato para los caminantes. Cenaron con los monjes y volvieron a salir de mañana temprano. Tenían prisa en llegar a Ourense y no se acercaron hasta Oseira, sino que por O Carballiño, bajando por Maside a las tierras del Barbantiño (Chans de Amoeiro desde los que se divisa, grandioso, el Padre Miño) llegaron a aquel recinto que se llamaba Ourense y acogía a cinco cientos de vecinos. Había sido una larga y arrebatada cabalgata en la que ninguna conversación había sido posible, cuando menos en los términos que el Visitador creía necesarios y que la presencia del alguacil y del secretario, así como la de los dos criados que iban con ellos, había impedido durante todo el trayecto.

Era el Visitador hombre acostumbrado a los largos silencios que proporciona el cabalgar en solitario, pero también a las parrafadas que el no tener testigos facilita y que sólo una vez que se está ya en manos del contertulio son posibles. Se trata de un juego terrible y aventurado en el que el Visitador decidió poner todo a disposición del otro una vez que, en la soledad del pazo del obispo de Ourense, pudo abrirse, que necesitó abrirse al canónigo, vertió todo cuanto sabía en los oídos de Lourenzo Pedreira, como buscando comprometerlo con la posesión de tanta y tanta información como la que le estaba dando. Era como si de tal manera intentase reducirlo al silencio más contumaz y firme: sólo una persona complicada hasta idéntico nivel podría estar tan informada y no eran, aquellos, tiempos de guardar información alguna a la vista del potro de tortura. Lourenzo Pedreira se dio cuenta en seguida del porqué de aquella avalancha de datos y dejó que su curiosidad quedara satisfecha; había sabido ya de antemano y poco antes de salir quién era el Visitador y cuál el papel que en su compañía tendría que cumplir durante un tiempo, pero decidió escuchar todo cuanto el nuevo amigo quiso decirle, todo cuanto dato podía enriquecerlo. Cuando creyó que ya no había mucho más que escuchar, le dijo:

—Soy hombre rico y profesé en religión siendo casado sin tener que hacer más que pagar una multa por un importe que previamente conocía. Si lo hice fue por algo. Ahora que estamos juntos, trabajemos.

El Visitador le sonrió. Toda la frivolidad que aquella mirada de niño acumulaba se le había borrado al canónigo como por ensalmo; parecía un hombre que conoce desde hace tiempo el camino trazado y que lo recorre sin dudar nunca, pero también sin dejar de aprovechar todo aquello con lo que, además de con la obligación, la vida nos regala. Ahora es tiempo de cumplir con el deber y lo sabe desde que el Deán le dio las pertinentes instrucciones que él en su momento acogió en silencio y había olvidado hasta ahora mismo, justo hasta cuando el Visitador hace la necesaria confesión que aclara dudas. Tendrán que construir, juntos, todo un tejido que sobreviva a los autores, por lo menos ésa es la intención, y se ponen manos a la obra tan pronto como llegan. Una extraña e insospechada camaradería surge entre ambos, pero los dos han de saber mantenerla oculta en la solemnidad del tratamiento, lo seco de las relaciones, lo espaciado de las confidencias.

El Visitador empezará de manera inmediata una labor para la que tiene concedidas las más amplias facultades; inspeccionará, pero también decidirá penitencias y no se contentará tan sólo con enviar los autos a la Suprema, luego de haber formulado las acusaciones y los cargos que resulten, anotando al margen los nombres de los testigos que prueban la acusación, antes de hacer expresa referencia a la sumaria y proceder a cerrar la vista, sino que tendrá más extensas decisiones y trabajos que cumplir. Así que comienza por inspeccionar los libros de visita, las Cartas Acordadas, los libros de hacienda, el estado de los procesos de fe y continúa leyendo los libros de informaciones genealógicas, los pleitos civiles y criminales, los libros de penitencias y sentencias, los de libramientos y los de los familiares y comisarios y, según los vaya leyendo y según vaya sacando conclusiones sobre la justicia habida en los fallos tomados, irá dando cumplida cuenta de todo cuanto dato recabe el canónigo Lourenzo de Pedreira, hombre de memoria segura que, según se afirma en círculos muy reducidos, va con él tan sólo para abrirle al Visitador las puertas de las curias que le permanecerían cerradas a clausura por ser quien es: un visitador de la Inquisición, un miembro del Santo Oficio. Pero va con él un miembro del cabildo compostelano, un hombre al que el país conoce y en el que confía y que, sólo el Deán, el Visitador y el Canónigo lo saben, va para algo más: va para anotar de forma indeleble en su mente los nombres de las personas que fueron condenadas con justicia, con la justicia del Santo Oficio, por la Inquisición, porque con esas personas condenadas, a través de procesos sinuosos que el canónigo retiene en su cerebro, habrá que contar para entretejer una red que tendrá que ser espesa e invisible si es que tiene que filtrar el río de la historia que, ahora, y durante tiempos, el país tendrá que remontar contra corriente; y tendrá el clérigo que memorizar al unísono, en otro lugar de su cerebro, los nombres de los inquisidores fieles al rey y también los de los que no lo son, porque las redes tienen compartimentos que las gentes del mar llaman con nombres especiales.

El alguacil y el secretario asisten a los interrogatorios de los funcionarios, que son realizados por el Visitador de acuerdo con la jerarquía y los más escrupulosos

respetos para con la antigüedad en el seno del Santo Oficio. El canónigo permanecerá entonces alejado, pero no desinformado. Antes que de nadie sabrá del inquisidor primero; luego del segundo, más tarde del fiscal porque a los tres hará preguntas que han de incomodarlos, dejándolos nerviosos; a ello seguirá el conocimiento que resulte de interrogar al notario del secreto, al alguacil y al receptor, al alcaide, al nuncio y a los porteros, a los abogados y a los consultores, al juez de bienes, al procurador y al escribano del fisco y también a todos los oficiales de la Inquisición. Y de todo tendrá noticia el canónigo, noticia inmediata, que le facilitará el Visitador, que sabe cómo preguntar para obtener las noticias que no se podrían confiar al papel y que en el tiempo se hubieran perdido, diluidas; y todos han de ser datos que han de manejar en Compostela los que en la conspiración andan y la dirigen, que no son muchos, pero que son buenos y generosos.

Todo esto se hará luego de haber sido leído el Edicto de Fe y de haber pronunciado el pertinente sermón en la Santa Iglesia catedral durante los ocho días que siguen y en los que se aguardan las delaciones que han de continuar y que no siempre se producen, como muy bien sabe el Visitador. Porque son los mismos curas los que avisan a sus feligreses: «Tengamos ojos que por aquí anda el inquisidor y, por amor de Dios, no os descubráis los unos a los otros, ni siquiera os refiráis a las cosas tocantes al Santo Oficio porque mucho mal se puede derivar para todos nosotros...», les dirán desde los púlpitos, advirtiéndolos. Pero a los ocho días y sean cuales sean los resultados, siempre insatisfactorios, se leerá el Edicto de Anathema durante el Ofertorio de la Misa, después de la procesión de la Cruz y en tanto los clérigos cantan al salmo: «¡Oh, Dios!, ¡no permanezcas mudo, ve aquí que tus adversarios se engrandecen...!, ¡quién puede ayudarnos, Señor, si no eres Tú, irritado de forma justa por nuestros pecados!».

Pero ahora estamos aún atravesando esa semana que transcurre entre el Edicto de Fe y el Edicto de Anathema, y el Visitador, armado de las cuarenta y nueve preguntas, va peinando los secretos que anidan en los pechos de los propios miembros del Santo Oficio y extrayendo conclusiones que comunicará a muy poca gente, Ourense va lentamente sumiéndose en el miedo y una conjuración de silencio fluye de los labios de los vecinos, de las indicaciones de los curas, hasta abarcar el ámbito todo que la enmarca; tanta y tanto es así que el Visitador decide dedicar más tiempo al propio aparato inquisitorial y visita las cárceles secretas que el Santo Oficio mantiene en lugares que todo el mundo sospecha y nadie, absolutamente nadie, puede afirmar conocer. La visita tiene que proseguir de acuerdo con unas normas preestablecidas de las que ni el Visitador ni el canónigo son responsables y de las que la más mínima alteración levantaría sospechas irreprimibles.

No le incomoda al Visitador hurgar en las conciencias de los inquisidores, diseccionar en vivo las almas de las gentes que pueden juzgar y condenar, que pueden denunciar y repartirse entre ellos los bienes de los acusados, que pueden someter a tortura y hacer desaparecer a sus semejantes; tampoco disfruta con lo que se va

encontrando. Pero otras historias comienzan, al fin, a ocuparlo.

En el tercer día del inquisitorial proceso le salta ante la vista la historia de Antía Méndez, vecina de Vilanova das Infantas que según parece ser murió ahorcada, curiosamente después de haber sido sometida al potro, en la celda en la que aguardaba el resultado de ser considerada como judía. Revisa la correspondencia mantenida desde Madrid a este respecto y van surgiendo las recomendaciones, las normas, las delaciones, los nombres de los torturadores, las infalibles reglas para no causar más mal que el necesario, acaso que el preciso, ya que «la experiencia que se tiene en este asunto es que, cuando se tengan dadas tres vueltas de mancuera bien dadas, queda poco que esperar y debe dar reparos continuar dando tormento en el potro». El Visitador conoce las normas, pero ahora está constatando el resultado de su aplicación. Ocasionalmente un sudor frío le baja por la frente y cuando, por la noche, se reúne con el canónigo maldice de manera que no deja lugar a dudas la historia amarga que el fanatismo produce. «Dicen de nosotros que somos paganos y supersticiosos, incultos y atrasados, pero de su civismo tan sólo se deriva muerte y dolor, fanatismo y ceguera.» Lourenzo Pedreira no dice nada, pero piensa que el dolor cesa y el miedo permanece, que hay algo peor que la misma situación de padecer tortura, algo indefinible que comienza cuando te la anuncian y que concluye en el dolor que puede resultar, en ocasiones, liberador: la monición, la sentencia, el descenso a la cámara y el consentir en que te dejen desnudo, indefenso en tu pudor, débil en la respuesta; permitir, tener que permitir, no poder impedir que te pongan sobre el potro y que a él te dejen amarrado con ligaduras que tú no podrás deshacer y que tensarán tu cuerpo a los primeros giros de las mancuernas, serán las claves cuando en las noches largas y cálidas del verano de Ourense hablen los dos compañeros. Si Portugal no fuera aún peor que esto sería cosa de huir y abandonarlo todo, aun sabiendo que no se arreglaría nada con la huida que el Visitador, por otra parte, sabe imposible porque reconoce en su país a la última habitación del corredor, la última sala del pasillo. Es una sensación equivalente a la que vivir en Galicia le proporciona, y resultado de ella. No hay posibilidad de huir por la frontera porque la frontera es el mar océano o es la raya vecina a un país en el que tampoco asoma la libertad. Hay una sensación de aplastamiento, de estar cercado, oprimido, que incita a la huida por el mar, ya que no al retroceso por la tierra. ¡Felices aquellas tierras con fronteras por las cuatro esquinas de sus vientos, por los cuatro ángulos de sus geografías, porque por alguno de ellos entrará siempre aire fresco y revitalizante! Pero este país nuestro lleva siglos recibiendo el polvoriento aire de la meseta, entrándole por los bajos de una puerta que desde ella, precisamente, se abre; es como estar confinado en la última celda de un corredor, de un largo corredor que, en algún tiempo, fue el acceso a la luz que tremolaba sobre un campo, rutilando. Y ahora no hay huida porque en el resto de la común vivienda habitan la intolerancia y el fanatismo y de las otras cámaras es de donde llegan el sometimiento y la vejación y tan sólo la astucia podrá ayudar a liberarnos. Y de nuestra liberación derivará la de

los demás, de eso no hay duda, porque en esta común vivienda tan sólo nosotros podremos barrer hacia afuera. Y Visitador y canónigo peroran en las largas horas nocturnas, cuando la ciudad duerme.

Son cálidas e interminables algunas noches en Ourense, mientras en la Pena de Francia, ribera del Padre Miño, canta el ruiseñor la canción que tiene bien aprendida y, en la cárcel secreta de la Inquisición, comienzan a entrar las primeras gentes acusadas, las primeras víctimas de las denuncias que mil razones motivan. El Visitador va concluyendo su duro trabajo de lectura de libros e inspección de gentes y sabe ya próximas las horas en las que tendrá que entrar en las mentes de sus paisanos e intuir las culpas que puedan ser ciertas y las que no.

Pasó el Edicto de Anathema y el Visitador dirige sus pasos a la cárcel en la que aguarda el primer reo. Se trata de un muchacho joven que tiene cara de asustado y, una vez que le hubo puesto encima la primera mirada, regresa a las habitaciones del primer piso donde se guardan los expedientes. Allí recapacita sobre el aspecto del joven que sabe en el sótano, debajo justo de donde ahora se encuentra, y piensa en la culpa que se le va a venir encima. No sabe qué atajo tomar para solventar aquello y echa en falta al canónigo que tanto le ayudaría en este caso, aunque fuera a cuenta del silencio en el que ambos habitualmente conviven desde que comenzó su necesidad de mutua compañía, de común trabajo. Se dispone por fin a abrir el expediente y a leerlo cuando llaman a la puerta y una figura baja y recia, humilde de ropas y aparente de fuerzas que no tiene y, sin embargo, luce, penetra en la estancia y saluda con el ritual de rigor en aquellos casos; luego se identifica: es el párroco de la feligresía de Piñor de Cea, a la que pertenece el encausado que aguarda abajo a que lo interroguen. No le da tiempo al Visitador, el bueno del párroco, para que lea el expediente, sino que en pocas palabras, en muy pocas palabras, le pone al tanto de lo que sucede:

—Andar de fornicio no es pecado, se lo digo yo; porque si una moza va y se ofrece es porque le da la gana o porque le apetece; no hay ofensa y donde no hay ofensa no hay pecado. Si nadie se siente herido, ¿qué vamos nosotros a decir por ellos? Además, mire, ¿qué quiere que le diga? ¡Si ya lo dice el Génesis: *Crecite et multiplicamini et replete terram!*

El Visitador piensa en que son rústicas, pero ciertas, las palabras de aquel clérigo que viene de lejos a defender la oveja que él tiene abajo bien guardada, prisionera también del susto que lo habita; pero piensa también en que no debe dejar traslucir noticia de ello y amenaza al sacerdote con encausarlo también a él si porfía en sus razonamientos. Después manda que le trasladen al preso a la celda de los interrogatorios. El cura de Piñor de Cea insiste en sus propuestas.

—Pues a mí vinieron a consultarme y les dije que no era pecado mortal, y se lo dije en el confesionario y no hizo falta que les echase la absolución.

El Visitador comienza a impacientarse; puede que suceda que la actitud del

párroco esté siendo una provocación y no puede dejarla pasar por alto. Está, siente que está de acuerdo con aquel hombre simple y bueno que lo más probable es que se acueste con la criada o que tenga mujer propia como tiene Lourenzo Pedreira, la hermosa Simona que se le viene a la mente y le sosiega la vio lenta reacción que está a punto de no poder reprimir hasta que, justo en el instante mismo de la explosión, el recuerdo amable del cuerpo de la muchacha le dulcifica el acceso, lo llena de dulzura y comprensión y le permite, incluso, fingir una ira que no siente. Tendrá que ser duro, no podrá dejar de sentar la mano en estos asuntos que en Castilla tamizan con tanto cuidado; sabe que podrá ser complaciente con los curas y con los familiares, que podrá pasar con las prevaricaciones y con los cohechos, por los robos y por las intrigas, pero sabe también que tendrá que ser extremadamente riguroso con el sexo y con el tráfico de libros. Y deberá reprimir el sexo; aunque sepa que con el sexo, con el apetito carnal no habrá Inquisición que pueda, que irá siempre en el espíritu del hombre y que tendrían que desaparecer la dulzura de los valles, la hermosura de las brañas, la frondosidad de las fragas, tendría que desertizarse el país, convertirse en otra cosa que ahora no es para que la libertad sexual desapareciera. Sabe que es indestructible y por eso está dispuesto a castigar severamente. Sólo así podrá justificar la benevolencia hacia los otros delitos que viene a perseguir y dulcificar las sentencias que imparta; porque es que, si carga la mano sobre los contrabandistas de libros, puede llegar a deshacer una red que nadie podrá volver a tejer en muchos años. Los contactos, los hombres aguerridos que se juegan la vida por hacer contrabando literario no los hay en todas las épocas y lugares, son frutos esporádicos que se dan cada cierto tiempo y el Visitador no quiere ni debe dejar que puedan pasar años y años sucediéndose vacíos. Tendrá que ser amable, poco riguroso, aparentemente fiero, en la persecución de los libros que entran en Galicia, y la fiereza le vendrá dada por el fervor que ponga en la represión del sexo, en la represión de los fornicarios. Ésa ha de ser su salvaguarda.

La imagen de Simona se le presenta nuevamente y comienza a amarla en la reacción que es capaz de desmenuzar porque es esperable que surja: nace siempre de las contradicciones; y ahora él tiene una de las más fuertes de su vida, acaba de descubrir la llave de su propia seguridad, de su propia supervivencia: tendrá que reprimir el amor entre las personas, tendrá que descubrirle el pecado a gentes que vivieron en su ignorancia y tendrá que encadenarlas al sentimiento de culpa para, después y acaso, liberarlos gracias a los libros. ¡Oh, triste país el suyo, condenado siempre a salir de la libertad para regresar a ella después del sufrimiento!, ¡triste país saliendo siempre de un pozo para meterse en otro! De esa tensión le brota el amor por Simona y la amistad por Lourenzo, tanto que se torna temeroso de esa profesión sentimental que es la del amor y la de la amistad, ya que profesarlos es depender y él no quiere dependencias que lo cerquen y le impidan volar libre, como siempre voló hasta hoy. La conciencia de que pueda llegar a depender lo vuelve agresivo, lo enfurece, y mientras una le va, otra le viene. Una sospecha lo deja pensativo, la de

que puede llegar a perderse por las vías del sentimiento afectivo. El amor hay que depositarlo en las abstracciones porque sólo ellas carecen de contingencia, los grandes amores son los amores liberados porque no reposan sobre nada que pueda morir, sino en cosas que nos sobreviven a nosotros y a la propia historia que nosotros mismos ayudamos a forjar; así la patria, así los grandes ideales. Pero el amor a las personas, si no muere con ellas, muere cuando nosotros y no nos sobrevive, no tiene continuidad. El amor de los hijos es otro y para otras gentes, no hay supervivencia. En cambio hay dependencia, hay ternura, hay dulzura, hay sentimientos nobles o ruines, hay ira y celos y asco y hartura y cualquiera de ellos puede delatarnos en el instante más insospechado; puede hacernos ruines o nobles, lograr que sobrevolemos la pureza o verternos en la abyección, humanizándonos, en el momento más inoportuno y dejando al descubierto nuestras más débiles barbacas, nuestras más inútiles defensas. Si ahora se guiase por el amor que lo embarga, el Visitador dejaría libre al párroco y libre dejaría al muchacho de mirada asustadiza que por él aguarda abajo; y triunfaría así la imagen de Simona; pero es capaz de dominarla y sabe, necesita además saber que tiene que apoyarse en el dolor ajeno, en el singular dolor de unos pocos, para conseguir el gozo de muchos más. Es la eterna discusión entre el fin y los medios. Ayer, en la larga caminata que lleva hasta Oira, en la ribera del Miño, Lourenzo Pedreira le afirmaba que los medios son un fin en sí mismos y hacen daño. Lo recuerda ahora cuando sabe que va a tener que aplicar unos medios en los que no tiene demasiada fe, para así alcanzar unos fines que sabe buenos y generosos. Recapacita acerca de aquello que Lourenzo afirmó e intuye que tiene razón, hasta extremo tal que sabe que el fin colectivo, el de la colectiva liberación, no es más que la ocultación del de la propia seguridad; está dispuesto a condenar para poder estar él más seguro, para poder sentirse él más libre y actuar de acuerdo con su sentir que, por serlo, es el más justo.

Definitivamente el amor dulcifica y tampoco los grandes fines son otra cosa más que palabras. Acaso aquella primera apariencia que ofreció Lourenzo Pedreira sea la menos injusta y, la filosofía que de ella emanaba, si no la más justa es cuando menos la menos ofensiva, la menos lesiva. Si no hay ofensa, no hay pecado, porque no hay mal. Va a resultar que tiene más razón que un santo el viejo párroco de Piñor de Cea, el viejo clérigo inculto que en Madrid o Valladolid considerarían pagano y supersticioso: donde no hay lesión, no hay mal; donde no hay mal, no hay culpa. Pero vienen a por nosotros, se dice el Visitador, y a los dioses hay que ofrecerles sacrificios, aunque sea a los dioses de fuera de nosotros mismos, porque los nuestros no son sanguinarios, ni crueles; hay que hacerles sacrificios, degollarles un corderito en el ara que ellos nos indiquen para así poder salvar un rebaño, se repite el Visitador. Y entonces se yergue y ordena que detengan al señor cura párroco de Piñor de Cea. Después baja a la celda a interrogar al muchacho de mirar asustadizo.

El muchacho de mirada asustada tiene veinticuatro años y, anteayer por la noche, estuvo guardando el pan en la era de su amo.

—Pasé toda la noche sin pegar ojo y vino el amo y me lo agradeció de verdad...

El Visitador sonrío.

—Por eso no estarás aquí, supongo yo.

—No, señor, no. Estoy porque el amo dijo que le guardara muy bien el pan y no anduviese gozando con las muchachas y llenando los campos de pecados mortales y que lo hiciera muy bien, y yo le dije que una cosa era mirar por el pan, que eso sí que estaba bien hecho y que era lo que yo tenía que hacer, que para eso me lo mandaba mi amo, y que otra cosa eran las mozas y que andar a gozar con ellas, pues que no era cosa mala.

El Visitador empieza a entender la situación. El muchacho afirmó seguro de sí que «acostarse un hombre libre con una mujer libre no es pecado» y el amo sintió conmoverse dentro de sí el miedo que la lectura del Edicto de Fe le había producido: se arremolinan en aquel momento los vecinos en la era y hay discusión y un día es un día y una moneda bien se gasta; pero entre ellos los hay también de los que están temerosos a la vista de las imprecaciones de excomunión que se han de leer el domingo venidero cuando el párroco, le guste o no, tenga que elevar el tono de su voz al pronunciar el Edicto de Anathema.

La gente de Piñor de Cea entra en la discusión. En la Isla de Ons, cuando la gente tenía algo que solventar, bajaban a un cañaveral, se armaban de cañas y se batían con ellas en las espaldas, en las piernas, en los brazos, hasta destrozar la cantidad de ellas que hiciera falta y quedar cansados, anuladas las fuerzas, exhaustos, pero enteros los cuerpos sin heridas que pudiesen producir bajas en aquella comunidad aislada en la boca del océano. Era una forma de supervivencia. En los otros lugares de Galicia una discusión bien vale un esfuerzo, y mientras se haga razonando no hay miedo de que pase nada; el único miedo que existe es la irracionalidad que surge cuando la discusión entra en el camino del sí o del no, que es cuando no requiere el esfuerzo mental que justifique la perseverancia en una actitud basada en un razonamiento; ahí es cuando hay que tener miedo: a la vista del camino absurdo que media entre el sí o el no, pueden aparecer las hoces y una azada puede hendir una cabeza justo hasta aquel instante bien organizada. Ahora la discusión está discurriendo por los cauces habituales, pero hay miedo. La sensación de un poder superior que viene de lejos y que nadie domina, el miedo a una justicia que nadie conoce, que nadie reconoce como propia y contra la que el mismo párroco avisa a sus feligreses es la que induce al miedo a los tertulianos, pero no al muchacho que, aunque ahora tenga el mirar asustadizo, afirma recordando, con mirada que quiere ser segura y firme:

—Dejaos de andrómenas que lo que el cura leyó no es la excomunión, sino un mandamiento que acá dispone una justicia y perder cuidado que Dios no nos va a

demandar nada para que seamos excomulgados por no responder a la provisión de esa justicia, que tampoco se lo demandó jamás a nuestros padres.

Y recuerda que lo dijo gesticulando firme, sabiendo detrás de él a la sombra del señor cura, el convencimiento de sus convecinos y la común aquiescencia, pero ignorando el miedo posado en las mentes de algunos, el temor que sus palabras inducen en la mente del amo.

En la era de Piñor de Cea, en la mejor era de Piñor de Cea, la gente discute acerca del pecado. Ahora ya no se acuerda de lo que proveyó la justicia que llega de afuera; después sí, después, cuando surja la denuncia, las palabras han de quedar escritas y permanecerán como silencioso testimonio a través de los siglos; pero ahora discuten sobre si es pecado o no el de yacer con hembra placentera, que diría el Arcipreste, que más al sur también hay gente buena; si es pecado el hecho de que dos seres libres le den gusto al cuerpecito, que se dice por esta tierra. Y el muchacho, que aún tiene luz en la mirada, le apuesta al amo el sueldo de una semana que no tiene razón y que fornicar no es pecado, «¡pero si hasta el cura lo dice!». Hay broma y regocijo en la era más importante de Piñor de Cea y Eusenda Cerdeiriña, cincuenta años bien cumplidos, afirma riéndose hasta el rompimiento:

—Vaya, señor, vaya que perderéis la apuesta.

El amo empieza a sentirse ofendido, ofendido porque se siente ridículo, no porque piense que dejan de tener razón sus vecinos. Y Eusenda Cerdeiriña afirma de manera rotunda y que por todos pueda ser escuchada:

—¡Estaría yo buena con tres hijos que tengo, cada uno de su padre; toda mi vida en pecado mortal y yo sin saberlo!

La gente se ríe y asiente, pero Pero de Sarabia que llegó de Portugal y al parecer es judío converso, cuando menos tal se afirma, tercia en el asunto:

—... si supiesen las muchachas el don que tiene la virginidad, porque ellas son esposas de Jesús-Cristo, no procurarían perderlo tan fácilmente, porque es un gran pecado.

—No es un gran pecado, que yo conozco muchas jóvenes que tienen hijos siendo solteras y, en cualquier caso, será medio pecado —contesta el muchacho.

El converso siente la necesidad de afirmar su nueva fe recién adquirida.

—Calla tú, traidor, que mereces cien azotes por ir holgándote con unas y con otras.

La cosa va a más y el joven criado afirma que «más que reprender a las solteras, mejor es tener cuenta de las casadas que tienen hijos que no son de sus hombres».

Aun delante del Visitador el muchacho es capaz de afirmar ingenuamente que él es el ganador de la apuesta. No sabe que son dos los denunciados, que Eusenda Cerdeiriña está ya en la otra celda y que gracias a ella Pero de Sarabia, al igual que el amo que denunció al criado, dormirá tranquilo durante los próximos meses la seguridad alcanzada por tan ruines caminos, mientras que él tendrá que autodenominarse sospechoso de fe, pagar quinientos dineros de multa y salir al

destierro por tiempo de dos años, los mismos años que estará afuera Eusenda Cerdeiriña.

Son largas las tardes de calor pasadas en Ourense. Por el Padre Miño abajo acostumbra a llegar una niebla espesa que llena de humedad las calles, cambia el color de los enlosados y se pega al cuerpo como una segunda piel que nadie desea. Allá hacia la atardecida refresca y puede llegar, incluso, a helar, pero eso no siempre sucede así y hasta que llega el frescor y acaso ese vientecito leve que barre la bruma, los cuerpos piden caminar a modo o acogerse a la protección de los soportales, mientras ya es noche cerrada en todo el resto de Europa y nadie, salvo los de siempre, vela. Pasado este tiempo transcurren las horas que el Visitador y el canónigo dedican a la tertulia, a la comunicación de las experiencias que el día trajo con él y dejó posadas en el alma de los que están hablando. Son las horas de las confidencias y el Visitador se extiende a gusto sobre todo aquello que el día reprimió y no le dejó, ni tan siquiera, tener en cuenta.

—En la Corte se quejan —le dice al canónigo— de lo poco que aquí se leen los grandes maestros de este siglo. Incluso se quejan de que, en las librerías de esta tierra, no existan prácticamente los libros de los autores que tienen que ver con el Santo Oficio que yo profeso.

El canónigo se hace el tonto; una larga *estadea*^[19] de iluminados, de visionarios, de alumbrados, de místicos pillabanes recorre, de allí a poco, las rúas orensanas en la compañía de los dos paseantes. Tan sólo el genio de Cervantes, hijo de cirujano, profesión ésta de judíos, oriundo aquel, acaso, de Saavedra, o de Cervantes, se salva en la noche espesa.

—¿Qué quieren que leamos, problemas de un honor y una honra que aquí no entendemos? —resume el miembro del cabildo compostelano no sin razón.

—La honestidad estriba en este país —le argumenta al Visitador— en guardarse de la mentira, en no engañar a aquel que dices amar; el honor es tener palabra, guardarla y defenderla; la honra no se pierde porque dos seres consientan en hacer el amor a la sombra de una ginesta, esbelta, sonora y alta. Poco lugar ocupa en la vida de un hombre o de una mujer el honor, si sólo radica en aquel sitio.

El Visitador se ríe y le confiesa las penas impuestas aquel día, a la vez que su convencimiento de lo injusto del resultado.

—Se está volviendo como ellos —le escupe cuando escucha los razonamientos que defienden las decisiones tomadas.

—Necesito crear confianza en mí, que sepan en Madrid que pienso como ellos sin que por eso se deteriore nada —insiste el Visitador, pero Lourenzo Pedreira responde:

—Yo soy un amoral y esas eran buenas e inocentes personas que no entenderán de sutilezas.

Durante los días que suceden a éstos, siguen siendo duras y severas las sentencias, pero ya no se producen destierros por los delitos de no creer los fornicarios que hacer uso del sexo sea pecado. Aun así, aun con la protección del licenciado Pedreira, la

curia orensana no ve con buenos ojos la presencia de aquel hombre enjuto que habla poco y escucha mucho más de lo que debiera, que fisgonea en las librerías que hay vecinas a la catedral, que entra en los conventos y huronea en sus bibliotecas. Al cabo de algunos días de las dos semanas que permanece en Orense, tiene acceso a alguna casa noble que se acoge a la sombra protectora del Cabildo y allí también hay libros. Nadie se confía, sin embargo, a él; conoce demasiado bien los títulos que están prohibidos; pregunta por ellos con la mirada cuando la posa, suave y demoradamente, a lo largo de los estantes de las bibliotecas: es un miembro del Santo Oficio. Durante las largas caminatas que transcurren en compañía del canónigo le confiesa reiteradamente la imposibilidad de poder aportarle algo que contribuya a la común causa y sólo a la vista de este hecho incontrovertible se decide a abandonar Ourense y hacer, entretanto, menos rígidas las condenas. A los pocos días salen camino de Allariz.

Entran en la antigua villa y corte por el puente de Vilanova. Allí el Arnoia se remansa, se represa, y cubre su propia agua con el frescor de los alisos, demorándose en las vueltas del Arnado para que el castillo se refleje en ellas. Caminan hacia la calle del Hospital y allí, antes de llegar a la iglesia de San Pedro, detienen su camino. Por delante de ellos enviaron al secretario y al alguacil con los criados que les hacen los avíos y les realizan los recados. Ellos prefirieron venir por Augasantas, demorándose en las conversaciones que tan sólo la soledad hace posibles. Ahora habrá que volver a lo mismo, a la lectura del Edicto de Fe, a las preguntas, a las malditas y necesarias cuarenta y nueve preguntas, al Edicto de Anathema y a esperar a que se vayan sucediendo denuncia tras denuncia, ofrenda tras ofrenda. Hasta ellos llega el miedo contenido en el Socastelo, en donde los judíos temen la inquisitorial presencia mientras que en su camposanto hay huesos que por la noche crujirían maldiciones si tal fuera posible.

Nada más leer el Edicto comienzan de nuevo las denuncias. El Visitador y el canónigo asisten juntos a ellas. Llegaron a un acuerdo que no debe sorprender: el licenciado Ochoa, en Compostela, preside las sesiones del Tribunal del Santo Oficio, acompañado de Quiteria, mujer que es de Xoan Piñeiro, vecino de Tui, que allí se quedó mientras ella se amancebaba con el inquisidor locamente enamorado. ¿Qué tiene, pues, de particular que un miembro del Cabildo compostelano asesore y controle las operaciones que el Santo Oficio, esa institución ajena, impuesta, lleva a cabo en el Reino de Galicia? Pronto se nota un cambio de actitud en las gentes que pasan por el Tribunal, en las que se sientan a la misma mesa que el Visitador, en las que con él se cruzan por las rúas. Ahora su trabajo vuelve a tener un sentido, ya puede indagar de cara a los fines que considera justos y adecuados al país en el que vio la luz primera. En Compostela el arzobispo y príncipe Maximiliano de Austria recibe complacido las nuevas que de Allariz le llegan; cuando se lo comunica al

Deán, asiente éste satisfecho y no responde nada, si acaso que no hay que fiarse demasiado, que sí, que no hay que ponerle trabas, que hay que ayudarlo, pero no confiar en él, no vaya a ser el demonio...; y luego pone la higa y sonrío con la astucia y morigeración que le son habituales. El Deán le va abriendo el camino astutamente, haciendo caer las responsabilidades en otros, comprometiendo a todos, porque el arzobispo insiste: «Que no, que hay que franquearle las puertas, que mejor un Visitador así como éste que nos manden otro». Y el Deán asiente con pocas palabras: «Si Vuestra Eminencia así lo quiere...» y así se hará: caminando aprisa y por la noche, un andarín hace el camino que media entre Compostela y Allariz. A la mañana siguiente en el convento que fundara doña Violante, la reina que había casado con Alfonso el Sabio, para en él ser enterrada cumplidos ya los días finales de su vida, en el convento, se decía, el capellán sabe ya la actitud a mantener con aquel hombre que habla sin pronunciar nunca el castellano; y al poco tiempo la conocen también en Vilanova das Infantas, en el monasterio de Celanova, en el de Montederramo, en el de Oseira, en el de Ribas do Sil, en el de Santa Cristina, en el de Rocas. En los monasterios orensanos los abades franquean las bibliotecas y hablan abiertamente de quienes les proporcionan los libros en los que estudian los conceptos que desde fuera de España, de Europa, les llegan en oleadas rítmicas y bien acompasadas. En ocasiones, en algunas insólitas circunstancias, el Visitador se decidirá a que Lourenzo Pedreira, por fin, sepa un nombre, confiándole alguno que ha de conocer también el Deán; pero por alguna oculta razón que no ha de ser precisamente extraña, eso no sucede en todos los descubrimientos, en cualquiera de las ocasiones.

Sólo en Ourense queda una noticia vaga de la primera dureza del Visitador; pero Lourenzo Pedreira asegura que mejor así, ya que no hay que confiar demasiado en el bueno del Obispo y el Visitador sabe, por fin, ahora de la simpatía oculta que los ojos del Obispo no delataban y el Canónigo confirma. Así es el juego, a pesar de todo. Y el ser humano es sensible a ello y, con la desconfianza ajena, sufre.

El Visitador no deja de realizar sus investigaciones, sus encuestas; las realiza pulcramente y las concluye siempre dejando todo en orden; nadie podrá dudar de su celo; nadie dudará de su trabajo, de su eficacia y su honestidad; por ahí no han de cogerlo. La constatación de la mínima desconfianza habida lo devuelve a la rigurosidad del trato. Llega una vecina de Requeixo a denunciar a un vecino de la misma feligresía y no le deja pasar una. La interroga acerca de su identidad, le solicita el nombre de sus padres, el de sus abuelos y así María Gómez declara ser cristiana vieja, comulgar por Pascua y saber las oraciones todas, incluso las letanías de San Xoán torneadas.

—¿A quién denuncias, hija? ¿Y por qué?

Y ella se encresta como un gallo, levanta la voz y la aflauta:

—A Farruco Cerviño, ¿sabe?, que hace dos meses riñó conmigo y me gritó y dijo que renegaba de Dios y también de los ángeles y muchas veces dijo «pese a Dios» y «pese a los ángeles».

Hay que convocar al denunciado; siempre existen testigos y Farruco Cervino los tiene en desgracia suya. Se repite la historia, pero Farruco no sabe el nombre de su abuelo paterno, ya que fue hijo de cura y de manceba; después duda en el padrenuestro y no conoce el avemaría, ni sabe el credo, ni tampoco la salve de su paisano Pedro de Mezonzo.

—¿Sabe por qué fue llamado? —le pregunta sin aparente ira el inquisidor.

—Esto es cosa de María Gómez y de dos comadres suyas, porque le reñí y le dije: «Pese a Dios, mala centella las coma».

El Visitador se sonríe, pero en su cara no se registra ni el más menudo rictus denunciador de que la respuesta le haga gracia o le sorprenda.

—¿Y cuándo y cómo fue?

Farruco Cervino se confía, se relaja y le cuenta su historia.

—Pues estaba yo en la heredad, rozando los tojos, cuando en esto que veo entrar a unos bueyes sueltos y detrás de ellos a esa Maruxa del diablo que mala centella coma, que entraban todos ellos en mi campo como si de ellos fuera. Y le dije: «¡Vete de ahí!, ¡zangolotina! que me cago en Dios que consiente en que te tenga delante de mí. Reniego de él si tal cosa consiente durante algún tiempo más del que te lleve, a ti y también a tus bueyes, salir de mi terreno».

—¿Y ella le quiere bien a usted?

—Qué ha de querer ¡carallo!, ya se le nota bien. Es mi peor enemiga. ¿O es que no se le nota?

El Visitador mira al canónigo que asiente, tan campante, a lo que Farruco dice y que, en algún momento le sugiere que si lo que la María querrá no será algo que él pueda darle. Hace oscilar su cabeza el denunciado y cuando va a hablar lo ataja el Visitador.

—¿Sabe lo que son blasfemias?

—¡Hombre, sí! «Pese a Dios», «Voto al Santo», «me cago en tal», «me cago en cual».

—¿Cuántas veces dice esas palabras?

—Pues, hombre, algunas veces aún las digo, pero no son mala cosa.

El inquisidor sonríe, al fin, abiertamente; después manda entrar a María Gómez que se ratifica en lo dicho y a quien ignora a partir justo de ese instante; los testimonios confirman lo escuchado. Por fin, entra de nuevo Farruco Cervino.

—Anda, vete con Dios, no vuelvas a blasfemar. En esta misma semana irás dos veces a misa y a tu párroco le dices de mi parte que te enseñe las oraciones.

Así de imprevisible es el resultado de todo aquello cuanto al ser humano concierne.

El país está saltando obstáculos; hace muy poco tiempo fue el de Escila y, cuando la peste abandonó a la gente dejándola golpeada, triste y sola, hondamente herida, cercenada, el de Caribdis se presenta amenazador e insalvable; el hambre se va posando en los estómagos mientras el Visitador sabe de las gentes que vio en

Compostela pidiendo en las calles, pidiendo a la puerta de las casas las limosnas que no siempre se consiguen. Hay como una crispación, una tenue tensión que lleva a la gente a hablar de Dios con la familiaridad que da el trato asiduo, el constante reposo, la petición reiterada; a partir de un momento, Dios llega a ser alguien con quien se habla para pedir pan, para agradecerse, para alabarlo: también para ultrajarlo cuando el pan no es concedido, cuando el pan no llega o la enfermedad se asienta en aquello que más amas. Dios es así un arcano próximo, vecino, a quien tratas con la familiaridad que proporciona el trato asiduo, la relación constante y directa, porque con nosotros mismos hablamos cada vez que a Él nos dirigimos. El Visitador sabe esto, cree en esto y cuando por la tarde rodee el Arnado y luego camine por la parte de afuera de las murallas hacia la Acea Rica, que ha de cruzar atravesando el puente de piedra que se asienta en bases que cualquiera diría eternas, echará el más largo parrafeo de estos días con el canónigo compostelano que asiente y calla, calla y asiente, según costumbre del país, ante alguna que otra de las barbaridades teológicas, acaso disparatadas, pero nunca ingenuas, ni poco sentidas, que el Visitador va desgranando y a cuenta de las que el Tribunal del Santo Oficio es más que probable que estuviese gustosísimo de echar si no un párrafo, sí un largo requilorio de inquisitivas cuestiones a las que el Visitador contestaría, a no dudar, con la vehemencia que hubiere menester.

Poco a poco van subiendo de la Acea Rica, ascendiendo por la cuesta empinada que conduce al barrio de los judíos del Socastelo. Cuando llegan arriba, el sol va declinando tibio al tiempo que posa una luz dorada o roja, ni se sabe, en las aguas verduzcas del Arnoia.

A la mañana temprano recibe otra denuncia: Xenara da Veiga, hija de Xenara da Veiga, que pidió confesión muy poco tiempo antes de morir, por si acaso, por si era cierto que había algo, se enfadó con su hombre, con su marido, Pedro Ameixeiras, labrador de Gundiás, y buen aguardientero, porque se negó a una taza de caldo de chirivías, un caldito blanco, sin castañas, que no tiene muchos adeptos y no cuenta con su simpatía personal, ni con su afección fervorosa y sincera. Y ella se le revolvió y le dijo a gritos que se le pudieron oír bien: «¡Ay de mí, ay de mí, valedme que este hombre me pega! ¡Socorredme!», y como nadie acudiera, enojada, siguió gritando: «¡Ay de mí, ay de mí, descreo de Dios, no creo en Dios y pese a Dios no os voy a hacer mal!», con lo que ya, a la vista de palabras mayores y de mayor atención que las precedentes, alguna vecina sí acudió a la llamada y retoqueteó en la puerta, de forma y manera que la demandada se sintiese espiada y menos infeliz; tanto fue así que Xenara da Veiga acudió al reclamo y salió a la puerta. «¡Paciencia y resignación...!», le dijo la vecina cruzando las manos por encima de la falda que llevaba cogida de las puntas y con unas nabizas recién cogidas dentro de ella. «¡Paciencia y resignación en Dios Nuestro Señor...!», sentenció por tercera vez la

buena de la vecina, sin que de ahí ni el mismo Dios la sacase; con lo que Xenara da Veiga, hija, muy hija de su madre, aquella mujer libre, gritó en el colmo de su enojo y para que se le notara bien que lo tenía: «¡Mal haya Dios que no tuvo mejor ocurrencia que la de sacar a la mujer de una costilla del hombre...!»». Ay, Xenara, Xenara mujer libre, que un hombre es un hombre y una moneda bien se gasta, que Pedriño Ameixeiras tiene amigas con las que, hombre libre él, mujeres libres ellas, bien que se acuesta y ahora el muy glotón bien que se aprovecha para declarar en contra de ti, infeliz. El Visitador está aprehendiendo muy rápidamente su país: mandan ellas, pero no hay que consentir que se lo crean demasiado: la mujer debe ser sumisa y ya se sabe... Que se lea la sentencia el domingo durante la misa, mientras Xenara está arrodillada, a la vista de todos, en el medio y medio de la iglesia y que luego se le reprenda y amoneste; durante una semana ha de rezar un rosario todos los días y debe pagar nueve dineros que el chisgarabís del Ameixeiras abonará entre satisfecho y dolorido, entre dolorido e insatisfecho.

Termina la fiesta y decide salir aquella misma mañana camino de Ourense. Desde el mismo Allariz enviará recado a Valladolid de la lluvia que está anegando el país, del hambre que en él reina, de la peste que se reproduce como por rizomas y de vez en cuando para hacer intransitables los caminos. Su reúma le solicita reposo y es por esa razón por la que retorna a Santiago. ¡A tanta y tanta lluvia! Y por la que decide que en Allariz queden solos el secretario y el alguacil con los criados, para que entre ellos lo recompongan todo y estiben los legajos; ésa es al menos la disculpa para que, en tanto, él pueda, junto con Lourenzo Pedreira, regresar a Ourense por Taboadela y, aprovechando el cauce del Barbaña, olvidado del camino real, entrar en la ciudad por la noche. En la imprenta de Vasco Días Tanco de Frenegal hay una reunión para hablar de libros hasta el amanecer, y es poca la gente que lo sabe.

XIII

La historia, la historia aquella del Griffon, el cuento aquel del Griffon se le resistía al Profesor Visitante desde hacía ya un año bien cumplido, o a punto de cumplirse, que tampoco se trata de una ciencia exacta, ésta de la novela; ahora lo rememoraba en su pisito de soltero del Preguntoiro, al tiempo que cavilaba en la de vueltas que el mundo da, en la fugacidad de los tiempos y también, no hay razón para que así no fuera, en lo lábil que es su consistencia. A propósito de esta palabra, consistencia, le había dicho Mireille, en alguna señalada ocasión, que era algo que sólo se le podía ocurrir a un gallego; después se había puesto toda encendida y ruborosa; debido acaso a la osadía. El escritor la había utilizado referida a los kiwis, una fruta exótica de la que no le satisfacía precisamente su consistencia al sentirla posada en la lengua. *Prendre de la consistance*, parrafada menuda ésta que él había utilizado y que, al contrario de ella, entendía sin dificultad alguna. A estas alturas la historia, de esto tampoco había duda, le podía. Lo había vencido. Ciertamente la vida le había dado alguna satisfacción que otra; por ejemplo, en la última ocasión en la que expulsó, por la vía acostumbrada en estos casos, una piedra, generada lo más seguro en su riñón derecho, había tenido a los pies de su lecho de doliente a cinco de sus últimas conquistas, todas al mismo tiempo y doliéndose, con él delante, del infortunio que lo acongojaba. Había sido una ocasión que recordarían los siglos y de la que humilde y discretamente se enorgullecía. Pero la vida le estaba ahora negando una historia que, sin él quererlo, también es cierto, había nacido una noche en la proximidad de la argentina fuente que tenía grabada en el recuerdo, a pesar también de que ya estaba convenciéndose de que con recordar no es suficiente para los triquitraques literarios en los que tenía la desvergüenza de inmiscuirse.

Desasosegado salió a la calle. Cerró cuidadosamente la puerta de la escalera y fue posando los pies en los escalones con un litúrgico rigor que estaba motivado por la certeza de encontrar, al llegar al portal, el sacral recinto de la mercería y lencería en el que se exhibían, descaradamente, las femeninas ropas que tanto temor ancestral le producían; una incómoda presencia que al escritor cincuentón le recordaba no las etapas gloriosas de su viril curriculum, sino aquellas de largo y lánguido estiaje que tanto le preocupaban. Algo relacionado con los ciclos climatológicos que también tanto desvela a los especialistas del ramo: que llovía a mares: el fin del mundo y que hay que ver: ni en Inglaterra llueve así; vamos a salir todos con percebes en salva sea la parte —eufemismo éste que utilizaba poco más o menos desde que lo llamaban de las universidades para que impartiese clases en los seminarios de literatura, ocasiones gloriosas que él aprovechaba para dar curso a todo aquello que el largo estiaje había represado en los últimos y precedentes tiempos. Pues bien, si llovía, malo; si no llovía, peor: en pocos años, y dado el gasecito ese que traen los nebulizadores, todo desertizado y el país lleno de camellos; o, si no, lluvia ácida para no ser menos.

Una vez que salió al Preguntoiro, ascendió un poco calle arriba, cogiendo a la

izquierda al salir del portal, y descendió, acto seguido, por Xelmírez hasta llegar a las Platerías donde se detuvo a observar los caballitos de piedra, que seguían vertiendo agua por los hocicos como si en el mundo no hubiera otra cosa mejor que hacer; y lo cierto es que no la había. Subió a la Plaza da Quintana, se detuvo en la de Os Mortos, subió a la de Os Vivos y en la esquina que hace la Corticela observó las rejas que el Cabildo había ordenado levantar, no hacía mucho tiempo, alrededor del tejado, circundando la Cruz Farrapeira, pues ya estaban hartos de que, parejas de marihuaneros y demás adictos al chocolate de importación, les rompieran las tejas todas cada vez que, iluminados, trepaban hasta allí para hacer el amor en el tejado, justo encima de la capilla; insospechado placer que durante el invierno podría ser causa de más de un respetable constipado. Más tarde siguió por la Porta de Pena, dio un par de vueltas y bajó de nuevo, desde la Plaza de Cervantes, la que había sido del Campo y lugar de autos de fe, hacia el Preguntoiro.

Entró en su casa y reconoció el olor familiar con el que todo hombre solitario acostumbrado a la limpieza personal, pero descuidado con la doméstica, impregna su habitáculo. Se desplomó sobre un sofá una vez que hubo llenado un vaso de whisky y puesto música. Reabrió el libro que había abandonado abierto y posado en el suelo, y se dispuso a reiniciar la lectura. Al cabo de un tiempo, harto, volvió a abandonarla y regresó a la ensoñación que lo podía llevar de nuevo a Aix, a los tiempos del nacimiento del Griffon, aquel su martirio.

Había dormido muy agradablemente con Mireille; quizá porque no fuera mujer de mucha envergadura y ocupara poco sitio en aquella cama más bien estrecha —nada de excesos más propios de matrimonio saltarín que del dulce, sosegado otoño en el que nuestro hombre entraba—, o acaso porque no había dado la moza las vueltas que el estado más bien de laxitud en el que quedara había impedido. También puede ser, y no hay por qué eludirlo, que el egregio novelista quedara tan, tan cansadito que, por muchas vueltas que ella diera, ni se hubiera enterado de nada; ni siquiera de la existencia de un gato que a pesar de la estival estación que atravesaban había andado, mira tú lo que son las cosas, toda la noche como si de una de enero se tratara.

Al despertarse por la mañana y nada más abrir los ojos echó mano de la cajetilla de tabaco y encendió un pitillo al mismo tiempo que decía para sí algo tan poco original como *la fumée me prend à la gorge* sin que se le subiera rubor alguno. Hecho esto se envolvió en las sábanas que, siguiendo tradicional costumbre, no eran todo lo blancas que debieran ser y escondió en ellas aquel su viejo cuerpo que ya comenzaba a avergonzarse. Era algo de lo que se venía dando cuenta desde no hacía muchos meses y que le producía una melancolía que él interpretaba como no muy conveniente. La consciencia de la flojedad, de la laxitud de su cuerpo le traía no sólo un cierto malestar, un determinado desasosiego, un no encontrarse a gusto consigo mismo, con el mortal barro que lo envolvía, sino también una misantropía que lo iba

cerrando hacia el silencio.

En una ocasión había visto en un documental cómo una especie de araña, una vez que una mosca había caído en su tela, corría hacia ella para rematarla y segregar un hilito tenue con el que iba envolviendo, envolviendo en silencio y frío el cuerpo muerto, enjuto, desmayado, del insecto que no hacía muchos minutos había sido brillante y hasta agresivo y ahora se mostraba marchito y como deshidratado. Más tarde, la araña lo iría comiendo a base de succiones ávidas y acaso secas. Así la melancolía: un tejido tenue, inconsútil, que va creciendo en tu interior, ocupándote al tiempo que te va echando hacia el silencio, envolviéndote en las largas pausas de soledad, apartándote, alejándote, separándote, para luego abandonarte en la misantropía, donde tú mismo habrás de ser lo más odiado.

Durante los últimos meses tal había sido su proceso. Había brillado en las reuniones por sus silencios, que él acostumbraba a justificar oponiéndolos a la brillantez ajena, a sus pocas ganas de competir en la búsqueda de la frase recurrente, del oportuno halago, de la palabra hiriente y única que avalara el propio ingenio o certificase la inexistencia del ajeno. Durante meses había optado por callar y dejarse ir en las sobremesas, celebrando las anécdotas hábil y ocurrentemente relatadas, aplaudiendo la espontaneidad de los otros y reprimiendo la propia, sin tener razón aparente e importante que sustentase aquella actitud de la que él era acaso el primer sorprendido. Se estaba envolviendo en sí mismo con la diferencia de que, en un proceso simultáneo al de la envoltura, se estaban produciendo las ávidas succiones, los mordiscos hondos y secos que era de suponer que habían quedado reservados a agentes exógenos, a la sociedad habitualmente inculpada de males que no siempre están fuera de nosotros mismos, sino dentro, arreándonos esos chuponazos tremendos que tanto nos consumen. ¡Oh, la melancolía!

Durante meses se había sumido en ella y sin darse cuenta había llegado a la misantropía. Lo que en algunos círculos era considerado como inteligencia, carácter prudente, algunas veces cortesía o simplemente buena educación, no era más que el profundo, el solemne aburrimiento que la vida le estaba produciendo. Lo habían saciado las conversaciones repetidas, los comentarios habituales y, en su obsesión, solía llegar a situaciones preocupantes. En la cola del cine se deleitaba en constatar que la conversación del señor que tenía detrás de él era la misma que el día anterior, en la cola de otro cine, había mantenido otro señor que no era aquél, pero que era aquél y decía lo mismo. En el autobús, mientras parecía leer la hoja de sucesos, se enfurecía al escuchar los comentarios de las señoras o las predicciones meteorológicas que, se puede creer, eran iguales a las que venía escuchando desde su niñez. Definitivamente estaba mal a gusto. En su afán de trascendentalizarlo todo le exigía a la gente conversaciones que, de producirse y generalizarse, lo más probable sería que dejaran a la vida carente de esa componente lúdica que nos aleja de la angustia: el partido del domingo, la lluvia que no cesa, ¿o es que va a cesar? de caer; la última boda habida que seguro que va a salir mal porque ella es tan modosita, pero

él es un canalla.

En la red que se iba tejiendo para sí mismo le exigía a las personas que fuesen trascendentes; quizá lo hiciera como respuesta a aquella educación clerical y negra en la que tanta y tanta gente se había educado y de la que menos de los que a primera vista pudieran parecer se habían liberado: «somos seres contingentes» le habían dicho con reiterada insistencia en la niñez lejana, y había aprendido muy bien la lección; «la muerte puede llegar en cualquier instante» le repetían a menudo y se puede asegurar que, cuando menos durante los tiempos que habían precedido a los del viaje a Aix, nunca y tal y como se lo aconsejaban, le hubieran podido pillar desapercibido. Sentirse trascendente, exigir la trascendencia, he ahí el secreto de la angustia; acaso también de la melancolía.

Durante aquellos meses en los que no se encontró a gusto dentro de su propia piel, había buscado en los fármacos la liberación que la sociedad, lo exógeno, no le iba a proporcionar; convencido de que somos pura, purita bioquímica («el hombre es un milagro químico que sueña», se repetía con más frecuencia de la aconsejable), estaba seguro de poder encontrar en una pastilla, pequeña y acaso ridícula, incluso minúscula, la suficiente capacidad de alteración de la propia conducta que lo sacase del pozo en el que cada vez ahondaba más; pero nada, no lo había conseguido. Química sí, sin embargo y al mismo tiempo que en ella hay estados regresivos, también los hay progresivos y si en unas ocasiones se va, en otras se viene y sentirse no es ser, ni siquiera estar. Tanta reacción química que nos conforma, tanto y tanto sueño que no es más que eso: pura química de la que las pastillitas te sacan, te llevan o te dejan, a su antojo, y total para que, al igual que sucede con la alcoholemia aguda, te la pueda dar eufórica, pero también te la pueda proporcionar llorona porque química sí ¡pero hay cada matraz! Tal pensaba ahora en el momento en el que, pura reacción química, había decidido esconder su cuerpo, hurtarlo a la mirada que intuía inquisitiva de Mireille y que ni siquiera había llegado a producirse, porque en realidad el problema de su avejentamiento a quien de verdad le preocupaba era a él mismo; la redondez del vientre, a punto de adoptar pendulares expresiones, le concernía a él y la muchacha, pura química, no se haría más preguntas que las necesarias: ¿qué hago yo aquí?, ¿merece la pena seguir estando?, por ejemplo; pues los viejos escritores lo hacen igual que las demás gentes, e incluso peor; cosas vulgares y, eso sí, muy químicas las que se preguntaría la muchacha, que no tenían nada que ver con un cuerpo al que, también es cierto, le sobraba más de una arroba y le faltaba algo de elasticidad.

¡Química, química! La química estaba resultando ser el baño en el Durance, las noches largas y dulces pasadas en coloquio con las jóvenes que lo escuchaban como si estuviese diciendo algo ocurrente, algo realmente brillante o simplemente simpático. El silencio en el que se sumiera durante aquellos meses no había sido ni más ni menos que a causa de la falta de auditorio. La gente es muy libre de escuchar a quien y lo que le apetezca y en eso estribaba el secreto de su melancolía. En no

escuchar ni ser oído. Cavilaba sobre esto, envuelto en la sábana, fumando el pitillo y haciendo eso que se dice siempre que se hace tanto en las buenas como en las malas novelas: observando las volutas nimbadas de azules y grises que hacía el humo al ascender silente; idéntico al de dos o tres aros que, por casualidad y no por otra razón, le habían salido a nuestro escritor de sus labios, ahora estupefactos ante el prodigio.

Había estado recobrando el equilibrio químico gracias al cuerpo de Mireille, gracias a los cuerpos jóvenes y desinhibidos de las mozas y gracias a las conversaciones demoradas, a las bromas beneficiosas y al ambiente relajado y joven de los estudiantes.

Cavilando en esto se había levantado y era dulce el recordarlo ahora en Compostela, sabiendo vecina la lluvia y sabiendo cómo la vida había cambiado un poco más, a partir de aquella mañana que ahora rememoraba.

Primero fue la invención del Griffon, un pequeño y supuestamente ingenioso juego que había tenido que ver tanto con los cangrejos como, ahora podía recordarlo, con un lechoncito que se comiera cocinado en su propia sangre, además de regarlo, según ya se tiene aquí descrito, con el vino que tan generosamente circulara bajo los plátanos, una vez que él hubo descendido de la Gorge de Ventoux, de aquel misterio en el que las proporciones dominan a quien las observe pretendiendo abarcarlas y ya se sabe que nuestro amigo prefiere Venecia a Florencia porque ésta tiene unas proporciones mucho más recoletas y accesibles ¡qué caray!

La invención había surgido en la noche que está al otro lado de la luz provenzal, pero llevaba tiempo dentro de él, dormida, latente y sin resurgir, en una beatífica actitud que acaso estuviese motivada por un silencio de meses, cuando no por una cierta identificación de su vera efigie con la de una gárgola de cierto edificio compostelano: una especie de Griffon, de raro animal prognático e ictiforme que vertía agua por los labios ahocicados, sin aparente esfuerzo; e incluso porque los cangrejos lo habían conducido, muy posiblemente, a imaginar el agua como camino y la sangre en la que el lechoncito se había cocido, a intuir una muerte que veía venir a rumbo de colisión hacia él, por ese mismo y líquido camino.

Lo único cierto es que llevaba un año dándole vueltas y vueltas y vueltas. Les había contado a los amigos, un ciento o dos de veces la historia que iba a escribir; aumentándola a cada ocasión, cambiándola a cada oportunidad y sabiéndose siempre en todas ellas incapaz de escribirla. ¿Qué juego puede proporcionar aquel de un ser que entra por el caño norte de una fuente de cuatro caños, siendo el siglo XIII y emerge, igualmente por el caño norte (que es por el que beben en Celanova aquellos que no tienen miedo a la locura), luego de caminar por las acuíferas corrientes subterráneas, habiendo alcanzado ya la decimonovena centuria? ¡Pues todo! Todo el juego. Daba tanto juego, jugaba tanto, que no había por dónde cogerla. Los amigos se alegraban de la imaginación de su amigo, los enemigos se reían de la ingenuidad o de

la estolidez de su enemigo; todos pensaban que la historia podría dar mucho juego, pero el único que estaba seguro de que no tendría ocasión de meterle el diente era el propio escritor, lleno de dudas y de inquietud.

Recordaba ahora el tiempo de Aix en el silencio compostelano y célibe en el que de nuevo se había sumido.

De lejos, en ese recuerdo, le llegaban las risas de las muchachas, la libertad en la que había vivido sintiéndose joven él mismo, recobrado el gobierno de su propio cuerpo abandonado; como había sucedido aquella misma mañana, una vez que hubo consumido el pitillo en la cama, hurtando ingenuamente el cuerpo a la mirada de Mireille, para, después, erguirse del lecho y, realizadas las matinales abluciones, salir hacia la Facultad a perorar sobre la novela, algo que sólo nace bien en la libertad y de la que muchos opinan que es burguesa.

Llegó a la Facultad más temprano de lo habitual y dio las clases solazándose al sol que entraba caudal por las ventanas, ya desde bien temprano y calentando desde un comienzo. Luego salió a tomar un café con leche en el bar de la tercera planta. Era un brebaje que acostumbraba a beber escaso de leche, largo de café y con poco azúcar, en compañía de un cruasán que, no hay por qué ocultarlo, no solía dejar en un lugar eximio a la repostería y bollería galas. Pero era un cruasán y de eso se trataba. ¡Oh y cómo había llegado a amar a la dulce Francia llena de aguas azules como las del Durance, de vinos que dejan el paladar como de terciopelo, de muchachas que son como las de cualquier otro sitio, incluso de cruasanes tan malos! Estaba ensimismado en la degustación del café con leche cuando llegó junto a él Fedor, el pintor armenio amigo de Lucille, de más talla, pero de peor voz que Aznavour y con una cierta influencia del Greco en su pintura, que solía maravillar al Profesor Visitante dejándolo inmerso en dudas sobre la beneficiosa capacidad de influir de Lucille y sobre los caminos por los que ésta llegaba no sólo a él, sino a toda aquella gente a la que la profesora acogía bajo su manto de diosa fértil. Venía Fedor con ojos de sueño, andares reposados, bigote espeso y sonrisa abierta, es decir, tal y como era su aspecto habitual. Se sentó a la mesa del Profesor Visitante y le alcanzó una fotocopia.

—Me encargó Lucille que se la diera.

El Profesor cogió la fotocopia, la leyó y preguntó:

—¿Y a usted para qué le sirven estas curiosidades?

El armenio se sintió ofendido, pero no lo demostró más que en la mirada, azul, que no se dijo, endurecida ahora de breve modo, pero después se distendió ofreciendo una sonrisa amena y convincente.

—Es por si se me ocurre algo para un cuadro que estoy haciendo.

El Visitante calló y después dijo:

—Ya. *La Sonata de Kreuzer*. No me diga más.

Luego ronroneó: «He aquí uno de los caminos. ¿A ver ahora quién le pone la música, o si no quién le toca a quién el birimbao?». Pero acto seguido quedó abstraído en la lectura del texto fotocopiado:

CARTA DEL PADRE CELESTINO DE PASTRANA, CURA DE SANTA CRUZ, PARA EL DEÁN DE SANTIAGO, EL RVDO. PADRE XIL GONZÁLEZ, SU SUPERIOR. DÁNDOLE CUENTA DE LA MUERTE DE DON MARTÍN ABALO QUE MURIÓ EN EL CASTILLO DE EL PINTO POR MANDATO DE SU MAJESTAD EL REY DON PHELIPE SEGUNDO, DE UN GARROTE, SIN SABERSE QUÉ DELITO HABÍA COMETIDO, SIENDO CATORCE DÍAS LOS ANDADOS DEL MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO DE 15...

BRITISH MUSEUM
Egerton, 735-PS 5663
Papeles Varios, 1465-1493.
fols. 41-71

Rmo. Pe. Nso.
Gra. Xpti.

Supongo yo que V. Rma. escuchará buenas nuevas de la muerte, acerca de la muerte, de aquel caballero a quien yo fui a ayudar a bien morir y que tendrá interés en saber todo acerca de cómo sucedió este asunto, así que se lo contaré todo en ésta con la ayuda y la gracia de El Señor.

Salí de aquí de Madrid el miércoles, diez de noviembre, de 15... hacia el castillo de El Pinto donde el tal caballero se encontraba cargado de prisiones, con motivo de, con la gracia de El Señor, irlo disponiendo para este duro trance de la muerte y pensando en volverme aquí al día siguiente. Más tarde, de allí a pocos días, tornaría por última y definitiva vez y asunto concluido.

Tan pronto como hube llegado le hablé a uno de los alguaciles que tenían cuenta de él y me contó que su recomendado estaba tan temeroso de la muerte y, al mismo tiempo, tan aguerrido y ufano delante de ella, que tenía por cosa cierta que, tan pronto como se le diera cuenta de su proximidad y considerando la brevedad de su llegada, o bien se afligiría de tal forma que sólo con la misma aflicción ya él mismo acordase morir sin más dilación o bien se había de sobreponer con fuerza tal que incluso llegase a producir dudas razonables acerca de su sano juicio. Así que decir se lo diría, pero él me aconsejaba que de hacerlo no convenía en absoluto que lo dejase solo, después de comunicarle la terrible novedad bien por bajarlo de su soberbia, caso de producirse la segunda de las consideraciones antedichas, bien por levantarlo de su angustia, en el supuesto de que se abatiese de tan compungida forma como la que se pronosticó en la primera de las observaciones posibles.

Entre unas cosas y otras, entre que unas me iban y otras me venían, me determiné, con la gracia de El Señor, a dar parte al Ministro de S.M. que me enviara y, con la misma, mandé un propio para aquí, para Madrid, que a ver qué hacía yo, que no sabía bien qué era lo que más convenía al buen gobierno de las órdenes de S.M. Y tornó de inmediato el propio, al día siguiente, y me dijo que, sin embargo, a mi propuesta —que ya se puede imaginar V.I. cuál era o más bien cuál podría ser,

que los tiempos no están para muchas virguerías— hiciera lo más rápidamente mi oficio, me dejara de templar gaitas o no sé qué de harapos de gaitas, que las dos cosas se me dijeron por boca del propio que yo enviara y que hiciera pronto mi oficio, le decía, que con eso no se pretendía más que el bien del condenado y que, sucediese lo que sucediera, no había de haber lugar para más dilaciones.

Soy bien mandado como V.I. bien sabe y me hará el favor de reconocer, así que, de mañanita temprano, le mandé recado de que ya estaba yo allí y de que quería verlo; cosa que él aceptó nada más tener noticia de esto y dándose de inmediato por muerto, «muerto soy» parece ser que dijo nada más enterarse de mi presencia, «ya no hay hombre» repitió un par de veces, concluyendo por acabar afirmando «esto se acabó, esto se acabó y amén», según me dijo un alguacil que por allí andaba y del que ya le hablé. Con ésta que entré adonde él se encontraba y lo hallé lleno, cargado de prisiones como allí estaba, cuitado, y como con ellas había de morir y lo abracé, haciéndole la mayor demostración de amor y compasión que fui capaz de alcanzar, que la verdad no sé si sería mucha. Estaba él con más turbación que sobresalto, pero se recompuso bien y muy entero me dijo: «Padre, ya sé que éste es el último de mis días», a lo que yo no le quise, tampoco podía, ésa es la verdad, responder; pero le afirmé con toda la solemnidad de la que fui capaz y a fin de sosegarlo, pues entero estaba, pero V.I. me perdone, nunca sabe uno bien lo que estos gallegos son capaces de pensar; le afirmé, le decía, que no se preocupase, que Dios había de darle lo que más le conviniese y que lo que él debía hacer era desear esto y no otra cosa distinta.

Como yo suponía, no creyó mucho en mí y me indujo a confesarle, yo a él, si había de morir pronto, o cuándo y dónde, cosa que tuve que hacer allí mismo no sin esfuerzo y costándome lágrimas el hacerlo, lágrimas que vertí abundantes y sinceras, pues antes quise eludir la realidad afirmándole que a mí lo que me dijeran había sido que fuera allí «no ayudar a bien morir a vuesa merced, sino más bien a disponerlo con la gracia y el favor de Dios para cualquier cosa que Su Divina Majestad quisiese ordenar de vuestra merced», a lo que él me respondió «Mire, déjeseme de gaitas, que eso quiere decirme claramente que tengo que morir», y me lo dijo así tan ufano que yo, tengo que reconocerlo, me encresté un poco y le contesté crispado «Señor, tal cosa me dijeron y conforme a ella no perdamos tiempo» de lo que humildemente me arrepiento, pues tengo que reconocer que no somos de piedra y el gallego, aunque lo pareciera, V.I. me lo disculpe, tampoco; como que nada más decir yo lo que antecede le entró al pobre del hombre una temblequera, un temblor en todo el cuerpo, tal que si tuviese una terciana muy recia, que aún le duró un buen rato, unos cuantos minutos si he de ser sincero y que nos produjo a los que allí estábamos una situación generosamente incómoda, pues no puede V.I. imaginar lo que es un silencio largo, infinito, como aquel en el que a cada poco se rompía con el batir de los dientes los unos contra los otros, el crujir de los dientes los de arriba contra los de abajo.

Interrumpió la lectura. El sol estaba calentándole la espalda de una forma un tanto desafortunada y el escritor argelino, sentado a una mesa contigua, cargaba la pronunciación en las «erres», de manera que sonaban casi onomatopéyicamente, en un alarde nacionalista, ingenuo y reivindicativo, que tenía a ostentación y gala, pero que a nuestro hombre le distraía de la lectura. Algún día el argelino saldría de aquella facultad para escribir una novela de lenguaje fuerte, como aquellas erres arrastradas y cantarinas, al que más de uno llamaría stendhaliano precisamente a causa de la fortaleza del lenguaje. Pero por ahora se contentaba con decir *parrole* y *voatirr* fastidiándole la lectura al Visitante del mismo modo que el sol que calentaba de mala manera inducía al escritor al desasosiego.

Entró Lucille y las caras del escritor argelino y del pintor armenio se iluminaron. Aquél le alcanzó una silla y trasladó la suya mientras los alumnos miraban expectantes, como aguardando una indicación que no se iba a producir, pero que tampoco se podía descartar de buenas a primeras, teniendo en cuenta que el destino es voluble y los dioses algo catavientos, es decir, gente que igual arre que so, un poco veletas. Lucille se sentó con la agradable inconsciencia que presta el ignorar quién te arrimó la silla, rodeada de ese halo encantador y mundano que surge de la naturalidad aprendida a lo largo de demorados años; de la seguridad que da el saberse centro de atención de doscientos o de trescientos alumnos y alumnas a los que vas a tener que aprobar o suspender, según antiquísima práctica pedagógica; la silla, en definitiva está *ahí*, precisamente *ahí* y no en otro sitio; *ahí* en donde tenía que estar y no en otro lugar, dado que lo lógico era que *ahí* estuviese, «¿pues no me iba a sentar, precisamente, *ahí*?». Se sentó, se decía, y posó su mano, ya una pizca regordeta y ajada, sobre la del Profesor Visitante y se la acarició con cierto regodeo de ademanes e innegable voluptuosidad en la mirada:

—¡¡Mira qué cosa tan interesante!! ¡Una alhaja es lo que Fedor te trajo! La encontré ayer, más bien, me acordé de ella por la noche y ahí la tienes. Te puede valer para tu magnífica historia del Griffon: todo el mundo de fantasía que puede significar un ser que navega por las aguas subterráneas y emerge tanto a un siglo como a otro, según le dé o según le apetezca o según el azar lo encamine; todo el juego lúdico que se desprende de esa asombrosa concepción puede, debe llevar como si fuera un roncón, ¿no se llama roncón esa pieza que le da a vuestra gaita la seriedad, también la dulzura, y parsimonia de las que carece la asturiana?, esta, decía, magnífica, dramática carta del padre Pastrana, un galopín castellano con más conchas que un galápago. Será como una vuelta a la realidad, será una llamada a mantener los pies en la tierra, será...

El Profesor Visitante estaba entrando, de nuevo y vertiginosamente, en un período de silencio de los que acostumbraba a frecuentar cuando el exterior empezaba a parecerle hostil, o cuando los razonamientos que el interlocutor esgrimía eran

considerados por él como inteligente y lúdicamente expuestos; ejemplificando una actitud que en psicología se llamaba «técnica no directiva». Entonces se limitaba a decir: «¡Oh!», «¡Vaya, coño!», a veces tan sólo «¡Vaya!», y dejaba que el otro disfrutase. En algunas ocasiones incluso había llegado a decir: «¡Qué bárbaro!», pero hay que reconocer que tal expresión no era frecuente en sus labios: tenía miedo de que pudiera resultar osada o procaz y acostumbraba a reservarla para los momentos de mayor intimidad, en los que podía llegar a introducir como expresión más genuina de la «técnica no directiva» malabarismos verbales como «¿No me digas?» y «¡Mira tú qué cosas!» en un prodigio de sensatez que los demás solían agradecer con miradas cariñosas o tiernas, según los casos y las circunstancias.

Lucille seguía explayándose en su hermosa disertación sobre la alternancia de lo lírico-onírico con lo pragmático-prosaico que, según ella, eran constantes en la literatura del ya en aquel instante agobiado escritor invitado. Tenía que reconocer el lector de cartas ajenas y confidenciales que aquello le halagaba sobremanera. Se sentía redimido. Según Lucille iba hablando, iba él lamentando no poder ser un novelista norteamericano, por poner un caso. Si fuese un escritor norteamericano podría hacer cosas deliciosas que a él (novelista gallego que jamás en tal condición podría decir estupideces en la televisión de Madrid, por ser cosa reservada a productores de estupideces de más alta prosapia), le estaban prohibidísimas. Por ejemplo: tenía prohibidísimo que se le fuera la mano en los adverbios. En realidad, eso no le importaba mucho; lo que más le dolía era no poder escribir las palabras en cursiva a cada poco, cargándolas de intencionalidades ambiguas y sugeridoras, lo que *realmente* resultaba atractivo, pero que a él le estaría vedado a poco consciente que fuese: *aquello* sería, tomado en su país, pequeñito *ciertamente*, pero ¡qué país!, sería *tomado* como un acto de soberbia o de *desmesurada* ambición. ¡Qué iba ser aquello de un escritor cargando la mano en las expresiones de Lucille! ¡Oh, país, país!

Lucille seguía hablando de manera desaforada, articulándole la novela al escritor cincuentón recién salido de una noche amena, pasada en compañía de una muchacha más joven y no más *inexperta* que él, lo que le producía cierta alteración de costumbres resumida en los «¡pues sí!» que introdujo con toda astucia en las anteriores expresiones infraestructuradoras de su tan bien asimilada técnica no directiva; o acaso consecuencia del ensimismamiento en el que había caído, que lo llevaba por derroteros más misóginos que otra cosa: «Dios es perfecto —se decía—, Dios es que se sabe soltero: algo debe de tener el agua cuando la bendicen», para acto seguido continuar reflexionando acerca de por qué se dice la misa utilizando vino y consagrándolo; arcano éste que no daba desvelado.

En un momento preciso estuvo en un tris de hablar, pero se arrepintió: durante la última ocasión en la que se sintiera complacido u obligado a hacerlo había inventado aquel incordio de novela y ya se estaba viendo el resultado. Por lo que acordó ir directamente al asunto y afrontarlo como mejor fuese capaz de entenderlo.

—¡¿Pues sabes que tienes razón?! Puede ser una muy buena idea. Incluso diría

que lo es. Una idea extraordinaria. ¡*Ma-ra-vi-llo-sa!*

Dijo cargando de ambigua intencionalidad la última expresión que, ¡mira tú qué cosas!, incluso imaginó en letra cursiva de lo más esbelto.

—Voy a seguir leyéndola otro ratito, que aún no fui capaz de pasar de la primera página.

El coro que siempre se forma en estas ocasiones felices de tertulias desarrolladas, con mejor o con peor intención, en las cafeterías de las universidades, intercedió para que el Profesor Visitante realizara la lectura en voz alta, también en versión libre y, a ser posible, traduciendo al lenguaje actual; actitud que mantenía, justo es decirlo, cuando leía para él mismo y en voz baja. Escrutó el gran número de palabras subrayadas y sugirió una clase dedicada a la traducción de la carta por los alumnos, permitiéndose ser él quien, en su momento, explicara la riqueza de aquel idioma en el que la carta estaba escrito, un no excesivamente correcto castellano del siglo XVI. Luego se dispuso a continuar la lectura allí por donde la había abandonado. El sol seguía calentándole la espalda y empezaba a sudar con más abundancia y generosidad de la aconsejada y permitida en aquellas latitudes a las que él no estaba del todo acostumbrado todavía. Y leyó:

Tan pronto como se repuso y superado el silencio espeso que nos envolvió a todos, volvió a ser el del comienzo y me dijo, sin alterar, sin descomponer ni una pizca el gesto, si le había recabado una bula de la Cruzada y licencia para comulgar, cosa que le afirmé sin dilación, engarzándola de inmediato con la recomendación de que, dado que ya se había confesado, allí mismo y oralmente, tornase a recorrer toda la confesión realizada y también toda su vida pasada y que se fuese reconciliando según se le fuesen acordando las cosas, ya que era como si hiciese las cuentas con Dios Nuestro Señor y, como quien dice, allí donde cayese el madero, allí había de quedar ya para siempre.

Dijo que así lo quería hacer, que así estaba dispuesto a hacerlo y que le daba infinitas gracias a Dios Nuestro Señor por el tiempo y el aparejo que le proporcionaba en ocasión tan señalada y de tanta necesidad. Y comenzó a dar voces gritando «¡Qué tenga que morir yo, Señor, que muera yo, que muera yo, que muera yo...! ¡Que tenga que morir yo, Señor, y que se quede ese cabrón en el Escorial! ¡Justicia, Señor, Justicia!, ¡Valedme, Señor, valedme que no vea yo el infierno, no vaya yo allá, Señor! non intres in iudicium cum servo tuo quia non iustificavitur in conspectu tuo omnis vivens. Oh pecados que en tal peligro me pusisteis» y muchas más cosas como éstas, y luego cantó salmos, poniendo tanta emoción en las palabras pronunciadas que parecían como propios y por veces hasta daban incluso que pensar si estaría en sus cabales, tan grande era la convicción, tan grande el sentimiento. Después se mostró estupefacto de encontrarse a las puertas de la muerte, emitiendo grandes lamentos y demostraciones de estar realmente anonadado de realidad tal; a la que yo le respondí que eran don de Dios y gracia Suya aquel asombro y también aquel temor, e incluso principio de entrar en gracia con Su Divina Majestad y que

tenía tiempo y remedios, muy eficaces por cierto, para huir de tanto mal como temía de las penas del infierno y no sin razón, pues no sin razón reconociera que había ofendido a Dios.

A decir verdad y dado su estado, tengo que decir que quedó un poco apampanado, cosa que aproveché para recordarle, pues él por su ministerio ya bien lo tenía que saber, lo que es la contrición y que la virtud y también la eficacia de los Sacramentos, cuando la contrición no llega a ser todo lo entera que debiera, pueden suplirla, no fuese a ser el demonio, pues V.I. me perdonará, pero con estos gallegos tan raros, nunca sabe uno realmente a lo que se expone. Entre unas cosas y otras se sosegó nuevamente, pero pronto se le dio por imaginar la muerte que le aguardaba y comenzó de nuevo a quejarse que «si tengo que acabar mi vida en las manos de un verdugo», que si «en mi Tierra ese tirano no fue capaz de encontrar ni tan siquiera uno», que si «soy el primero de mi linaje que muere de tan ignominiosa forma». Se fue calmando de nuevo, se fue acallando y yo intenté apaciguarlo todavía más, pero se me revolvió diciendo que «mi dolor es mío, mi muerte es mía» como si yo allí no pintara nada. Tengo que reconocer a V.I. que hasta parecía que yo por momentos le estorbaba allí. Parecía como si se tuviese que sosegar él por sí mismo, soberbiamente, sin ayuda. En la ocasión siguiente que sucedió a la que aquí queda descrita a V.I., gritó qué tirano era aquel que hacía morir a la gente sin comunicarle la sentencia, que quería escucharla, que quería saber por qué moría y quería que sus asesinos supieran, cuando menos, la razón de su ejecutoria. Así que viendo yo que ya tenía asumida su propia muerte y sin entrar en consideraciones de que si era cosa justa o injusta, pues a mí me mandaron allí a bien disponer un ánima para el postrer tránsito, le dije que era la suya una muerte que lo tenía realmente que consolar por ser la mejor para el cuerpo y también para la honra, y que ni decir para el ánima, ya que había de ser tan breve y tan en secreto y tan adecuada para negociar su salvación que se la envidiarían los que tenían que morir de larga enfermedad, después de todos los dolores y las flaquezas corporales que tal demora supone y luego, también, de las faltas de atinado juicio que en las largas enfermedades acostumbran a producirse y que ¡ah! tanto suelen estorbar el trato con Dios y con sus ministros incluso, ambos tan necesarios en esos momentos. Pasé después a referirle la pasión de Jesucristo, tan llena de injurias y oprobios, inventándole nuevas penas y tormentos, en los que posiblemente me excediera, pues hubo un instante en el que sospeché una mirada suya cargada de ironía y hasta me atrevo a afirmar que sonrió por debajo de las cuencas de las manos sobre las que tenía apoyada aquella cara afilada, como de águila, y de penetrantes ojos negros. No debió de ser así y debió de ser cosa de mi imaginación, pues al escuchar mis prédicas dijo muchas veces seguido Domine transeat a me calix iste a lo que yo le sugería que siguiera adelante y dijese non quod ego volo sed quod tu vis, non mea sed tua fiat voluntas.

Verdaderamente resultaba molesto aquel sol que le golpeaba en la espalda sin piedad alguna. Se levantó. Paseó por el recinto de la cafetería y se supo doblemente excitado; daba la impresión de que la carta tenía no sólo todos los visos de verosimilitud necesarios, sino también los de poder resultar estremecedora. ¿Qué ruindad era aquella de contar las angustias de un hombre en tránsito? No entendía el interés de nadie por conocer las últimas horas de un hombre y, a esta incertidumbre, se le sumaba la de si aquel sol realmente podía o no hacer enloquecer a la gente.

Guardó la carta en el bolsillo, una vez que la hubo doblado cuidadosamente, y se despidió sin más de la gente que lo rodeaba. Salió al campus y, metiendo el dedo pulgar en el bolsillo trasero del pantalón, sintió el papel amplio que contenía la misiva que lo había estremecido. Fue un contacto misterioso y tenue que le sensibilizó la yema del dedo y lo obligó a mantenerlo allí en una demorada caricia que no acaba nunca. Apuró el paso y se acercó a los plátanos, debajo de los cuales su sombra ahora lo estaba reclamando, para que se sentase allí, protegido por los árboles, con la espalda apoyada en uno de ellos, a releer la carta.

No supieron nada de él a la hora de la comida y nadie comentó, tampoco, la extraña reacción que había tenido en el bar: Le habían dado una carta y se ausentó inmediatamente después de haber concluido las clases. No había mucho más que decir. Se había marchado y listo.

Mireille lo encontró cuando el sol declinaba lento y rojo. Seguía acogido al plátano, amparado en su sombra protectora, desmayados los brazos sobre la hierba, reposada la mano y libre y suelta la carta que no había volado gracias al extraño milagro de los días sin viento, de los atardeceres anonadados en sí mismos que a él tanto lo maravillaban. «Ni siquiera un vientecito leve, una brisa que te alegre el alma», se decía con frecuencia desusada.

Mireille se acercó a él, se arrodilló y lo besó en la frente sudorosa y cálida, plena ya de arrugas. El Profesor abrió los ojos, la miró y le dijo hablando muy despacio, casi parsimoniosamente:

—¿Sabes, Mireille? Soñamos ciudades que no son nuestras, urbes en las que jamás pisamos y en donde jamás lo haremos, y recorreremos sus calles seguros conoedores de lo que hay a la vuelta de las esquinas. La ciudad que yo sueño y que jamás pisé tiene plazas alfombradas de piedra y escaleras majestuosas por las que los niños descienden a velocidades de vértigo. Al pie de las escaleras hay fuentes protegidas con rejas y al lado del chorro del agua se observan unos vasos limpios, transparentes, en los que nadie bebe. ¡Tanta es la transparencia! Nadie quiere mancharlos, dejarlos marchitos una vez que sobre ellos se posaron las yemas de los dedos, los labios húmedos y cálidos, el propio aliento. Y se suceden los niños y los días y la fuente sigue vertiendo agua y los vasos permanecen. Regreso a habitar la ciudad de mi sueño durante noches que ya son frecuentes y sé que, algún día, entraré en una urbe insospechadamente semejante a ella, acaso la misma, y beberé de su fuente para ver si soy capaz de no enturbiar el vaso.

Mireille le posó la mano en el pelo encrespado y se lo peinó con dedos largos y firmes y acaso dulces. Él la acercó de forma que concluyese por sentarse a su lado y la besó lenta, firme y largamente.

—Vamos —le dijo.

Mireille lo miró y, una vez que lo hubo besado en la punta de la nariz, se levantó para, al tiempo y mientras le alcanzaba la mano que había de tirar de la de él, contestarle:

—Cuando quieras.

Y él le cogió la mano y se levantó ligero.

—No es cuando, sino donde.

—No entiendo.

—Vámonos de aquí. Vámonos lejos, no soporto tanta luz, tanto sol, tanta transparencia.

La luz de Compostela no es única, acaso porque no dependa la luz de la sonoridad de los perfiles, de la placidez de los ángulos, de las esquinas o de los rincones en donde nada estalla, de la medida del conjunto sobre el que se posa. En Compostela el aire no es importante, viene y va como en todos los sitios, pero no es importante; por eso la luz que el viento acostumbra a traer consigo llega, a veces se posa, después se va y poca cosa consigue significar. El viento viene del océano infinito y trae agua en su seno, de manera que la luz viene preñada ya de lejos, aunque también pudiera preñarse en las playas largas y dulces de la Lanzada; la luz acaso sea una yegua que cabalgue el viento galopando el tiempo y nosotros permanezcamos sin saberlo.

Y la luz llega preñada; llega la luz grávida desde el océano y se posa sobre las piedras. Cuando están tibias, su calor se lo prestan a la luz y la humedad asciende. Es entonces cuando, si miras el cielo, lo ves limpio; pero sabes que allá arriba hay una tenue transparencia que tamiza y filtra no sólo la luz que sube, sino también la luz que baja. Todo por culpa de la tibieza que de las piedras se desprende.

Si las piedras están frías, la grávida humedad de la luz se aplasta contra ellas y son más blancas, acaso menos grises. Pero si están mojadas, si las piedras están mojadas ¡ay, entonces!; entonces el viento queda prendido en ellas y la luz parece allí mismo, encima de ellas, y las hace brillar tanto, tanto que no se sabe si ríen o lloran, si relampaguea o truena, pero sí que algo humilde y grandioso como un milagro se produce en aquel instante eterno y prolongado.

En Compostela lo importante es la piedra elemental que a todos nos conforma, ella es la que detiene la luz, la que hace que se pose el viento al engañarlo, enguedejándolo en las rúas entretejidas entre los caminos de monte por entre los que ella fue brotando al tiempo que tomaba formas habitables, para llegar a hoy, pétreo bosque en el que no sólo se posa el viento y también la luz, sino que empieza ya a detenerse el tiempo.

Esto lo sabe bien el Profesor Visitante sentado en su sillón, abandonado al ensueño. Había intentado explicárselo a Mireille durante aquella tarde de angustia en la que había vuelto a soñar ciudades mientras la luz lo lastimaba.

—Nació de la piedra —le había dicho—, es piedra brotada que fue reproduciéndose rizomáticamente, reproduciéndose y conformándose tal y como tú la verás algún día, a no dudarlo.

Quizás ella no lo había entendido en absoluto, pero él insistió e insistió mientras el atardecer era un milagro en el que la luz andaba libre y suelta por los tejados de Aix, cosa imposible en Compostela. «Mira, atiende, es asunto tal como el de las setas. Brotan y se van, llegan con la luz y con ella huyen, pero es necesario que el viento traiga consigo agua fecundante, seminal agua que lo invada, que lo penetre todo y todo lo preñe. En mi país se cree que el viento marino preña a las yeguas en los oceánicos arenales del finisterre, y que éstas paren potros que son hijos del viento, sobre los que puedes galopar, a velocidades que nadie sospecha, hacia ningún sitio. Allí somos especialistas en galopar así, en esa dirección, y con tal destino; acaso eso sea lo que significa el sueño, la infinita galopada sin fronteras, en el potro hijo del viento y de la mar oceánica. Tú no lo entiendes, pero es así; como así es que Compostela fue brotando de la tierra convirtiéndose en un bosque de piedra. Mira, atiende y escucha, ponte del otro lado de la galopada, sigue cabalgando mirando hacia la grupa porque el sueño, como el viento, no sabe si va o viene, y vete a Allariz y pregunta por el Castillo. Te dirán: “Míralo, ahí está” y verás que la gente habla de él, va a él, desde él escruta el valle dulce y largo por el que el Arnoia huye, intuye el color que va a tener la luz cuando el día se extinga, cuando venga la oscuridad, o si las campanillas de Santiago van a dar sus sonidos más opacos esta noche. Pero no hay castillo, aunque la gente jure y perjure que existe, que está allí y te tomen por loco si afirmas lo contrario. Lo hubo, es cierto. Surgió de la tierra, brotó de ella, en un abrazo del Arnoia que lo ciñó por años, y lo hizo en la cumbre de un otero que hoy es un muñón descarnado que no llega nunca a ser lúgubre en su descarnadura. Se fue desvaneciendo el castillo, se fue abatiendo, derrumbando, al tiempo que dejaba que, dulcemente, se esparciesen sus piedras por las rúas, ahora enlosadas con ellas. Imagínalo: en ese descarnado muñón en el que la gente cree ver un castillo, en el que la gente ve un castillo que no existe, que sí existe por tanto, fue surgiendo de la tierra una piedra que se hizo habitable. Después se derramó y fue cubriendo las rúas como un manto. Así Compostela, que ya empieza a ser un sueño, como el castillo de Allariz. Un sueño en la primera forma, brotado en la ladera amena sobre la que se posa, escondido casi siempre entre lluvia y niebla, oculto a los ojos que no están acostumbrados a galopar los sueños.»

Mireille lo había estado observando silenciosa y tranquila, mientras hablaba. Así se fue la tarde.

En su sillón de Compostela el viejo Profesor recuerda su mirada y también la luz hiriente en la que aquélla se enmarcaba y ésta se resumía. La mirada de Mireille era toda la luz de Provenza concluida y quizá por eso tanto lo desasosegaba su recuerdo, lo alteraba la certeza de su transparencia.

Huyó después con ella y caminaron juntos hacia la calle del Griffon a protegerse de la luz en la oscuridad de la casa, de contraventanas que podían tamizarla, gracias a la madera dispuesta en tablitas paralelas, oblicuamente encajadas, de forma que hubiese siempre un permanente crepúsculo en las habitaciones de techos altos y chimeneas en las que podías asar un corderito dándole vueltas y vueltas a un hierro que, a tal fin, tenían perfectamente bien dispuesto. Dentro de aquella casa, en la paz de la reposada, aprisionada luz que ya no andaba suelta por los tejados, sino que se encontraba allí, precisamente allí, retenida, agonizante desde la mañana a la noche en la que había de extinguirse, el Profesor Visitante acostumbraba a estar en reclusión para no hacer nada, tan sólo para huir de aquella inclemente luz que podía anonadarlo. Se acostaba entonces en el lecho y dejaba transcurrir en placidez las horas hasta que alguien venía a rescatarlo; acción que agradecía si la noche era llegada y que dócilmente, pero sin entusiasmo, aceptaba si la luz aún era hiriente y agresiva como solía serlo en las horas cenitales.

Ahora era la primera ocasión desde que había llegado en la que conseguía que alguien naufragase con él a media tarde y corriera feliz por el Forum des Cardeurs camino de su casa. Arrastraba a Mireille por la mano, que sabía pequeña dentro de la suya, sabiéndose observados por los argelinos que ocupaban los alrededores de la plaza, sentados en las terrazas de los cafés, en actitudes expectantes en las que, oculta en la aparente calma o acaso precisamente radicada en ellas, se adivinaba la agresividad que la pasión y la emotividad aportan a las gentes cuando son las componentes más pertinaces de su estructura. También los portugueses del norte, los gallegos del sur, los miñotos, estaban sentados en los cafés, dejando que el tiempo resbalara; pero había placidez en sus semblantes y nada presagiaba los pronto que habrían de estallar en los atardeceres argelinos de Aix, en medio de broncas con gritos estridentes, con gestos fieros y desmesurados que a veces, pocas, eran también desmedidos, pero casi nunca silenciosos o sin la compañía de manuales aspavientos, siempre histriónicos, inabarcables, ampulosos y enmarcados en voces roncas y reiterativas, en gritos dados con la garganta que nunca venían de lo más profundo del pecho, en donde nace lo más sentido, allí donde se dice que anida el alma, sino que nacían en ella, en la garganta, y en ella misma a menudo solían concluir.

Se lo explicó al llegar a casa. El Profesor Visitante sabía de la violencia, la conocía, incluso la había practicado. Pero se trataba de otro tipo de violencia menos desmesurada, menos dominada por lo formal, por la puesta en escena que los mediterráneos frecuentaban en el sopor apelmazado de las tardes de Aix. Venía

impresionado, como le sucedía siempre que había tenido que atravesar aquel barrio dominado por argelinos y por estudiantes, la mitad para cada uno de ellos, el Forum des Cardeurs como lugar para transitar los encuentros que a él lo tornaban nervioso y excitable, acaso amedrentado y cobarde. Lo había atravesado esta tarde sabiéndose observado y sabiendo que de la mano de Mireille le venía una fortaleza de la que él carecía, que dependía de ella y que a ella tendría que recurrir en caso de que fuera necesario. Iba con miedo, con miedo de que alguien se metiese con la muchacha y tuviera él que hacerle frente al insulto, a la probable ordinariez, o acaso a la aproximación excesiva de alguno de aquellos seres transterrados y tristes que, por el contrario, los vieron pasar como si fuesen un apéndice más de la tarde y de la soledad que los conformaba. No les habían mostrado ni rencor, ni odio, ni tampoco amor, pero el viejo Profesor no se había dado cuenta. En lo que había indiferencia, él intuía desprecio; en la inmovilidad de la mirada y de la aparente indolencia de los cuerpos, esa calma tensa que precede al salto del felino. Por eso, había llegado al portal de la casa hablando de la violencia en la Literatura.

—... y mañana, Mireille, hablaré del sexo y de la violencia en la literatura de mi pueblo. No sólo hay lirismo, no sólo hay humor e ironía, en ella también hay violencia; no una violencia como la vuestra, grandilocuente y mítica, sino otra mágica y reposada, acaso más atroz, seguro que más terrible, pues la venganza ha de ser algo que se tome frío. La violencia de los niños de Mouriño, incluso los de Méndez; la de los parranderos de Blanco Amor o la de los fusilados de Cela o de Conde, la violencia de los seres reflexivos y sosegados que, llegado un instante, se desborda y es una anegada incontenible y duradera, definitiva.

Ella lo escuchó sin entender mucho hasta que días después, durante la proyección de una película, tuvo ocasión de poder comprobar cómo la violencia se puede represar durante un tiempo hasta que un roce mínimo y el más escaso de importancia produce el estallido que la hace reventar, sin que se pueda llegar a saber nunca del todo cómo sucedió aquella explosión que derramó lo que tan pacientemente se había ido embalsando. Nada más comenzar la proyección del filme, el Profesor, después de haberle cogido la mano a Mireille con ademanes ingenuos que la hicieron sonreír, se estiró en la butaca, amilanándose en ella, y apoyó la nuca en el respaldo. Desde ese momento y en muy poco tiempo una interjección, incomprensible para ella, la había sorprendido: «¡... ño!» había dicho suave, pero enérgicamente el literato, al tiempo que echaba la mano a la espalda y batía con ella en la rodilla del espectador que, sentado en la butaca de atrás, la posara, mientras permanecía en postura semejante a la suya, de forma que le había pinzado las guedejas de la nuca contra la butaca tan firmemente que, al moverse, había sentido no sólo el dolor causado por el tirón, sino también la pérdida de alguno del ya no mucho pelo que le iba quedando. Luego Mireille pudo ver cómo el Profesor había girado la cabeza y, en el más exquisito francés que fue capaz de conseguir, había intentado explicarle al compañero de proyección cinematográfica lo sucedido.

Varios «¡... ño!» fueron enmarcando el transcurrir de la proyección y, a cada uno de ellos, el Profesor avisó del daño, explicó lo sucedido y solicitó comprensión y buenas maneras, pues la cosa empezaba a resultar molesta. Después de esto seguía una pequeña disertación, a modo de pregunta, en la que el Profesor le pedía a Mireille lo iluminara con pertinente claridad acerca de si el tipo, un muchachito de veintipocos años, en compañía de otros de no muchos más, se estaba comportando así bien por tratarse de él, de un extranjero, bien por tratarse de un hombre mayor acompañado de una muchacha o simplemente porque, llevado de la emoción que le causaba la guerra de las galaxias que ardorosa discurría en la pantalla, se olvidaba de su vecino y de las buenas formas hasta extremo tal que el muchacho le indicó al Profesor la conveniencia de que avisara de cuándo tenía prendidas la guedejas, a lo que el ya muy irritado acompañante de la muchacha se negó: le parecía ridículo aquello de tener que levantar la voz, en su mal francés, aún por encima, para avisar a aquel mamoncito de que le tenía *prende le cheveux*, demasiado *prende*, a su entender, durante las últimas semanas, por lo que prefirió calmarse, golpetearle con los dedos la rodilla, echando el brazo hacia atrás camino de la nuca y por encima del respaldo. Pero la operación se repitió demasiadas, excesivas veces; las explicaciones fueron más a menudo facilitadas y en cada ocasión pronunciadas en más alta voz, tanta que provocaron los admonitores siseos de la concurrencia reclamando silencio y paz; de forma que el Profesor empezó a sospechar seriamente en que sí, en que era meridianamente cierto que le estaban tomando el pelo por dos de los procedimientos más evidentes e inmediatos posibles; con lo que se decidió, por fin, a dejar sentir hervir en su interior la evidencia del ridículo que tanto lo ultrajaba; y acordó también callarse: sabía a los espectadores vecinos y atentos a la broma; los sospechaba sonrientes y decidió posar la cabeza, ofreciéndola a la inmolación, y no moverla durante algún tiempo; sólo así, a fuerza de no cambiar de postura, evitaría lo que empezaba a adivinar como una incitación del grupo de muchachos que detrás de él se encontraba. Y sólo así, en la continuidad de la postura, salvaguardaría la dignidad que, sin su consentimiento, le estaban dilapidando aquellos muchachitos.

En dos ocasiones más, a partir de su última determinación, volvió a sentir un tirón que le llevaba, junto con los pelos, la maltrecha dignidad, y volvió a sentir, igualmente, el escozor que seguía al capilar desprendimiento; por dos veces, por dos veces más, calló y no dijo nada, sino que se conformó con cambiar la cabeza de sitio. Pero al poco tiempo de haberlo hecho sintió que la rodilla del rapaz, en procura de sus guedejas, se posaba en dos o tres sitios del respaldo, quizás incluso en cuatro; aunque no llegó a estar seguro de ello; tan imperceptible había sido la búsqueda, a pesar del empuje que, en las otras dos evidentes, había conseguido que el Profesor acusase el movimiento y sintiera su espalda ligeramente arqueada. Justo a partir de ese instante decidió esperar un poco e ir moviendo la cabeza hasta convencerse de que volvía a tener pelo (no muy largo, pero sí lo suficiente como para que aquel juego fuese posible) prendido; entonces le oprimió a Mireille la pequeña mano, que

conservaba, cálida y lozana dentro de la suya, para inmediatamente desprenderse de ella al tiempo que, tranquila y reposadamente, le decía: «Lo siento» y se volvía rápido, dejando en el empeño más pelo del que nunca había dejado en anteriores trances. Estaba Mireille sentada en una de las butacas de las que dan al pasillo, así que le fue fácil salir a él y, de un paso, ponerse a la altura de la fila de atrás para, después, echando el cuerpo por encima del primer muchacho, coger por la cazadora de cuero al segundo, al de la bromita, levantarlo en vilo, sacarlo al pasillo y allí mismo, sin esperar a más y sin levantar la voz, arrearle unas sonoras bofetadas que sorprendieron a toda la concurrencia y llevaron al gamberro a salir dando tumbos por la puerta de acceso a la sala que, afortunadamente, estaba próxima; lo que hay que agradecer a los enamorados que acostumbrando a ubicarse en filas traseras consiguen así ventajas como la que de este relato se infiere.

El tumulto fue serio. Los amigos del golpeado tardaron tanto en reaccionar y fue todo tan rápido que, cuando lo hicieron, el Profesor estaba ya en el vestíbulo golpeando a discreción al bromista. Afortunadamente hubo espectadores que se pusieron de parte del escritor; porque de no haber sido así los compañeros del infortunado hubieran dado cuenta allí mismo del docente. La interrumpida proyección fue reemprendida de nuevo y la oportuna injerencia de un ayudante de cátedra de la Facultad de Derecho evitó la asistencia policial al rebumbio que se derivó del acontecimiento y que no concluyó en tanto que no fue reanudado el pase de la cinta, de acciones y violencias enormemente más atractivas que las que quedaran por derivarse del entuerto.

Lo que el picapleitos no fue capaz de evitar fue una recensión periodística que, al día siguiente y de profusa forma, circuló por la Universidad exponiendo el ejemplo de carácter español, vehemente y apasionado, del Profesor Visitante a quien en ella se presentaba como a un ser violento e irascible que no había tenido sosiego suficiente como para haber cambiado de sitio y evitar así el escándalo.

Lo que no decía ni comunicaba al ávido lector era que el cine estaba lleno, ni daba cuenta del número de tirones que el bueno del hombre había padecido estoicamente. No había conseguido entender nada, pero Mireille podría presumir ya de conocer de forma concluyente aquello en lo que consiste la entelequia de la violencia reprimida; pudo llegar incluso a intuirlo de una forma casi total cuando él le había comentado:

—Estuve por esperar a que terminase la película y darle las bofetadas a la salida, pero lo pensé mejor y decidí dárselas allí mismo: de haber esperado a dárselas a la salida, entre tantos como eran, hubieran golpeado en mí como les hubiese dado la gana. Que tomen nota.

Y, sin embargo, todo había parecido una impetuosidad de orate de ciernes.

Fue días después cuando Mireille llegó a aprehender lo que había sucedido

realmente. Aquella tarde se había limitado a, acto seguido, subir al piso de la rúa del Griffon y ducharse. Era ciertamente chocante aquella buena disposición para el agua que el Profesor demostraba tener y que ella, con sumo gusto y dando pruebas de educación y buenas maneras, se avenía a compartir. Envueltos, él en un albornoz, ella en uno de los pijamas de él, se habían echado sobre la cama para hablar del tema de la violencia en la literatura. En tal actitud y en un momento dado cogió él papel y pluma y fue haciendo anotaciones de forma que, al menos así llegó a aseverarlo, le quedasen dos clases preparadas.

De cuando en cuando la miraba como intentando adivinar qué era lo que podría llegar a despertar el interés de los alumnos, qué era aquello que llegaría a aburrirlos y, en alguna ocasión que consideró propicia, le preguntó a Mireille acerca de su opinión sobre lo que él proponía como método de análisis. La muchacha le aportó ideas y comenzó él a amarla más intensamente; la inteligencia, al menos a partir de cierta edad, resultaba ser algo de lo más excitante a la hora de estar en la cama con una moza. Había siempre algo más que compartir que el mero acto de hacer el amor y, entre una y otra dedicación a él, la inteligencia hacía no sólo posible, sino más fluido el diálogo, la comunicación. Así lo dijo él, agradecido y confeso, pero sin saber interpretar la mirada de ella al escuchar tal aserto, acaso porque fuese una mirada transparente, excesivamente transparente como aquí ya quedó reflejado.

Aquella larga reflexión sobre la violencia le recordó la carta que había comenzado a leer durante aquel mismo día. Se incorporó y la buscó en el bolsillo trasero del pantalón en el que la había olvidado. Cuando la rescató de allí, regresó al lecho y, en voz alta y demorada, continuó leyendo a partir del punto exacto en donde había abandonado su lectura.

Y en estas vueltas y revueltas aún gastamos unas cuantas horas. Le leí la pasión de Nuestro Señor Jesucristo por San Juan, al tiempo que unos salmos adecuados al momento en el que se encontraba y contestaba él con versos que él sabía del rey David, y también palabras de Santos que él bien sabía, pues era muy buen latino. De las que más veces dijo, se lo recuerdo, pues sé el interés que V.I. muestra por este ajusticiado y no le han de faltar razones para ello, están las que dicen: Domine pone me iusta te et cuius vis manus pugnet contrame, non intres in iudizium Deus cui propium est misereri semper et parcere, junto con muchas oraciones y letanías que me contentaron mucho y me convencieron de la bondad de mi oficio y ministerio. Como le preguntara cuál era el autor de unos muy sentidos versos, un poco panteístas y no carentes de cierto hedonismo, si V.I. me excusa que exprese mi propia opinión, versos que él había recitado a la par que las oraciones, me contestó que había sido aquel grande imbécil que yo tenía delante y que no era otro que él; ironía ésta que yo no alcancé a entender enteramente, lo que sin rubor confieso, y que los escribiera estando él estudiando en Alcalá.

Cuando vi el momento propicio, lo avisé de que la licencia que esperaba en Madrid para poder decirle la Misa allí mismo y Comulgarlo, ya me había llegado nada más entrar yo en el camino de su celda, así que «¡albricias, albricias, señor!, que ya tiene vuestra merced licencia para comulgar e incluso para oír Misa» y, aunque era cosa que él tenía muy pedida y solicitada, como sabía muy bien lo que tal acontecimiento señalaba, utilizando esa palabra que los gallegos acostumbran a tener siempre en la boca, me dijo: «Le es el carallo, ¿sabe?, que tal cosa lo que anuncia es la muerte, mi muerte». Después, dirigiéndose al alguacil, sin transmudar la expresión de su cara, le dijo: «Por mí puede esperar, que aún no estoy bien dispuesto de todo para recibir al Señor». El caso es que no comprendí muy bien aquella reacción en un hombre que ya parecía tan bien dispuesto y mucho menos la comprendió el alguacil, cristiano viejo y castellano recio como yo quien, un poco apampanado y tenso, no sé si por causa de lo brillante y sonreidor de los ojos de aguilucho de aquel hombre, le espetó un «No hay lugar» del que después se arrepintió, y volviéndose, pues se había vuelto, le afirmó que ni aquel día, ni al siguiente, había de morir. «Es un consuelo», respondió el condenado; y yo aproveché para rezar mis horas. Después lo reconcilié nuevamente y le dije la Misa allí mismo. En el tiempo de darle la Comunión lo irguieron, con avíos de levantarlo, del lecho en el que se hallaba aherrojado y lleno de prisiones sin poder siquiera moverse apenas. Se arrodilló primero, pero luego no sé si por devoción o porque no se tenía de pie por causa del peso de las prisiones y de las heridas que lo lastimaban, se echó todo a lo largo, postrándose, y hubo que ponerle la patena a nivel del suelo y llevarle hasta allí la Sagrada Hostia que él, entre sollozos y lágrimas que reprimía como le era dado, recibió lleno de religioso fervor. A todos nos emocionó aquella entereza y sin haber llegado a ponernos de acuerdo, una vez concluida la Misa, lo dejamos solo por unos instantes.

Acudí presto a estarme con él, pues sabía que tenía que ser la muerte muy inmediata. No cesaba de hablar en voz alta, pero no tan alta que hiciese suponer que hacía tal cosa tan sólo para que yo lo escuchara, sino en una voz que parecía sincera y reflexiva, como la del hombre que piensa en voz alta, ajeno a la presencia de quien como yo interrumpía su intimidad, y hacía referencia a Nuestra Señora de la Blanca Espada; advocación esta de la Virgen que yo desconocía y que supongo propia de ese apartado y antiguo Reino de Galicia. Más tarde me maravilló no con una confesión, sino con una confidencia y encargo que me hizo, dado el carácter que para ella empleó y que, dada su condición sacerdotal, pues no dejó de hacer que me quedara un poco perplejo, qué quiere que le diga, me dijo: «No sé, Padre, si echó vuestra reverencia en falta que le hablase de una cosa, pero es el caso que mi corazón ya no puede sentirla en soledad y se la quiero decir y es que el hijo que dejo lo llevo atravesado en mi corazón; pido a Vuestra Reverencia que se encargue de que su madre lo eduque como a cristiano y en el temor de Dios, pero también como hombre honrado y en la dignidad que, como tal hombre y como nacido en un noble reino, le

corresponde». Y lo dijo con tal ternura que sólo ahora, en el momento de escribírselo a V.I., me atrevo a aventurar juicios sobre su paternidad, pero tal encomienda le traslado a V.I. por vivir yo tan lejos de ese reino y suponer a V.I. conocedor de la personalidad de la madre, cosa que yo prefiero no saber. Me enterneció tan grandemente con esa confesión que le ofrecí, en todo cuanto en mí fuese posible, lo que tan de veras y con tanto celo me pedía y que en tal punto de mi solicitaba (le puedo decir que el niño es de edad de tres o dos años). Para alejarlo de tal sufrimiento le leí las lecciones de san Ignacio Mártir, las que rezamos en los maitines en el día de su fiesta y en las que el glorioso mártir llama y desafía a todos los trabajos y tormentos del mundo, y aun al mismo demonio, que vengan encima de él a cambio de que pueda gozar de Cristo; y que tuviese en cuenta y mirase con atención el hecho de que Dios Nuestro Señor puede fortalecer un flaco corazón como es el de cualquier hombre y que por intercesión de aquel mártir glorioso le pidiera aquella ayuda y aquella fortaleza, cosa que sin duda debió de hacer y que, sin duda, le debió de ser concedido por lo que luego diré.

La tarde estaba ya concluyendo; el Profesor dobló los folios y los posó encima de la mesilla de noche; estaba harto de leer, harto de violencia y no estaba seguro de todo lo que Lucille le había propuesto con aquella carta tan plena de dureza, de crueldad, también de una cierta gracia para el lector de hoy, apartado de liturgias que él aún había practicado durante su niñez en multitud de ocasiones. Al entregársela la había relacionado con el Griffon o él pensó en eso, o es que ella le dijera algo acerca de la libertad, algo sobre la injusticia en aquellos y en estos tiempos.

Posó la carta encima de la mesilla de noche y se volvió hacia Mireille que ya lo aguardaba. Afuera era el anochecer.

XIV

Hay mucho que ver en la ciudad santa. Diego Xelmírez, arzobispo que fue de ella, la regaló de joyas insignes y en un solo día entró en Compostela tres cuerpos santos que ahora allí se acogen; el cuarto quedó a las puertas, en la iglesia que fue de San Salvador y que desde aquella fecha pasó a ser de Santa Susana, la mujer que en ella descansa, el cuarto cuerpo que no llegó a entrar en la capital del Finisterre. Tan bueno había sido el hospedaje que le dejaron en pago la dorada prenda del cuerpo de la doncella, de la muchacha que había sido martirizada por no querer casar con el hijo de Diocleciano, aquel hereje que, aún por encima, era emperador, aquella santa, santa Susana. San Cucufato, mártir también, descansa en una arca de más de tres palmos de longitud, de dos de altura, el sepulcro bien cubierto de latón labrado y lleno de esmalte antiguo y redomado. Martirizado en Barcelona, le tiene que agradecer al bueno de Xelmírez la humedad que ahora invade su cuerpo, la tristeza de los inviernos y también el lánguido aspecto que han de tener, sin duda, sus huesos. Lo mismo le sucede a san Fructuoso, de quien se da la cabeza por perdida, escondida acaso en sinfín de huesos hendidos como loza; como destacada es la referida a san Silvestre, el dueño que fue de otro cuerpo santo; todos los cuatro mártires agradecidos a Diego Xelmírez que hasta aquí los trajo. Hay más. La cabeza de Santiago Apóstol, el Alpheo que no el Cebedeo, agradecida le está también al afán recaudatorio de Xelmírez que la trajo de Jerusalén hace ya cuatrocientos años, según general creencia asentada hoy en día en Compostela, junto con una espina de la Corona de Nuestro Redentor que, a juzgar por el color que muestra, tan distinta es de otras que por el mundo se esparcen; más se diría que es de madera de peral que de otra cosa, al menos así lo testimonia fray Ambrosio de Morales, quien por encargo del rey don Felipe vino a hacer las cuentas de cuanto santo hay en nuestra tierra. Al menos eso dicen. Él, el fray de Morales, que fue quien hizo oídos de los canónigos y dio fe de una muela de Santiago Alpheo, que en el Cebedeo *«In hoc vase aureo quod tenet ista imago, est dens beati Jacobi Apostoli, quem Gaufridus Coquatriz Civis Par dedit huic Ecclesiae. Orate pro eo»*.

Pero también puede el caminante que aquí concluya su viaje echar las preces delante del brazo de san Cristóbal que el cardenal de Ábalos trajo de Alemania; grande y hermoso hueso éste del que se trata; tanto que mete miedo y acocora, sólo de pensar en el hombre grande que lo portaba en vida. Buen cuidado tuvo este cardenal don Gaspar y también trajo siete cabecitas de las once mil que sustentaban la mirada limpia de las tantas mil vírgenes que fueron. Y más, y más reliquias de cuerpos que, si no fueron santos ni sufrieron martirio, cuando menos disfrutaron de la vida y de los privilegios con los que ésta los regaló y, así, allí descansa, en esta ciudad santa de Galicia, para el mundo, el rey don Fernando de León, apodado el Santo, y si en ella no descansan no es culpa sino de la tradición, que tal afirma y así, por tanto, debería ser; como cierta igualmente debería ser la presencia del corrupto

cuerpo de la reina Violante en el Allariz que baña el Arnoia. Doña Xoana de Castro también allí reposa; la que fue mujer de don Pedro, a quien le dio un hijo antes de morir en el mes de agosto del año del Señor de mil cuatrocientos doce. Todo en Compostela, todo en la ciudad santa...

El afán recaudador del bueno de Xelmírez no paró ahí; puesto a ello, se decidió y puso a buen recaudo el cuerpo del Santo Apóstol y tan bien lo hizo que ahora, en este siglo decimosexto de nuestra era, ni Dios sabe en dónde se encuentra. Cansado estaba el buen arzobispo de enseñárselo a los reyes y también a los príncipes que, de todas partes y en santa romería, llegaban a Compostela. Es en todo esto y no en otra cosa en lo que viene cavilando el Visitador mientras regresa a la rutilante ciudad llena de niebla.

En la imprenta de Vasco Días Tanco de Frenegal, en el obrador de Tanco, para abreviar, alguien dejó hecho un retrato del Visitador que él recuerda ahora sin dulzura: la nariz generosa; la retorcida comisura de los labios, los ojos de párpados posados en las pestañas, alicaídos; las orejas escasamente pequeñas, de las que la de la derecha sostiene graciosamente los quevedos, su puente descansando en su altura superior como si fuese el carboncillo de un carpintero; todos, detalles que le vienen a la memoria consiguiendo que se duela al recordarse así perpetuado, apresada ya su imagen para siempre. Algo le hierve en el pecho cuando lo recuerda, algo que le bulle en la mente por no haberse llevado con él el dibujo o por no haberlo destrozado cuando todavía estaba a tiempo.

En el obrador de Tanco hablaron de libros y lleva el Visitador cumplida relación de ellos y de las gentes que los gobiernan, país adelante, para esparcirlos y repartirlos escogidamente, según de quien se trate. Tal recuerda ahora camino de la Compostela que se le descubre, en el horizonte impreciso de la niebla que nunca se va, porque acaso aquí viva; y así las cuadradas torres de la catedral se le muestran despuntando desvanecidas por encima del rosetón que hay que adivinar, acogido a la torre central, la más baja de las tres, ya que la de la derecha, si es que se mira de frente para la iglesia santa, es la más alta de todas ellas. Y está el Visitador en un tris de no entrar en la ciudad del Apóstol, a la que más de una llamada lo urge, pero de la que, de todas ellas, una se destaca por encima de cualquier otra ansia. Mira a Lourenzo Pedreira, ya amigo, y ningún rictus altera su rostro. Simona ha de encontrarse habitando alguna hora vacía de las muchas que ocupan su vida. Y entran en Santiago.

Se encaminan directamente a la plaza de San Martiño y entran en las casas del conde de Monterrei, en donde el Tribunal del Santo Oficio tiene su sede: lo hacen por la puerta que da a la calle de la Porta da Pena y que hace esquina con la plaza del Santo Pinarío; se trata de la entrada principal.

Si desde el portal por el que entraron se asciende por las escaleras, se va a dar directamente a la sala del Tribunal y también allí se irá a parar si se entra por la

puerta izquierda del primer piso; pero para dirigirse a los aposentos que le tienen reservados al Visitador deberá entrarse de frente y subir otros pocos escalones más, tres tan sólo.

Son las estancias pocas y reducidas, si las comparas con las otras; pero cuentan con la ventaja de estar lejos de las prisiones, de las que las distancian gruesos muros de granito y con la mayor separación que significa el hecho de que, debajo de ellos, tengan tan sólo la cuadra del caballo, la chimenea y la cocina, encima de la cual va el clérigo a instalar el comedor. Encima de la leñera pondrá el salón y sobre la cuadra habilitará el dormitorio, más cálido así en el invierno, que es dueño de un cuarto interior y recoleto en el que se pueden guardar la ropa y los libros y también los documentos en toda época del año. Todas las habitaciones dan a la rúa de la Porta da Pena.

Las otras dependencias son más y más amplias, más numerosas y acogedoras; pero menos recoletas e independientes. Desde la zona del Visitador no es fácil acceder a las de los otros miembros; quiere decirse que tampoco los otros miembros tienen fácil acceso a los aposentos de este miembro del Santo Oficio; si desde el salón se sale a la escalera que conduce a los dormitorios de los criados, o si se sube desde la cocina, se puede atravesar una gruesa pared medianera y acceder a las prisiones y, luego, rodeando el dormitorio del inquisidor Ochoa, el que la dulce Quiteria comparte, dejando atrás los corredores y dando vueltas y más vueltas, se puede acceder no sólo al resto del interior del que Ochoa es amo, interior y protegido que quiso que fuera su recinto, sino también a las dependencias que ocupan el Alcaide, al resto de las prisiones, a la del Tribunal, al altar del Espíritu Santo, a las oficinas y así a todo aquel cosmos posado como un cuervo en Compostela.

Lourenzo Pedreira se despide en la plaza de San Martiño, delante de la puerta, en el momento en el que un criado echa mano de las riendas de la cabalgadura del Visitador y se dispone a conducir a la yegua a su cuadra. Ya había sido advertido el canónigo de que sería él quien informase al Deán del viaje realizado y también de la inminencia del próximo, que tan a punto estuvo de ser iniciado hoy mismo, dejando atrás Santiago, camino de A Coruña, porque les llegaron noticias de una grandísima escuadra que había salido de Lisboa y querían, como mínimo, verla pasar camino de Inglaterra. Fue el mal tiempo el que aconsejó la estada compostelana. Lo más probable es que la escuadra tuviese también que acogerse al abrigo de cualquier puerto y hasta es posible en el que tenga que fondear en el de A Coruña entrando de arribada forzosa.

Mientras el tiempo siga tan bravo el Visitador estará en Compostela, aguardando la mejora, dispuesto a partir en cuanto encalme para, al menos, ver navegar aquel prodigio numérico y grandioso que manda el nuevo almirante don Juan Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, el gran intendente, que ostenta el grande título de sobrino de la hermosa Éboli, doña Ana Mendoza de la Cerda, hija que fue de don Diego Hurtado de Mendoza y amada de Antonio Pérez, como su mayor mérito para

mandar la escuadra. El Visitador quiere ver navegar aquel milagro de ignorancia comandado por el ignaro duque y por Diego Flores de Valdés, de triste memoria marinera, que era quien realmente decidía el comportamiento de aquellos ciento treinta barcos anunciados, portadores que eran de ocho mil hombres de mar y diecinueve mil soldados dispuestos a manejar dos mil y cinco cientos de cañones. Aquello tendría que cubrir el mar como si fuera un manto. Con la Marina Real iban cuarenta barcos mercantes artillados, según han de contar las crónicas, acompañados de treinta y cuatro barcos ligeros más que las crónicas tampoco han de desmentir. Zabras, fragatas y pataches, un galeón que los comandaba y veintitrés urcas más transportando pertrechos y vituallas. No se quería perder aquella fiesta el Visitador, pero ahora llovía a Dios darla.

¡Oh y qué dulces fueron aquellos días en Santiago! Caía la lluvia mansamente y reposaba el Visitador en su alcoba, cuando declinaba el día, acogido a la tibieza de la leña que ardía en la lareira de una chimenea, amplia y gris, con las armas de los Monterrei ornándola como toda y única enseña. Según avanzaba el crepúsculo, tan lánguido en Compostela, alguna visita acudía a los aposentos y nombres como los del jefe irlandés O'Rourke, o el del conde de Tyrone, el gran genio militar, fueron en él pronunciados, mientras el Visitador tomaba cuenta de ellos y ocupaba la mente con el recuerdo de Simona.

Llegada la oscuridad y como Lourenzo se ausentase en procura de las criadas de la casa, Simona osaba salir a las rúas y caminar tranquila hacia las casas del conde de Monterrei, de puertas siempre francas a cualquier hora del día o de la noche. Entraba con el paso firme y seguro de quien sabe a dónde va y mantenía subido el embozo hasta encontrarse en el salón tibio en el que el Visitador aguardaba por ella todas las noches, alguna de ellas inútilmente.

Llegaba Simona y se sentaba próxima al Visitador y permanecían así, mirándose, sabiéndose mutuamente. Más tarde caminaban hacia el lecho y, mucho más tarde, la misma sombra abandonaba la casa, con el mismo paso firme y decidido que la había traído hasta ella horas antes.

La noche durante la cual el Visitador tuvo la certeza de que mejoraría el tiempo, la dulzura fue más larga y la despedida más llena de ternura. Le dijo a Simona que tardaría y que no sufriera inquietud si se demoraba el regreso, que él volvería a ella como un riego devuelve el agua al prado que tiene sed bajo el sol de otoño.

A la amanecida más temprana, aún rayano el orto, luego de que Simona se hubiera marchado hacía ya tiempo y una vez que sintió el gorgoteo de las voces brotando en el aire limpio de la mañana que avanzaba, sabiendo a Quiteria disponiendo el tráfico cotidiano, el discurrir de las cosas, mientras Ochoa asentía y callaba, hizo lo que a tal hora venía haciendo desde que había llegado: levantarse, escribir algunas notas que tendría que enviar a la capital del reino de Castilla y salir

luego caminando hacia la catedral próxima dispuesto a decir misa, a hablar con el Deán y a aguardar el instante en el que debería encontrarse con su amigo Lourenzo Pedreira.

Eso fue lo que hizo en el inicio de aquella mañana de comienzos de junio, sin sospechar que algo a lo largo de ella iba a perturbar la paz de la que hasta entonces había disfrutado: hacia el mediodía apareció el canónigo rubio, de ingenuo aspecto, dispuesto a confesarse con él antes de decir misa. Y así lo hizo. Iniciado el sacramento confesó sus pecados de lujuria, los de fornicación que tanto acostumbraba, incluso los adulterios cometidos. En algún momento el Visitador le dijo que quién era él para perdonarlo, también para aconsejarlo, que acaso lo que únicamente estuviese en su mano sería el poder hacer el trabajo de absolverlo, dado su sacerdotal ministerio y el poder que Dios le había conferido para hacerlo, pero que poco más podía hacer por él si es que era eso lo que esperaba. Fue en ese instante cuando el canónigo le respondió:

—Puede su eminencia comprenderme.

—No entiendo a su reverencia.

El Visitador se revolvió inquieto en el taburete en el que reposaba y una voz franca le contestó:

—Ya no amo a Simona, quizá no sentí nunca nada por mi esposa y no me importaría que alguien sintiese amor hacia ella. Es lo que quiero que sepa y comprenda; esa y no otra es la causa de que yo tanto peque y tan adúltero me muestre.

El Visitador no dijo nada, pero una ventana que se abrió en algún sitio sí la hubo.

—¿Y si tuviera un hijo de otro?

Lourenzo Pedreira no tardó en contestar, tampoco se adelantó, y habló despacio:

—Como mío había de criarlo y llegado el tiempo no se lo negaría a su padre.

—Poco más puedo decir, Lourenzo.

Fue la primera vez que lo tuteó sin dudarle; después añadió:

—Será mejor que me vaya cuanto antes. Explícaselo como puedas a tu deán, pero yo desaparezco de inmediato. No contéis conmigo durante algún tiempo, tampoco aviséis de mi ausencia y decid que voy de visita yo solo por el norte del reino.

Lo absolvió maquinalmente, mientras cavilaba en la realidad que el Concilio, celebrado hacía tan poco, había deparado a aquella tierra en la que el fornicio no era considerado algo pecaminoso, con gran asombro de los que allí lo habían enviado a él. El mundo es equilibrado, se dijo a sí mismo, aquí no se cree que el torturar a un hombre no sea pecado y hay que traer los verdugos de lejos de esta tierra, de allá abajo, de Castilla, en donde creen que el dolor purifica y sana, de allá de donde el fuego dignifica y mata. Receló de nuevo acerca de la necesidad de la absolución y se fue a arrodillar al pie del altar mayor a hablarle a Dios de aquellas dudas. La imagen de Santiago le sonreía, mientras los peregrinos le pasaban el brazo por la espalda, al hijo del Cebedeo, y, después, asían la corona que tenía pendiendo sobre su cabeza, sin

que llegara a posarse sobre ella, para, en cambio, poder permitirles coronarse a sí mismos con aquella diadema que aguardaba por ellos.

Llegó a la cuadra y la yegua lo venteó de inmediato. Lentamente se dispuso a ensillarla mientras que, en los ocultos pliegues de los arneses, iba metiendo los papeles que con él siempre guardaba y que con él transportaba dondequiera que allá fuese. Después comprobó si la cabalgadura estaba bien herrada, cumplidas así, en ese caso, las órdenes que de nuevo a tal fin él mismo había cursado: le vertió grano en el comedero para que saliese de la cuadra con la alimentación cumplida y, mientras ella procedía a tal función, subió él a sus aposentos con objeto de dejar las cosas dispuestas de forma que, si alguien entraba en ellos, pudiese comprobar que no se había marchado de forma precipitada, de manera imprevista; y así dispuso todo para una larga ausencia y dejó dicho a los criados que iba a recorrer los monasterios. Cuando ya se disponía a abandonar la casa, apareció Lourenzo Pedreira.

—¿Ya de partida?

El Visitador lo miró lealmente.

—De partida —le dijo asintiendo.

—Tienes que esperar por mí, yo voy contigo.

—Tú estás loco...

El canónigo rubio sonrió mientras contestaba:

—Son decisiones del Deán y yo estoy de acuerdo.

—¿Tú sabes bien a dónde yo pretendo ir?

Tampoco en esa ocasión fue capaz de ponerse serio el presbítero fornicario.

—Sé. Una cosa no tiene que ver con la otra.

La compañía de Lourenzo daría más verosimilitud a la ausencia. Llevando la montura de las riendas lo acompañó caminando hasta su casa. Una vez en ella, Lourenzo Pedreira le posó una mano sobre el hombro y le dijo:

—Mientras yo aparejo el caballo, te puedes despedir de ella.

El Visitador subió sin prisas hasta las alcobas y una vez allí abrazó a Simona dulcemente. Pronto subió Lourenzo y los tres tomaron juntos un bocado mientras permanecían sumidos en el silencio. Rematado el yantar, el amo de la casa se levantó y dijo:

—Ya es tiempo de salir.

Muy pronto los dos caballeros enderezaron el camino de A Coruña. El tiempo se había calmado, pero aún era duro y el sol brillaba con esfuerzo.

Mes de junio casi andado; cincuenta embarcaciones de alto y bajo bordo, con las cuadernas hechas de la madera de los robles que poblaban la Carballeira de don Dinis o con los baos erguidos gracias a los viejos castaños que llegaron a la Moureira

descendiendo majestuosos desde el Caurel alejado, acaso también con algún tablón que proviene de la de los nogales de Rebordechao; dueñas todas ellas de rodas que saben, en cambio, de la madera de los bosques ligures o de codastes que absorbieron el agua de las tierras bajas de la Andalucía; dueñas también de vergas en las que se arrían velámenes tejidos en lino que proviene de la Lucenza orensana y fueron encerados con unto que alimentó la extremeña bellota; todas, todas ellas, las cincuenta embarcaciones, arriban a A Coruña.

Son los más ligeros barcos que salieron de Lisboa hace tres semanas, los que llegan al abrigo del Parrote; viene a su mando el de Medina Sidonia, esa ofrenda que la hermosura de la de Éboli hace al mar, quién sabe si para compensarlo de algo que ya nadie recuerda, de algo de lo que sólo ella tiene memoria. He ahí entrando al *San Martín*, el buque almirante, harto de soportar el viento que vino del mar para empujarlo al Finisterre y detenerlo allí, cuatro días más, esperando a los que venían detrás de él trayendo con ellos las vituallas, los alimentos, el agua necesaria. Según va entrando el día le siguen otros, hasta ser medio ciento de navíos los acogidos a la hospitalidad gallega. Otros más lentos, aunque mejor gobernados, no consiguieron entrar en la bahía coruñesa. En el mar de la Marola, un viento marino los estaba empujando contra los silenciosos roquedos o los aproximaba a las Sisargas de manera que Hércules era más una amenaza que un abrigo. Y así, rolando el viento, siendo otro el caminar del mar que a refluir se puso, la escuadra de Levante, la que comanda Recalde, seis galeras, cuatro galeazas y no se sabe bien cuántos barcos más, aunque sí se supone que más ligeros, se esparcen por el mar y durante días soportan como pueden el temporal, huyendo de la proximidad de la costa. Sabe bien Recalde que puestas así las cosas hay que capear el tiempo duro mar adentro, lejos de las rocas y de las dulces y largas playas de la Costa da Morte y, a lo largo de días agotadores, viran y viran rumbos hasta encontrar un vientecito leve y propicio que los lleve a tierra.

Hay quien está observando ya sus evoluciones desde el faro de Hércules. En aquel promontorio dos clérigos estudian el comportamiento del mar, la virazón del viento, la maestría de los pilotos. Son el Visitador y el Canónigo, que llegaron a La Coruña aquel mismo día incitados por una prisa que les requería la ocasión. Saben que el rey Felipe habló de que sería la más memorable que recordarían los siglos y saben también que ellos tienen algo que hacer allí.

Cuando llega la noche bajan los clérigos del promontorio, saben ya de lo imposible de la arribada y dormirán intranquilos en la vecindad de la Colegiata, esperando las noticias que ha de traer consigo el venidero día.

El tiempo sigue siendo duro y Recalde aún tardará en entrar en el puerto. Cuando lo haga tendrá que comprobar cómo los barcos del de Medina Sidonia fueron lesionados incluso mientras estaban acogidos al Parrote y sabrá con más certeza de los días duros que los suyos, sus propios barcos, con sus hombres, acaban de padecer. En el mar puede suceder eso, de hecho sucede en muchas ocasiones y sólo sabes del

desastre cuando éste es ya tiempo pasado, cuando ves en los otros el desastre que te niegas a reconocer en tu propio barco, cuando en los rostros de los demás encuentras reflejadas las trazas que deja el miedo. Sólo pensando en el juego de las olas y en regatear al viento, sólo planteándolo lúdicamente, puede uno atreverse en el mar tenebroso del Finisterre e ignorar la fortaleza de ese mar, la impetuosidad de su viento. Lo sabe bien Leiva, que tuvo que doblar hasta Viveiro y abrigarse allí, precisamente allí en Viveiro, que limita al norte con la Inglaterra, mar por medio, con diez barcos, urcas y pinazas del escuadrón de Levante: dos galeras fueron a dar a Gijón, y hubo quien fue a parar en el Canal de la Mancha para luego aprovechar y, una vez allí, escrutarlo todo desde las Islas Sorlingas a la Bahía de Mounths e incluso permitirse el lujo de apresar a dos barcos enemigos: un buen presagio que no sería, desafortunadamente, confirmado. Otros creyeron ver a Drake en el horizonte cuando bajaban ligeros, viento en popa, frío y del norte, hacia A Coruña en donde durante un largo mes y poco a poco se irán reuniendo todos, mientras disfrutan de la tierra.

Durante este tiempo el Visitador y el Canónigo visitan los dañados navíos, aconsejan a las desmayadas almas y traban conocimientos distinguidos que les han de valer para poder sumarse a la aventura más adelante, cuando la llegada de nuevas gentes deje de ser fluida. Entre tanto, los barcos van siendo reparados, sus vientres repletos de comidas y bebidas, los sollados entupidos con muchachos gallegos que son bajados de las tierras altas del conde de Monterrei para que vean el ignorado mar y se sobrecojan de espanto, abatiendo las picas secas con las que vienen armados o rindiendo los arcabuces, de los que hasta hacía bien poco se ufanaban, delante de aquella inusitada grandeza y a la vista del magnífico desastre que en tal ocasión se restaura. A muchos de ellos se les hiende en los labios la sonrisa inútil de la vanidad satisfecha con la ropa militar con la que se adornan, aquel consuelo habido cuando los sacaron de los dulces predios de los que provienen; muchos son los que lloran al verse separados los unos de los otros, y repartidos por las distintas compañías que conforman aquel sueño imposible de venganza. Irán al mar sin su propio capitán y habrá siempre alguien dispuesto a argüir que es para mezclarlos con los veteranos por lo que va esta gente así esparcida; pero son tantos y tan buenos que parece que la razón debe de ser otra: jamás los gallegos juntos, ni ayer, ni hoy, ni mañana; menos ahora, durante los días negros del rey Felipe, podrán ir juntos los gallegos, que serán buenos para ir a luchar en guerras que sostienen sueños ajenos y que a ellos, acaso, no les correspondan, pero no para hacerlo juntos. Ésa tiene que ser la razón y no otra porque el conde de Lemos, que lo es también de Andrade, traerá con él avezados mozos marineros de sus Mariñas coruñesas, betanceiros de pelos rubios o rojos, también de pelos negros, que saben del mar más que nadie en el mundo; marineros gallegos que llevan en las venas cientos de años navegados por el Finisterre tenebroso, aquél por el que nadie se arriesga, tanto es el pavor a que somete el Finisterre a los que por él se aventuran. «¡Para marineros, nosotros!», es su grito repetido entre aturuxos, mientras conjuran el miedo que el conocimiento causa y la

costumbre abate «¡*Pra mariñeiros, nós!*», «¡*Lume de viqueira!*»^[20], gritan mientras baten los zuecos contra las cubiertas en las que, carenadas, saben las maderas de los árboles que amaron y debajo de los que se acogieron a su sombra, abrigados de la lluvia en unos casos, del sol en otros. Ellos, los mozos de las Mariñas, acusados de bisoños, serán mezclados con los veteranos de las guerras de Italia, e irán también sin capitán que los dirija. Bien que se encarga el de Sidonia de recalcárselo al rey en su escrito para que esté tranquilo: van los gallegos repartidos y sin capitán, le dice, no vaya a ser el demonio.

Pero en medio de ellos andan dos clérigos que confiesan y absuelven, que escuchan y que, cuando es necesario, hablan; dos clérigos que pueden entrar y salir, sin problemas^[21], en los bien guardados campos en los que recluyeron a los gallegos, como si en vez de formar parte, de ser una porción de aquel ejército que acampa en sus propias tierras, fuesen sus enemigos, sus prisioneros; como si, en vez de ser aquella su tierra, estuvieran en tierra extranjera y prisioneros. Pronto habrá quien hable de aquel ejército que parece de ocupación y los más melancólicos y contumaces, los más tenaces, acaso también los más valientes, o los mejor aconsejados, conseguirán huir y retornar a las aldeas de las que fueron llevados para participar en aquella empresa que, por lo que se ve, no va con ellos, sin capitán, presos y vigilados, más tarde repartidos, después sacrificados, ellos, los más marineros.

Durante un mes el Visitador sabe de las miserias que a aquellos hombres les esperan, de las que se han de librar aquellos que, en muchos casos con su ayuda, huyan libres monte arriba, donde nadie pueda encontrarlos; asombrados aún del apoyo de aquel hombre que, muchos de ellos, vieron no hace demasiado tiempo por tierras de Allariz y de Verín, llevando con él el Edicto de Fe y también el Edicto de Anathema. No es fácil el papel que está jugando el Visitador y pide silencio y juramenta a los huidos que tienen la seriedad de mostrarle su conocimiento.

Acaso por el peligro sufrido, quizá por lo que de él se pueda derivar, de cualquier manera porque a bordo aún queda mucho que hacer, el caso es que transcurrido ya casi todo el mes de julio, reparadas las averías, recompuestos los navíos y avituallados, siendo los veintiún días del mes citado y aprovechando una surada que viene tibia y con agua a mares, la flota se pone nuevamente a rumbo llevando dos hombres con los que no contaba: en el *San Martín*, comandado por el de Medina Sidonia, aquel ignorante, va enrolado el Visitador; en tanto que Lourenzo Pedreira, canónigo compostelano y rubio, va a mejor recaudo tripulando el *Santa Ana*, el que va al mando de Recalde, el mejor marino, el más seguro.

Va la flota rumbo a Flandes, en donde Farnesio la aguarda. En la nao almirante el Visitador tiene noticias del *Santa Ana*: avisa Recalde de que es probable que role el viento una vez dejada por el través la isla bretona de Ousseant; lo que sucede siempre en este tiempo próximo al otoño, durante el que llegan del océano los ciclones que, algunos iluminados, aseguran que se forman en el mar de los caribes, allá lejos por

donde Cristóbal anduvo e, iluminados o no, lo que sí es cierto es que en el otoño el mar se torna bravo y mejor sería permanecer juntos, entrar de arribada en la bahía de Brest, de ser posible, o dar vuelta nuevamente. Con el aviso del comandante viene una carta de Lourenzo; es la carta de un hombre que soporta el miedo y se pregunta quién le habrá mandado meterse en aquella historia.

El aviso de Recalde es cierto: nuevamente el mar esparce los barcos, repartiéndolos por él adelante hasta que, al fin, el día veintinueve vuelven a estar otra vez todos juntos; Recalde y Lourenzo Pedreira, junto con otras gentes, transbordaron en el medio del mar, para su mayor desgracia, y el *Santa Ana* irá a acogerse a la dulzura verde de la bahía de la Hogue, en que ha de dejar correr el tiempo, mientras los demás sufren y aguardan a la altura de las Islas Sorlingas.

¡Y cómo están de heridos estos barcos! Reagrupados, cogen rumbo de nuevo hacia donde Farnesio está aguardando y atisban Plymouth en el horizonte. Por la proa los esperan los farallones de Eddystone, allá en el este, y también el almirante Howard que tropieza con Leyva y no es capaz de sujetarlo. Lo mismo que le sucede a Drake, que no contiene tampoco a Recalde, y la navegación prosigue así, majestuosa y reparada en el orgullo que había herido el mar, una y otra vez, desde que había salido de Lisboa. El Visitador se maravilla de la perfecta formación que lleva la flota convoyada, es un gozo verla enderezar las proas hacia el Canal de la Mancha, en la seguridad de encontrar a Farnesio en Flandes.

Va el Visitador escrutando el mar que tiene delante de su mirada, absorto en la contemplación de los delfines que persiguen al barco, juegan con la roda dejándose empujar por ella, o brincan alrededor de él dejando que los brillos de sus ojos inteligentes lleguen a ser atisbados por el hombre de negro que mantiene la espada con la empuñadura de plata y nácar blanco pendiendo del cinturón, mientras la sostiene con su mano y los contempla estupefacto. El viento es el adecuado para el rumbo que mantienen, perfectamente ordenados, majestuosamente llevados, en la navegación de bolina que desarrollan con maestría. En ocasiones, ráfagas de viento tensan más de lo debido las escotas de los navíos. En uno de ellos, en el *Nuestra Señora del Rosario*, un marinero que lleva sueño e inexperiencia suficientes como para no tener cuenta del timón, le permite al navío una guiñada, larga y pronunciada, que rompe la formación. Pedro de Valdés, el comandante de la flota andaluza (hay flotas y capitanes de cualquier sitio menos de Galicia) pega un brinco en su camarote y sube a cubierta desde el castillo de popa en el que habita; asciende al puente y se dispone a gritarle al piloto, pero observa que el marinero es incapaz de enderezar el rumbo; se lanza con vehemencia, rapidez y fuerza a coger la caña, pero una nueva racha de viento hace que el navío abata a babor y aborde al otro barco andaluz que, impotente, ve cómo viene de arribada por su estribor el navío capitán y cómo el *Nuestra Señora del Rosario* pierde el bauprés, antes, bastante antes de que se pueda ver Portland.

El Visitador asiste y observa todo el desarrollo del desastre; lo contempla desde la

amura, en la que se arremolinó la tripulación y mientras, sin apartar la mirada, sonrío a un muchacho de Betanzos que, muy serio, acaba de afirmarle que:

—No saben más, Reverencia.

Más tarde puede comprobar como, sin bauprés, el *Nuestra Señora del Rosario* es abandonado a su suerte. Pedro de Valdés, en el castillo de popa, hace crujir sus dientes, apretándolos los unos contra los otros, dejando que las coronas de sus muelas se recorran mutuamente en sus superficies, allí hasta donde las mandíbulas lo permiten, al ver cómo es abandonado en el medio del mar y cómo su flota andaluza sigue a rumbo, olvidando también a su almirante. Las señales de banderas se suceden atropelladamente y las chalupas surcan el mar de nao a nao, llevando noticias y mensajes. En una de ellas le llega un recado del Visitador a Lourenzo Pedreira; es para confirmarle que fue Diego Flores de Valdés, almirante del escuadrón castellano (también hay escuadra castellana) quien aconsejó al de Medina Sidonia que dejara al *Nuestra Señora del Rosario* a su avío, ya que en él, y esto no lo dijo, iba su pariente y enemigo Pedro de Valdés.

Una ácida tristeza invade los barcos que saben la noticia, las causas del abandono que se confirman cuando, en la santabárbara del *San Salvador*, en el que en ese instante y afortunadamente no va Oquendo, su comandante, se produce una explosión que va de barco en barco, reproducida en ecos que llevan humanas voces; el *San Salvador* es capaz de dominar el fuego que en él se expande, pero no de navegar más y airosamente como lo venía haciendo. Durante algún tiempo va a ser remolcado, pero después también va a ser abandonado a su apañío. Las reglas del mar son aquí poco respetadas; mal rumbo lleva la armada que tal actitud consiente porque, más tarde, los dos olvidados barcos serán hechos prisioneros por los ingleses marcando el inicio de un fin que nadie, salvo algunos, puede imaginar no ya próximo, sino tan siquiera posible.

Cuando el promontorio de Portland está de través por babor del navío almirante y el Visitador cambia de amura para ver la tierra y el horizonte reducidos, aparecen los navíos del almirante Howard y de su vicealmirante Frosbisher, que navegan con el viento de proa y el mar igualmente adverso, tanto que no son capaces de impedir que los buques españoles sigan navegando disciplinada, lenta, majestuosamente: son enormes plataformas sobre las que hacer una guerra la infantería, tal y como la había hecho en Lepanto, pero resultan pesados y rígidos para poder acercarse siquiera a los que, con el viento y la mar en contra, navegan hacia ellos, de forma que serán capaces de mantenerse a la distancia que quieran, tan ágiles son, tan dócil su gobierno.

El Visitador empieza a temer cosas. Empieza a cavilar en las férreas armaduras de los soldados, en la difícil flotación de los que caigan al agua con ellas, en el viento que puede desarbolar aquel mundo de mástiles que la soberbia acumuló de velas y el viento parece llenar con excesiva fuerza. Empieza a pensar que su barco es el menos seguro de todos, aunque sea el único en el que deba permanecer. El metropolitano irlandés, aún no hace mucho y sin que él se llegue a explicar bien del todo por medio

de qué trámites lo hizo, le mandó aviso de que el conde Tyrone aguardaba la presencia de la Armada, y en concreto la del *San Martín* a bordo del cual él navega, para levantar Irlanda y que, en ese instante, él tendrá misiones que cumplir; unas las que le dictan el Deán o la Sagrada y Militar Orden de Nuestra Señora de la Blanca Espada, otras las que le dicte su conciencia.

Sigue la escuadra navegando y Recalde de nuevo salva una situación difícil. El *Gran Griffon*, el buque insignia de las urcas, es asediado por varios barcos ingleses y queda inutilizado hasta tal punto que va a necesitar ser remolcado por las galeras. Las tripulaciones murmuran, maldicen, intuyendo los barcos que pueden ser abandonados y los que no y, cuando se saben a bordo de uno de los barcos malditos, los murmullos suben de tono y la oficialidad se muestra preocupada; tanto que le llegan noticias al almirante, pero allí dan siempre la callada por respuesta. Y así llegan a la isla de Wight, a cuya altura, y ya en el cuarto encuentro, la Armada del rey Felipe se queda sin municiones; pero no sin pólvora y acaso por lo amigos que muchos de los tripulantes puedan ser de gastarla en salvas; acaso por haber pensado que iban a caminar por Inglaterra como Perico por su casa. Cosa que hacen cuando arriban a Calais, a los acantilados de Calais, a dos leguas del puerto francés y a un tiro, imposible, de cañón de la escuadra inglesa.

Mientras Seymour navega por el estrecho de Dover, los holandeses guardan Newport, las Gravelinas, Sluyis, Flushing y Dunquerque, en donde Sidonia espera a que Farnesio aborde barcas sin mástiles, sin velámenes, sin cañones, con las quillas a plan, para enfrentarse a estos holandeses que disponen de ciento cincuenta galeras, filibotes y pataches bajo el mando del de Nassau Van der Does.

En los acantilados de Calais el Visitador dirige los rezos de una tripulación que se sabe indefensa. No hay municiones; Farnesio no puede salir de Dunquerque y sus consejos, emitidos en su momento y encaminados a provocar la decisión de atacar previamente para poder ocupar los puertos de Walcheen o el de Flushing, no fueron atendidos por el monarca que viste siempre de negro y se cree, se considera iluminado por el mismísimo Dios; razón ésta más que suficiente como para no rectificar un solo plan, uno tan sólo, surgido de la cabeza que muchos consideran fría, acaso porque suponen que el rey Felipe sabe bien que la única diferencia constatable entre él y Dios es la de que a Dios no se le ve y a él sí, y que sabe también el rey Felipe que lo único peor que mandar la Armada contra Inglaterra sería no enviarla. Tanto es el prestigio que se juega.

Y ahora Farnesio no puede salir de Dunquerque y el de Sidonia no puede entrar en él a rescatarlo, tanto es el calado de los barcos españoles en los que la gente está orando en solicitud y espera de un milagro, cuando lo sensato, en vez de rezar ahora, hubiera sido conocer el agua que cada buque pedía debajo de su quilla, antes de salir a navegar, previendo un embarque en aguas tan lejanas, y cuando sabe ya, maravillas de la guerra, que los ingleses aún están por recibir municiones que les llegan de Inglaterra y les permitirán derrotarlos allí mismo. Y rezan los españoles de la nao

almirante y el Visitador dirige las preces que, como un zumbido del viento, van extendiéndose a todos los navíos. Es un espectáculo grandioso el de las plegarias de tanta y tanta gente, de tanta y tanta letanía repetida por miles de gargantas que aguardan la ronquera como única conclusión de sus rosarios. Y así va a ser. El viento se levanta de nuevo. Es la noche del tres de agosto cuando, por el mar abajo, vienen no los proyectiles de los ingleses, sino sus barcos incendiados.

Salen las pinazas españolas y consiguen enderezar los rumbos de las flotantes luminarias hacia la costa. Pero, detrás de aquellos primeros buques desviados vienen otros y otros y otros más y surge el desastre; los veteranos de Flandes huyen atemorizados y son los bisoños, embarcados no hace mucho en A Coruña, los que mantienen el tipo; los que atendiendo indicaciones que brotan de la boca del Visitador, aquel trueno, mantienen los barcos alejados de los bancos de arena de la costa de Flandes; adonde aquellos que presas del pánico soltaron sus amarras son llevados por el viento que se desató feroz una vez más.

En el estrecho de Dover, frente a las blancas rocas, el *San Martín* se debate en la lucha que atraviesa. Leyva y Oquendo se acercan a él, abarloándosele, para reprocharle al duque la inactividad, mientras piden a gritos a la tripulación que tiren por la borda a Diego Flores de Valdés, aquel canalla. En aquella triste y amarga circunstancia el Visitador baja al camarote del de Medina Sidonia y no lo encuentra en él; lo busca afanosamente por el barco adelante y hay quien le afirma que está abajo, en el sollado, rezando mientras no deja de temblar muerto de miedo; y allá va el Visitador en su busca; lo encuentra de rodillas, aterrorizado, lívido, delante de una estampita que con él lleva a todas partes, y entonces le grita, le grita tanto, tan fuerte y tan desde un principio que el duque reacciona, se enerva y termina por erguirse y subir a cubierta; allí llama por sus hombres y los arenga. Sólo a partir de entonces habrá un cierto orden en la Armada española, tanto que, inútil gesto, volverá a adoptar su formación de media luna cuando ya la batalla está cesando y no queda mucho por hacer. De Valdés poco más se sabe. El Visitador, y con él los hombres de las Mariñas, navega ahora con mejor viento.

Por una vez el viento juega a favor de la Armada y saca a los barcos de los arenales de Flandes mientras el Visitador aconseja una lección que no se olvide y el de Medina accede y ahorca a un capitán para que toda la flota vea el castigo de los cobardes. Otros diecinueve se salvan de morir en la ignominia, quizá también por la misma intervención, quizá porque era mucho prescindir de tantos capitanes en aquella situación en la que la flota se encontraba sin agua, sin víveres ni municiones y con el viento, nuevamente adverso, arrastrándola hacia Dinamarca y Noruega. Es justo cuando acuerdan dar la vuelta por el Mar del Norte y por Irlanda, para, rodeándola, poner desde allí rumbo a A Coruña. Se trata de la última oportunidad que tiene el Visitador de poner los pies en la dulce tierra que por él aguarda.

¡Cuánto viento, Dios, cuánto viento para estas naves acostumbradas a la placidez mediterránea! La imposible batalla de la infantería tiene su continuación en este deshabitado Mar del Norte, tan lejos, tan lejos que da miedo pensar en la latitud a la que estas naves consiguieron llegar. Pero ahora amaina.

El Visitador es ahora un hombre conocido en la nao almirante. Después del desastre tiene ya enemigos atroces que miran al Inquisidor aviesamente y se preguntan de dónde le vienen tantos conocimientos marineros, de dónde le llega tanto y tanto aviso como los que ahora está proporcionando. Que no hay que fiarse, les dice a los marineros, que detrás de esta calma vendrá otra vez el viento.

Acaso sea que estén en un vórtice de aguas argentinas, de extraño brillo metálico, con la temperatura amena y en la quietud insólita, pero rolará el viento y los llevará lejos; el viento del Mar del Norte que ha de ir deshaciendo lo que los ingleses dejaron inconcluso. ¿Quién es este brujo de entrecejo siempre fruncido y bajo que convoca al viento y concita la admiración de los suyos? Porque es indudable que cuenta con gentes suyos y momentos hubo en los que parecía ser él quien daba las órdenes en la nao puntera y parecía darlas bien, que nunca mejor habían ido las cosas. La flota de los ingleses abandonó la persecución, dejó ya de acosarlos, harta como estaba de jugar al perro pequeño que atarea al grande, pesado y viejo, prefiriendo dejar que fuese el mar, la naturaleza infinita y primigenia, quien diese cuenta de los españoles. Y él lo avisó. Las banderas llevaron y trajeron códigos en su extraño lenguaje de signos crucificados, en el impersegurable ballet desbaratado en gestos que podrían, en otra ocasión y menor peligro, inducir a la risa a los más novatos, aunque estuvieran avisando de lo que les esperaba. Tres carracas de la armada de Levante no hicieron caso y se apartaron del resto de la escuadra. Cuatro días después eran dadas por perdidas. Las llevó consigo una tormenta en la que caía la lluvia de arriba abajo, de abajo arriba, a Dios darla, mientras los mástiles aún erguidos desaparecían bajo las olas. Con las carracas levantinas se fueron el *Gran Griffon*, que se fue en el viento, y no se sabe cuántas más de su escuadrón. ¡Y aquellas gentes iban a invadir la Gran Bretaña! Fueron inocentes de que Irlanda no los seguiría, de que Farnesio no podría hacer pasar sus tercios, de que el viento y el mar habían de ser tantos. Más les valiera haber quedado en casa. Tan sólo los que Medina Sidonia llamó los más bisoños fueron capaces de entender lo que pasaba, de llevar el compás de la danza de las olas y, después se verá, de la del aire que insuflaba gaitas.

Los gallegos se impacientan. Saben que vendrá más mar y de nada vale acudir al Visitador en propuesta y ofrecimiento de soluciones que los salven. Algún osado afirma que mejor sería tirarlos por la borda a todos ellos, a aquellos valerosos capitanes de los tercios de Flandes, de Italia, de Francia y de Alemania, inexpertos en el mar, tanto como seguros en la tierra; tanto y tan inexpertos que muchos barcos llegaron, llevados por el viento, mucho más allá del paralelo sesenta y ocho; cada vez eran más barcos los perdidos. El Visitador no atiende a tal indicación y, por el

contrario, acuerda cambiar de barco, dejar el navío almirante y abordar *La Rata Coronada*, el barco que comanda Leyva. Y tal acción la llevan a cabo en Galway, vecinos ya de Punta Aquiles.

Algo sucede en las naves de Juan Martínez de Recalde, almirante de la escuadra vizcaína, que todos llevan su capitán menos los hijos de las Mariñas, y algo sucede en las de Alfonso de Leyva, que lo es de la escuadra de Levante. El mar de Irlanda abatió contra las rocas a los barcos que no habían conseguido abatir los ingleses y, en tanto, Sidonia sigue su rumbo hacia A Coruña mientras que las naves de estos dos marinos, vizcaíno el uno, italiano el otro, deciden poner proa; aquél, al sur de la costa occidental de Irlanda; éste, al norte de la misma costa acantilada y dura, para acabar por abatir contra las piedras y encallar en ellas. El Visitador intenta convencer a Leyva de que hay que quedarse allí, pero no lo consigue; así que embarcan de nuevo en el *Duquesa* cuando aún no terminó agosto y otra vez el viento de poniente los hace entrar de arribada, en su interminable rosario de idas y venidas, de estancias y partidas, de quietudes de barcos surtos al abrigo de cualquier promontorio tomado a sotavento y de las ansiedades que las embravecidas olas provocan en gentes que están ya ahítas y cansadas. El mar los lleva y los trae y esta vez es a la bahía de Loughros, en Donegal.

Son terribles los temporales con el viento del oeste por motivo. Leyva había intentado poner proa al mar, pero embarcaba tanta agua por la amura que decidiera virar tan en redondo como fuese posible y dejar que, la mar en la aleta, *La Rata Coronada* fuera llevado hacia la costa al abrigo de la bahía. Fue cuando el barco había quedado atravesado al mar que una ola, como un mundo de grande, se le vino encima, y quien manejaba el timón lo dejó virar libre y suelto, de forma que la rueda giró enloquecida. Leyva se acercó a ella con ánimo de frenarla y resultó herido en una pierna. Por eso nada más arribar lo llevan monte arriba, a establecer un campamento sobre un promontorio de la costa, más allá de las marinas, rodeado de mil hombres y de la tripulación de varios barcos.

Y nada más poner el pie en tierra, el Visitador desaparece. De aldea en aldea, de castillo en castillo va convocando la presencia de gente que sabe amiga y acaso solidaria.

¿Qué fue de Lourenzo Pedreira, el canónigo rubio y satisfecho que profesó en religión siendo casado y tan sólo pagó una multita, cosa de poca monta, dado que era gente de dinero y muy notable ciudadano? Había pasado al *San Juan de Oporto*, que estaba al mando de Recalde, quizás el más ilustre de los marinos que por los mares navegaban, y supo, Lourenzo Pedreira, canónigo compostelano, del sol de las Islas Shetlands, del de la península de Kerry adonde el mar los dejó llegar, con tan sólo

tres barcos de los veintisiete que había mandado el tan afamado capitán, para que fondeasen cerca de las Islas Blaskets cuando él iba ya enfermo y derrotado, harto de ver cómo la gente de tierra adentro, la más numerosa en aquellos barcos que al Mar del Norte había enviado aquel hombre triste, siempre vestido de negro, se imponía a la gente de mar y la obligaba a tomar rumbos y maniobras que nadie sensato admitiría. Harto iba Lourenzo Pedreira de echarles absoluciones a los cuerpos inertes que iban hacia el fondo del mar, luego de iniciada una maniobra que acabaría dominando: guiñada a estribor cuando el cadáver era lanzado por la aleta de popa de idéntico costado. Estaba harto. Veintisiete barriles de vino sí los llevaban, pero ninguna agua, escaso pan y nada que comer. Estaba harto; el mástil tan deshecho que ni de sostener las velas era capaz, como incapaces habían de serlo los brazos de los hombres que, en otros barcos, arribaron a Cantabria y no lograron izar las velas de tan cansados, tan hartos que iban; con lo que se fueron a las piedras de las que se habían salvado en la Irlanda que adivinaron dulce y verde. Allí, en las de Cantabria también verde, allí murieron.

Ningún irlandés socorrió al barco. El felón William Fitzwilliams, virrey al servicio de Inglaterra, asqueada sea su memoria, impedía toda ayuda. Se la negó a Recalde, que se la había solicitado, y pasó a cuchilladas a todos aquellos que se le pusieron cerca. Fue él quien forzó a los irlandeses que habían recogido a los españoles a que se los entregasen, él quien ordenó que los degollaran, él, el virrey de la reina de Inglaterra.

Recalde consiguió agua y alimentos y puso proa a A Coruña. Lourenzo Pedreira iba triste y abatido, lleno de amargura; tanta que había decidido fallecer al llegar a la Tierra^[22]. Él había visto morir a la gente sin motivo, él había sido testimonio de órdenes absurdas que habían sido mantenidas en situaciones para las que no fueran dictadas, y clamó por unos barcos mandados por gallegos, tripulados por gallegos, no ya para pelear, no ya para luchar contra los ingleses, sino para que en ellos se salvaran todos y hubiesen podido gritar, en medio de aturuxos, al traerles el viento la proximidad fragante de los robles «*¡Pra mariñeiros, nós!*». Y eso no había sucedido. Esparcidos, aventados como ceniza habían ido cayendo, los unos detrás de los otros, en los barcos que sabían mal gobernados, impotentes y deshechos en la arrogancia ignorante de las gentes de los tercios. Algún memorial de agravios sí se haría, pero tan sólo habría de servir para reivindicar memorias que el tiempo habría de llevarse con él. Nadie devolvió la vida a ningún hombre de las Mariñas, ni de las tierras del de Monterrei o del de Lemos, nadie le devolvió la vida a Lourenzo Pedreira, que decidió morirse de tristeza a poco de arribar a la Tierra, lo que hizo después de Recalde, aquel bravo marino; y llevaron su cuerpo a Compostela, a caballo de la yegua del Visitador, para que allí fuera enterrado.

Lo recibió Simona y fue llorado sin amor, aunque con dulzura y respeto, acaso con cariño, cuando su corazón era ya de otro, como de otro era el hijo que llevaba en las entrañas.

Los caminos de Irlanda están llenos de hombres fugitivos. No es cierto que los irlandeses no los acojan, tampoco es mentira del todo. Lo real es que el traidor Fitzwilliams es allí quien mueve todo. La gente de Galicia, la que sabe qué es lo que les sucede a los barcos que llegan por la noche a encallar en la Costa da Morte, busca el abrigo de las gentes de las que poder fiarse; y no se fían. Por eso han de ser ellos los que más sobrevivan sobre las tierras de Connaught, —hasta las que ahora llegó el Visitador en busca del jefe O'Rourke, una vez que consiguió huir de Tyconnell—, donde el viejo O'Donnell había matado o mandado matar a todos cuantos hombres, extenuados y hambrientos, echara mano. A él le valieron los hábitos, le valió el dominio del idioma de la tierra, le valió su astucia. Ahora está con el jefe O'Rourke, el que socorre a los náufragos, para que, algún día, se lo recuerden en Londres como uno más de los cargos que se le han de hacer, una vez que lo haya denunciado el virrey Fitzwilliams, Dios se lo tenga en cuenta. El jefe O'Rourke llama hermano al Visitador y juntos caminan hacia el promontorio sobre el que se asienta Leyva. Va a hablar con él en nombre del jefe Tyrone, el gran caudillo.

Entran en la tienda en donde el hijo italiano de don Antonio de Leyva habla la dulce lengua del Lacio, mientras se lamenta del dolor que le está atravesando la pierna, que un mal golpe de mar dejó en tan tristes condiciones. Es el Visitador quien realiza las pertinentes presentaciones, él quien traduce de una lengua a otra con una facilidad que asombra a todos. Pasa del italiano al irlandés, de éste al castellano o al inglés, de éste al francés o al gallego en el que se dirige a algún piloto que por allí anda huido de una condición que él tanto ama y que tanto se le recuerda.

—Debe quedarse aquí con su gente y ayudarnos a combatir contra los ingleses —le dice O'Rourke a Leyva, sabiendo en nombre de quién habla. Pero Leyva no le da el crédito que se merece y desconfiado afirma:

—No tengo yo esas instrucciones de mi rey Felipe, a quien Dios guarde.

O'Rourke insiste:

—¡Las hay!, ¡las tiene Tyrone, yo las vi!

Y el Visitador pide que los tres se puedan quedar hablando a solas: es serio y grave lo que tiene que decir allí y sobra gente. Durante horas han de llegar gritos alterados que brotan del interior de la tienda, de manera que la gente del irlandés empezará a inquietarse y sólo se han de calmar cuando, en última instancia y siendo ya el anochecer, salgan de ella el clérigo gallego y el jefe O'Rourke.

A la mañana siguiente, siendo aún la primera hora más temprana, Leyva baja a la costa y embarca en el *Carona*. Va dispuesto a coger el rumbo del norte para, en esa latitud de Irlanda, poder ir a entrevistarse con el caudillo Tyrone, a fin de que éste le confirme lo dicho por los dos ilusos soñadores de la otra noche, los dos ingenuos idealistas de los que él no se fía en absoluto, si no no iría; pero no sabe que están aguardando por él los acantilados del castillo de Dunluce, en el Gran Gigante, donde

el barco se hunde con toda su gente a bordo. No habrá entrevista e Inglaterra no será ya molestada, tampoco habrá supervivientes. ¡Qué gran desgracia!

Cuando son recibidas las noticias del desastre del *Carona*, el Visitador sabe que ya es muy poco lo que le queda por hacer allí. El viejo y renovado sueño de poner en relación a su pequeño y verde, y dulce, y a veces triste país con la Irlanda verde y semejante, se le va otra vez de las manos como si fuera agua prisionera entre los dedos que sólo deja como recuerdo de ella el renovado frescor de la sombra a la que se acogía antes de intentar ser apresada por la mano ávida de su luz. Era ciertamente un hermoso sueño. Aquella ayuda, de haberse producido, se le debería a él y él reclamaría el pago, llegado el preciso y justo instante y aun sabiendo que podría tardar años y años en ser identificada y decidida la alegre oportunidad de reclamar para su tierra la ilusión robada por la historia, pero él no tenía prisa, nunca tenía prisa; sabía que, de aquella acción, hubieran podido derivarse fraternidades que ahora quedaban bloqueadas, pero sabía también que nunca nada está definitivamente escrito.

Se apoderó de él la tristeza. Durante días anduvo errático y ausente. O'Rourke le ofreció sosiego y hospitalidad, pero el Visitador prefirió perderse por los alrededores del campamento y dejar que transcurrieran las horas observando sereno cómo el mar batía contra los acantilados o abandonándose a la contemplación del vuelo reposado de las gaviotas. También ayudó a aquellos que se habían quedado desembarcados y andaban huyendo del felón Fitzwilliams; su aspecto de habitante de Connaught le permitía desplazamientos que a los demás les estaban vedados; su don de poder hablar tantas lenguas le valió para salvarse en casos en los que otro hubiera podido ser considerado ya un hombre muerto.

Pasados unos días y asumido el desastre, pensó que la vida seguía y que él allí ya no pintaba nada. Era una seguridad, una certeza, que ya había sentido en otros instantes de su dilatada vida. Una certeza que le había permitido dejar atrás partes de su atareada existencia sin que por ello hubiera tenido que sentir ningún remordimiento y acaso por haber intuido que aquel ciclo se había ya rematado, que nada debería quedar por detrás de él y que todo estaba siempre por delante, es decir, en el presente más inmediato, en el ahora mismo.

Acaso fuese esta manera de proceder la que siempre le permitió no dejar excesivos rastros detrás de sí; la que le facilitó siempre la asunción de un nuevo trabajo, de una nueva ocupación, también de una nueva personalidad, cada cierto número de años; a partir de aquel en el que su procedencia le había consentido salir a estudiar en las universidades extranjeras; mucho antes de que fuera cumplida la prohibición que el rey Felipe había impuesto a fin de preservar sus dominios, que no eran tan sólo los territoriales, de la herejía que los afectaba con su contaminación, aquella peste que de forma lenta e implacable se iba extendiendo. La herejía era el

terreno en el que él se movía más a gusto, aquel que le era más propicio, porque a él se accedía por el pensamiento; pero había algo más, acaso indescifrable, que lo llevaba siempre a la acción continua, siempre a la ansiedad y el desasosiego; algo que tiraba de él de un lado hacia otro, de un trabajo a otro, de un país a otro. Y así, en Aquisgrán, había sabido de los viejos misterios de la alquimia y de la disección de los cuerpos con el viejo maestro Vesanio. Más tarde estuvo en tratos con el turco y había sido él quien hiciera llegar a su destino los gajes con los que el emperador compraba la voluntad y las confidencias del bajá traidor, aquel que había de dar lugar a la casta de los Mendoza Granada: Mendoza por ser éste el apellido del marqués bajo cuya protección lo puso el emperador; Granada por ser ésta la ciudad en la que el rey le permitió que escondiese su felonía y una vez que hubo mandado al garrote a quien con los cuartos de los gajes se quedara. En Aix, por el contrario, estuvo atento a organizar el tráfico de libros hacia el país del que él mismo provenía y, también por aquel entonces, había visitado puertos como el de La Rochelle a los que la condición de diplomático, que por aquel tiempo ostentaba, le había permitido el acceso; o, en la primera juventud, había sabido de las imprentas de Amsterdam cuando, por ganar unos florines, acudía a las escondidas al obrador de Johannes Jansseonius, el gran amigo de Margueritte, a buscar unos folios que corregiría con la velocidad que lo caracterizaba diferenciándolo de los demás traductores y correctores: leyendo en sentido inverso con una seguridad insólita, que convertía en difícil la posibilidad de que una errata le pasara inadvertida, de que el error sintáctico no fuera corregido, de que la puntuación no fuese mejorada.

Había sido en la imprenta de Johannes Jansseonius donde había decidido la ocupación que le había de llenar las más de las horas de su dilatado existir. De aquel taller salían los volúmenes que se venderían en Italia, en Inglaterra, en España o en Alemania, incluso en Francia.

En la pared de la sala en la que se almacenaban los tomos, antes de ser enviados a sus puntos de destino, que era la que se encontraba a continuación de la que acogía las prensas manuales, distante de aquella otra en la que los linotipistas se desbruzaban encima de las cajas y olía a tinta fresca y a salario escaso; en la pared de aquella sala, se decía, había colgadas unas listas en las que figuraban los títulos de las obras prohibidas en cada uno de aquellos países, a fin de evitar envíos que pudiesen ser tratados como contrabando y diesen lugar a pérdidas que el viejo Johannes no estaba dispuesto a afrontar. Pero al lado de esa relación había otra; la que indicaba, puerto por puerto, el nombre y la clase de soborno que podrían evitar la pérdida al impresor Jansseonius: el anciano sabía muy bien que un libro es algo más que un volumen formado por páginas cosidas con mejor o peor fortuna.

Aquellas listas le habían dado mucho que pensar al Visitador. Consciente de la posición de privilegio que tanto su cuna como su educación le podrían proporcionar en el futuro, había concluido por decidir imitar a aquellos burgueses que conociera en Amsterdam, dedicados al mecenazgo de los estudios filosóficos de los judíos

recluidos en el gueto, tan sólo por el mero placer de ayudar a que el mundo caminara, sin esperar nada a cambio; tan sólo por el íntimo placer de saber algún día, aquellos mismos días, que aquello era posible gracias a su dinero, a su inteligencia y a su discreción. La sociedad que habitaban crujiría de espanto si llegase a conocer aquellos secretos amores mantenidos con las ciencias, aquellas dedicaciones, precisamente aquellas, que propiciaban, al menos en alguna medida, la corrosión de los propios valores que los sostenía, que los mantenían en donde estaban y de los que ellos mismos eran, al parecer, los menos convencidos. Tales virtudes deparan la edad y el escepticismo que con ella llega y el Visitador había madurado siendo bien temprano.

Quiere decirse que había hecho del escepticismo una especie de higiene mental que lo había mantenido ágil y despierto. Pensaba desde aquel ya lejano entonces que entre sabios y simples no existe más foso de separación que el del vocabulario, y se había decidido a llenar el foso de palabras y palabras, de cuantos millones de palabras le fuese dado conseguir para llenar el foso y, muy de inmediato, tan sólo transcurrido el tiempo necesario para ello, fue cuando empezaron a compartir la pared, al lado de las listas de los libros prohibidos, otras escritas con detalle, muy por lo menudo, de los puertos gallegos por los que se podrían introducir de contrabando los perseguidos libros, los denostados opúsculos, los singulares tratados. Y junto con la indicación de los puertos la referencia del peculiar soborno con el que ganar la voluntad de los encargados de la represión del contrabando, los lugares de venta más indicados, los receptores más idóneos. Nunca se supo quién las había colgado allí.

Todo había transcurrido con normalidad durante un tiempo hasta que un día, según acudía el futuro Visitador a buscar más trabajo, un remolinar de gente asustada y silenciosamente bulliciosa lo había echado atrás en sus propósitos: alguien había destrozado a golpes de hacha el local y era el común comentario que todo había sido por culpa de un estudiante español del que ni seguros de su nombre estaban. No había vuelto a poner los pies en la imprenta, pero su memoria prodigiosa le permitió llevar con él los nombres escritos en los folios de las paredes, los de los capitanes que mandaban barcos, las rutas que seguían, el de aquellos que por dinero consentían que los libros entraran de matute.

En todo esto iba pensando el Visitador mientras bajaba por el canal Royal, proa a Dublín, después de haber dejado atrás los Lough de Ree y Erne, acaso los más hermosos. Abandonara Sligeach, en la bahía de Donegal, adonde había llegado de la mano de O'Rourke, ya su amigo, a conocer a Hugo O'Neill, conde de Tyrone, con quien había estado en relación escrita hacía ya años, muchos años, cuando fuera la ocasión de la frustrada, de la otra frustrada, invasión de Irlanda.

Eran grandes y sólidas las ligaduras que lo ataban a Irlanda, a la Irlanda verde que tanto y tan bien le recordaba los paisajes amenos de su ría de Pontevedra; muchos los

nombres que lo vinculaban a aquella lucha que empezaba a sospechar perdida; nombres como los de Stukeley, el que había llegado a Viveiro y sabido de las ferias de caballos de Ortigueira, para, después y estúpidamente, ir a morir en Alcazarquivir mientras prestaba su brazo, sin saber muy bien por qué, a las tropas del rey don Sebastián; como el de O'Donnell, señor de Tycornell, el que había conseguido tomar Donegal, sede de los frailes benitos; como James O'Haly, el arzobispo de Tuam, a quien había conocido en Compostela...

En todos estos nombres cavilaba el Visitador mientras se dejaba llevar por el agua, río abajo, sabiendo que aquella insistencia no tenía ya solución de continuidad y que debería ser sustituida por otra: el rey Felipe, terco como una mula, inspirado de divinas providencias que sólo a él concernían, había decidido, una vez más, utilizar a los gallegos y no prestar ayuda a los irlandeses.

La luna iba alta ya, al pasar cerca de Mullingar. Tan alta iba como bajos los ánimos del viejo conspirador, del viejo y derrotado conspirador que, desde el fondo de la barca, escrutaba las orillas y confiaba en la protección de O'Rourke ofrecida hasta que consiguiera embarcar en Dublín, para después, por el canal de San Jorge abajo, mar de Irlanda por la popa, aproar a la distante, cada vez más distante Galicia.

Va el Visitador derrotado y abatido; sabe que no volverá a trepar por los mástiles de los barcos, henchéndose de mar y viento, en aventuras de las que conoce el comienzo, pero de las que ignora todo lo demás, incluso lo más próximo; lo intuyó según el viento empezó a zurrar sobre ellos cuando iban en la ruta de Flandes, según el mar se les iba mostrando adverso, según iba comprobando cómo la pericia no iba navegando con ellos como compañera.

Y lo sabe ahora, cuando tras no pocos miedos alcanzaron a ponerle la popa a las Islas Scilly, que otros llamaban Berlingas, y enderezan el rumbo para tomar Viveiro por la proa. Atrás quedan la bahía de Bantry, el promontorio de Carnsore, los sueños que habrá que empezar a dejar abandonados.

No sabe nada aún de la suerte de Lourenzo Pedreira, ni del hijo que lo espera en las entrañas de Simona, pero sabe, en cambio, que comienza a sentirse cansado. Lo nota en la querencia del país que ama, una querencia que tiene mucho que ver con la que lleva al toro hacia la cuadra cuando anochece y todo comienza a desvanecerse con la niebla que viene baja. Lo llama el calor tibio de Simona, dueña de cuerpo delgado, amor tardío de un viejo corazón enamorado de la palabra y sus efectos.

XV

Es jueves. En los alrededores del Palacio de Justicia, justo delante de la cárcel, por la rue Rifle Rafle, por la des Bouteillers, por la de Chaudronniers, por todas aquellas que conducen a la Place de Verdun, y a las que puedes llegar por el atajo que supone el Passage Agard, el que está al comienzo del Cours Mirabeau, se instalaron los tenderetes de los buhoneros, de los ciegos que aún cantan coplas acerca de desgracias habidas en lejanos lugares, de los nuevos artesanos que trabajan el cuero y la madera, la plata y las pipas de quif de los anticuarios, de los chatarreros, de los vendedores de libros viejos. Jueves tras jueves, semana tras semana, vienen aquí a vender los residuos de cosas que ya fueron y que resucitarán en las casas de los que aman las chilindradas, las cosas viejas, el olor a cuero o la aspereza del esparto. Si observas verás que la artesanía viene hecha de lejanas tierras y producida en serie: aquellos más avispados de los artesanos renovados, aquellos de los comienzos que sí hacían con las manos las piezas que vendían, descubrieron la producción en serie y el trabajo en cadena y pronto olvidaron la dulce utopía que los había movido. Ahora son circunspectos hombres de empresa que se ocultan y camuflan en los tejanos contestatarios; o capos de mafia que prenden las melenas con un lacito, como Byron, mientras cobran albaranes y procesan datos en una terminal que da cuenta del trabajo de los que ahora se ven en estas calles, posados sobre el suelo, ingrátidos, la mirada distante y ajena, brillante acaso, pero en muchos casos ya apagada; delante de ellos tienen un tablero que se sostiene en las cuatro patas que se abren en tijera y sobre el que reposan los bolsos de cuero falsamente repujado, las dulces muñecas de trapo que revientan de color y de simplicidad, los abalorios varios, los pendientes con piedrecitas que cualquiera puede pensar que son aguamarinas; mientras ellos siguen detrás del tablero despreciando a los seres pequeños que se detienen no tanto a observar la mercancía como a los mercaderes, esos seres que se creen libres y de costumbres relajadas: son los hippies, o cuando menos son sus descendientes. Sólo que ya van siendo viejecitos y las cuencas de los ojos se les ahondaron dejando que las arrugas los enmarcaran de surcos que sólo la vida, los años, dejan. Ellos mismos se llaman artesanos, acaso porque haya que seguir engañándose, acaso porque sea justo mantener la utopía por la que ascendieron cuando eran niños y creían en palabras importantes. Ahora tan sólo son buhoneros hijos de buenas familias que van cayéndose de la utopía que es la propia vida.

El viejo Profesor mira hacia ellos. Los de sus años también creyeron en las palabras importantes y muchos de ellos siguieron las directrices que sus gentes les indicaban. ¿Que había que abandonar los estudios e ir a hacer la revolución a las fábricas de conservas? Pues se abandonan los estudios, así el mundo cambiaría. ¿Que fregando suelos en los hospitales la revolución se iba a consolidar? Pues se fregaban. ¿Que había que ir a Caldas de Reis a decirle a alguien que un cuervo se había posado en la ventana? Pues se iba y se dejaban las cosas sin hacer, los trabajos sin cumplir,

porque nos habían educado en el «afán de servicio» y había que servir, nos habían convencido de la obligación de dar «testimonio de fe» y lo dábamos, fueran cualesquiera la fe y el servicio, que ambos pueden ser múltiples y variados.

Quizá sean más libres, quizás anden más sueltos estos buhoneros que toda aquella clericalla revolucionaria del sesenta y ocho, imbuida de un hálito misional en el que el riesgo, el dolor, el peligro siempre real y próximo de la cárcel, la posibilidad de la tortura, de la violencia inmediata, de cierta represión, eran las constantes, las coordenadas en las que se movían aceptada, resignadamente los muchachos del sesenta y ocho, los que iban para profesores brillantes, para médicos insignes, para elocuentes abogados y ahora venden productos a comisión o trabajan en las últimas mesas de las sucursales bancarias si es que se trata de aquellos que fueron los más afortunados. Quizá sean más libres estos sus hermanos pequeños que no buscaron paraísos en esta tierra y prefirieron ir a buscarlos por caminos de volátiles humos que aún eran, si cabe, más inconsistentes; los hermanos pequeños que ahora venden casetes de Bob Dylan o de los Moody Blues al pie de la prisión de Aix o en la rúa Nova compostelana. Siempre las generaciones sacrifican a los mejores de sus hijos, siempre son los más inquietos los primeros en caer para dejar que los menos generosos, los que tienen menos capacidad de entrega, los más ruines, sean los que vayan dejando al mundo como estaba, sin que corra demasiado deprisa, sin que se altere nada que no se deba alterar.

El Profesor Visitante piensa en esto mientras recorre los reducidos espacios que quedan entre los tingladillos, caminando a modo y demorándose en aquellos a los que les llega el sol, aún no hiriente, de las primeras horas de la mañana. Viene de hablarles a los estudiantes de la violencia en la literatura de su país, de la violencia que acompaña al lirismo del que también está tan invadida y cree intuir algo de ambos sentires, de los dos conceptos, en las desastradas pintas de los buhoneros que saben del sol como el de hoy tal y como es en mil ciudades, en mil mercados que ellos recorren deambulando, vagabundeando sin sosiego; llevados por un extraño viento que sopla de tiempo en tiempo y según y como vaya la historia; y saben igualmente del atosigamiento de las letras sin pagar, aquellas que ellos quisieron eludir; de las averías de los coches, de la urgencia que las dependencias, aquellas de las que iban a liberarse, les imponen. Gentecita dulce toda ella que puede acuchillar cuando la abstinencia es dura y el frío se posa en unas espaldas que no estaban acostumbradas a estertores tantos, a desgracias tantas.

Unos chatarreros catalanes que ejercen, que acaso profesan de anticuarios, le quieren vender una bitácora, de latón y recién hecha, a precio de pasaje en el *Queen Mary*, pero él se hace el tonto, el que no entiende, hasta que consigue hacerlos hablar en español y que lo maldigan por el tiempo que les estuvo robando, pues no va a comprarles nada y, desde un principio, se había percatado de la treta y así lo había decidido. Más allá de los catalanes, deja igualmente sin comprar una vieja y plegable máquina de escribir, llevado de una tacañería que cíclicamente lo condiciona; y por

fin se detiene delante de los libros de viejo, los más amados.

Son los placeres que sabe que le van a ir quedando, éstos como los del amor a los libros viejos; porque situaciones como la que está viviendo con Mireille sabe que son parte, inconfundible, de los estertores vitales que comenzaron hace ya algunos años, veranitos de San Martín en los que todavía se producen, no se sabe muy exactamente cómo, los últimos calores que aún restaban por ser consumidos antes del advenimiento del frío, ese cuchillo. Luego el invierno. También sabe que las gripes que dan los soles del otoño, que producen los calores que llegan tardíos, son las más peligrosas, aquellas de las que menos fácilmente el enfermo se recupera; por eso no las toma demasiado en serio, pero tampoco en broma. Es una dulce y lánguida despedida de placeres que le ocuparon una buena parte de su propia vida, no tanto en ejecutarlos como en soñarlos día tras día en los cuerpos jóvenes que cada vez se le aparecían menos alcanzables y que ahora, casi a destiempo, tomaban forma, se corporeizaban y nunca mejor dicho, para venir a decirle adiós antes de la impotencia; por eso venía preparándose desde hacía años. Lo fue aprendiendo gracias al convencimiento que tenía acerca de que los ciegos llegan a poseer un gran nivel sensorial en todos los otros sentidos que les restan: el tacto, el oído, el olfato, incluso la cinestesia que les permite orientarse en el espacio, abarcarlo, dominarlo.

Por eso, el Profesor Visitante hace tiempo que lánguidamente se viene posando delante de los milagros cromáticos del atardecer; en los del aire que se deja blandamente caer sobre las fragas, todo a lo largo del otoño; en los de los mil sabores de una comida, llevaba a cabo de forma larga y reposada; en los de la textura increíble que logran los grabados viejos en los libros que tienen siglos; de todo cuanto, en fin, nos sobrevive y queda cuando nosotros ya no somos nada más que polvo.

Sabe el Profesor que la suya es una manía de viejo, que actitudes tales se mantienen y desarrollan cuando las otras ya se van anquilosando y porque ya va sabiendo también de la torpeza que lo invade: la imposibilidad de bajar con ligereza, cuando menos con la ligereza de la juventud, la escalera que lo deposita en la rue de Griffon, o lo asciende al apartamento en el que Mireille va a ser un regalo crepuscular y, por lo tanto, hermoso, que la vida le hace no a destiempo, sino justo cuando ya se creía una llama consumida.

En todo esto va pensando mientras remueve en los libros, revolviéndolos todos sin dejar ni uno y sin aguardar a encontrar nada, dejando que la mañana crezca, que el tiempo se vaya yendo dulcemente mientras el sol no llega a pasar por el meridiano del lugar, el centro del mundo en aquel instante. Actúa así porque sabe de este placer desde hace años, desde que lo aprendió en las gloriosas mañanas de París, ribera del Seine, mientras caminaba de un *bouquiniste* a otro, de una *bouquinerie* a otra, por decirlo así y para mayor deleite de los esnobs, hasta llegar a Notre Dame y comprobar que la mañana ya había huido y aún no había comprado nada. En esto estribaba el placer: en mirar reposadamente los libros, acariciarlos, dejarlos y saberlos

imposibles, lejos de tus merecimientos, lejos de tus posibilidades; pero que son tuyos mientras los sostienes en tus manos, mientras los acaricias con la mirada o dejas que su fragancia te hormiguee en las narices sin que consigas soportar con decencia la alegría que te producen. Algo así como el consumidor de rapé que procura extrañas liberaciones en los estornudos con los que rasga la mañana gloriosa en la que habita. Y es que es cierto que son tuyos mientras los sostiene tu mano, como tuyos son los sueños mientras los habitas, tuyos los mundos que construyes para que dulcemente se vayan desvaneciendo; así la vida.

Son tuyos los libros mientras, a orillas del Sena, los sostienes en las manos y estás leyendo en ellos todo aquello que te aísla y deja gravitando fuera de ti mismo y que ya nadie te podrá robar, al menos mientras la memoria siga siendo la fiel guardiana de las sensaciones que en ella y poco a poco vas estibando; que en ella vas guardando, sabiendo como sabes que, en la caja de las memorias, en la maldita y hermosa caja de las memorias, han de habitar los gusanos para alimentarse de toda la luz y de todas las dulces sensaciones que tú acumulaste en París, cuando te diste cuenta de que sólo allí fue posible el cubismo, al menos el analítico, en aquella seguridad que da el saber cómo es la luz del otro lado de las cosas, cómo es la fisonomía que la otra fachada enseña sin que tengas necesidad de darle la vuelta a la esquina, porque allí, justo allí, donde la luz da la vuelta, tanta es la simetría, tanto el equilibrio, tanta y tan equilibrada es la luz. En el país del Profesor tal saber no tendría sentido, ni posibilidad alguna, porque en él reinan la asimetría y las ventanas que rompen con los esquemas previos, que destrozan aquella suerte de equilibrio de la razón y los sustituyen por otro mágico, único, intransferible que no deja saber, ni siquiera suponer, cómo va a ser la esquina que hay después de que justo también en ella dé la vuelta el aire, que no la luz, para entrar en otra rúa por la que llevar o traer a la niebla, que ya ni se sabe. Todo esto pondera el escritor viejo mientras repasa libro tras libro sin encontrar nada; también, como ya se dijo, sin que nada busque, si no es el exquisito placer que proporciona el saberse a sí mismo vivo.

El sol está ya en su cénit. Una nueva riada de gente, que acaba de salir de sus trabajos o de sus clases en las distintas facultades, llena los alrededores de la Place de Verdun en tanto que el Profesor decide que allí ya está todo visto, que ya es mucha hora de yantar y que ¡qué le vamos a hacer!, de tener dinero aún habría comprado algo.

Un grupo de estudiantes se detiene, casi delante de él, a mirar unos posters que cuelgan de un madero y que van levantando, uno por uno, mientras mantienen en alto los anteriores, en una búsqueda que tendrá su sentido, pero que el Profesor desprecia sin causa alguna que lo justifique. Justo al lado de los posters, en el suelo, hay una lona que tiene encima de ella un montón de libros, apilados sin orden ni concierto alguno, y aquello le llama igualmente la atención.

Al acercarse cauteloso al montón de volúmenes maltratados, descubre que el grupo de estudiantes está compuesto de alumnos y alumnas suyos a los que saluda,

distante y triste, sin hacerles mucho caso, al tiempo que observa la pila de libros ignorados.

—¿Y eso?

Le pregunta a una muchacha rubia que sabe natural de Salon en Provence, el lugar de Nostradamus, y a la que, no por otra razón que no sea exactamente ésa, le profesa un respeto casi litúrgico que le obliga a huir de ella como si de una bruja se pudiese tratar.

La muchacha baja la mano con la que está ayudando a que los posters se mantengan en vilo y entonces los demás protestan porque se les viene abajo el tinglado y tienen que comenzar de nuevo la búsqueda que empiezan a sospechar infructuosa. La muchacha se le acerca y casi cantando le dice:

—*Bonjour, monsieur le professeur!*

Y después se le cuelga del brazo en un ademán que él entiende como coqueto y ella acepta como normal.

—¿Y eso? —insiste el docente mientras señala el picudo montón.

—Han de ser de alguna casa antigua y vieja. Una de esas bibliotecas de las casas de la zona monumental, o de las del campo, de las que son vendidos los libros por kilos con tal de deshacerse de ellos.

El Profesor Visitante le agradece el contacto a la muchacha, pero duda seriamente de que se puedan vender los libros de tal forma.

—No te lo creo.

Entonces ella lo mira con complicidad y le dice sonriendo:

—También puede ser algún hijo de buena familia que necesita dinero para el chute y les barre con todo a sus viejos.

El gallego observa desconfiado a la provenzal y sabe que aquello comienza a poder ser posible. Entonces ella insiste:

—Sí, hombre, sí. A veces se encuentran maravillosas colecciones de sellos, o verdaderas joyas numismáticas a verdadero precio de saldo. También es cierto que, más tarde, te las puede reclamar la policía.

Entonces él decide agacharse y comenzar a revolver cuidadosamente los libros, echando para un lado aquellos que no le dicen nada sin más que tocarlos y remirando aquellos otros que, por estar encuadernados o por tener un aspecto más vetusto le llaman más la atención. La muchacha le ayuda a rebuscar, agachándose a su lado, pero sin que el Profesor se lo agradezca: la hermosura de las piernas que enseña sin recato lo están poniendo nervioso y además «quién se fía de ella: seguro que se le va a pasar el más importante de todos sin que se dé cuenta e impidiendo que me la dé yo».

—¡Si se estuviese quieta! —murmura el Profesor mientras ella se le vuelve sonriente y le alcanza un libro que él coge de forma displicentemente obsequiosa y dispuesto a perder con él el menor tiempo posible.

—Parece bonito, sí señor.

Algo le bate en el pecho nada más abrirlo, pero con la seriedad propia del jugador de tresillo y julepe que él es, en compañía de todos los clérigos del compostelano *hinterland*, no deja que se trasluzca en el gesticular, que sigue siendo reposado y casi se diría que enigmático. Sucede que Claire, la alumna vecina de Nostradamus, se lo nota en los ojos que brillan desusada, desmedidamente.

—¿Bonito, dices? Ni te muevas... es la *Cosmographia Universalis* de Münster ¡carallo!

A la muchacha le sorprende el exabrupto y no consigue más que pronunciar un «¡Ah!» que le permite al Profesor seguir un monólogo apenas interrumpido.

—¡Es la edición de Basilea de 1544, la que tiene cuatrocientos setenta y un grabados sobre madera y veintiséis mapas! ¿Pero tú sabes lo que es esto?

Claire entiende el juego y habla en voz baja como conspirando.

—¿Voy a preguntarle cuánto vale?

—Vete.

Y va. El muchacho también debe de saber cuál es su valor, o cuando menos sospecharlo, porque ella regresa y le dice:

—Déjelo.

—¿Cuánto? ¿Mucho?

—¿Mucho? ¡Más!

El Profesor traga saliva y se detiene en la contemplación de los grabados por los que va pasando la mano como en una despedida, al tiempo que, mientras va hojeando el libro parsimoniosamente, se sabe observado por el muchacho que lo vende y sabe su precio justo.

Van pasando, sucediéndose las hojas bajo la mano que las acaricia hasta que una nueva visión lo sacude: se trata de la que corresponde a las páginas referentes a Galicia en las que hay un mapa que las acompaña.

El viejo zorro rejuvenece, entonces y de pronto, veinte años, acaso treinta, o más, quién sabe. Está ya seguro de cómo va a terminar aquello. La misma incertidumbre que sintió a los catorce años, cuando robó su primer libro, le está batiendo nuevamente en el pecho. En aquella ocasión había sido *Un vagabundo toca con sordina*, de Knut Hamsun, publicado por Plaza en unos tiempos en los que el noruego era muy bien visto en su país. Valía, entonces, tres duros el libro; la tarde era gris, la librería estrecha, oscura y, en el recuerdo, pequeña y acaso triste. Ahora el espacio es abierto, toda la luz del Mediterráneo está presente y tiene una de las ediciones de Münster en las manos mientras decide que algo hay que hacer, que la ocasión es única e irrepetible. Si la muchacha no hubiera preguntado nada, cuánto mejor habría sido. Pero la muchacha había preguntado. Robarlo no tiene sentido, se puede organizar un buen lío a pesar de que el libro pueda ser consecuencia de un expolio. Algo hay que hacer.

Con ademanes calmos y sosegados le dice a Claire que vaya y a modo se traiga con ella, apartándolos del grupo, a media docena de compañeros que lo rodeen para

admirar el libro.

—¿Se lo vas a nacionalizar?

Claire lo tuteó y a él no le pareció del todo mal, tampoco del todo bien: suponía demasiada familiaridad y, por otra parte, si ella había sido capaz de pensarlo, de deducirlo, lo mismo podía haber sucedido con el vendedor.

—Se lo voy a enseñar para que lo vean.

Los muchachos son traídos y rodean al Profesor mientras él, sin dejar de tener asido el mapa de Galicia, les va explicando en alto, de forma que lo pueda oír bien el vendedor, de qué libro se trata. Los estudiantes permanecen atentos a la explicación, más por educación que por otra causa, sin atreverse, por esa misma razón, a abandonarla en el medio y medio de ella. Tan sólo Claire permanece atenta a aquellos dos dedos que siguen señalando una página de la que no se mueven desde hace ya minutos.

Llegado un instante uno de los alumnos propone ayudar al Profesor a comprar aquel libro que tanto parece complacerlo, pero a pesar de que inician la pertinente colecta no han alcanzado, entre todos, el precio solicitado por el vendedor, y, además, el Profesor se niega, en cualquier caso, a aceptar ningún regalo; mientras, y en vista de que la explicación ha concluido y la compra no ha sido posible, los muchachos, de común y tácito acuerdo, se van reintegrando a la contemplación de los posters, acción que el Profesor en lo más íntimo de su conciencia les agradece, porque, justo en ese instante, de forma automática y simultánea, decide girar sobre sus propios talones: son décimas de segundo las que tardan en pasar mientras da la espalda al vendedor y sitúa el libro entre él y Claire. Sosteniéndolo como puede, con agilidad de ardilla, le arranca el mapa de un tirón y, dobladito como estaba, lo oculta debajo de su propia camisa. Claire, atenta a todo e igualmente rápida de intuición y reflejos, le coge el libro como si el Profesor hubiese girado tan sólo con el objeto de dárselo a ella; después, extendiéndoselo sonriente, se dirige al vendedor y suavemente se lo deposita en el suelo del que lo había levantado.

—Lo siento, pero no tiene dinero suficiente.

El vendedor respira satisfecho y el Profesor Visitante, turbado, se dirige, seguido por Claire, hacia el Pass de Gard ansioso de desaparecer en el ruge del Cours Mirabeau.

Tan pronto como entran en él, nada más doblar la esquina, el ya sólo casi viejo profesor, el rejuvenecido profesor, mira triunfante a la muchacha.

—¡Quién lo diría! ¡Eres un artista! —afirma ella entusiasmada, y el Profesor no se reprime y la envuelve allí mismo en un abrazo.

—Lo soy, ¡carallo!, lo soy y tú eres también otra artista.

Después se sientan a una mesa de la terraza del Les Deux Garçons, quizás en el mismo lugar en donde lo habían hecho Churchill o Cézanne, acaso Mistral, pero no sin que antes, todo ufano, el Profesor hubiera advertido:

—Invito yo.

Todo esto lo recuerda el Profesor en su casa de Compostela, Calderería arriba, mientras tiene enfrente de sí el mapa sustraído en Aix en aquel día luminoso; el mismo mapa que tuvo enmarcado entre cristales, sujeto con pinzas de los papeles, hasta que se decidió a confiárselo a quien, sin dañarlo, mimándolo, supiese ponerle aquel marquito de plateado y estrecho metal rodeando los cristales, de forma que el *passepartout* lo constituyera la propia pared blanca en la que estaba colgado; lo que consiguió no sin trabajo y miedo a perder aquella su joya, más querida cuanto más que era producto de un expolio realizado en la tierra francesa a la que Napoleón se había llevado, según se afirma, más de lo que fuera menester y se considera debido. Y es que había sido realmente dulce aquel tiempo en Aix-en-Provence, delicioso tiempo que permanecía guardado en su memoria a base de sensaciones que cuando eran recobradas como ahora, obligadas a aflorar a la propia piel del alma, lo sumían en la melancolía, transportándolo a momentos en los que Lucille, o en los que Mireille y Claire no eran del todo ajenas. Inmerso, sumergido en aquellos días compostelanos veía pasar el tiempo en espera de invitaciones que acaso ya jamás se producirían, de viajes que tan sólo los libros podrían ya facilitarle.

Y, mientras, la historia del Griffon seguía allí, aparcada en algún rincón de su mente, martirizándolo siempre en un imposible parto que acabaría por matarlo. En el mundo de la literatura hay dos tabúes que llevan dado mucho juego: uno es el de los personajes que mandan en el autor; otro es el de que la literatura es como un embarazo: o lo expulsas, al fruto de tu imaginación, o mueres. Pero no es cierto; si no lo expulsas, no pasa nada; el mundo sigue gravitando al tiempo que gira sin sentido. En el universo nada se conmueve si el escritor deja que un mundo que él creó lo vaya dominando hasta deshacer, hasta anular su voluntad creadora. Nada se conmueve, nada pasa. ¡Pero es tan triste!

Seguro que cuando el universo mundo atrae a la tenue película de agua que recubre la mayor parte de la tierra y hace que el mar fluya llevándose con él las almas de los difuntos, nada se conmueve como no sea la propia alma del fallecido, las de sus seres más amados, acaso también las de sus más amados enemigos. Sucede que todos y cada uno de ellos son todo el mundo. Como todo el mundo son una mujer y un hombre amándose mutuamente. Como todo el mundo es el de un viejo e impotente escritor soñando cosmos que es seguro que jamás existirán, que jamás existieron.

Allí quedaba la historia del Griffon después de un año. Para una vez que había conseguido la admiración de alguien (suponía él que, cuando menos Lucille, seguro que Mireille, profesaban hacia él tal sentimiento) no había sido capaz de corresponderle escribiendo una historia que ese alguien había propiciado. En su imaginación se mezclaban situaciones que no sabía a ciencia cierta si las había soñado o vivido, leído o escuchado, llevado por aquel su postrer afán de estar con los

tiempos y dedicarse a la literatura fantástica, que parecía ser la que en aquellos tiempos se llevaba. Hasta algún crítico había dado por hecho que él era un magnífico conocedor de Tolkien y de Ende, quienes tanto habían influido ya en su obra. ¡Él, que era incapaz de obligar a nadie a navegar las subterráneas aguas, resurgiendo en un siglo o en otro, según el relato lo pidiese y los personajes, la voluntad del autor, aquella sobre la que ordena el otro mito, lo exigieran! Un año soñando con las aguas puras, cristalinas que inspiraran a Petrarca los sonetos que en Castilla alguien había de imitarle, un año cismando en el Temple y en Château d'If, para llegar tan sólo a las certezas que aquel atardecer le traía: la de un mapa de la edición de Münster que hablaba de Galicia; la de los recuerdos que sabía ciertos y que le traían, a su vez, a las yemas de sus propios dedos, la tersura de la piel de Mireille, su sonrisa carnosa y sensual, por la que había caminado caminos sin fin en un peregrinar que había concluido precisamente allí, en las rúas de Aix, aquel verano.

Desasosegado, decidió bajar a la calle. Sólo los lánguidos, melancólicos paseos del atardecer lo regresaban a la paz que perdía en sus soliloquios; sólo aquella quietud de Compostela, metida dentro de las desaparecidas murallas, lo volvía al sosiego que le causara la impotencia. Subió por el Preguntoiro y se detuvo en la que había sido la Plaza do Campo y escenario de un auto de fe en el que se ajusticiara a un hombre, reo de un delito que lo más probable es que no hubiera cometido. Intentó imaginar la plaza sin la iglesia de San Bieito do Campo, sin la vieja casa del Concejo, sin el enlosado que ahora la cubría, pero sin conseguir una imagen nítida de los que ahora él se imaginaba. «¿Y aquí qué habría —se preguntaba—, acaso una picota?» Bajó después por la Azabachería hasta dar, en la primera calle, con la de Jerusalén, en la que imaginó talleres que a lo mejor no habían existido, judíos que allí escondían su fe, conspiraciones que no se habían producido nunca. En el pazo de don Pedro sí tuvo la certeza de que otros ojos, quinientos años antes, se habían detenido, como los suyos ahora lo estaban, en la contemplación de aquella fachada hermosa y digna; después bajó por San Martirio Pinario en la búsqueda de las casas que habían sido de la Inquisición, del solar en el que se había asentado y que hoy ocupaban otras que la memoria popular ya no identificaba como las del Santo Oficio. Estuvo escrutando aquella esquina tiempo y tiempo, aquella esquina que forman la Plaza de San Martiño con la de la Porta da Pena, presa de una melancolía que no alcanzó a descifrar hasta que más tarde regresó sobre sus pasos y preso ya de la tristeza continuó dándole vueltas a su verano en Aix.

Había quedado citado con Mireille y sumergido en la duda de si ser cumplidor de su *rendez-vous* o dedicarle el atardecer a su compañera de expoliación; pero primaría sobre todas las demás cosas la educación que había recibido en su más lejana infancia y, así, durante toda la vida, arrastraría consigo la incógnita de lo que hubiera podido llegar a suceder de haber quedado con Claire aquella tarde. No quería pensar siquiera

en la posibilidad de que hubiera podido concluir felizmente, es decir, en la cama; lo que parecería ser el culmen de toda ambición y de toda felicidad no sólo en aquellos, sino en muchos otros días. Pero Mireille lo reclamaba. Juntos habían dejado la lectura de la carta durante la noche pasada y juntos deberían, pensaba él, reemprenderla.

—Quedé en ir a revisar unos papeles en casa de unos amigos —le dijo entonces a Claire, quien, sin mover un musculito más de los estrictamente necesarios, le respondió:

—¡Oh!... ¿ya te vas?

—Mañana nos vemos a la hora que quieras.

Nunca tal afirmación hubiera hecho. Claire se irguió digna, dudó entre si inclinarse o no para darle un beso, decidió que más digno sería no hacerlo y afirmó:

—Mañana tengo un día muy liado, siento que no pueda ser.

Llevaba tiempo observando la indecisión del Profesor para comunicarle algo y, por fin, había resuelto el enigma. El muy badulaque no había sabido cómo deshacerse de ella hasta que acabó por soltárselo aludiendo a una cita que ella sospechaba inexistente, haciéndolo de forma sumamente brusca y sin demasiados miramientos.

—Otro día será —dijo él resignado al tiempo que pensaba que aquélla había sido una oportunidad más que le había volado, o bien otra menos que se le había quedado sin ser aprovechada como era debido.

Pagó al *garçon* y salió detrás de ella caminando despacio y triste dejando que la muchacha, que había cogido el mismo camino que él, le sacase la delantera suficiente y necesaria para que el recorrido perdiese la violencia que deparaba la proximidad.

Llegó a casa dando un rodeo por la vieja catedral, deteniéndose en la plaza de los Mártires de la Resistencia para mirar, una vez bajo los plátanos, cómo, por sus dos caños, vertía un agua, que suponía fresca y apetitosa, la fuente que allí había acogida al palacio del señor arzobispo y sentir así, al mismo tiempo, la lejanía de los campos reverdecidos que el mapa que llevaba escondido en el pecho le traía y el agua conseguía hacerle presente. Aburrido de la contemplación del agua bajó por la rue de Saporta, giró por la de Gibelin, torció a la derecha y, doblada la esquina, a bien pocos pasos, enfiló las escaleras, de no muy fácil descripción, que lo llevarían al cuarto piso. Abrió la puerta y entró derecho hasta lo que hacía las veces de cocina: una lareira de dimensiones reducidas con una placa de dos fuegos, apoyada en una tabla, en la que, sobre una de las dos resistencias eléctricas, reposaba una cafetera de las de acero que contenían un líquido, espeso y dormido, que, no obstante y dada su semejanza con el café, puso a calentar mientras se desprendía de la camisa y, desdoblándolo, extendía el mapa sobre la mesa en la que, en las más de las ocasiones, se sentaba a cenar solo, mientras miraba fijamente para un hierro que, incrustado en la pared de la lareira, talmente parecía pedir la presencia de otro hierro macho que, penetrándolo, sirviese para sostener un pernilcito de cordero o cosa semejante. Pero no era asunto propio de los tiempos que corrían, más bien tórridos, así que también abandonó esta su otra contemplación vespertina, preguntándose durante cuántos

cientos de años aquella lareira habría servido para hacer la comida de gentes como él y se sonrió pensando en que era él, lo más seguro, el primer gallego que allí había hecho y tomado su comida.

Cogió el mapa y se fue hacia el escritorio. El tablero de la mesa estaba cubierto por un cristal grueso, de medio centímetro de grosor cuando menos, que levantó con cuidado sumo; luego extendió el mapa sobre la mesa y volvió a apoyar el cristal, hasta que lo cubrió para saberlo así, protegiendo su joya. Se quedó mirando para él, asombrado y arrepentido de tenerlo tan protegido que, a partir de aquel momento, no lo podría acariciar si no era con la mirada. Y fue con ella con la que recorrió los nombres familiares, con los que echó en falta otros, admiró a Münster y se quedó satisfecho por un rato. Más tarde le vinieron los remordimientos. ¿Cómo era que él, un bibliófilo, había desgajado aquel mapa sin que ninguna consideración se lo hubiera impedido? El fraile franciscano que había aceptado la Reforma se revolvería en su tumba de conocer el latrocinio que él, un pecador, había cometido o, ¿quién sabe?, sonreiría satisfecho de que alguien que amaba tanto y tan hondamente los grabados antiguos, los mapas viejos y a Galicia contase, a partir de entonces, con aquella prenda robada que no era producto sino de la miseria y del escaso sueldo que la mitigaba. ¡Ay, de ser rico, el libro entero se hubiera llevado! ¡Y más que hubiera!

Echado en la cama, escuchando la música que le llegaba vibrante desde la vivienda de enfrente, la de los estudiantes aquellos con los que ya empezaba a tener una relación cordial, aunque todavía se pudiese alterar circunstancialmente para endurecerse en el momento de cambiar al rock duro, y luego hacerse tierna y dulce en el de retornar a Vivaldi, quizás a Mozart, se le fue deslizado el atardecer sin que llegase a leer la carta que seguía reposando sobre la mesilla de noche.

Había oscurecido cuando se acordó de la cafetera y se levantó de un salto para echarse, acto seguido, a correr hacia la cocina. Un poquito de café estaba en ese momento a punto de pasar al grado de carbonización subsiguiente al de hervor que había mantenido durante tanto y tanto tiempo. Sin pensárselo dos veces, echó mano de la cafetera. E inmediatamente blasfemó y tiró con ella contra la pared, vertiendo el poco café, al menos ése aún era el color del potingue que restaba, por el suelo. Asombrado de su propia estupidez cogió un paño, lo dobló varias veces y, por fin, se agachó a coger con cuidado y prudencia sumas la cafetera, cuya asa había previamente recubierto con la tan doblada servilleta. La posó sobre el vertedero y le vertió agua fría por encima, que, al contacto con el acero a punto de incandescencia, triscó como si fuera un tenue, quizás estridente, repiqueteo de ágiles campanillas; después cogió una bayeta, la humedeció, y procedió a la limpieza del café con el que había salpicado gran parte de la superficie de la pared.

Mireille aún no había llegado. Regresó a la habitación sin haber tomado café alguno, se echó sobre la cama dejándose caer pesadamente y alcanzó la carta que hasta entonces había permanecido sobre la mesilla de noche. Y leyó:

Se preguntó después cómo se puede privar a un hombre de la libertad, de la libertad de vivir, qué mente era la que era capaz de decidir sobre la vida de sus semejantes, y lo consolé yo diciéndole que aún le quedaba la gran libertad de decidir si llevaría aquella muerte con paciencia o con impaciencia y que se acordase del buen ladrón, que tampoco había buscado la muerte, que tampoco la mereciera, pero que ya puesto en ocasión de ella y ayudado por Cristo, la llevó con paciencia y mereció la vida eterna, con lo que pareció calmarse un poco. Al llegar la noche me preguntó si sería aquella la última que él viviría y sabiendo yo de cierto que sí, lo quise ir avisando de la verdad para que él se fuese ayudando con la gracia de Dios y le dije: «Puede que sí», con lo que él se turbó y me respondió: «Entonces ¿cómo es que el alguacil me aseguró que ni hoy ni mañana?». Tuve que reconocer que así en efecto había sucedido, cosa que no le agradecí al alguacil, pero le contesté: «Señor, lo haría para que con más sosiego vuestra merced se pudiera ir preparando para la comunión». Volvió él a contestarme: «¿Entonces no han de pasar veinticuatro horas después de la comunión para que lo puedan ajusticiar a uno?». Ya me estaba empezando a molestar tanto requilorio, así que le contesté rápido: «Es más que suficiente con que no sea en el mismo día; por poner un caso: que a vuestra merced se le dio la comunión a las once y cincuenta y cinco de la noche, pues ya se lo pueden ajusticiar a vucé a las doce y cinco». Me miró él de reojo y rumió: «No había de suceder lo mismo con el ayuno...» y echó mano de un crucifijo que yo le había dado y que levantó mientras decía: «Señor, Señor, Señor, Señor... cuánta ignominia» y comenzó luego a lamentarse «... y para esto la espada de san Pablo, la cruz de san Pedro, las aspas de san Andrés, el cuchillo de san Bartolomé, las parrillas de San Lorenzo, los peines de hierro de san Vicente, los leones de san Ignacio... es una buena coña, Señor, una buena muy buena coña...», cosa ésta que me pareció irreverente y que no casaba con la piedad y aflicción que en otros momentos había mostrado, aunque lo que siguió hablando y que Vuestra Eminencia Reverendísima me excusará de que aquí se lo relate me dejó tan corrido y avergonzado que prefiero callarlo, verdaderamente mutatis fuit in virum alterum y a la vista de mis propios ojos colegí prontamente que es fácil que dé el Señor súbito enriquecer al pobre.

Terminado el coloquio al que tan sólo referencia hago, llamó por el alguacil para saber si ya estaban allí los que habían de ser los ministros de su muerte y, antes de que el alguacil llegase, salí yo y le pregunté y así supe que ya habían llegado y que, por la mañanita temprano, había de tener lugar la ejecución con la que cumplirían ellos su negocio; con lo que regresé y, no queriéndole ahorrar al paciente que tan bien dispuesto estaba, ocasión de merecer y ayudarse a morir, me abracé a él y le dije: «Señor mío y hermano de mi alma, vuestra merced se alegre y consuele y bendiga a Dios, sepa que no le queda más noche que ésta en la que está; para ésta son las sogas, los verdugos, las sentencias y los trabajos que ya Dios le dio a desear. Acabándose esta noche se acabaron todas las penas y después ya no le queda noche

sino día y día eterno de gloria y alegrías sin temores ni sobresaltos, ni lágrimas, ni temor del infierno, así que llénese de alegría y repita conmigo “letatus sum in his que dicta sunt mihi in domun domini ibimus, quam dilecta tabernacula tua domine virtutum concupiscit et deficit anima mea et unam petii a domino hanc requiram”. Recibió el recado, repitió las dichas palabras con voz honda y grave, pero exenta de temblor alguno, con voz entera, y aún añadió: “Cupio dissolvi et esse cum Christo”. Después llamó de nuevo por el alguacil y le preguntó: «¿Quién es el secretario que viene, se trata del secretario Ansúrez?». Le contestó el alguacil que efectivamente así era, que había acertado y dijo él: «¡Vaya, coño, lo que faltaba!», con lo que me dejó sorprendido y preocupado de la facilidad que tienen en ese apartado reino para abundar en expresiones improcedentes: «Me alegro mucho —dijo a continuación—, es muy honrado, muy amigo mío, dígame vuestra merced que me haga la gracia de que lo pueda ver de inmediato, porque me viene a hacer un gran favor, una muy buena obra y quiero agradecerse, ¡lástima que no pueda ser a solas!», con lo que yo no supe si hablaba en serio; pues ya le expresé a V.I. la dificultad que tengo para interpretar correctamente las expresiones del ánimo de las gentes de este antiguo reino, que me parecen disparatadas e insólitas, desproporcionadas y no avenidas a razón. El caso es que el alguacil dijo que el secretario estaba descansando y que no podría subir hasta mañana por la mañana.

Tuvo después un instante de desesperación y se mesó las barbas y gritó fuerte, presa que era de la impotencia delante de su propia muerte: «¡Que un hombre tenga estómago suficiente como para decidir así, sin juicio, sin causa, sin más proceder que el de su propia voluntad, sobre la vida de las gentes! ¡Que haya un pueblo que se lo consienta! ¡Señor, Señor, muéstrame tu justicia!». Como hubiese otros presos en las celdas vecinas y viendo yo que de aquellos comentarios se podría derivar algún peligro para las almas de los otros condenados, lo atajé induciéndolo a comer un bocado, cosa que hizo diciendo que sí, que de acuerdo, que ya iba sintiendo alguna necesidad de hacerlo. Al terminar de comer todo cuanto le ofrecimos, rezó conmigo el Santo Rosario de Nuestra Señora y después volvió a los salmos diciendo el miserere met con tanta delectación, prudencia, sosiego y calma que incluso parecía una paráfrasis, para luego hablar de los pecados y contestarle a un alguacil de los que allí había, ya que éste le había dicho que Dios se contentaba con que le dijéramos nuestros pecados y le pidiésemos perdón con sincero arrepentimiento, clavándole la mirada de una forma durísima e increíble: «Quien quiera saber cómo quiere Dios que le pidamos ese perdón que se lo pregunte a mi corazón, si es que tiene cojones». El alguacil calló, se persignó, y yo volví a reflexionar acerca de lo paganas que son las gentes de ese apartado reino que tan irreverentes se muestran, que tan supersticiosos acostumbra a ser y tan distantes de la fe viven, o, por lo menos, a tanta distancia de ella se muestran. Escuchando a su recomendado le puedo asegurar, señor Deán, que comprendo la opinión que, el rebaño que vuestras reverencias pastorean en el alejado reino, merece a nuestras castellanicas gentes, de

más sólido fervor y acrecentada fe y que ni por asomo osan aventurarse con expresiones como las que aquí no me atrevo a representar y que el extinto acostumbraba a utilizar en medio y medio de fervores que pudieran así parecer fingidos.

Se quedó dormido. Por la mañana, al despertarse tarde y con poco tiempo para poder ducharse e ir a toda prisa y corriendo a la Facultad, pudo comprobar que Mireille no había venido aquella noche. Decidió ni pararse a preparar el desayuno; además tendría que limpiar, bien limpita, la cafetera, medio chamuscada después del desastre del día anterior por la tarde, con lo que el retraso se multiplicaría en progresión geométrica, dada su proverbial lentitud en el lavado de la loza: se ponía a fregar, a modo y con fuerza, en toda cuanta rendija, en todo cuanto diminuto pliegue hubiese y se podía eternizar en el hecho sublime de lavar un plato, de fregar una cazuela, ¿qué decir entonces de un trebejo ligeramente más complicado, un pasapurés, por ejemplo?

También no era menos cierto que Mireille pudiera haber venido y, al verlo a él dormido tan plácidamente, hubiera decidido dejarlo reposar; pero, en tal caso, le dejaría una nota, o alguna señal, los zapatos sobre la mesilla de noche, por ejemplo; algo en lo que el viejo profesor pudiera constatar la tímida, ¿tímida?, presencia de la joven en su alcoba. Pero no, no había ningún indicio que pudiera convertir en cierta aquella suposición, más bien aquel deseo.

Bajó corriendo los peldaños de la escalera que lo depositaron en la rue de Griffon y echó a correr por la de Vauvernargues abajo, atraída que era mientras tanto su atención por el colorido de los puestos de verduras que, a aquella hora, ya estaban montados en la Place Richelme y que le despertaron la hasta entonces adormecida función gástrica. Fuese por el colorido de las frutas y de las verduras, fuese por la espesa fragancia que de ellas se desprendía lo cierto es que sintió vacío el estómago y notó cómo el fuelle de la gaita se le contraía haciendo ruiditos extraños; algo así como un *flshplshs* que no tenía nada que ver con el ruido de los gases resultantes de la fermentación alimenticia y sí, en cambio, con una goma de neumático de automóvil, mojada y blanda, en cualquier caso desagradable, que se le había posado allí en sus entrañas para su mayor desgracia. Recordó que tampoco había cenado el día anterior por la noche y, en consecuencia, decidió escuchar los ruidos con atención mientras proseguía su carrera: Hacía años que no recordaba tener el estómago vacío. La sensación de plenitud que siempre lo acompañaba había cesado y, en cierto sentido, hasta podría resultar agradable aquella musiquita que *flsh-plsh, flsh-plsh*, lo acompañaba rítmica, acompasadamente mientras seguía corriendo rúas abajo, en la seguridad de que llegado un instante, que no tardaría mucho en aparecer, no sabría en dónde estaba. Pero era también conocedor de que el secreto estribaba en continuar bajando, siempre bajando, con lo que, por muchas vueltas que dieras, acabarías por

encontrarte abajo de todo, que era donde tenías que estar, porque allí era, abajo de todo, en donde estaba la Facultad y en donde tenía que dar clase.

También esta vez le sucedió lo mismo —se perdió— pero consiguió dar pocas vueltas: por la rue Nazareth, desembocó en el Cours Mirabeau; lo cruzó, bajó por la calle del Cuatro de Septiembre, dejó atrás la Fuente de los Delfines y en el bulevar de Roi René poco faltó para que un coche se lo llevara por delante.

Un frenazo en seco lo convenció de que la subsiguiente y acalorada discusión lo retendría hasta alcanzar el retraso requerido para que Lucille se pusiera en plan racionalista y delicadamente, eso sí, le riñese por su indisciplina. «Contrastes entre el mundo mítico de ella y el mágico al que yo pertenezco» le dio tiempo a decirse mientras se disponía a no hacer caso del frenazo y a seguir corriendo como si la cosa no fuera con él en absoluto, actitud que consiguió mantener, por breve espacio de tiempo y como ensimismado, hasta que una voz lo recuperó del anonadamiento.

—*Monsieur le professeur...*!

Le llegó cantarina la voz de Claire.

Se paró en seco, dio media vuelta y la vio asomada por la ventanilla del «cuatro latas» que parecía ser el coche oficial de los estudiantes de aquella parte del país, gesticulándole con la mano izquierda en una invitación indudable a que se subiera al automóvil.

Jadeando, como si le fuese necesaria la aplicación de oxígeno, entró el Profesor Invitado en el coche de Claire, que arrancó inmediatamente.

—¿Qué? ¿De juerga toda la noche, *monsieur le professeur*?

—¡Ca, mujer, ca! Quedé dormido.

Ella sonrió.

—Te acostarías tarde.

«De forma y manera que no se apea del tratamiento...», pensó el *professeur*. «Pues es más simpática de lo que yo pensaba la muchachita ésta», se siguió diciendo a sí mismo, mientras simulaba que acumulaba aire y reacompasaba el perdido ritmo de la respiración por causa de la carrera, cuando no era del todo cierto y la presencia de Claire algo tenía que ver con ello, al menos en parte.

—¡Qué va, mujer, qué va! Quedé dormidito leyendo...

La sonrisa fue ahora de triunfo.

—¿Es que no estaban en casa los amigos de los papeles?

Bajaban ya por la avenida de Robert Schuman, a la altura de la Facultad de Derecho y próximos a la curva después de la cual había que girar a la izquierda, peligrosamente, para acceder al campus de la Facultad de Letras.

La miró de reojo.

—¡Pues no!

—Pues lo siento —le respondió ella al tiempo que, soltando la mano derecha del volante, se la posaba sobre la izquierda de él, abandonada encima del asiento, y daba un giro, con una maestría e inconsciencia que le hicieron hormiguar las manos al

Profesor, causándole un picorcillo que le llegó al corazón, lo que le hizo respirar hondo.

—Yo también —concluyó él, mientras reflexionaba acerca de si lo que había padecido unos segundos antes había sido o no había sido una de esas descargas de adrenalina de las que tanto había oído hablar a lo largo de los últimos tiempos.

Llegaban en punto. En la explanada de acceso al edificio central maniobraban los coches de los estudiantes, mientras, en uno de los laterales, el más ruidoso mundo de las motos competía con el modesto y silencioso de las bicicletas con el único objeto de determinar los lugares que los bicis habrían de ocupar. Las señales de ordenación y regulamiento del tráfico motorizado o peatonal eran los lugares más solicitados por los dueños de las vespis y de los demás instrumentos de semejante naturaleza, que eran prendidos con cadenas por las ruedas de sus artefactos en las ya medio estropeadas señales.

—Nos da tiempo a tomar un café. Te invito.

Claire aceptó, pero cuando iban por las escaleras le dijo:

—Hoy me toca a mí.

Al llegar a la cafetería la encontraron cerrada. El Profesor sintió reactivada la musiquita gástrica que tanto le sorprendiera no hacía mucho y Claire se anticipó a cualquier otra decisión.

—Te debo una invitación.

—Vale —le respondió.

Entraron en clase acto seguido. Durante unos instantes aguardó a que los alumnos se fueran sentando, entretenido como estaba en la observación reflexiva acerca de lo vacío de su estómago y de la música que de él surgía. Por fin, el viejo profesor, se decidió a hablar:

—Hoy... —comenzó; dudó durante unos segundos y continuó—: Hoy, nos corresponde...

Volvió a callar. El estómago había dejado de sonarle. Cesó toda secreción, toda música, toda reflexiva observación. Acababa de darse cuenta de que no tenía preparada la clase y un terror pánico lo iba invadiendo. Debió de demudársele la cara y de comenzar una fuerte sudoración: algo se le debió de notar: el silencio del aula era espeso. Docenas de muchachos y muchachas, ya profesores muchos de ellos, aguardaban, no se sabe si con impaciencia, la solución del conflicto. Ya estaba el Profesor decidido a confesar su incuria y ya se había definido la espera de los alumnos: los unos apostaban a favor de que habría de saber salir del atolladero; los otros, que no habría de conseguirlo. Incluso había ya los que se regocijarían con el remontado vuelo y otros que llegarían a sentir idéntico regocijo, pero tan sólo si el vuelo entraba en picado. El viejo Profesor, el avejentado Profesor, intentaba simular que se encontraba en la espera de que el silencio fuese aún más elocuente. Era una

vieja treta que valía, que le había valido en otras circunstancias, pero que en ésta empezaba a mostrar la situación de ridículo en la que estaba cayendo a pasos agigantados. Era ineludible el tomar una decisión en el menor espacio de tiempo posible. Tendría que reconocer cuanto antes que no traía preparada la clase; pero aquello dicho inmediatamente después del silencio podría ser todavía peor. Empezaba a confesarse que no sabía por dónde salir. Acaso la solución fuera decidir, y así exponerlo en voz alta, que la clase del día la iban a dedicar a un coloquio sobre aquellas preguntas que juzgasen interesantes y que versasen sobre los últimos temas de estudio que más les hubiesen atraído. Pero tampoco era una solución que no mostrara la impreparación, la improvisación: era demasiado amplio, demasiado genérico. Atropelladamente buscaba en lo más recóndito de su cerebro el tema, o los temas, que proponerles a aquellos jueces implacables para poder salir de la situación terrible en la que se encontraba.

Por fin, una voz lo obligó a estremecerse. Era la de Claire. Lo supo cuando, de forma lastimosa, aunque rápida, levantó la mirada y la vio en pie, allá hacia el medio y medio de la clase.

—¿Sí?

—Hay una carta de Flaubert a Louise Colet en la que dice, entre otras cosas, que aquella mañana había escrito acerca del encuentro de dos enamorados en el bosque y que él, en virtud de su oficio de escritor, de creador de seres y de mundos, había sido, mientras lo escribía, el amante y también la amada, los caballos sobre los que ambos habían cabalgado y también el rojo encendido de las flores, el sol que lo acariciaba todo y que a todo le daba un sentido. ¿Podría usted, Profesor, hablarnos hoy del autor y de sus personajes?

Una nube de inquisitivas miradas cubrió la figura nada ampulosa de Claire, envolviéndola en sospechas cómplices, unas; envenenadas, otras; indiferentes, ninguna. Decididamente, Claire, que no se daba por enterada de su nueva situación a los ojos del alumnado, era maravillosa, era una adorable muchacha y empezaba a serlo para él, hasta hacía muy pocos instantes, vencido, atribulado Profesor Visitante. Claire no sólo encontraba libros insospechados con la misma naturalidad e intuición con las que ayudaba a expoliarlos, sino que, además, con las mismas virtudes, sumándoles las del sosiego y la desfachatez necesarias, te ayudaba a salir de tan amargos trances, de tan ácidos tragos.

—Efectivamente, señorita —le dijo—, pero más que del autor y sus personajes, cabría hablar hoy de lo autobiográfico en la obra del autor de libros. Ése es ciertamente un tema que, tratando por supuesto el que usted incita, el que usted sugiere de forma tan acertada, abarca, no obstante, un campo mucho más amplio que nos permite hacer la necesaria incursión, la pertinente y amplia indagación acerca de las motivaciones más hondas...

Le había salido una de las más hermosas clases, de las más hermosas lecciones que había pronunciado en su vida. El final consistió en un coloquio que se fue demorando hasta bien pasado el tiempo de finalización de su hora y media lectiva, durante la que se había ido aglutinando gran parte de los alumnos de otras clases, que permanecían de pie, apoyados sus cuerpos jóvenes contra las paredes, carentes de las indolentes actitudes a las que el aburrimiento a menudo induce. Nunca le agradecería lo suficiente a Claire la ocurrencia que había tenido de recordar a Flaubert en aquel trance, tampoco se lo agradecería bastante a Flaubert. La lectura, en ocasiones, tenía no sólo el mismo sentido que atiborrarse de vino para acceder al aturdimiento, sino que el leer, a veces, te permitía remontar otros que jamás soñarás, sobrevolándolos a alturas a las que el vino jamás te llevaría.

Fueron saliendo del aula poco a poco. Él se quedó para el final atisbando por la puerta el ruge ruge de los alumnos en la explanada, el reverberar de las carrocerías de los coches recalentados de más por un sol que ya caminaba alto. Cuando el agonizar de los pasos, arrastrándose por las baldosas, le comunicó que la clase estaba si no ya vacía, sí a punto de vaciarse del todo salió él.

Allí estaba Claire, apretando las carpetas contra el pecho mientras las abarcaba con los dos brazos que mantenía cruzados en un ademán casi agresivo, casi defensivo; ni se sabe.

—Enhorabuena.

—Gracias. Te lo debo a ti.

Claire sonrió. Tenía los labios amplios, sensuales y al sonreír se le distendían dulcemente, sin brusquedad, como si se les posase encima la sonrisa.

—Quien te debe soy yo a ti una invitación.

Había estado a punto de responderle: «¿Por qué?». Pero hubiera podido resultar el reconocimiento implícito de que sí, de que el Viejo Profesor sí tenía algo que agradecerle y ése no era el caso. Y si lo era no quería ella que constase en acta.

—¿Pero no tenías un día muy liado?

Ahora fue Claire la que quedó sorprendida. Reaccionó pronta y alegremente.

—*Touché*. Anótate uno, *ancien professeur*, estamos empatados.

Entraron en la cafetería y la mera fragancia del café le valió al Profesor para que, con renovado ímpetu, le fuera regresada la música que había tenido olvidada durante aquellas últimas dos horas. Se sentaron en una de las escasas mesas que allí había y que, respetuosa y tradicionalmente, se conservaban sin ocupar en espera de que algún profesor lo hiciera. Cuando eso sucedía, los más próximos o aquellos que tenían más tiempo, o simplemente aquellos de los alumnos a los que así les apetecía, se sentaban a la mesa del profesor y hablaban con él mientras todos almorzaban. Lo mismo que hicieron ahora en tanto que la mirada del Profesor Invitado tropezaba con la de Mireille, quien, en una esquina de la barra, sorbía un café con leche acompañada de

un muchacho rubio y alto con pinta de extranjero, al menos sin aspecto de meridional, que era lo que en aquel local mayoritariamente abundaba. El Profesor le gesticuló a Mireille y ella le respondió con naturalidad al saludo, pero sin dar más muestras de nada.

Una pregunta hecha por Claire a instancias de otra de las muchachas lo distrajo de la observación de Mireille y lo devolvió a lo que consideraba como ya concluido coloquio. Respondió sin ganas, cavilando en el comportamiento de Mireille y haciéndolo de forma tan ostensible, por lo reconcentrado e introvertido de sus ademanes, que ella al poco tiempo se sintió en la obligación de acercarse a saludarlo.

Ninguno de los dos hizo referencia alguna a la incumplida cita y el Profesor acabó por caer en la cuenta de que la tal cita jamás había existido, sino que de forma tácita él había sobreentendido que unos días dedicados a hacer el amor juntos daban por sentada la continuidad de la relación. Craso error, evidentemente no era así y, al constatarlo, intuyó que algo dentro de él se había hendido. Aquellas muchachas daban la impresión de practicar el amor como una medida higiénica o como motivadas por la curiosidad que un ser, medianamente exótico como él les podría resultar, les llegaba a producir. No había, pues, trabazón afectiva de ningún tipo y ellas se libraban muy bien de establecerla. Se sintió derrotado, estaba acostumbrado a observar el sexo desde un prisma que obligaba a considerarlo como consecuencia de una relación y principio de otra; estaba acostumbrado a establecer lazos de afecto con las jóvenes con las que hacía el amor y esos lazos podrían ser más largos o más cortos, más o menos duraderos, más o menos fuertes, pero existirían siempre. Habría siempre lazos, dependencias, relación. Se sentía indefenso en aquella situación y, por un momento, tuvo miedo de acabar dependiendo del afecto de alguna de aquellas muchachas. Por una vez tuvo miedo de enamorarse al reconocerles, a aquellas mozas, una superioridad en la que él siempre se había basado en el instante de afrontar sus relaciones con las mujeres y que, en última instancia, resultaba que, ahora y allí lo había descubierto, tenía que compartir con ellas. El mundo estaba cambiando y él no se había dado cuenta. Asustado, miró hacia Claire y se preguntó con cuántos hombres se habría acostado; si se acabaría acostando también él con Claire.

Mireille se despidió; hasta entonces el muchacho que la acompañaba había permanecido en pie al lado de la mesa, sin decir oste ni moste, acaso un poco contrariado, en cualquier caso altivo, y ahora confirmó su actitud con un ostensible adiós que lo dejó todo claro. «Por lo menos sí que sigue existiendo el sentido de la propiedad», se dijo el Profesor y pudo mirar a Claire con nuevos ojos, distintos en todo caso de los de muy pocos minutos antes y antes, también, de que Mireille se fuese con el muchacho rubio. A la playa afirmó que se iban.

Tenía que acostumbrarse a mirar a aquella gente de otra manera. También ellas podían hacer el amor tan sólo porque les apetecía. La afectividad que él se decía a sí mismo que ponía en sus relaciones era tan sólo eso, afecto; el afecto necesario y consiguiente al propio acto, la mutua relación, pero no tenía nada que ver con el

amor. El amor debía de ser otra cosa.

—¿Pasamos el día juntos?

La propuesta realizada así, de pronto y sin previo aviso, la cogió de sorpresa. También a él, a pesar de haber sido quien la realizara. Le había surgido impensadamente y de forma inmediata se arrepintió de aquella nueva situación próxima al ridículo en la que, inconscientemente, se acababa de poner.

—¿Por qué? —le dijo Claire, pensando que así le daría tiempo a intuir una respuesta más adecuada.

—A mí me apetece.

Y era cierto que había conseguido tiempo para reflexionar la respuesta que darle.

Decirle «¡Vamos!» sería reconocer que a ella también le apetecía, lo que no dejaba de ser del todo verdad. Así que se incorporó y le dijo:

—¡Vamos! A mí también me apetece.

Se sentaron juntos en una de las terrazas de la Place de la Libération, acogidos al toldo rojo de uno de aquellos *bistrots* amenos y acaso únicos, mientras se dedicaban a contemplar cómo surgía el agua de la fuente que hay en el centro de la rotonda, muy blanca toda ella en el recuerdo, como de mármol.

Caminaron después de comer por las rúas retorcidas que giran alrededor de la catedral y que van bajando hasta la estación del tren, allá casi al fondo de la ciudad, siguiendo un ritmo todavía por descifrar que tenía su coda en las antiguas murallas que las delimitaban y que hoy concluye en la autopista que ciñe a Aix holgadamente.

Al comienzo de la rue Espariat, o más bien en el fondo de ella y cerca de la plaza de los agustinos, en una frutería, encontró él ese fruto resumen de todos los gustos que en el mundo existen entre el melocotón y la pavía^[23], entre el pérsico y el peladillo, también el paraguayo y el que se llama mango.

—¡Pero si acabas de comer...! —le dijo ella al verlo entrar decidido al interior de la tienda.

—Es igual. Hace años que no los pruebo.

Le preguntó el precio a la tendera y solicitó un kilo; pero antes se aseguró de que tendrían más al día siguiente. Hubiera pedido ración triple de no ser así porque entraban pocos en kilo y tuvo que, a pesar de la respuesta afirmativa, pedir más, doblando el pedido solicitado en un principio. Pagó con cierta reticencia, producto, lo más probable, de su sospechada tacañería y al salir iba ya comiendo uno de los mangos.

—¿Quieres? —le ofreció a Claire.

—Un poco del tuyo, si no te importa. Es tan sólo para probarlo.

No le importó y le dio a probar del suyo, del que ella chupó, parsimoniosamente y como mamando, hasta conseguir mojarse, pringarse toda ella con el zumo que le resbalaba por la barbilla hasta tal punto que el Profesor, aunque no llegara a expresarlo, lo consideró impropio.

—En un tiempo de mi vida que no hace ahora al caso, me atiborré de ellos.

Excepto en una ocasión en la que me los trajeron unos alumnos míos en un vuelo de esos de diez horas desde México, no los había vuelto a probar —le dijo el Profesor, por decir algo distinto de lo que estaba diciendo, mientras ella decía «MMMmmmmmm» y se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—¿Y qué hacían tus alumnos en México?

El Profesor la miró con sorpresa.

—¿Qué habían de hacer? Eran hijos de emigrantes gallegos y habían ido a visitar a sus padres. El mío es un pueblo de emigrantes. El segundo del mundo, durante este siglo, en número de emigrantes, después del irlandés, nuestro hermano.

Claire entendió el reproche, lo miró mimosa y le afirmó:

—Tengo que ir a conocer Galicia haciendo el Camino de Santiago. ¿Sabes que uno de los Caminos comenzaba aquí, en la que hoy aún se sigue llamando la Route de Galice? Pues yo partiré de ahí y haré todo el camino como mejor pueda en mi cuatro latas.

Hacía calor. Hacía mucho calor y decidieron ir a la piscina que hay haciendo esquina entre el Cours Sextius y la rue du Bon Pasteur, la que da a la plaza de la catedral, justo donde se encuentran las caldas de Aix. No sólo era la más próxima, sino también la más cara. En compensación tendrían las ventajas de no tener que ponerse los gorros de baño, como era obligado hacer en la municipal, y la de disfrutar de la piscina para ellos solos.

Pasaron allí la tarde. La ventaja de no tener que vestirse los gorros de baño se vio, a su vez, equilibrada por la cantidad de pelos, increíble cantidad de pelos, que se les pegaban a la piel cada vez que salían del agua.

Un asco a precio de lujo, en el que mejor era no pensar, cada vez que te sumergías.

—Sólo faltaba que, aún por encima, fueran aguas milagrosas.

Claire lo miró irónica.

—Pues hasta es posible, pero yo no lo sé.

Cansados, fatigados de tanto calor y de tanta agua, salieron de la piscina siendo ya el crepúsculo y a punto de que los hubiesen echado; tan retrasados se quedaron.

Ascendieron por la rue Bon Pasteur y en la plaza de los Mártires de la Resistencia, donde está el palacio del arzobispo, se acogieron a la sombra de los plátanos. Pronto estuvieron en la rue de Griffon.

Al llegar al portal, Claire se despidió.

—¿Te parecerá mal si te digo que quedé con unos amigos para revisar unos papeles? —le preguntó. Después se marchó sin darle tiempo a que le respondiese, besándole rápidamente en los labios y mientras él se quedaba sonriéndole.

El viejo profesor subió dolorosamente los cuatro pisos de su habitáculo. Abrió la puerta, se desnudó y se metió en la ducha. Al salir de ella se bebió una cerveza y en la soledad de la habitación, apoyado en el tablero de la mesa, decidió que mejor sería no salir a dar una vuelta.

Se enderezó y se fue hacia el lecho. No tenía ni ganas de leer, de continuar, tan siquiera, leyendo la carta. Apagó la luz y se quedó inmediata y profundamente dormido.

XVI

Le llevó días al barquito inglés en el que venía el Visitador el llegar hasta Galicia. Un viento del suroeste hizo que tuviese que navegar de bolina y que fuese abatiendo tanto y tanto, tan forzadamente, que había acabado por arribar a Ribadeo, en vez de hacerlo en A Coruña como era lo previsto. Según se aproximaba a la costa, una fragancia a algas, un olor distinto de cuantos olores a mar hay en el mundo, le batió al Visitador en las aletas de la nariz.

Va el Inquisidor echado en el coy, adormilado, cavilando no sólo en la fugacidad de su propia vida y en lo lábil de su consistencia, sino en lo inútil de sus trabajos, en lo ya dilatado de sus avatares, y es en ese ámbito existencial de agitada laxitud en el que siente llegar hasta él aquella fragancia que lo conmueve y que lo hace subir a cubierta, asomarse a la amura de estribor, que en su tierra llaman arca, y aspirar hondamente aquel aire que es como un sollozo. Fue una suerte este vientecito del suroeste; de haber arribado a A Coruña, la orden de Felipe de que fueran apresados todos los barcos británicos que se hallasen en aguas españolas hubiera sido cumplida y el Visitador se vería en graves dificultades. Pero aquí en Ribadeo, como en tantos otros lugares del Reino de Galicia, la orden no se cumple, o, dicho de otra manera, es incumplida en la mayoría de los puertos.

Nada más arribar y llegar a tierra, al hacerse de noche, el Visitador desembarca arriando una gamela que lo deja lejos del puerto. Aquella noche la duerme a cielo abierto, acogido al silencio de una fraga y al abrigo de un castaño amplio, grandioso y viejo que lo acoge en su caracocha^[24]. Se yergue siendo la más temprana amanecida y camina hacia el interior buscando la vieja ciudad obispa de Mondoñedo, la que baña el Masma. Camina durante todo el día procurando alejarse de los caminos transitados, pero sin ir lejos de ellos en demasía, tal y como si se hubiera alejado por unos momentos por ver de dar con unos atajos con los que no ha acertado, en un juego que, a él mismo, le había empezado a resultar ridículo y que lo obliga a reflexionar acerca de su propia manera de conducirse. ¿Habría empezado ya a equivocarse con más frecuencia de la precisa? El caso consiste en ir apartándose de la costa, en ir adentrándose sin que nadie llegue a identificarlo como tripulante de un barco inglés. Es necesario llegar cuanto antes a Mondoñedo y conseguir allí una cabalgadura que lo transporte a Compostela.

En la plaza que hay delante de la catedral mindoniense hay una botica en su lado izquierdo, si se considera el observado con la catedralicia fachada a la espalda; en ella entra con la seguridad de encontrar gente amiga que pueda ayudarle sin pedirle explicaciones en exceso. Así es y allí consigue descansar y dormir sin interrupción durante toda su segunda noche en tierra. Por la mañana temprano tiene ya preparado un caballo en el que montar hasta Compostela. También lleva munición de boca para el camino.

Entra en Compostela a la hora del crepúsculo vespertino, por la Porta da Pena, después de la larga cabalgada, de la que surge el relincho de la yegua amiga que ventó de inmediato la presencia de su amo. «Ya habrá llegado Lourenzo», se dice, y en los ojos se le dibuja, desvanecida, la imagen de Simona. Abre la puerta de la cuadra e introduce en ella al caballo que con él trae, lo ata al pesebre y, sin desensillarlo, acude a acariciarle el pescuezo a la yegua que lo reclama. Se abraza a ella y la besa en las crines que le cubren la cara; después, mientras le habla, le pasea la mano por el lomo y le bate palmadas cariñosas cuando llega con ella hasta la grupa. La yegua tiene memoria y se restriega contra el amo que le habla con dulzura, arrullándola como si fuese un niño, balanceándola como si lo hiciera con una cuna infantil y amada. Instintivamente se agacha a observar si está bien herrada y, o hace mucho que no sale de la cuadra, o hace muy poco que la herraron.

Por fin desensilla al otro caballo, sin dejar de hablar, con lentitud, demorándose de forma casi litúrgica en los ademanes, en los giros, estableciendo nexos de cariño entre los dos animales y como si los estuviera presentando. Y así se repite en voz alta el camino traído desde Mondoñedo, las fatigas pasadas, el cansancio acumulado; por un instante piensa en la conveniencia de que macho y hembra compartan la misma cuadra, pero se limita a habilitar un pesebre más. Luego sale franqueando la puerta de la leñera y sube a sus aposentos cruzando por delante de los de los criados. Tropieza con uno de ellos que lo saluda entre asustado y temeroso, instantes después de haber estado a punto de pararlo, de forma brusca y contundente, creyendo que se trataba de un intruso. Le ayuda la actitud del Visitador, que adopta un aire hosco y reservado que lo libere de confidencias, de preguntas embarazosas, de excesivas confianzas.

—Lo hacíamos con nosotros para el entierro de don Lourenzo —le dice el criado, por todo saludo, al tiempo que se aparta a un lado dejándolo pasar.

—No pudo ser —le da tiempo a responder, todavía petrificado, atónito, por la noticia.

Y continúa ascendiendo, mientras va pensando en que tendrá que adoptar otro aire de naturalidad distinto del que trae, y del que ahora carece; pero teme, al mismo tiempo, que de una nueva actitud, de una nueva apariencia, se puedan derivar preguntas para las que su cansancio no le permite respuesta alguna.

Todo está limpio y ordenado. Esa sensación de normalidad que lo acoge en sus recintos privados le viene de forma extraordinaria para que pueda conseguir la necesaria serenidad que las circunstancias reclaman. Se derrumba sobre un sillón, coge una campanilla y da con ella unas campanaditas alegres, un repiqueteo de badajos minúsculos que lo sorprende con su alegría. Sube acto seguido una criada a la que sonriendo le solicita recado de escribir y agua, que debe poner a calentar, en la lumbre que abajo arde día y noche, para luego, una vez templada, vertérsela en una de las tinajas de madera que, al efecto de permitir un baño de cuerpo entero, siempre están dispuestas en aquella casa.

Mientras el agua hierve, se sienta a escribir una nota para Simona. Se trata de una nota concisa, lacónica: «Ya llegué. Acabo de enterarme de que don Lourenzo reposa ya bajo tierra, d.e.p. Le presento mis respetos. Dios lo tenga en su gloria». Y firma poniendo debajo, Pero., luego vuelve a hacer repicar la campanilla. Sube otro criado y le entrega la nota, pero tiene sumo cuidado a la hora de dar las debidas prelações.

—Primero te acercas a la casa del señor Deán y le preguntas si me puede recibir y cuándo; después vas a casa de don Lourenzo, que en paz esté, y entregas este pésame para que se lo den a doña Simona.

El criado lo observa como si supiese algo, lo mira como indicándole que puede que sepa algo, como afirmándole que él es merecedor de su confianza, pero el Visitador calla. No sabe muy bien por qué, pero calla. En las habitaciones vecinas sabe que Quiteria, la mujer casada con un tal Pereira, de profesión carpintero, a quien su colega Ochoa se trajo de una visita a Tui, comparte no sólo la mesa y el lecho del Inquisidor, sino que, en muchas ocasiones y en la sala próxima, es ella quien preside el Tribunal del Santo Oficio; ella, que tiene gente que la informa, gente que le comunica lo que nadie sabe, lo que sucede y lo que se quiere que suceda, incluso lo que tiene que pasar para que todo continúe. Debe de ser, debe de suceder que la pobre de Quiteria se aburre y va allí, al Santo Tribunal, a recriminar a su sometido bujarrón y, de paso, a enderezar los divinos designios que, por lo que se ve y sin duda alguna, pasan por ella si es que alguien ha de enmendarlos. Así son las cosas en esta Compostela secular y clerical y única en la que el mismo Lourenzo Pedreira había accedido al Sacramento del Orden, después de haber pasado por el matrimonio, sin haber alcanzado viudedad alguna; cuitado, que se ausentó él antes, y luego de convivir durante años con su legítima y con legión de fámulas bien dispuestas al goce carnal, sin excesivo escándalo del vecindario y acaso porque el concilio tridentino estuviese demasiado próximo y los sacramentos en él establecidos, fijados, lo habían sido tan recientemente que aún estuviesen por ser aprehendidos de forma cabal y volitiva. No está mal vista, entonces, la carnal relación entre hombres y mujeres libres en aquella sociedad; y ahora ella es viuda, así que por ese lado tampoco sabe muy bien a qué se deben las precauciones, pero lo cierto es que las toma. Acaso más de lo que debiera, pero las toma.

Por fin se baña y se viste ropa limpia que aún huele a jabón y a manzanas y a prado lleno de sol. Cuando se encuentra ya vestido y dispuesto a salir llega el criado con los encargos realizados.

—Dice el señor Deán que espera por vucé a la hora de la cena para que lo acompañe. El recado se lo di a una de las criadas de la viuda de don Lourenzo.

El Visitador, mirando por la ventana que recoge la última luz del día, sin volver la mirada hacia él, le pregunta al sirviente:

—¿Hubo alguna respuesta?

—No, señor, no la hubo, pero tampoco se me ordenó esperar por ninguna.

—Es cierto.

La casa del Deán está en la Rúa del Villar, en el pazo que llaman de Monroi, y desde ella se puede atisbar sin problemas, o con algunos, pero pocos, la fachada de las Platerías, tan al comienzo de la rúa se encuentra. Allí esperan al Visitador el Deán y su viejo amigo el médico del Hospital Real junto con otras gentes de las que conoce a una parte de ellas y no sabe de quién se trata el resto, pero entre tantos es seguro que debe de haber un traidor, que puede haberlo. Cautamente, él, que siempre fue decidido partidario de la creencia que afirma que cuanto menos gente mejor, se va a mostrar parco y no muy interesado en dar noticias del viaje, de si realmente lo hizo, de cómo lo concluyó. Tiene miedo. Un profundo sentido de la supervivencia, un acusado instinto de conservación le impide ser tan explícito como ahora mismo su corazón le pide. Al entrar echó en falta la presencia rubia, sonriente y aparentemente ingenua de Lourenzo, el canónigo que había llegado a ser su amigo; ahora, mientras habla, va analizando ese sentimiento, lleno de melancolía, que se desprende del conocimiento de los tiempos no aprovechados en toda su riqueza, en toda su potencialidad. Sabe que los hechos rodaron vertiginosamente sin dar lugar al sosiego, a la serena reflexión, a la valoración exacta de la gente que tenía a su lado. La vida está siendo acción, acción y acción, y por mucho que uno se lleve regocijado en ella ya va siendo hora de reposar y de no privarse de la riqueza que hombres como Lourenzo nos pueden aportar.

Cierto es que la acción, la aventura, también es igualmente enriquecedora, pero no es menos cierto que la conversación parsimoniosa, mantenida mientras se deambula bajo el crepúsculo o se acoge uno a la tibieza de la lumbre de la chimenea, la conversación amical y reposada, llevada a cabo por el mero placer de conversar, sin discutir, sin acaloramientos, sin manías, plácida e inteligente, tolerante y distraída, como la que Lourenzo le podría regalar de estar vivo, lo sería más; aún más si es que esa conversación lo es después de tanta y tanta vuelta en el camino, lo es luego de tanta y tanta acción, de aventura tanta. Y mientras tal va pensando no deja de hablar de tormentas y de olas como montañas que se le venían encima, de órdenes absurdas que, a los gallegos de las Mariñas, a él mismo, nacido en Pontevedra en solar de navegantes, gente de mar, gente del gremio de mareantes que va en el Corpus haciendo bailar las imágenes como si se tratara de gentes vivas, de órdenes absurdas que se le posaban sobre el pecho como si fueran losas sepulcrales. Pero silencia el descenso por el canal Royal y la luz que da el sol de la anohecida en el muelle de Dublín. Acaso los irlandeses amigos que allí están piensen que algo extraño sucede para que aquel hombre no hable. Quizá tan sólo el Deán se dé cuenta de la prudencia que mueve al Visitador cuando éste arremete contra la gente que envió a la Armada y no supo, o no quiso, rectificar las órdenes; contra aquellos que no supieron interpretarlas o alterarlas en el momento oportuno; el Visitador está diluyendo las culpas, nadie se podrá dar por acusado, ningún felón chivato podrá dar cumplida y justa interpretación de sus palabras. Pero dichas quedan y aprehendidas.

Ya es tarde y el Visitador decide despedirse. No quiere quedarse él solo como el

único retrasado para que no pueda haber quien interprete que se queda a contar lo que se tuvo que callar antes.

—Tampoco yo contaba con toda esta gente —le dice el Deán en el momento de despedirse.

El Visitador asiente con los ojos e intenta decirle con la mirada que ya hablarán largo y tendido en ocasión venidera y próxima.

Y salen juntos él y su amigo el médico. En el corto trecho que hay de las Platerías al Hospital sobra tiempo para contar muchas cosas si es que se camina despacio y la noche es algo amena. En ese recorrido deja el Visitador toda la tensión acumulada en los últimos tiempos, toda la información que es necesario que se sepa. El médico será el encargado de hacérsela saber a los irlandeses y también al Deán; porque el Visitador sospecha de tanta y tanta gente allí autoconvocada gracias al «pasaba por aquí y decidí subir a hacer un ratito de compañía. ¡Oh, cuánta gente hay aquí...!».

Se despide del médico a la puerta del Hospital mientras la luna ilumina la plaza del Obradoiro que se abre al campo como si fuera una playa hembra de las muchas que hay en el país. Del robledal de Santa Susana llega la fragancia de los árboles, en los que es seguro que, a esas horas, han de estar en plena actividad los ciervos volantes que en el país llaman *vacalouras*. Es en esa hora mágica cuando el Visitador asciende hacia San Martín Pinairo por debajo del Arco de Xelmírez, aparta por el Campo de San Xoan, antes de llegar a la Azabachería, y se dirige a la Porta de Pena para, también antes de llegar a ella, entrar en las Casas del Conde de Monterrei, en las Casas del Santo Oficio.

Al entrar en el salón que hace antesala de su alcoba, una sombra se incorpora y queda en pie, recortada sobre las contraventanas que delimitan el espacio exterior. El Visitador duda brevemente y al fin se proyecta a abrazarla.

—Simona, Simona —le dice.

Ella se abraza también a él y después los dos juntos se sientan a hablar, cogiéndose de las manos.

—Él ya lo sabía —le dice el Inquisidor.

—Ahora está muerto.

Cuando se acuestan nota él, por fin, la curva prominencia que en su vientre se destaca y sobre ella le posa las manos que retira asustado y nervioso y quizá feliz en su sorpresa.

—¡Se movió! —le dice.

Simona se sonríe y le responde:

—Pronto, pronto se moverá; todavía no.

El Visitador no se atreve a preguntar, pero es Simona quien se lo confirma:

—Es tuyo.

—¿Mío?

—Tuyo.

Hay un silencio largo.

—Pues se movió.

—No.

—Que sí.

—Que no.

Con cuidado el Visitador va levantando la mano y deslizándola hacia el vientre en el que su hijo aguarda venir al mundo.

—Pues verás.

—Veré.

—Ya verás.

—Veré.

Durante un tiempo, la mano del padre reposa en el vientre de Simona y no nota nada. Poco a poco el Visitador empieza a convencerse de que todavía no es tiempo de que el niño avise de forma cierta de su presencia y entonces empieza a arremolinar de caricias el vientre con su mano, deslizándola con delicadeza, mientras le habla pausada y dulcemente al niño que sabe que no le escucha. De súbito aparta la mano de forma asustadiza.

—¡Ves!

Y Simona asiente entonces: es la primera vez que el niño da una patada. Los dos se abrazan y al cabo del tiempo hacen el amor.

Cuando Simona regresa a su casa, el Visitador permanece dormido. Sólo cuando entra en la alcoba la luz de la mañana, se revuelve en el lecho procurando la presencia del cuerpo amado y, al no encontrarlo, siente que ya son llegados los días de cobijarse en la casa paterna y esperar a ver llegar la muerte, mientras ve crecer a su hijo y juntos avejentan él y Simona; él mucho más aprisa. Siente que no son muchos los años que le quedan y cualquier otra acción deja de tener sentido en ese instante, deja de tener interés alguno para él, que siempre se movió con la aventura como meta. Según el sol va brotando en el Pico Sagro lejano, va él determinando lo que su vida habrá de ser en el futuro. Es la primera vez que decide lo que va a ser en su vida premeditándola tan de antemano, con tanta anticipación. Hasta hoy no quiso ni tan siquiera vivir del pasado, ni por supuesto adelantarse a prever el futuro; siempre había sido, y no sin razón, el hoy para él; ahora, por fin, se decide a dejar sentir en su interior que ya no sólo hay objetivos colectivos, sino que llegado también un cierto instante de la vida, una cierta inflexión que se da antes o después, pero que sin remedio se da, hay también objetivos personales. Él llegó ya a ese instante, a ese punto de inflexión. Pedirá el relevo de sus obligaciones en el Santo Oficio y se retirará a su solar de Salcedo, al lado de Pontevedra, ni muy lejos ni muy cerca de la villa. Con él irá la pobre y desconsolada viuda a quien por misericordia acogerá como

ama de llaves. Y verá crecer a su hijo. Así está ya decidido.

Se incorpora despacio y se viste. En la catedral dice misa en la capilla de la Corticela, la que había visitado por primera vez luego de tantos años fuera de la Tierra y, al salir de misa, desayuna en la sacristía, rodeado de canónigos a los que narra toda cuanta peripecia viene de correr en la Armada, aquella que se suponía invencible.

Está alegre el Visitador, su talante adusto ha sido abandonado esta mañana y los canónigos asisten maravillados a aquella novela de aventuras. No es nada comparado con lo que relató anoche en la casa del Deán. Consciente del auditorio del que disfruta introduce sabiamente en la narración a infieles y pérfidos anglicanos que pululan por doquier, al tiempo que bravos paladines de la Contrarreforma luchan en las cubiertas de los navíos por defender al Papa de Roma. Las pesadas armaduras no sólo no arrastran al fondo del mar a los sufridos infantes, sino que permiten que éstos se muevan ligeros y se lancen al abordaje, colgados de los cabos, de las escotas, de las jarcias de los velámenes, que trepen por las escalas de gato mientras blanden el mandoble y en tanto que las ligeras cotas de malla o los cueros de los tabardos británicos son pesados como plomo. La pesadez de los barcos españoles es ligera y la ligereza de los británicos, mucho más maniobreros —aquel mar no es el de Lepanto— son torpes como una vieja obesa.

Se acaba ya el desayuno, leche con migas de pan, y el relato entra en su fase final al tiempo que, impremeditada, surge una referencia hecha a Lourenzo Pedreira; referencia que lo deja triste y apesadumbrado y le permite ausentarse con objeto de ir a testimoniarle, a la que había sido su mujer y hoy es su viuda, la más sincera expresión de su sentimiento. Lo que aún no había realizado y entendía que debía hacer cuanto antes.

Y así lo hace. Se encamina hacia la casa del canónigo, entra, durante un rato permanece en ella y, más tarde, juntos Simona y él, salen a visitar la tumba de Lourenzo. Según van andando hacia el sepulcro, le cuenta el Visitador a Simona los planes que tiene previsto realizar en el futuro. La mañana es esplendorosa e invita a expansiones del ánimo a las que el Visitador no está demasiado acostumbrado; de reojo y cuando supone que nadie lo está mirando, posa su mirada sobre el vientre dilatado de Simona y siente que una nueva seguridad le brota a él en su pecho. Es ésta la primera ocasión en la que afrontan, los dos juntos y solos, la luz del sol. Lejos empiezan a quedarle al Visitador los atareados días que precedieron a éste en el que habita: Los primeros estudios en Alcalá, los que le siguieron en Lovaina, la alquimia, la relación con el turco, la medicina, los días en los que todo era la aventura de la que salir de forma airosa. Lleva años jugando con Felipe, engañándolo, haciéndole creer que tiene en él al más fiel y seguro de sus más inmediatos consejeros, si es que Felipe de alguien se deja aconsejar y no es su voluntad, por Dios gobernada, la que siempre se impone sobre cualquier otra. Pero cuando él llega, se dice, Felipe lo escucha, venga de donde venga, diga lo que diga y haga el tiempo que haga que no lo ve.

Felipe lo escucha y después decide por su cuenta. Y mientras, él, el Visitador del Santo Oficio, viene, como dicen que viene Ambrosio de Morales a hacer cumplida relación de los bienes que en Galicia tiene la Iglesia, a realizar las investigaciones que lo conduzcan a desarticular la intrincada red comercial de introducción de libros heréticos; pero a él, como a Morales, no le importa que los clérigos de Galicia se autodenominen «señores de» si es que eso es la significación de una distinción habida en otros tiempos, junto con otras, con el Reino de Castilla; sucede que al Visitador todavía le importan poco muchas más cosas que a Morales y que, además, es gallego; y así su juego es peligroso en mucha mayor medida que el de aquél, que lo es como muy pocos más lo pueden ser en estos tiempos: él va a propiciar las redes del contrabando de libros, a conocer sus puntos flacos y calafatearlos como si se tratara de la obra viva, que también lo es, de un barco que quiere navegar por el mar amplio de la libertad y la tolerancia. Ya le queda tan sólo por realizar una visita, ya sólo le queda una ronda por dar, la más peligrosa sin duda alguna. Ordenó Felipe, resentido, que fuesen apresados todos los barcos ingleses que estuviesen navegando en las costas de España y tal medida supone que la introducción de los libros heréticos va a quedar estancada unos meses, que se van a adormecer las relaciones, los nexos, las atropelladas y repentinas decisiones y la actividad no volverá a ser fácil en mucho tiempo. Hay que dejar abierto un agujero.

Y mientras, el Visitador aprovechará este tiempo para ir habilitando su pazo de Salcedo, para que Simona lo habite ocupándolo tan pronto como el hijo se le anuncie próximo. Quiere ver nacer a su primogénito, a su *vinculeiro*^[25], en el solar que fue de sus mayores y quiere, además, reconocerlo. Felipe aceptará esto como aceptar aceptó otras cosas o como aceptar aceptó a Antonio Pérez, hijo de Gonzalo, presbítero; como tuvo que aceptar toda la fruta de este tiempo convulso que vivimos.

Poco a poco, sin prisas, se lo va haciendo saber a Simona y ella no hace sino asentir y aceptar. Escribirá su carta de renuncia a la vuelta de unos meses, cuando regrese de la última visita inquisitorial y quede bien articulada la red que aún no terminó de tejer. Y andando despacio rehacen el camino en sentido inverso. La tumba de Lourenzo es ya un recuerdo que fue motivo de visita que amparó un proyecto de futuro.

Los días en Compostela se suceden silenciosos y dulces mientras llueve y el recuerdo de la tumba de Lourenzo regresa intermitentemente a los ojos del Visitador para inducirlo todavía más a la melancolía. Hay un desasosiego que lo va invadiendo según los días se suceden y que, poco a poco, lo va incomodando de forma artera y silenciosa. Empieza a aguardar el anochecer con fervores no de mozo joven enamorado sino, lo que es peor, de viejo que llega al amor con una muchacha que ya no lo es tanto, pero que todavía no hace mucho que dejó la niñez, la pubertad, acaso la primera juventud. Se trata del amor del hombre hecho que se enamora de una mujer hecha y tiene la seguridad, la cordura o la inconsciencia necesarias como para que ninguna duda lo corroa y, sin embargo, todas las dudas lo devasten. Saberla

vecina durante todo el día y no poder verla hasta la noche, en la que lo tendrá que hacer a escondidas, le produce un malestar respecto del que no está en la mejor disposición de ánimo para continuar asumiéndolo. Ciertamente que hay en Compostela sobrados casos de clérigos que viven amancebados, cierto que abundan los inquisidores que lo hacen: Ochoa es un notable ejemplo; Muñoz no deja huerta sin visitar, prostíbulo sin forzar, convento sin que en él no llegue a poner el pie; pero algo le dice que él no debe dejar que la gente lo introduzca en el mismo catálogo. No va a ser él quien censure a sus compañeros, él quien tire abajo la taberna que, en la misma entrada del Tribunal, montó con autorización de Muñoz un judío que se supone converso (en el fondo, allá él) y desde la que se llevan y se traen noticias y confirmaciones acerca de los que están presos en las cárceles secretas. Todo lo más que él se puede permitir es el hacer ver que no ve nada y si acaso y discretamente, pero sin acritud, sin excesivo ánimo, informar en sus cartas de la situación de relajamiento en la que, en Compostela, como en muchas otras partes, vive el Tribunal. Él no quiere que Simona pueda ser confundida con Quiteria, ni con las furcias con las que Muñoz se solaza. Ama a Simona. Desea el hijo que ella le va a dar y desea protegerlos a los dos.

Semanas antes de salir a hacer la nueva visita, traslada a Simona a su pazo de Salcedo. Hace el camino con ella y con los criados, feliz de abandonar la Compostela que queda convencida, al menos en apariencia, de la bonhomía de quien acoge a la mujer, a la viuda, de su amigo y le da techo. No es que Simona necesite de rentas, que tiene por ella misma y por el fallecido de su esposo, es algo más profundo lo que dar techo significa y que la gente intuye, sin confirmarlo, en el gesto del inquisidor.

Llegan al pazo y el Visitador da órdenes precisas y tajantes del tratamiento que allí quiere que se le dispense a doña Simona: como si se tratase de su propia mujer, ni más ni menos. Y avisa de que el hijo que lleva dentro será reconocido como propio. Más tarde y pasada la primera impresión de la llegada, del recibimiento que se le presta al amo tantos años ausente, de las constatadas emociones que atravesaron las sobrinas, hijas de sus hermanos muertos, que ven regresar a un hombre a hacerse cargo del patrimonio que ellas han estado gobernando con dedicación y entrega, pero exentas del entusiasmo que les resta la sensación de lejanía de la vecina Pontevedra, la convicción de que los años, los preciosos años que ahora viven, se les podrían pasar si no fuese por aquella providencial llegada de Simona; más tarde, se decía, dejará establecidas las dudas, razonablemente distribuidas, de que el hijo es suyo, junto con la certeza legal de que lo habrá de reconocer sin que lo sea: nacerá sin que hayan transcurrido los nueve meses desde la muerte de su supuesto padre. Las sobrinas entienden el juego, aman al tío, aman la seguridad que representa para ellas y aman la posibilidad de poder volver a abrir la casa de la Ferrería, encima de los soportales, de forma permanente, abierta a la contemplación del convento, que vecino y subido al otero más airoso y grácil de la ciudad, se les muestra erguido y tenso como un velamen de navío.

Una vez que dejó instalada a Simona regresa a Compostela; deja órdenes precisas y terminantes de que se le avise tan pronto como el niño se anuncie o tan pronto como llegue y, una vez en la ciudad santa, decide preparar ya el próximo viaje al tiempo que, mientras lo hace, decide introducir el mínimo orden necesario en la continuada algarabía que hay en el pazo del conde de Monterrei, el que ahora y desde hace unos años viene ocupando el Tribunal del Santo Oficio. Un mundo de papeles revueltos, de ficheros desordenados, de libros sin cubrir siguen repartidos en desorden por el suelo y es necesario ponerlos sobre sus estanterías, colocarlos de acuerdo con un criterio lógico, con una sucesión ordenada en el tiempo y en el espacio. Según lo va haciendo, para gratitud de todos los que ponderan su capacidad de trabajo, la grandeza de su dedicación, va aprovechando para escudriñar en las vidas de los más ilustres linajes, en las conexiones que entre unos y otros se establecen, en las interacciones que los definen a ellos en conjunto y a sus miembros por separado. Cuando la selección finalice, cuando la prospección concluya y los estantes soporten nuevamente el peso del orden, el Visitador sabrá más que nadie de la realidad del propio país al que pertenece, como una más de las doscientas mil almas escasas que lo habitan, en aquellas postrimerías del siglo XVI de nuestra era.

También es cierto que mientras hace tal cosa y aprovechando la inicial confusión allí encontrada, irá haciendo desaparecer papeles, informes, denuncias o evidencias que comprometan diversos tipos de actos. En algunos casos será él el único conocedor de tal proceder; en otros, pondrá delante de la mirada temerosa de los implicados los papeles que los señalan y acusan, que los comprometen y, dependiendo de la persona de la que se trate, allí mismo, en aquel preciso instante, los hará desaparecer o pospondrá la acción para más tarde, de forma que sea otro tipo de nexo el establecido, de otro tipo la dependencia o la gratitud.

Y sabrá más del tráfico de libros, de los libros que él tanto ama y protege tanto. Su memoria prodigiosa irá archivando, uno tras otro, datos sobre las actitudes de los comisarios del Santo Oficio en los diversos puertos gallegos, de su tendencia a permitir que determinados fardos puedan llegar sin demasiados contratiempos a significados monasterios o a elevados pazos de la hidalguía campesina. Van transcurriendo los días y el aspecto de las dependencias del Tribunal empieza a ser otro, con la animadversión de Quiteria y la contemplación, entre cínica y agradecida, de Muñoz y de los otros dos detentadores de las familiaturas que empiezan a ver en él a la persona imprevista que desgaja la rama de la normativa, la persona anormal que infringe las costumbres y las trastoca. Y el Visitador se da cuenta de que hay quien empieza a considerarlo la conciencia oculta y manifiesta de todo aquel batiburrillo. Tal fama es buena. Cuando en la corte hablen de él, se dirá que fue el hombre que puso orden en tanto desgobierno. Pero es peligrosa fama si se observa desde la perspectiva de la gente desordenada. Es el continuo riesgo que la vida impone. Siempre hay que estar eligiendo, decidiendo las acciones a emprender, los caminos a tomar, las amistades a iniciar o aquellas que deben ser cultivadas; y todo tendrá sus

pros y sus contras, todo tendrá sus riesgos y todo contará con la susceptibilidad que provoquen los errores cometidos, que surjan, agresivos y contumaces, de las conciencias violentas. Acaso en eso estribe la madurez: en caminar de esa forma en la perenne búsqueda de siempre el mismo camino; de ese camino del que a diario la vida te separa. Acaso la madurez es eso: evitar el camino que la vida te impone, no aceptarlo e imponerle el que tú mismo y previamente te fijaste; no dejar que la vida sea quien nos gobierne a su antojo y arbitrio. Si así sucediese, si fuese siempre la vida la que gobernara en todos los casos, el Visitador habría continuado en su pazo, desde hacía años, desde siempre, sin haber salido de él nunca, adocenado, garañón insaciable de una manada de muchachas que irían siendo sustituidas las unas por las otras, sin apenas solución de continuidad; o sería hábil cazador y reconocido comedor y bebedor; o bien en la soledad de su biblioteca rebuscaría verdades ocultas en los libros y dejaría que las tardes se deslizaran lánguidas y tristes mientras atizaba el fuego en la chimenea. Pero el Visitador eligió ser él quien ayudase a que otros acogieran lo que la vida les deparase. Terrible decisión ésta que en muy pocas ocasiones termina siendo perdonada.

Y mientras no llega el momento de que no se lo perdonen, observa la relación de los gastos que se derivaron de las visitas de sus antecesores, a fin de no pasar, ni muy por detrás, ni muy por delante de ellos (mil quinientos reales le parecen excesivos reales por muchos hombres que fuesen los que hicieran la visita) o compulsiva la pompa de los autos de fe reflejados en moneda; mil pensamientos que le rondan por la cabeza lo abstraen de sus razonamientos iniciales y lo confirman en la consciencia de la llegada de la vejez: se preocupa por el dinero y siente la urgencia de ordenar su propio patrimonio. Lo hará más tarde, en los días que pase en Salcedo, después de que haya llegado su hijo. Y en tanto, dejará ir a los días sucediéndose los unos a los otros, con la idéntica monotonía de siempre: mucho crecieron ya los días, mucho se nota ya cómo acortaron.

Dedica el resto de su tiempo a hablar con el Deán, a visitar a su amigo el médico, ahora esquivo y distante sin que se sepan las causas; también a frecuentar las tertulias de los atardeceres y a conseguir que todo el mundo sepa de él como de un hombre afable y trabajador. Consigue ser el único miembro de la Inquisición admitido en la sociedad clerical y civil de Compostela y crear, alrededor de su figura, un halo de respeto y afecto que piensa que necesita y puede usar en algún momento determinado. Cuando le hablan de Simona dice, restándole importancia a la pregunta, situándose lejos de ella y lleno de desafección, que hace tiempo que no sabe nada de ella, que supone que el niño habrá nacido ya o que nacerá cualquier día de éstos. Y mientras así habla, algo le rebulle en el pecho.

También es cierto que su actitud le está deparando enemigos. Los intuye detrás de él, sin alcanzar a identificarlos, y se convence una vez más de que acaso lo mejor sea pasar inadvertido; pero hay ocasiones en que tal actitud no sería posible al tiempo que otras, igualmente necesarias, se hacen inevitables. De esto también está seguro el

señor de Salcedo. Como está convencido de que lo más sensato es abandonar Compostela cuanto antes; se hizo notar demasiado.

Una noticia viene a liberarlo; Simona parió un niño. En pocas horas pasea sin prisas Compostela, deteniéndose aquí y allá a hablar con la gente que conoce para informarla de la buena nueva y de que «hoy o mañana, si puedo...», «saldré para Salcedo...», «... en donde ella está, en la casa de mis sobrinas...», «... para conocer al hijo de Lourenzo, al que consideraré como a un sobrino...», «como a un hijo». Y cuando da por sentado que su desaparición no será considerada ni súbita, ni precipitada, «pues ya debió parir hace unos días, acaso una o dos semanas», regresa a casa y para ello y en primer término avisa a la yegua concedora de caminos; luego deja aviso de que, de allí a unos días, salgan para Pontevedra el alguacil y el secretario que lo han de acompañar en el próximo recorrido y que esperará por ellos, por el aviso de su llegada, en su casa de la Ferrería, lo que supone una orden conminante de que sea allí adonde le envíen los recados. Después sale para Salcedo.

Al cabo de quince días de haber sabido de la felicidad del reencuentro con Simona y de la presencia del hijo que le llega en la venerable, proveya edad en la que se halla, recibe recado de que el alguacil se encuentra aquejado de flemas y corrimientos y que, dada la cantidad de lluvia que está cayendo, prefieren, si su Reverencia así se decide a autorizarlo, retrasar la partida hasta que el tiempo se componga un poco. Responde el Visitador molesto por la tardanza y aconseja que la demora no vaya a resultar excesiva, pero autoriza la permanencia en Compostela de sus dos ayudantes. Lo hace feliz y lleno de gratitud, pero no por eso menos consciente de lo que podría ser deducido si la demostrada alegría lo fuese en manera excesiva, siquiera insinuada. El hijo le tiene sorbido el seso, su seso de viejo en ciernes. Le vigila desde esa altura mientras está dormido en la cuna, o ayuda a mecerlo cuando llora. Le pondrá de nombre, está decidido, Martín, Martín Abalo de Salcedo, Señor de Salcedo.

En Pontevedra, y por fin, visita a Xurxo Bicaño a quien él, ahora y después de haber realizado aquella profunda prospección en los archivos, sabe Jorge Promontorio, mercader de origen italiano que, para ser mercader y según consta en sus antecedentes, «mui leido i escrito» y ama demasiado los libros en los que lee, sin pavor ninguno como cabría esperar de un mercader, a los clásicos latinos; muy próximo está Xurxo Bicaño a las cortes de Inglaterra y Francia y ya se sabe que, en estos tiempos, Galicia es vecina de Francia con la que, como de Inglaterra, mar por medio, limita; tan llenos están siempre los muelles de barcos británicos; tan intenso es el tráfico con La Rochelle. Xurxo Bicaño es quien huyó de A Coruña por ser aquí, en las rías bajas del sur, donde el tráfico de libros es más intenso y fácil y a causa también de que, en A Coruña, ya le había dado un buen susto la Inquisición; susto del que su sustanciosa fortuna y su gran predicamento entre toda clase de gentes lo

habían conseguido sacar bien librado. El Visitador hizo desaparecer sus papeles de Compostela, pero Bicaño jamás llegará a saberlo; por eso tiene más valor la confesión libremente realizada, un atardecer, cuando el crepúsculo era llegado, mientras paseaban de Santa María a San Francisco dando vueltas por la rúa de la Amargura, descendiendo en paralelo hasta la plaza del Pan, pasando por las cinco calles, luego por la Plaza de los Hornos, la Plaza de las Gallinas, Calle Real, por medio, cesteros en la Plaza de la Verdura y en la de la Leña hojalateros, hasta subir, volviendo sobre sus propios pasos, por la Calle de los Comercios. Fue la confesión que le deparó la amistad y la admiración del Visitador de la Inquisición, quien tampoco le habría de confesar jamás nada de su actitud respecto del contrabando de libros, menos respecto de la real y militar orden en la que profesaba y de la que el pomo de su espada era una blanca señal que lo identificaba en el medio y medio de tanta oscuridad, y nada tampoco respecto de tantas cosas que los unían y los juntaron. Pero el Visitador supo, en cambio, durante aquel crepuscular atardecer, que Xurxo era de profesión luterana y lo admiró más de lo que lo había admirado, respetándolo.

Pasan los meses y concluye el invierno. Son terminados los largos días de lluvia, los cortos días de sol, los árboles con sus ramas peinadas por el viento que ahora se posa de nuevo en el ramaje que empieza a brotar verduzco apenas, casi blanco. El Visitador se impacienta: es demasiada felicidad aquella, demasiados corrimientos, demasiadas flemas las que aquejan a su subordinado. El niño va creciendo y Simona regresando a aquella apariencia que lo había encandilado y que respondía por fuera a lo que él esperaba encontrar por dentro. Simona vuelve, pues, a ser la que había sido; no se abandona, no engorda, se mantiene como siempre había sido y seguirá siendo siempre en la memoria del Visitador. Las sobrinas entienden la sangre que las vincula al nuevo vástago y lo aceptan como quien entienden que es, igual que hacen con su madre, a quien desde entonces respetan más todavía. Pero el Inquisidor está inquieto; por carta conmina a sus ayudantes a que aparezcan cuando antes por Pontevedra, antes, en cualquier caso, de que decida él ir por ellos a buscarlos a Compostela: lo cierto es que, en el fondo de su alma, desearía que no llegasen nunca.

Al cabo de diez días recibe aviso de que se encuentra muy enfermo el secretario y entonces, por el mismo recadero, envía noticia de que ya no se debe esperar más y de que se pone en camino él solo con objeto de cumplir el itinerario de las visitas. En cualquier caso, las que realice, las tendrá que llevar a cabo acompañado del Comisario de la Inquisición en el lugar, de un notario, un familiar de la Inquisición y dos números de la policía del Concejo y, por lo tanto, no irá solo. Tendrá que ser el Comisario el primero en subir a bordo del navío; lo hará antes de nada, antes incluso de que el barco llegue a estar atracado del todo en el muelle y mientras los números de la policía impiden que nadie suba o baje a bordo, para acto seguido, y como primer paso de los muchos que sobre el barco ha de dar, pedirle al capitán la

profesión de su fe. Sabiendo ya qué fe profesa el que allí manda proseguirán la inspección. Subirá entonces o no el Inquisidor a bordo, sí o no, según decida.

La primera visita que el Visitador realiza es en Cambados. Se puso en camino nada más tener noticia de que su ayudante estaba enfermo y de que, casi al mismo tiempo, un barco había llegado a puerto, derrotado por el temporal, alterada su derrota por el viento que lo había abatido contra la villa de los pazos y del buen vino que los buenos frailes del Císter trajeran con ellos desde tierras lejanas y también húmedas y ácidas. Se trata de un barco inglés y el Visitador intuye que la derrota no fue alterada; aquel barco trae los velámenes del trinque y en la cubierta no hay el salitre que queda una vez que los rociones de agua han invadido la cubierta. Cierto que había corrido mal tiempo, que el mar se encrespó durante los últimos días, pero la cosa no había sido como para tanto, como para alejar al navío de su derrota. No llegó, pues, derrotado, sino que llegó siguiendo la derrota que traía.

Es una ocasión única la que se le presenta. Habrá noticia cierta de su hazaña: Compostela está cerca de Cambados, Pontevedra también, hasta ellas llegará fácil noticia de su hecho: son requisados quinientos libros. La búsqueda, el fondeo fue realizado por lo menudo: todas las arcas, una por una, fueron revisadas a bordo, después desembarcadas y vueltas a ser miradas encima del muelle y comprobadas para ver si coincidían con lo relatado en el manifiesto de embarque. Ningún comerciante protestó, todo el mundo asistió a la inspección llevada a cabo encima del muelle, a la vista de todos, y quien quiso pudo saber también de la relación exhaustiva de los quinientos libros: las obras de Lutero y las de Calvino, un derecho canónico en tres tomos, varios ejemplares del *Concilio Tridentino*, una explicación de los Salmos, un *Romance* de Roberto Belarmino, tres tomos de Graciano... «*suaviter in modo, fortiter in re*» dirán del Visitador en Compostela, como ya lo habían dicho en Madrid o en la corte de El Escorial. Lo que nadie dirá es que, en las visitas anteriores y en las que han de suceder un delicado y especial cuidado se manifiesta a la hora de verter los pellejos de vino importado...

—Bendito sea Dios que nos regala con este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre... —dirá pronunciando las palabras de la consagración de forma que sean entendidas cada vez que alguien le indique la conveniencia de hacerlo. Las gentes pensarán que su reacción es producto de una veneración, rozante en la superstición, de los elementos de la Eucaristía, se agachará y besará, siempre, la más mínima corteza de pan que caiga al suelo, y no que el Visitador sabe muy bien que dentro de los odres de vino y dentro de otros odres más pequeños, viajan los libros camino de los monasterios o de los pazos hidalgos, en ocasiones protegidos incluso por el vino que se ha de utilizar para decir misa.

Ningún comisario será consciente de que el Visitador sabe que es por el muelle de su responsabilidad por donde pasan los envíos amparados en la avaricia, en unos casos, en la incuria, en otros, en el soborno en casi todos; en el propio afán de saber en algunos de ellos, en los menos; y que también sabe que en el tráfico comercial no

es por donde los más entran de ellos porque han sido muchas, demasiadas, las protestas de los exasperados comerciantes, ante los estragos que las inspecciones producen en las mercancías, ante la lentitud que el proceso burocrático imprime a las labores de descarga y desembarco cuyos gastos ellos tienen que afrontar y hartos ya de perder los fletes y de que les sean confiscadas las estibas después de un fondeo fructífero en libros, pero que no tenían nada que ver con ellos y así lo han manifestado y han conseguido desviar el tráfico y aliviar las inspecciones.

Por eso, sabe que el tráfico de libros más importante es el realizado de forma específica: barcos cargados de ellos que se allegan a los puntos de desembarco previamente convenidos, o barquitos que se pierden en la lejanía hasta llegar a abarloadse, varias millas mar adentro, ya en el mar de afuera, en el mar mayor, a los barcos grandes que dentro de ellos, en sus vientres panzudos y solemnes, los traen de lejos. Y sabe el Visitador de estas redes, de estos puntos y de las gentes que los entretejen, precisamente en estos tiempos en los que él anda caminando, silencioso, por las costas del sur de Galicia, enviando detallada nota de todo cuanto va haciendo y encontrando, pero evitando siempre los puntos que él sabe que no debe visitar.

Durante meses el Visitador frecuentará los muelles más significados de las Rías y Noia, Baiona, Tui, Pontevedra o Vigo, sabrán de su dedicación y eficacia, mientras que al mismo tiempo los monasterios de la zona y aun otros muchos más del interior de Galicia, sabrán también del hartazgo de libros que les llega del mar; jamás habían tenido, los monjes bernardos y los benitos, las bibliotecas tan bien surtidas; tan acumuladas de volúmenes de los que la fragancia a tinta fresca todavía inundará sus ámbitos más recoletos de manera tan embriagadora. Y, mientras, entre visita y visita, entre alijo y alijo, las visitas al pazo de Salcedo, al hijo que sigue creciendo, a Simona que lo mantiene en el vilo del amor que no se acaba.

... Y regresa a sí. Una de las hojas de la ventana se había abierto dejando penetrar el viento en la estancia. Se arrebujaba en la manta que tiene echada por encima de los hombros y alarga una mano hasta alcanzar el cordero que clava con y en un cuchillo de hoja larga y pronunciada. Ya está asado. Lo mira y lo remira, para ver por dónde le ha de hincar el diente. Lo que hace pronto, sosteniéndolo con cuidado para evitar quemarse o que se le caiga al suelo, tan lentamente lo hace, tan sin prisa alguna.

... Lentamente, sin prisa alguna, a pequeños mordiscos, breves y acaso furiosos, el Visitador va dando cuenta del cordero en la soledad de su casa de Aix. Sabe ya lo que es la tristeza. Detrás de él quedan los rojos atardeceres de Cambados, la mansedumbre tibia de la ría de Pontevedra atisbada desde el otero de su pazo de Salcedo, la blandura del agua cayendo mansamente día tras día, como una bendición o como un castigo. Por eso él tiene preñado el corazón de agua, lluvia menuda que lo inunda de saudade, *orballo* tibio en el refluir de la tarde y afuera, ¡tanta luz!... ¡tanta luz! que el corazón no podía menos que llorar... Dulce condición, pues, la de la gente

como él, la de los panteístas, que con tan sólo sumergirse en sí mismos, al sentir el corazón mojado, tienen adelantado un camino que para otros es, casi siempre, calvario indescifrado o ascesis lenta y en ocasiones inconclusa. Lo que no sucede ahora: cuando la mitad de su ser lo arrastra hacia la Route de Galice, camino de Simona y de Martín, camino de la Tierra —¿por qué, que se sepa, sólo los gallegos le llaman así, con letra capital, con mayúscula, a su tierra? ¡La Tierra!; camino, pues, de la Tierra—, de la única Tierra y hacia las brañas húmedas y blandas que, a esta hora del crepúsculo, mostrarán la luz única que viene del mar a posarse sobre la hierba, en la hierba que proyecta la sombra del aire que se enguedeja en ella, peinándola acaso, tamizada que fue antes por los abedules, amada por los pájaros y mientras que la otra mitad, la otra mitad de su ser, lo mantiene allí, clavado sobre aquella otra tierra, restregando que había estado la espalda, estupefacto delante de tanta luz, atolondrado con el calor, hecho un hombre e intentando recordar no sólo los nombres de los pájaros, los nombres de las cosas, de las plantas o de los predios, todo aquello en lo que se enmarca el amor que allí había posado, la rama que había sido desgajada de su tronco viejo, sino también rememorar, para poder entenderlo, qué viento había sido el que a tal situación lo trajera.

Mientras roía el hueso del cordero, cavilaba no sólo y como tenía por costumbre en la fugacidad del tiempo y en lo lábil de su consistencia, sino también en la causa amarga que hasta allí lo había llevado. Miles y miles de imágenes se proyectaban en la mente y no daba encontrado motivo alguno inmediato para su desgracia.

Había tenido que huir sin apenas tener tiempo de despedirse. Acudiera a Baiona, adonde el Comisario lo había reclamado, para ver como mejor atender a un navío recién llegado que, yendo rumbo a La Rochelle, se había tenido que desviar de arribada forzosa (a causa de los tiempos de poniente que tan ruines son para la gente de mar en las costas de Galicia) y fondeado al abrigo del castillo aguardaba la inspección necesaria y previa para que los hombres pudiesen bajar a tierra a mitigar en las tabernas la lánguida espera del buen tiempo. Había recibido el aviso estando en su pazo de Salcedo y saliera de inmediato, dejándole recado a Simona, ausente en Pontevedra en la casa de las sobrinas, y después de haber besado al niño que en la cuna jugaba con sonajeros de boj.

Al poco de él haber salido llegó un propio del Deán. Venía con el caballo fatigado y sudoroso, así que le prestaron otro en el mismo pazo y salió a galope detrás de él para alcanzarlo en la Ponte de San Paio, ya en la banda de Arcade, en la banda sur de la otra ría, cuando caminaba al paso de su yegua compañera de caminos tantos. Se acercó a él gritándole desde lejos y le alcanzó la nota que el Deán le enviaba: «Es bueno que los libros no estén a buen recaudo; mejor quemarlos antes de que caigan en las manos de los ignorantes. No haga caso de ninguna otra consideración». La leyó asustado como si aquella orden, aquel aviso no fuera posible; como si jamás se hubiera tenido que escribir aquella frase que lo ponía automáticamente en disposición de huir. No pronunció palabra y, en silencio, dio vuelta a la cabalgadura camino de

Salcedo con objeto de desandar lo andado.

El recadero lo siguió al paso y durante el trayecto de vuelta fue respondiendo a las preguntas que espaciadamente y como sin ganas le formulaba el Visitador. Pronto estuvieron de regreso en Salcedo. Simona aún no había regresado y el Inquisidor, con aparente calma, fue haciendo los preparativos de un más largo viaje que los habituales. La orden era terminante: había que ponerse a salvo. El barco llegado de arribada forzosa sería una buena ocasión para ser aprovechada.

Tan pronto como fue atendido en la cocina del pazo y una vez que reposó el yantar, el propio del señor Deán regresó a Compostela. Los preparativos alcanzaron, a partir de ese momento, una cadencia de la que habían carecido hasta entonces y se hicieron más ágiles y rápidos. Los criados más fieles entendieron la urgencia y colaboraron bien, de forma que, en poco tiempo, el Visitador pudo marcharse de nuevo; en esta ocasión con dos cabalgaduras más y con gente de la suya que lo protegería por el camino. ¡Ay, de quien se le acercara! Una nota quedó en las manos más viejas del pazo y supo Simona de la huida gracias a ella.

Esta vez no llegaron a cruzar el Ponte de San Paio, sino que, en la banda norte, al pie de Vilaboa, embarcaron en una gamela y dejaron los caballos al cuidado del más joven de los acompañantes. Había que evitar los caminos.

Remaron duramente y ya de noche pudieron ver, distinguiéndola con nitidez, la figura del barco recortada, al pie del bicaño de Baiona, contra el horizonte de las Cíes. Sin izar las velas, tampoco querían ser muy observados desde tierra, se fueron acercando al navío hasta abarlotarse a él por sotavento escondidos a posibles miradas hechas desde la orilla. El Visitador subió a bordo y al poco tiempo se asomó a la borda y llamó por los suyos. En corto espacio de tiempo tuvo toda su impedimenta en las sentinas del navío. No había sitio más que para él y, así, abrazó uno por uno a todos los suyos y cuando éstos, ya de retorno, estaban lejos y perdidos en la oscuridad de la noche que ya había llegado, el navío levó el ancla, izó las velas y aproó las Cíes. El viento había rolado y ahora un leste clarito que dejaba las aguas como un espejo, una brisa liviana y débil, fue sacando el barco hacia el mar mayor sin apenas inflarle las velas.

Así había huido el Visitador. El mensaje del Deán era el indicado para la inmediata puesta a salvo y no había hecho preguntas ociosas que la dilataran sino que se había limitado a cumplir lo convenido. Ahora, en la soledad de Aix, era cuando sí se preguntaba cuál fuera el mal viento que hasta allí lo había llevado.

Se preguntaba, pues, el Visitador de quién había sido la traición, de quién el engaño, de quién el error y repasaba las mil posibles situaciones en las que se podría haber producido. En la soledad de su cuarto se interrogaba una vez más acerca del médico amigo de la niñez, por el Deán mismo, por quién de los canónigos o de la propia gente del Santo Oficio, por quién de los irlandeses, lo había podido traicionar. Repasaba una por una sus visitas, uno por uno los nombres de las gentes involucradas en la espesa red que había ido tejiendo y al no encontrar una sola respuesta racional a

sus preguntas se le volvían éstas irracionales y absurdas, de manera y forma que cabían en ellas todas las variantes posibles, con lo que la tortura era si acaso más grande.

Una vez que dio cuenta del pernil de cordero, acercó un sillón de cuero a la chimenea, echó más leña en la lumbre y con la mantita a modo de toquilla echada sobre los hombros siguió rememorando los últimos tiempos vividos. Necesitaba tomar una determinación, necesitaba una actividad que no estaba teniendo. Desde que había llegado a Aix, todo se le volviera esperar y no hacer ruido. Contada era la gente que sabía allí de su presencia de una manera exacta y fidedigna: un viejo compañero de los tiempos dedicados a la anatomía y a la física, también algo a la alquimia; dos impresores que había conocido hacía ya años con ocasión de otra estancia anterior en Aix y alguien más que, por cuenta de los dichos, había sabido del gallego que en la rue de Griffon se alojaba.

Había realizado el camino sin contratiempos; la navegación había sido buena y le había dado tiempo a recordar los rumbos, las derrotas seguidas en ocasión de la invencible Armada. Esta vez, en cambio, todo había jugado a favor y en muy pocas singladuras estaba ya en La Rochelle. Desde allí, desde La Rochelle, con los dos cofres que había sacado de su casa y poseedor de dinero suficiente como para no pasar miserias en muchos meses, se desplazó hasta Aix guardado por la protección que había comprado al desembarcar y después de haber depositado los más importantes de sus valores en una sucursal de los Fugger. Quería estar lejos del Atlántico, lejos de la Europa Occidental, pero en un lugar de encrucijada de los que él siempre y tanto había gustado, un lugar que le permitiera, gracias a su situación, estar informado del acontecer del mundo. Por eso estaba en Aix-en-Provence. Por eso estaba escondido y quieto y porque estaba quieto y escondido seguía cavilando, inquieto, en el mal viento que hasta allí lo había conducido. Por fin se quedó dormido al lado del fuego.

Despertó siendo la mañana más temprana y tullido el cuerpo por culpa del frío que en él le había entrado. Decidió reavivar la lumbre y esperar a que el día fuese pleno. Una vez que se rehízo el fuego, hirvió leche y la tomó con cortezas de pan que fue desmigajando sobre ella con la parsimonia de quien no tiene otra cosa mejor que hacer y dispone de todo el tiempo del mundo para no hacer nada. La inactividad lo reconcomía, pero era sabedor de que la gente a sueldo de Felipe era tanta y tan esparcida estaba por el mundo que podrían dar con él en cualquier sitio en el que se encontrase e incluso sin que anduviesen buscándolo directamente. Acaso no fuese aquel el mejor lugar para poner tierra por medio, pero ¿quién lo sabía?, hasta la causa de la fuga podría, en circunstancias normales, determinar el lugar de la madriguera en la que esconderse. Pero tampoco eso sabían; lo sabía, en cambio, él.

Cuando el día ya era un hecho bajó a la calle y se dirigió a las caldas que hay al final de la rue de Bon Pasteur. Necesitaba encontrarse relajado y el recuerdo de la palabra lo hizo sonreír: cuánta gente había sido relajada por orden que provenía de

sus labios y por cuenta del Tribunal del Santo Oficio; ahora era él quien decidía, libremente, distender su cuerpo en el agua tibia de las caldas y meditar, en ella sumergido, acerca de la actitud a tomar en días venideros. El recuerdo de Simona y del niño le impedían cualquier iniciativa que ya hubiera podido ser tomada si aquellos dos seres que tiraban de él con una fuerza desconocida e insospechada no existieran. De no estar ellos por en medio haría ya tiempo que hubiera prescindido del refugio de Aix y que se habría puesto en camino para, en el camino, desvanecerse y ocultarse. Era un procedimiento que sabía infalible: lo peor que podría hacer era lo que estaba haciendo: quedarse quieto en un sitio y permanecer en él a verlas venir. Del continuo movimiento venía la continua duda, la suspendida respuesta a las concreciones. Habría, pues, que ponerse en camino. Pero algo había cambiado dentro de él; sabedor de estas verdades, de estas escasas verdades, que configuraban su existencia, era al mismo tiempo consciente de que no quería caminar, de que el único camino posible era ya el del retorno. ¿De qué le valdría ahora a él, volver a recorrer Europa? Cada paso que diera sería un alejamiento de lo que más amaba. Antes y por el contrario cada paso que daba era un acercamiento a lo que más lo llamaba: el eterno cambio, la eterna pregunta, la perenne duda: el camino; el camino del que lo que importa menos es su principio o su fin, y sí, en cambio, el recorrido. Lo que importa es el viaje, no la salida, tampoco la llegada, que están siempre al borde de la nada. Ahora tenía una verdad en el dulce valle de Salcedo y todo cuanto quería estaba allí, aguardando por él. Ya un solo camino era posible para poder seguir viajando: el del retorno. El único que casi siempre es imposible. ¡Ah y qué difícil es volver sobre los propios pasos!

La tibieza del agua le devolvió la tranquilidad y el sosiego que la noche le había llevado. Si en el plazo de un mes no tenía noticias acerca de la causa que había motivado su huida, regresaría a España e iría directamente a Felipe a darle cuenta de su decisión: abandonaría todo para recluirse de por vida en su pazo de Salcedo... Ésa era la intención.

Salió del agua, se vistió y paseó por Aix. Cuando llegó la hora de comer se encaminó a Le Manoir, la gótica mansión de uno de sus amigos, y pasó allí la tarde hasta que llegó la hora límite del atardecer en que se encaminó a su casa nuevamente y sabiendo que una larga y pétrea noche lo aguardaba: Pero cuando llegó a allá lo estaban esperando.

XVII

Despertó ya bien entrada la mañana; era sábado y la idea de un fin de semana pasado en soledad llegó a inquietarle; asustado por esa posibilidad se vistió lo más deprisa que pudo y supo y salió a la calle sin llevar un rumbo fijo. Bajó hasta la Facultad y comprobó que se encontraba cerrada y que ni al recinto podría acceder; no tenía acreditación; el guarda de la puerta era el que permanecía en ella solamente durante los días festivos y en consecuencia no lo conocía y, por otra parte, ¿qué podía pintar él solo en el recinto universitario? Caía el sol a plomo cuando subió de nuevo hacia el casco urbano y decidió pasear el Cours Mirabeu con objeto de encontrar, en algún momento, a alguien acogido a la sombra inmensa de los plátanos gigantescos que lo protegen del sol y lo hacen tan hermoso, tan dueño de su luz única e irrepetible; pero tampoco allí encontró a nadie. Se le había ido la mañana y no tenía nada mejor que hacer, así que decidió sentarse en Les Deux Garçons y esperar allí por si aparecía alguien que le ayudara a hacer más llevadero el día. ¿Dónde estaría Claire? Le quedaban ya pocos días de estancia en Aix y aquella muchacha había aparecido en los últimos momentos para complicarle la vida de forma específica y acaso definitiva. Lo cierto es que se había mal acostumbrado con aquella facilidad encontrada a la hora de irse a la cama con otras mujeres y que aquella intranquilidad, aquella certeza, mejor dicho, de que, tras mucho enredar, al llegar la hora de la verdad, Claire iba a encontrar cualquier disculpa *ad hoc* para poder alejarse dejándolo inmerso en la soledad más pura, aquella que hace evidente alguna ausencia, era una seguridad ciertamente lastimosa. Si se dedicara a Mireille, incluso a Lucille o a alguna otra muchacha de quien las miradas no le dejasen excesivo lugar a dudas, lo cierto es que a esta hora estaría en la piscina —¿en la piscina?— o en la playa tomando el sol en compañía de una hermosa joven vestida de bikini a su lado. También es cierto que la hermosa joven podría estar en *top-less*, pero a él tampoco le importaba mucho.

Se incorporó del sillón de mimbre en el que se hallaba sentado, pagó y subió, ya tanto era el calor, dificultosamente hacia la piscina. El coche, cerrado en el recinto del campus, estaría hirviendo. Tampoco tendría coche durante el fin de semana; estaba solo.

Al llegar a la piscina se dio cuenta de que no llevaba ni el famoso y obligatorio gorro de siete francos, de los que ya llevaba adquiridos tres en los últimos días, ni tampoco el traje de baño imprescindible para bañarse en aquella piscina y en las otras del país. Así que giró sobre sus talones, lo que en última instancia era una suerte: de esa forma podría subir de nuevo por la tarde y así tendría algo más que hacer y en lo que ocupar el tiempo.

Bajó y por el camino compró unas lechugas, pimientos, tomates y cebollas con los que hacer una ensalada fresquita que lo liberara del calor deshidratante que lo enloquecía. Pensaba meter las hortalizas en el congelador y sacarlas bien frías, al

cabo de diez minutos, para que lo refrescasen.

Y así lo hizo al llegar a casa, después de trocearlas y de haberlas lavado muy por lo menudo. Mientras se enfriaban en el congelador, se desnudó y se introdujo debajo de la ducha aguardando allí a que pasase el tiempo. Harto de permanecer en pie y de enjabonarse, harto de estar sin hacer nada, harto de estar harto, se sentó en el suelo de la bañera y se dejó mojar mientras silbaba canciones que el agua, al llegar a las comisuras de los labios, luego de haber resbalado por las mejillas, dificultaba y convertía en trinos de, cuando menos, dudoso sentido musical. Al fin salió de la ducha y sin secarse se dejó andar mojado por la casa adelante, dejando un reguerito de agua por donde quiera que fuese. En otros tiempos y en otras y tropicales latitudes, a fuerza de calor, había salido de la ducha, en la que se metiera con el albornoz puesto, mojado como un pollo mojado para irse, poco a poco, dejando secar con la ropa puesta, pero bien fuese por el albornoz, bien por el agua, bien por la muy baja latitud de aquellas hazañas le había quedado un reuma que, llegado el invierno, lo tullía y lastimaba, hiriéndolo en las vértebras, clavándosele en las corvas, limitándole los movimientos; así que ahora había decidido prescindir del albornoz y contentarse con andar desnudo y mojado por la casa adelante.

Preparó la ensalada con toda la parsimonia y la eficiencia de quien no tiene nada mejor que hacer, de quien no tiene otra cosa que hacer y el tiempo se le presenta largo y nostálgico por delante. Se sentó y comió masticando despacio. La ducha le había abierto el apetito, la caminata también había ayudado lo suyo, además bien cierto era que no había almorzado a su debido tiempo; razón esta última que lo decidió a batir unos huevos y hacerse una tortilla francesa. Abrió una lata de bonito, lo mezcló con el huevo ya batido, dio cuenta de una cerveza y, poco a poco, fue aumentando el nivel calórico aconsejable en aquel tiempo cálido. Acaso también le ayudara la ansiedad. Estaba insistiendo demasiado en el recuerdo de Claire; demasiado en las sensaciones que le había dejado y que intentaba recobrar; demasiado en el deseo de ella que le llegaba en oleadas precisas y previsibles a las que se abandonaba con más frecuencia de la que juzgaba necesaria. Llevaba mal camino, le quedaban ya pocos días en Aix y por lo que iba transcurriendo era el menos adecuado para alcanzar los fines que se había propuesto; al menos esa consciencia sí la tenía.

Cuando terminó de yantar estaba seco y volvía a tener calor, calor y un poquito de sopor posprandial. Se fue para la habitación, se echó encima de la cama y sudoroso e inquieto se quedó profundamente dormido.

Despertó con la anochecida y con el frescor que ella trae consigo. Primero se había dado cuenta del frío que empezaba a invadirlo, poco a poco, despertándolo, y no había tenido voluntad suficiente, aunque sí conciencia de ello, para meterse de nuevo debajo de las sábanas; después había tenido voluntad y conciencia de que, si lo hacía con movimientos bruscos, acabaría por despertar; así que decidió hacerlo con

lentitud; primero, echarse a un lado de la cama; segundo, separar la sábana para abrir el lecho; tercero, introducir, muy sin brusquedades, una pierna debajo de la sábana y así hasta encontrarse todo él metido dentro de la cama, todo él sintiendo la tersura de las sábanas, su frescor inmaculado hasta ese instante. Acabó por espabilarse de todo. Había ido sabiendo del día que se acababa, de la llegada del frescor de la tarde, de los cantos de los pájaros que, en los plátanos próximos, en la plaza del palacio del arzobispo, trinaban con la fuerza que da la llegada de la noche, con la fuerza que presta el miedo a la oscuridad, el pasmo ante el diario milagro del sol que se va y todo es angustia; había ido sabiendo que perdiera todo un día y le dio miedo pensar en la larga y cálida travesía del domingo que amanecería en pocas horas.

Se incorporó y fue a la nevera. Era habitual en él el tener hambre una vez que había dormido la siesta y lo que en tal situación más agradecía era poder tener una naranja que llevarse a la boca para ver de sorber de ella el zumo ácido que le recompusiera el sabor áspero que la lengua acostumbra a tener después del sueño. No había naranjas y optó por un plátano y por unos albaricoques grandes provenientes, lo más probable, de alguna no muy distante cámara frigorífica. Según deglutía la fruta, se acordó de la carta que aún permanecía sobre la mesilla de noche; regresó a la habitación con objeto de cogerla y, allí mismo, mientras sorbía el zumo de los albaricoques sin tener, como en la niñez lejana, quien le reprendiera por ello, deleitándose, por tanto, en el aspecto mamario de su acción, compensatoria de algo que ignoraba aunque pudiera intuirlo, retomó la lectura en el mismo punto en el que la había abandonado. Después, en el momento de repasar el texto con la mirada, encontró, al tiempo que lo hacía leyendo muy por encima lo precedente, todo lo que ya tenía sabido y que le permitía, sin más dilaciones, poder comenzar la lectura que lo había de conducir a la terminación de la carta. Y lo hizo:

... fervores que podrían parecer fingidos. Le recé la recomendación del ánimo con la que nuestra Iglesia ayuda a bien morir a los suyos para despedirlos de esta vida y, estando en éstas, subió el alguacil, pues ya era llegada la mañana. Sintiéndolo subir se adelantó él y le preguntó que si ya era la hora, a lo que contestó que sí, que así era. Entonces pidió que entrase el Secretario y según entró le dijo: «Sea vuestra merced bien venido, ya que yo muy esforzado y animado me siento, y viniendo vuestra merced a darme la muerte me viene a hacer un gran favor. Que esta sentencia que por lo que se ve viene que ni caída del cielo y así yo la recibo en espera de castigar la torpeza de este cuerpo y en la de que no se condene mi alma. Diga vuestra merced a todos estos ministros de Su Majestad que en este negocio intervinieron que les beso las manos, que les pido perdón si en algo les falté y si hablé contra ellos con cólera, y que si me veo con Dios allá arriba yo le pediré que le dé a cada uno de ellos lo que se merezca, que no se preocupen que yo pediré por ellos a Su Divina Majestad, incluso rogaré por Su Majestad para que Dios le tenga

en cuenta cuanto hizo y hacer pueda. Señor yo soy tan imbécil que hasta ahora no sé por qué se me condena, así que le ruego que lea la sentencia por ver de aclararme, y que la lea una y muchas veces delante de todos y, si es menester, la pregone; porque no quiero vivir un minuto más con lo que con tantos pecados parece ser que merecí». Lo dijo todo de una sentada, sin levantar la voz, sin tampoco bajarla, sereno y firme, pero haciéndome sentir, a la vez que admiración, desconfianza hacia la razón última de su discurso, a lo que ya me estaba acostumbrando, decidiendo prescindir de mis intentos de ahondar en aquella inteligencia que, no siendo superior a la mía, era por lo menos distinta. En algún momento y viendo el trato que le daba al secretario llegamos a sospechar que era persona principal y el que vucé ahora me inquiera respuestas sobre su pasamiento acrecienta mis sospechas sobre la personalidad del finado. Nos quedamos atónitos cuando el señor Secretario le respondió que sí, que le leería la sentencia, pero que no podría estar nadie delante, en ese momento; así que salimos todos y se la leyó tan a solas, tan en secreto y tan a las calladas que nadie supimos lo que contenía, ni por qué delito lo sentenciaron, ni quién dio la sentencia. Tan sólo que, debiendo ser el remate de la lectura o acaso por medio de ella, aunque no medió mucho tiempo desde que se produjo hasta que se abrió la puerta y salió el secretario, se oyó un grito, largo y sostenido, que más semejaba un lamento y que, sin embargo, dijo: «¡Ooooooooouh, canaaaaaaaaaalla!». Un poco después se abrió la puerta, entré yo y delante de mí y en silencio firmó la sentencia. Entraron seguidamente los alguaciles y guardias que allí había y delante de todos dijo: «Dados los pasos en los que ando y para dar cuenta a Dios, digo que jamás en toda mi vida tuve determinación ni voluntad ni propósito de hacer traición a Dios y que lo que hice fue precisamente en su defensa y en la de la religión verdadera en la que fui educado bajo la férula de la compostelana mitra que defiendo y amo». Calló y por virtud de la Bula de la Cruzada lo absolví y le comuniqué las indulgencias plenarias que por ella se conceden en aquel artículo, reconciliándolo primero sacramentalmente y reservándole la absolucón para la hora postrera.

Cuando terminé él mismo llamó por el verdugo y dijo: «Entre buen hombre, entre, que en todo mi país no dimos encontrado siquiera uno como usted. Sea bienvenido —le dijo cuando entró— que me va a apartar del asco y de la podredumbre». «Yo soy un mandado, señor», le dijo, y le contestó el paciente: «No digáis eso, por Dios, que venís a hacer una obra bien meritoria y mira que Dios os lo ha de galardonar, porque venís a tomar castigo y venganza del hombre más mal nacido que pisó la tierra», y se lo dijo sin apartar los ojos de los trebejos que el verdugo tenía consigo y nos maravilló a todos «¿Esta tabla es para que me eche en ella?, porque me acuesto yo mismo si es que es menester», «No es menester, señor», «Pues, compañero, haz tu oficio y ponía como tenga que estar».

Nos abrazó uno a uno, una vez que dijo lo que queda escrito, y al llegar a mí me dijo: «Padre, este abrazo déselo vuestra reverencia a aquella dama pidiéndole perdón por tantos tiempos en tan mala compañía como la mía».

El verdugo le ató las manos, la una contra la otra, pero no de forma que no las pudiera levantar juntas en alto de manera que, cuando le iba a poner las sogas en la garganta, le dijimos que se cubriera los ojos con un paño que le alcanzamos para que no viese tan triste espectáculo, pero no aceptó «Quiero veros los ojos a vuestras mercedes». Así que el verdugo continuó su oficio, comenzó a recitar miseremini mei saltern vos amici mei quoniam manus domini tegitit me... Le dije yo el Evangelio de San Juan y el de San Lucas loquente Jesu y, como viésemos que tenía en la mano una vela bendecida y en la otra un crucifijo, se lo quitamos no fuese ser que, alzando las manos, no se hiriese en el rostro. Y ya con esto hizo el verdugo su oficio y duró como un cuarto de hora, o bien poco menos, el tormento, sin que desde el principio moviese ni brazos ni piernas, ni cabeza, ni manos, ni nada que más parecía de mármol o de granito galaico, que sólo le reconocimos en la respiración que estaba muerto. Requiescat in pace.

De Madrid en enero 18 de 1598. Murió el lunes 14 de noviembre a las siete de la mañana.

Celestino Pastrana

La lectura lo desasosegó. Era lo que le faltaba para completar aquel día perdido. El hombre no tenía remedio y siempre sería capaz de articular un dogma en el que esconder la angustia propia y con él provocar la de los demás. Extrañas sombras poblaron la estancia que habitaba y las campanadas vecinas de la catedral acabaron por descomponerlo. ¿Quién sería aquel hombre que había muerto sin que nadie lo hubiera juzgado y quién el canalla por el que había gritado su impotencia? Harto de perder el tiempo en averiguaciones que dependían tan sólo de su propia fantasía, de su imaginación o, en cualquier caso, de su propia capacidad de complicarse la vida penando por gente que no había siquiera conocido, optó por vestirse y salir a dar una vuelta. Pero todavía se demoró unos pocos momentos más; según se iba vistiendo, se quedaba parado, interrumpida la acción, cavilando no en el hombre aislado que había sido agarrotado por orden directa de Felipe II, según todos los indicios, sino en esa abstracción que es la omnipotencia del hombre capaz de no rendirle cuentas más que a Dios y a la Historia, es decir, capaz de no rendirle cuentas a nadie, ni siquiera a su propia conciencia, acaso porque no la tuviera o, en todo caso, porque la tuviese deformada, afectada por alguna peculiaridad psíquica de índole patológica que lo liberara de cualquier amago de sentimiento de culpa o pecado. ¡Tendría gracia que fueran gentes sin malicia las que así se comportaban! Gentes capaces de firmar o de ordenar penas de muerte, mientras almorzaban mojando pan frito en el café con leche o engullían delicadísimos canapés, exquisitos *biscuits* que los distraían de su principal labor de llevar hombres al cabo del camino. Salió por fin a la calle dispuesto a emborracharse como fuese, solo o acompañado, con vino o con licor, con cantata

final o sin ella, con amargura en cualquier caso.

De entonces ya hacía un año. Ciertamente que se había emborrachado aquella noche; superadas con mucho las horas de cierre de los bares, lo habían ido expulsando de todos ellos y no había sido consciente de cómo consiguiera llegar a casa. Aún hoy no lo recuerda, cuando ya está en Compostela, pensativo y sentado en su sillón; recuerda, en cambio, de forma más bien vaga el despertar del domingo, tardío y amargo, duro y lleno de ruidos, muriendo de una sed que calmó con agua de limón, tras agua de limón, antes de ponerse a releer la carta con una vehemencia casi temeraria, con una consciencia casi rayana en la locura, que le permitieron imaginar todo cuanto aconteciera para que aquel hombre, sólo un nombre en una carta, tuviese el terrible final que da el garrote. Terrible soledad la de aquel domingo en Aix. A media tarde decidió ir a darse un baño en la piscina en la que había estado con Claire y sólo recordó los pelos en el momento de emerger, luego del primer chapuzón, cuando ya era tarde.

Al regresar a casa agradeció la vecindad del lunes, la compañía de la gente joven que lo rodearía para escucharlo y hacerle soportable su angustia. Necesitaba de los alumnos para poder soportar la soledad terrible en la que vivía, para poder ir sabiendo de sí mismo a través de ellos y, con ellos, utilizando su juventud, poder ir caminando más firme y menos inseguro. Y acaso por primera vez en aquellos días, al entrar en casa, sintió la llamada del retorno.

Le quedaban tres días de clase que pasaron rápidamente, transcurriendo sin que el Profesor llegara a darse cuenta de que se le escapaban de las manos y sin que consiguiera mayor proximidad con Claire, quien, en esos días, había permanecido a su lado como si intuyese que algo serio le estaba sucediendo al Profesor. Tan extraño y esquivo se había vuelto que no era difícil verlo en el bar o paseando por el campus, en las horas del atardecer, releyendo la carta aquella que, en mala hora, Lucille le había proporcionado. Su última clase en Aix había versado sobre el tema del sentimiento de la muerte en las culturas oceánicas y la gente del Mediterráneo no pudo llegar a entender con profundidad por qué la gente atlántica piensa o cree, que ya ni se sabe, que los seres vivos mueren cuando refluye el mar; ni lo serio que el Profesor estaba, serio y ajeno como si no hablase más que para él mismo, reflexionando en voz alta.

Sentado en un sillón recordaba todo esto y cavilaba en la historia del Griffon, en la historia que no había llegado ni siquiera a comenzar en todo aquel largo invierno de diez meses que transcurriera, lloviendo a Dios darla, mientras él intentaba articular de forma ordenada aquella fantasía imposible que se le había ocurrido mientras cenaba acogido a las hojas de los plátanos.

Estaba cansado. Había pasado todo el día anterior, y parte de aquel que estaba viviendo, limpiando su madriguera y adecentándola para acoger a Claire; quien por

fin había cumplido su promesa y había salido hacia Compostela, iniciando su camino en la provenzal Route de Galice de Aix y tenía anunciada su llegada. Curiosa muchacha aquella que parecía la más próxima a él y con la que, sin embargo, no había conseguido acostarse durante todos los días que había permanecido obsesionado con ella; ni después en Madrid, en un encuentro previsto de antemano y que tampoco había conducido a nada; por lo menos, a nada de lo que había esperado. Ya estaba lleno de resignación entonces, y comenzaba a considerarla como el amor platónico con el que la vejez próxima, que él intuía próxima, lo regalaba; así que había limpiado el pisito como si fuera para acoger a una diosa, ya que no a una hembra (para hembras o para diosas lo habían educado) y se disponía a encontrar explicaciones convincentes, en tanto ella no llegaba, de la razón o razones que lo justificasen de por qué no tenía ni siquiera comenzada la novela prometida.

El mapa que Claire le había ayudado a desgajar del libro de Münster permanecía colgado de la pared, enmarcado en el centro receptor de miradas más significativo de toda la habitación; tan significativo y obligado que un foco dispuesto al efecto lo iluminaba tenuemente cuando se encendían las luces de la estancia, como si el dueño del piso centrase adrede toda aquella luz para que se supiese no sólo de su acendrado amor a la Tierra, sino también para saber él mismo de su tardío amor por la muchacha que le había ayudado a hacerse con él y de la que una fotografía, que estaba a la izquierda del mapa, mostraba las facciones, los ojos profundos como un abismo. Había sido una foto obtenida sin intención alguna. Tan buen aficionado como ruin fotógrafo, había dispuesto el Profesor Visitante la distancia, el objetivo, la luz que él consideraba necesarios para sacar, durante la excursión al Durance, a un grupo de alumnos no muy distante de él; pero en el momento de disparar, y como una exhalación, se le había atravesado Claire de forma que la placa había quedado impresionada, con su efigie retenida en ella, en la espera de ser desvelada con sorpresa y alegría y en la duda de si le había estropeado aquel trocito íntimo y ridículo de película al Profesor Visitante, últimamente tan tacaño. La sorpresa había consistido en una fotografía magnífica, imprevista, de una calidad desusada para ser obra del pobre aficionado que el Profesor era. No se había podido decir, hasta aún después de la obtención de la fotografía, que el Profesor hubiese reparado en Claire; que era una de esas muchachas que, de tan hermosas que son, los hombres de la edad del Visitante las dejan pasar, seguros de su inalcanzabilidad y porque prefieren dedicar sus esfuerzos a gente de más fácil acceso. Y la foto estaba allí; realizada como se dijo durante la excursión al Durance, en el día que el Profesor se había dejado llevar por el río mientras liberaba aturuxos por la garganta que sentía libre y Claire reparaba en él, sorprendida y curiosa de la oculta jovialidad que emanaba de aquel discurrir del hombre por las aguas abajo, mientras gritaba con fuerza y sonreía feliz. Se ve en la fotografía la inquisitiva mirada de Claire, sus labios amplios, y detrás de ella un grupo de chicos y chicas arrimados a un coche y cantando o, cuando menos, gesticulando como si tal cosa estuvieran haciendo en el momento de la

fotografía; pero están en un segundo plano y muy difuminados, muy desvanecidos, como si estuviesen envueltos en la niebla, como si no hubiesen sido el objetivo primordial de la fotografía que ahora, convenientemente ampliada, reposa a la izquierda del mapa, sobre una mesita baja en la que el Profesor no repara de tan acostumbrado que está a verla allí y a contemplarla a lo largo de todo este año de impotencia literaria, de recuerdo sempiterno de la muchacha que ahora está próxima a llegar para hacerle al Profesor los días más difíciles, mientras prepara el trabajo que le permita recoger datos para no se sabe bien qué ensayo que viene a realizar sobre el mundo mágico en la literatura del pequeño y verde y a veces triste país de anocheceres lentos, un ensayo que hará que el Profesor, como si fuese un padre, espere a que llegue la noche para darle un beso a la muchacha o para dejarla que se vaya con gente joven a divertirse por las rúas compostelanas adelante.

El mapa de Galicia sigue allí, cercado en su marco, ajeno a lo que significa y mientras el Profesor invitado a la Facultad de Letras de la Universidad de Provenza hace recuento de su estancia en Aix y de su año de impotencia ya que la historia aquella del Griffon, del Sieur Griffon, para ser más exactos y decirlo en francés antiguo, que fue como se le ocurrió y que siempre resulta más eufónico, más deliciosamente erudito, se le resistía, hay que reconocerlo, desde hacía bien un año entero y de ello tan sólo un mapa y una carta, tal vez una fotografía con la que el azar le había regalado, eran testimonios mudos.

Buscó la carta y la releyó. Había hecho varias fotocopias por miedo a perderla y las había esparcido por varios rincones de la casa, en la biblioteca, en el medio de los libros de Galicia, en la mesilla de noche, en la mesa de estudio, al lado de los pasaportes y de los talonarios de cheques, como si de la carta dependiera algo que él ignorase en qué podía consistir. Lo cierto es que durante aquel año la había releído con frecuencia, cuando estaba triste o cuando la conciencia de la realidad lo hería hasta tullirlo. ¿Quién sería aquel hombre del que habla la carta?

Un timbrado del teléfono lo sacó de sus cavilaciones: Claire estaba en Compostela y lo llamaba para que la ayudase a dar con la vivienda. Se puso un suéter por encima de la camisa y salió en busca de ella. La encontró en la plaza de Galicia discutiendo con un guardia urbano acerca del lugar en el que se había estacionado, justo encima del lugar en el que había venido al mundo Rosalía de Castro, por lo que, al llegar a la altura del coche, se dirigió al municipal advirtiéndole de que ya todo estaba solucionado, que ya se largaban de allí.

Subió al automóvil y se miraron de reojo, circunspectos y serios, amparándose en la urgencia de abandonar aquel sitio y en el formalista saludo de cómo estás, qué tal el viaje y estás cansada. Se dieron un par de besos en las mejillas como quien no quiere la cosa, totalmente distanciados, y acto seguido le dijo:

—Da la vuelta a la plaza.

Después le fue indicando el camino por la Fonte de San Antonio, por la Virxe da Cerca, hasta entrar en el recinto histórico por la Porta do Camiño, subir por las Casas

Reais hasta la Praza do Campo, ahora de Cervantes, bajar por el Preguntoiro y conseguir aparcar en la Praza da Fonte Seca, cerca ya de la casa del Profesor.

Subieron las maletas preguntándose por los asuntos habituales en estos casos y disculpándose, él por la vetustez de la casa, por lo poco iluminado de la escalera; ella por la cantidad de bultos y paquetes, por el sofocón del guardia, por lo aparatoso de su llegada. Una vez en el piso le preguntó si se quería duchar y ella le respondió que lo haría después. El atardecer ya había llegado y el Profesor encendió las luces. Entonces ella, riéndose, le preguntó si aquel era el mapa que había robado contando con su ayuda, en tanto que se acercaba a él riendo a carcajadas y con el único objeto de poder observarlo más detenidamente.

—Ni me había vuelto acordar de él —le dijo el Profesor y sonrió feliz de verla allí como si fuese suya.

Fue entonces cuando la fotografía llamó la atención de la muchacha, que desvió la mirada con sorpresa hacia ella y no reparó en la doblez que, cerca de su borde, hacía la alfombra.

—¿¡Soy yo!?! —alcanzó a decir mientras, en su apurado camino hacia la mesita que sostenía la fotografía, tropezaba en la arruga de la alfombra y caía con estruendo. El Profesor se incorporó catapultado hacia la muchacha para ayudarla mientras ésta al caer echaba su mano a la pared, en un intento inútil de asirse a algo, y tiraba a un tiempo con la mesita, la propia fotografía, el cuadro y la lámpara que le prestaba su luz.

El Profesor la ayudó a levantar y los dos quedaron en pie, permaneciendo muy juntos el uno del otro.

—Soy yo —dijo Claire mientras recogía la fotografía del suelo.

—Sí.

—¿Y cómo?

El Profesor se encogió de hombros y puso cara de niño cogido en falta.

—Cosas —alcanzó a decir.

Entonces ella, sin dejar la fotografía, lo rodeó con sus brazos por encima de los hombros y él la abrazó con fuerza. Se besaron, como no se habían besado en Aix, como acaso hubieran pensado en besarse a lo largo del último año transcurrido, para separarse súbitamente.

—¡Huele a quemado!

El cuadro había caído encima de la lámpara y el cristal se había roto en más trozos de los que harían aconsejable una recomposición casera. Habría que llevarlo a que le pusiesen otro, pero ahora había que atender al resto. El papel del mapa había quedado encima de la bombilla, toda vez que la tulipa de la lámpara había salido no sólo malparada del embate, sino también disparada a insospechada distancia, y el calor de la luz eléctrica había empezado a hacer arder el papel de unos periódicos depositados en el suelo, justo debajo de ella. La duración del abrazo y su última consecuencia habían permitido y facilitado el resto.

El Profesor apartó el mapa a toda prisa y después de inmediato los dos se pusieron a repasar los deterioros producidos. Algo había sucedido. Con el calor de la bombilla y el de los incendiados papeles de periódicos, unas letras habían ido tomando corporeidad y forma en los márgenes del mapa, justo encima del mar tenebroso del Finisterre. Quisieron leerlas, pero tuvieron que darle la vuelta al papel. Estaba escrito al dorso. Acercaron el mapa de nuevo a la bombilla y llenos de sorpresa y fascinados fueron leyendo:

A quien leyere, sepa que el dueño de este libro, Martín Abalo de nombre, fue llevado de Aix por gentes venidas de España y que S.M. Felipe II por él había enviado, enfadado que estaba por la traición que el mentado le había hecho a través de una llamada Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Blanca Espada y que, según todas las sospechas, le fue dada muerte sin juicio, preso que estaba en un castillo por orden del rey, y que deberá llevar recado de esto a su dueña que vive en el lugar que el mapa indica.

Le dieron la vuelta al mapa y vieron que efectivamente desde varios de los puertos de Galicia estaban marcados los caminos que conducían a Salcedo.

—¡Tampoco esto llegó allá! —gritó el Profesor.

—¿Qué es lo que no llegó, Martín? —preguntó Claire preocupada por la mirada febril del hombre.

—El libro, coño.

—¿Qué libro?

—¡Éste!

Martín estaba lívido y de pronto dio un grito y salió disparado del sillón en el que se había sentado para recoger la carta que aún permanecía en el suelo sobre el que había concluido su viaje desde encima de la tirada mesa.

—¡El de la carta!

—¿Qué carta, Martín?

Martín cogió la carta y la extendió. Juntos reanudaron su lectura.

En la paz solsticial y navideña del monasterio mercedario de Poio fue terminado este libro gracias a la hospitalidad de su abad Elisardo y de su comunidad, en el año de 1984.

Notas

[1] Lo siento, pero hay una advertencia necesaria. En gallego *sono* significa sueño, de dormir, y *soño* significa sueño, de soñar. En el texto es evidente que se trata de sueño de soñar. (N. del T.) <<

[2] *Saudade*; ya se sabe, intraducible. (N. del T.) <<

[3] *Braña*, prado de agua perenne, casi siempre empinado y con un regato al pie de la colina en que se asienta. <<

[4] *Venera*. <<

[5] *Coroza*: capa impermeable confeccionada con paja de centeno. (N. del T.) <<

[6] *Xinzo*, precisamente, en gallego, nudo de caminos, encrucijada. (*N. del T.*) <<

[7] Bancos de piedra, adosados al alféizar de las ventanas, en los que se puede parlotear a gusto durante las horas del crepúsculo o cuando el cuerpo así lo reclame. Puede mitigarse la dureza con un cojín, que no está, ni mucho menos, contraindicado. (N. del T.) <<

[8] Grito gutural expansivo, agudo, fuerte y prolongado que sirve, como se ve, para muchas cosas y que los gallegos aún llevamos dentro. (*N. del T.*) <<

[9] Se trata de una orden secreta que, bajo ésta u otra denominación parecida, existió en la realidad. El mundo siempre fue así, de modo afortunado. (*N. del T.*) <<

[10] Se trata de don Vicente Risco, autor de la *Teoría do Nazonalismo Galego* y también de un guiño culto al lector avisado. Sirva, pues, de aviso. (N. del T.) <<

[11] En este caso es Eduardo Blanco Amor, autor de un extraordinario libro de cuentos, *Os Biosbardos* (Las Musarañas). (N. del T.) <<

[12] Es evidente que se trata de una opinión del Profesor Visitante, que en absoluto comparte el autor, buen amigo mío que, me consta, no quiere líos. (N. del T.) <<

[13] El autor, más flaubertiano que el personaje, no comparte tampoco este párrafo que, además, le parece un poco cursi. Para mayor información sobre las opiniones del autor véase su próxima obra, en este momento en plena gestación. (*N. del T.*) <<

[14] Procepción de muertos, bien se sabe, que deambulaba por el país gallego, aún no hace mucho y por la noche, gracias a que no había luz eléctrica. (*N. del T.*) <<

[15] 11, 15bis e incluso 16 si se quiere. Estas y otras anteriores incursiones del autor no hay duda de que pueden no ser muy bien aceptadas por una crítica estricta y algo rigurosa; pero no es menos cierto que si el autor no se puede permitir estos lujos, al menos después de cien folios, la novela podrá resultar atrayente a algún tipo de lector, pero no a quien la escribe. Así que vayan a reivindicativo modo. La novela también es para quien la trabaja ¡qué caray! (*N. del T.*) <<

[16] Galleguismo; debe leerse: cavilando. (*N. del T.*) <<

[17] Recipiente troncocónico de madera para almacenar agua. (*N. del T.*) <<

[18] Un curro es, para entendernos, un rodeo; un rodeo algo peculiar: no se utilizan ni cuerdas, ni maromas, ni lazos: los mozos, adentrándose en medio de la manada, seleccionan a los garañones y, echándole los brazos al pescuezo, los abaten y dominan. A escasos kilómetros, cuatro o así, de mi casa urbana hay uno, el curro da Escusa, con cuatrocientos caballos. Se trata de uno de los muchos que hay en el verano. (N. del T.) <<

[19] *Estadea*: Santa Compañía: procesión de almas en pena que discurre de noche por los caminos de Galicia; o al menos tal hacían mientras no hubo electrificación rural, como ya se indicó en algún otro momento. (N. del T.) <<

[20] *Lume*: lumbré; *viqueira*: puntera del zoco; *zoco*: zapato de cuero, con gruesa suela de madera; *lume de viqueira*: calor intenso que se desprende después del encontronazo de la puntera de un zueco debidamente calzado y sabiamente dirigido a cualquier parte de una humana anatomía; antigua arte marcial galaico, nada exótica, conocida actualmente como Karate, según unos; como *full-contact* según otros. De nada. (N. del T.) <<

[21] *A pe feito*, se dice en gallego y qué bien suena. (N. del T.) <<

[22] Los gallegos le llaman a Galicia «A Terra». No se trata, pues, del regreso de un viaje interplanetario. Lo que aquí se describe, de forma harto verídica, es el desastre de la Armada Invencible que aunque no lo parezca no fue organizada por marcianos; de ahí la probable confusión que esta *N. del T.* pretende aclarar sin herir patrióticas susceptibilidades. (*N. del T.*) <<

[23] La pavía, al parecer es como se llama en Galicia al melocotón; pero, por ejemplo, las pavías del Ribeiro no tienen nada que ver con el melocotón. A éstas se refiere el texto. (N. del T.) <<

[24] Se le llama así en Galicia al tronco abierto y viejo de un castaño centenario, vaya usted a saber cómo se le llama en castellano. (*N. del T.*) <<

[25] En gallego, el que vincula. El hijo único y varón. (*N. del T.*) <<